ANTÓN CHÉJOV

CUENTOS

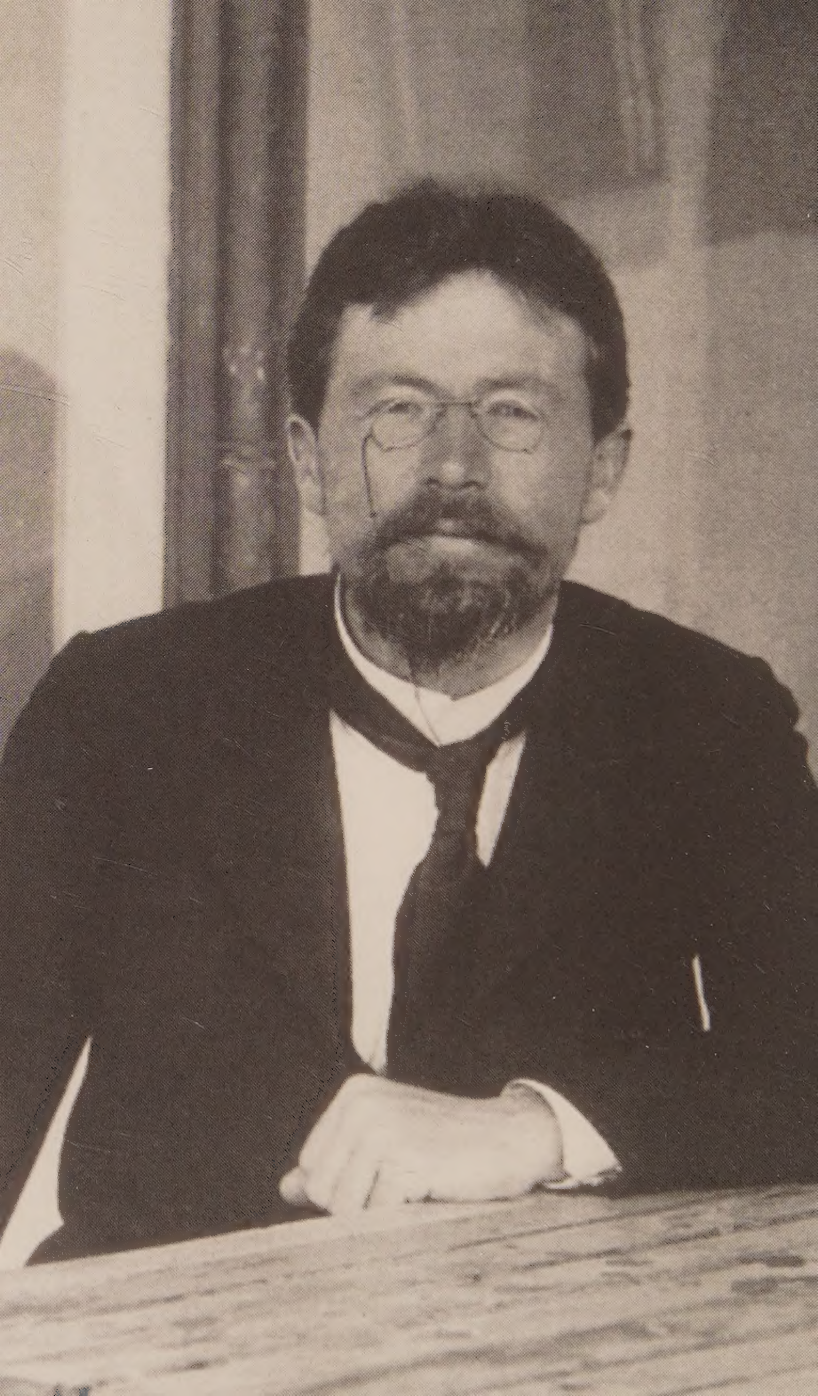


SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE JOSÉ MUÑOZ MILLANES

TRADUCCIÓN DEL RUSO DE VÍCTOR GALLEGO BALLESTEROS

NARRATIVA CLÁSICOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS



ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV

CUENTOS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
JOSÉ MUÑOZ MILLANES

TRADUCCIÓN DEL RUSO DE
VÍCTOR GALLEGO BALLESTEROS

PRE-TEXTOS
NARRATIVA CLÁSICOS

Primera edición: enero de 2001
Segunda impresión: septiembre de 2002
Segunda edición corregida: septiembre de 2007
Primera impresión: septiembre de 2008
Segunda impresión: octubre de 2010

Tipógrafos: Andrés Trapiello, Alfonso Meléndez y Pre-Textos (S.G.E.)

PRE-TEXTOS, 2008
Luis Santángel, 10
46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-8191-829-8 • DEPÓSITO LEGAL: BI-2.736-2010

IMPRIME: GRAFO, S. A.

PRÓLOGO

Según Julio Cortázar el cuento breve moderno se caracteriza por la economía de medios: «las narraciones arquetípicas de los últimos cien años han nacido de una despiadada eliminación de todos los elementos privativos de la *nouvelle* y de la novela, los exordios, circunloquios, desarrollos y demás recursos narrativos». Y sigue afirmando que tal concisión, además, lo aproxima a la poesía: «no hay diferencia genética entre este tipo de cuentos y la poesía como la entendemos a partir de Baudelaire».

La brevedad del cuento tradicional resulta de condensar una totalidad narrativa. En cambio, la brevedad del cuento moderno es fragmentaria: en él se relatan uno o varios instantes aislados. Su semejanza con la poesía coetánea responde a la fuerza sugestiva: en ambos casos la intensidad es producto de la elipsis, de la ausencia de un principio y un fin bien definidos.

En los cuentos de Chéjov (observa Shlovski) la tensión narrativa no se debe al desarrollo de una trama, sino a una suspensión de los acontecimientos: no al hecho de que algo pase, sino al de que algo cesa momentáneamente. Este tipo de cuentos surgen (según Cortázar) «de un repentino extrañamiento, de un *desplazarse* que altera el régimen "normal" de la conciencia».

Los cuentos de Chéjov suelen comenzar presentando una normalidad fatalmente opresiva: sus personajes están sometidos a una vida sin alicientes de la que parecen no poder escapar: «Por alguna razón Nadia tenía la impresión de que así sería toda su vida, sin cambios y sin fin» (*La novia*). Se trata del prosaísmo cotidiano del mundo burgués: las miserias de la profesión, el hogar y la provincia. Toda esa rutina a la que en la novela decimonónica se responsabiliza del desencanto: de la domesticación de los impulsos juveniles o del desgaste de los ideales y las ilusiones. Sólo que en los cuentos de Chéjov la insatisfacción no es (como en *Las ilusiones perdidas* o en *La educación sentimental*) el resultado de una frustración progresiva, sino el punto de partida.

Al principio de los cuentos de Chéjov los personajes ya están resignados porque se consideran víctimas de la mala suerte. Han renunciado a las aspiraciones, no luchan contra la falta de horizontes porque, como los melancólicos, han dejado de confiar en sus propias fuerzas: «me sentía descontento conmigo mismo, me apenaba mi vida, que tan deprisa y de forma tan banal pasaba, y no hacía más que pensar en lo bueno que sería extirparme del pecho el corazón, que tanto me pesaba» (*Casa con desván*). Y terminan dejándose arrastrar por el peso de la inactividad: «Condenado por el destino a una constante ociosidad, no hacía absolutamente nada. Pasaba horas enteras contemplando desde las ventanas el cielo, los pájaros, la alameda, leía todo lo que me llegaba a través del correo, dormía». O bien se abandonan a la nostalgia de una vida no vivida, de una vida que creen que les ha pasado de largo.

Nabókov repite una anécdota transmitida por Korolenko. Una vez Chéjov mostró lo primero que tenía a mano (un cenicero), exclamando: «Si queréis, mañana os entregaré un cuento titulado "El cenicero"».

Pues con frecuencia los cuentos de Chéjov arrancan del azar de un objeto, un gesto o incidente mínimos (una carta inesperada, una visita, una salida nocturna, un beso equivocado, un extravío) que, al irrumpir en medio de las frustraciones, la monotonía y el tedio, parecen prometer esa vida más atractiva de la que sus protagonistas se sienten fatalmente excluidos: «Todas las cosas con las que sueño y que me parecen imposibles e irreales, en realidad son absolutamente comunes –pensaba Riabóvich [...] Yo soy igual que todos, y más tarde o más temprano viviré una experiencia como las de los demás...» (*El beso*). O, para decirlo con palabras de Cortázar, «hay hombres que en algún momento cesan de ser ellos y su circunstancia, hay una hora en la que se anhela ser uno mismo y lo inesperado».

En los cuentos de Chéjov parece que «no pasa nada» porque se centran en un tiempo «muerto», en un compás de espera: en los breves instantes en que, tras haber atisbado un cambio liberador, el protagonista se mantiene a la expectativa. Pero en esos cortos momentos, el tiempo, por otra parte, se dilata, al teñirse la narración de subjetividad (Cortázar señala que la intensidad de los cuentos breves depende del grado de implicación del carácter principal en la narración).

El protagonista, impresionado por los indicios que le prometen salir de su situación, se vuelve muy susceptible. En espera de que tal mejora se confirme, escudriña el entorno y analiza el desarrollo de los acontecimientos minuciosa y casi obsesivamente, como le sucede a Olga Mijáilovna la tarde y la noche de la onomástica de su marido, al estudiante Vasíliev durante su salida nocturna y a Riabóvich entre sus dos visitas al pueblo donde fue besado por una desconocida.

La zozobra ante la posibilidad de que el mundo llegue a retirar lo que parece acabar de ofrecerle, exacerba la atención

del protagonista: de ahí la riqueza de matices y detalles en los cuentos de Chéjov.

En primer lugar, el tiempo se despliega muy gradualmente, como en las obras de teatro de cámara o en las del propio Chéjov. Casi coincide con el tiempo real, ya que el cuento suele consistir en una o varias situaciones que, a la manera de escenas, transcurren al hilo de conversaciones o de desplazamientos en un espacio reducido de interiores: de habitaciones contiguas y, todo lo más, de jardines o campos limítrofes. Se trata de esas casas y fincas (con aire de abandono) de la aristocracia rural rusa a las que se refiere Irene Nemirovsky en *La vida de Chéjov*: «Por encima de todo, amaba el decorado de sus existencias: esos amplios jardines salvajes, esas alamedas de tilos, esos estanques, esas bellas casas señoriales con ropa blanca tan sencilla y tan noble; las habitaciones enjalbegadas, casi desnudas; los sonidos del violín y del piano que, de noche, se oían salir por las ventanas abiertas; las largas conversaciones en la escalinata, al anochecer». Y en tales lugares hasta se reconoce a veces una versión un tanto provinciana de los escenarios de la modernidad propugnada por Baudelaire o los impresionistas: la pista de tenis de *Casa con desván*, el parque público donde toca la banda de música mientras desfilan los jinetes en *El profesor de ruso*, las casetas de baño de *El beso*, las estaciones de tren, tantos teatros.

En *Una autobiografía científica* el arquitecto italiano Aldo Rossi declara su fascinación por el dramatismo velado de los relatos breves de Chéjov, donde el destino de los personajes se decide precisamente en los momentos intranscendentes del ocio: en medio de los juegos, los bailes, los tés y los paseos.

Pero la atención en vilo del protagonista no sólo se demora en el desarrollo minucioso de tales fiestas y en las arquitecturas efímeras que les sirven de escenario: esos espacios

entre exteriores e interiores (galerías, porches, glorietas, cenadores o pabellones de jardín) a los que Aldo Rossi denomina *teatrini*. En los intersticios de las idas y venidas y de las lentas conversaciones de los invitados, al protagonista ensimismado le sorprenden intermitentemente los cambios atmosféricos que le avisan del lento pero inexorable avance del tiempo: el fraguarse de la tormenta a lo largo de la tarde bochornosa de *La onomástica*, el comienzo de la nevada en el callejón nocturno de *La crisis*. Aunque otras veces la intensidad del matiz atmosférico, en razón de su carácter gratuito, parece subrayar la emoción del momento: así la fuerte lluvia que cae la mañana en que Nadia abandona el pueblo en *La novia* o, cuando en *El profesor de ruso* Nikitin está a punto de declarar su amor a Masha, «eran algo más de las seis de la tarde, la hora en que las acacias blancas y las lilas desprenden tanto aroma que el aire mismo y los árboles parecen impregnados de su olor».

En algunos cuentos el ensimismamiento del protagonista se aproxima a las ensoñaciones del *flâneur* metropolitano de la literatura decimonónica. En *El beso*, por ejemplo, la narración de los hechos (el té con baile en casa del general von Rabbek, la vida en el campamento militar) está condicionada por el beso sorpresivo y por las conjeturas y fantasías amorosas que en la mente de Riabóvich suscita la falta de identidad de la mujer que se lo ha dado, hasta el punto de que, más que de una aventura propiamente dicha, puede hablarse de una divagación, de una simple evasión imaginaria.

Esta subordinación de la línea narrativa a las oscilaciones del estado de ánimo de un personaje central explica el que, según Nabókov, en la obra de Chéjov el humor y la tristeza aparezcan indisolublemente unidos.

Los personajes de Chéjov suelen caracterizarse por su resignación pasiva: de ahí que los sorprenda cualquier indicio

de cambio en la monotonía de sus vidas. Pero a veces para ellos la salvación estriba en tratar de mejorar las vidas ajenas, como le pasa al estudiante Vasíliev en *La crisis* o a Anna Akímovna, la joven empresaria de *El reino de las mujeres*.

La tristeza entonces proviene, no tanto del fracaso de las buenas obras, como del sufrimiento de los que pretenden realizarlas, que sienten frustración y vergüenza al verse obligados a reconocer su propia inutilidad. Pues lo que prometía ser una aventura filantrópica acaba en crisis mental: en una decepción provocada por una serie de contrariedades.

(Chéjov criticó repetidamente a los intelectuales y a los burgueses con inquietudes por la imagen idealizada que se hacían de las clases oprimidas de Rusia y, más en particular, de los campesinos. Y a veces la lucidez misma frente a la gravedad del problema se convierte en un pretexto para la abulia, como le sucede al narrador de *Casa con desván*).

Y estos personajes no sólo despiertan compasión por su torpeza, por lo inadecuado de sus buenas intenciones. El extravío de su ingenuidad resulta, además, cómico. Así, el desconcierto del delicado estudiante Vasíliev (al comprobar que las prostitutas no eran tan inocentes como se las imaginaba y que ni siquiera aspiran a la redención) provoca una risa casi cervantina: de hecho las réplicas burlonas y groseras de una de ellas recuerdan a la aldeana del pollino que Don Quijote tomó por Dulcinea.

Pero, cuando el humor no atempera la susceptibilidad a flor de piel del protagonista, la lectura del cuento puede llegar a resultar casi insoportable, como sucede con la irritación que a Olga Mijáilovna de *La onomástica* le producen las hipocresías y mezquindades de su marido e invitados, o con los sucesivos abusos y desaires que en *El reino de las mujeres* mantienen a Anna Akímovna en un estado de continua mortifi-

cación. En este último relato, además, la acostumbrada expectativa de una vida mejor apenas alza el vuelo porque ya desde muy pronto la abundancia de indicios contrarios anticipa el desengaño final. Y la protagonista termina por darse cuenta no sólo de la imposibilidad de realizar sus aspiraciones de felicidad personal y de reforma social, sino también de las razones de tal frustración: los condicionamientos de sexo y de clase.

Pues en los cuentos de Chéjov la decepción final no suele ser irónica: no sorprende al protagonista con una realidad más compleja de la que había imaginado. Antes bien, lo desespera, al demostrarle la inviabilidad de una alternativa liberadora, apenas entrevista y fantaseada, como sucede con la carta del niño aprendiz a su abuelo en *Vanka*, «el cuento de Navidad más triste del mundo», según Shlovski.

En los relatos de Chéjov la vida no se limita a defraudar (a veces incluso concediendo lo que más se ansía, como le sucede a Nikitin con la felicidad doméstica en *El profesor de ruso*). La vida, además, ahonda en la frustración que ella misma produce. Pues, para inhibir las ilusiones de huida, finge dar una segunda oportunidad. Hace entrever lo que hubiera podido ser una vía inesperada de salvación, en una especie de tregua cruel tras la cual todo sigue como antes: por eso el desengañado protagonista de *El beso* termina por renunciar de antemano a las esperanzas de que su aventura se reanude.

Sin embargo, al final de *La novia*, el último cuento que Chéjov escribió, el horizonte se abre de verdad con los alicientes que a Nadia le ofrece la nueva vida en San Petersburgo, lejos de las pequeñeces del pueblo. Aunque este optimismo está relativizado por el sacrificio de Sasha, una figura excepcional en Chéjov por su generosidad. Se trata de un sa-

crificio que no consiste tanto en su enfermedad y muerte como en el hecho de quedar cruelmente asociado a las limitaciones de la vida vieja que él mismo ha ayudado a superar.

El estudiante sobrecoge, quizá porque en este relato casi milagroso, el problema de la felicidad trasciende lo individual: aquí la precariedad de la primavera encarna la desgarradora incertidumbre entre el sufrimiento y la esperanza. Y la permanencia de este misterio irresoluble queda subrayada por la imagen de fragilidad humana que la negación de Pedro proyecta a través del tiempo.

José Muñoz Millanes

CUENTOS

EL PROFESOR DE RUSO

I

Con un rumor de cascos sobre el suelo de madera, fueron sacados del establo primero el negro Conde Nulin, luego el blanco Gigante y finalmente su hermana Maika. Los tres eran caballos extraordinarios y caros. El viejo Shélestov ensilló a Gigante y exclamó, dirigiéndose a su hija Masha:

– Bueno, María Godefroi, ya puedes montar.

Masha Shélestova era la más pequeña de la familia; tenía ya dieciocho años, pero en la casa estaban acostumbrados a considerarla una niña y por eso la llamaban Mania y Maniusa. Un día llegó a la ciudad un circo, que ella había visitado con asiduidad; desde entonces, todos empezaron a llamarla María Godefroi.

– ¡Vamos! –gritó, montando sobre Gigante.

Su hermana Varia montó sobre Maika, Nikitin sobre Conde Nulin y los oficiales sobre sus caballos; de ese modo, una larga y hermosa cabalgata, en la que relucían las blancas guerreras de los oficiales y los negros trajes de las amazonas, salió en fila india del patio.

Nikitin advirtió que mientras montaban y salían a la calle, Maniusa sólo le prestaba atención a él. Primero miró con aire de preocupación a Conde Nulin, después le dirigió la mirada a él y finalmente exclamó:

– Serguéi Vasílich, llévelo con mano firme todo el tiempo y no permita que se haga el asustado: sólo pretende engañarle.

Ya fuera porque Gigante era un gran amigo de Conde Nulin o porque así lo quería la casualidad, el caso es que cabalgó todo el tiempo junto a Nikitin, igual que el día anterior y dos días antes. Él contemplaba el cuerpo pequeño y esbelto de la joven, sobre su blanca y orgullosa montura, su perfil fino y su sombrero, que no le quedaba nada bien y le hacía parecer mayor. La miraba con alegría, con ternura, con admiración, escuchaba sus palabras, sin comprender muchas de las cosas que decía, y pensaba:

"Doy mi palabra de honor, juro por Dios, que hoy me armaré de valor y le hablaré...".

Eran algo más de las seis de la tarde, la hora en que las acacias blancas y las lilas desprenden tanto aroma que el aire mismo y los árboles parecen impregnados de su olor. En el parque de la ciudad tocaba ya la banda. Los caballos avanzaban ruidosamente por el empedrado; por todas partes se oían risas, voces y rumores de puertas. Los soldados con los que se encontraban saludaban a los oficiales, los estudiantes se inclinaban ante Nikitin; todos los paseantes, que se apresuraban a llegar al parque para escuchar la música, parecían contemplar con agrado esa cabalgata. ¡Qué calor hacía y qué blandas parecían las nubes desparramadas en desorden por el cielo! ¡Qué suaves y acogedoras eran las sombras de los álamos y de las acacias, que se extendían a lo largo de toda la ancha calle y se prendían de las casas del otro lado a la altura de los balcones de la primera planta!

Salieron de la ciudad y cabalgaron al trote por la carretera principal. Ya no olía a acacias ni a lilas, ni se oía la música, tan sólo llegaba hasta ellos el aroma de los campos, en los que verdeaban el centeno joven y el trigo, el grito de las ardillas de tierra, el graznido de los grajos. Todo estaba verde; sólo en algunos puntos destacaban los negros melonares y en la lejanía,

a la izquierda del cementerio, la blanca franja de los manzanos en flor.

Pasaron junto a los mataderos y la fábrica de cerveza, adelantaron a un grupo de soldados músicos que se dirigía a toda prisa al parque de las afueras.

– El caballo de Polianski es muy hermoso, no lo discuto –le dijo Maniusa a Nikitin, fijando la mirada en el oficial que iba junto a Varia–, pero tiene algunos defectos. Por ejemplo, esa mancha blanca en la pata izquierda; fíjese cómo echa hacia atrás la cabeza. Ya es tarde para quitarle esa costumbre, de modo que seguirá así hasta que se muera.

Maniusa, al igual que su padre, sentía gran pasión por los caballos. Sufría cuando veía que alguien poseía un buen caballo y se alegraba cuando encontraba defectos en las monturas ajenas. Nikitin no sabía nada de caballos; a él le daba absolutamente igual aflojar o tensar las riendas, ir al trote o al galope; tan sólo reparaba en que su postura resultaba poco natural y tensa; por ello pensaba que los oficiales, que sabían mantenerse con dignidad en la silla, debían gustarle a Maniusa más que él, y sentía celos de ellos.

Cuando pasaron junto al parque de las afueras, alguien propuso entrar a tomar un vaso de agua de Seltz. Así lo hicieron. En el parque sólo crecían los robles; habían empezado a echar la hoja poco antes, de modo que a través de su joven follaje podía verse todo el jardín con su templete, sus mesitas y sus columpios, así como los nidos de los cuervos, semejantes a grandes gorros. Los jinetes y sus damas desmontaron junto a una mesa y pidieron agua de Seltz. Algunos amigos que paseaban por el parque se aproximaron, entre ellos un médico militar con altas botas y el director de la orquesta, que estaba esperando a sus músicos. Probablemente, el doctor tomó a Nikitin por un estudiante, ya que le preguntó:

– ¿Ha venido a pasar las vacaciones?

– No, vivo aquí –respondió Nikitin–. Trabajo como profesor en el instituto.

– ¿Qué me dice? –se sorprendió el médico–. ¿Tan joven y ya enseña?

– ¿Cómo joven? Tengo veintiséis años… Por el amor de Dios.

– Tiene usted barba y bigote, pero no aparenta más de veintidós o veintitrés años. ¡Parece usted muy joven!

"¡Menudo imbécil!" –pensó Nikitin– "¡Me toma por un mocoso!"

No le gustaba nada que se hablara de su juventud, especialmente en presencia de mujeres o estudiantes. Desde que había llegado a esa ciudad para trabajar en el instituto, odiaba su aspecto juvenil. Los estudiantes no le temían, los viejos le consideraban un hombre joven, las mujeres se sentían más interesadas en bailar con él que en escuchar sus largos razonamientos. Hubiera dado cualquier cosa por envejecer unos diez años.

Dejaron atrás el parque y llegaron a la granja de los Shélestov. Se detuvieron cerca del portón, llamaron a Praskovia, la mujer del administrador, y le pidieron leche fresca. Pero nadie la bebió; se limitaron a intercambiar miradas, se echaron a reír y a continuación iniciaron el camino de regreso. Cuando llegaron de nuevo al parque de las afueras, ya tocaba la banda; el sol se había ocultado detrás del cementerio y la mitad del cielo lucía la tonalidad purpúrea del ocaso.

Maniusa iba de nuevo junto a Nikitin. Él quería decirle que la amaba apasionadamente, pero tenía miedo de que le oyeran los oficiales y Varia, y guardaba silencio. Maniusa también callaba; esa compañía y ese silencio le hacían sentirse tan feliz, que todo –la tierra, el cielo, las luces de la ciudad, la ne-

gra silueta de la fábrica de cerveza– se fundía ante sus ojos en un conjunto muy bello y armonioso, mientras Conde Nulin parecía flotar por el aire y querer encaramarse al purpúreo cielo.

Llegaron a la casa. El samovar bullía ya en la mesa del jardín, en un rincón de la cual estaba sentado el viejo Shélestov en compañía de algunos amigos, funcionarios del juzgado local; según su costumbre, criticaba a alguien.

– ¡Eso es una villanía! –exclamó–. Una villanía y nada más. ¡Sí, señores, una villanía!

Desde que Nikitin se había enamorado de Maniusa, todo le gustaba en casa de los Shélestov: la mansión, el jardín, el té de la tarde, las sillas de rejilla, la vieja niñera e incluso la palabra "villanía", que el viejo usaba con tanta frecuencia. Tan sólo le desagradaban los numerosos perros y gatos y las tórtolas que gorjeaban tristemente en la gran jaula de la terraza. Había muchos perros en el patio y en las habitaciones, pero Nikitin, durante todo el tiempo que llevaba tratando a los Shélestov, sólo se había aprendido el nombre de dos: Mushka y Som. Mushka era una perra pequeña, de pelo ralo, con el hocico peludo, mala y mimada, que odiaba a Nikitin: nada más verle, echaba la cabeza a un lado, mostraba los dientes y se ponía a rugir: "Rrr...nga-nga-nga-nga... rrr". Luego se sentaba bajo su silla y cuando él trataba de expulsarla de allí, lanzaba un estridente ladrido, ante lo cual alguno de los anfitriones decía:

– No se asuste, no muerde. Es una perra muy buena.

Som era un enorme perro negro, con largas patas y un rabo tieso como un palo. Durante el almuerzo y el té solía pasearse en silencio alrededor de la mesa, golpeando con el rabo en las botas de los comensales y las patas de la mesa. Era un perro tonto y bonachón, pero Nikitin no podía soportar-

lo, ya que tenía la costumbre de apoyar el hocico en sus rodillas y manchar de saliva sus pantalones. Más de una vez había intentado Nikitin golpearle en la ancha frente con el mango del cuchillo, aporrearle la nariz, reñirle, quejarse, pero nada de eso le libró de las manchas en los pantalones.

Después del paseo a caballo, los jóvenes encontraron muy apetitosos el té, la mermelada, los dulces y la mantequilla. Todos bebieron el primer vaso en silencio y con gran placer. Durante el segundo empezaron a discutir. Las discusiones las iniciaba siempre Varia, tanto durante el almuerzo como durante el té. Tenía ya veintitrés años, era hermosa, más guapa que Maniusa y estaba considerada la persona más inteligente y cultivada de la casa; se comportaba con gran rectitud y severidad, como correspondía a la hija mayor, y ocupaba en la casa el lugar de su difunta madre. Como señora de la casa, se sentía con derecho a presentarse ante los invitados vestida con una blusa, llamaba a los oficiales por su apellido y trataba a Maniusa como si fuera una niña, dirigiéndose a ella con el tono de una institutriz. Decía de sí misma que era una solterona, lo que significaba que estaba convencida de que se casaría.

Convertía todas las conversaciones, incluso las que versaban sobre el tiempo, en una discusión. Una de sus pasiones consistía en hacer objeciones, detectar contradicciones, sacarle punta a las frases. Cuando alguien le dirigía la palabra, ella le miraba fijamente a los ojos y de pronto le interrumpía: "¡Perdone, perdone, Petrov, hace tres días afirmaba usted todo lo contrario!".

O sonreía con aire burlón y exclamaba: "Veo que empieza usted a predicar los principios de la Tercera Sección. Le felicito".

Si alguien contaba un chiste o decía un retruécano, enseguida se escuchaba su voz: "¡Eso es muy viejo!" o "¡Qué super-

ficial!". Si un oficial expresaba un comentario ingenioso, ella hacía una mueca despectiva y exclamaba: "¡Un chiste de cuarrrtel!", arrastrando las erres con tanta fuerza, que Mushka le contestaba al instante desde debajo de la silla: "rrr… nga-nga-nga…".

Ese día la discusión empezó cuando Nikitin se puso a hablar de los exámenes del instituto.

– Perdone, Serguéi Vasílich –le interrumpió Varia–. Dice usted que los estudiantes tienen dificultades. Pero permítame que le pregunte, ¿quién tiene la culpa? Por ejemplo, usted ha mandado a los estudiantes de octavo una redacción sobre el siguiente tema: "Pushkin como psicólogo". En primer lugar no hay que elegir temas tan complicados, y en segundo, ¿cómo puede llamar a Pushkin psicólogo? El caso de Schedrín o Dostoievski es diferente, pero Pushkin no es más que un gran poeta.

– Schedrín es una cosa y Pushkin otra –contestó Nikitin con enfado.

– Ya sé que ustedes los profesores no aprecian mucho a Schedrín, pero no se trata de eso. Dígame, ¿qué es lo que convierte a Pushkin en un psicólogo?

– ¿Acaso no lo es? Permítame que le dé algunos ejemplos.

Y Nikitin recitó algunos pasajes de *Evgueni Onieguin* y de *Borís Godunov.*

– No veo ninguna psicología en esos textos –suspiró Varia–. Se llama psicólogo al que describe los recovecos del alma humana, y lo que usted acaba de recitar no son más que unos hermosos versos.

– ¡Ya sé la clase de psicología que usted quiere! –se ofendió Nikitin–. Lo que usted quiere es que alguien me corte un dedo con una sierra roma para que yo grite con todas mis fuerzas: ésa es su idea de la psicología.

– ¡Qué trivial! Además, sigue sin demostrarme usted por qué Pushkin es un psicólogo.

Cuando Nikitin tenía que rebatir opiniones que juzgaba trilladas o convencionales, por lo general se incorporaba, se cogía la cabeza con ambas manos, exhalaba un gemido y empezaba a recorrer la habitación de un extremo al otro. Ése fue el ritual que siguió en esa ocasión: se puso en pie de un salto, se cogió la cabeza con las manos, lanzó un gemido, se paseó por los alrededores de la mesa y finalmente se sentó en un lugar más alejado.

Los oficiales se pusieron de su parte. El capitán ayudante Polianski trató de convencer a Varia de que Pushkin, en realidad, era un psicólogo, y para demostrarlo citó dos versos de Lérmontov; el teniente Gernet dijo que si Pushkin no era psicólogo no le hubieran levantado un monumento en Moscú.

– ¡Eso es una villanía! –les llegó desde el otro extremo de la mesa–. Así se lo he dicho al gobernador: ¡eso, excelencia, es una villanía!

– ¡No voy a discutir más! –gritó Nikitin–. ¡Esto puede prolongarse hasta el final de los días! ¡Es suficiente para mí! ¡Ah, vete ya de aquí, perro inmundo! –le gritó a Som, que había apoyado en sus rodillas la cabeza y una pata.

"Rrr... nga-nga-nga...", se oyó desde debajo de la silla.

– Reconozca que no tiene usted razón –gritó Varia–. ¡Reconózcalo!

Pero llegaron unas señoritas y la discusión se interrumpió. Todos se dirigieron al salón. Varia se sentó al piano y se puso a tocar unas danzas. Primero bailaron un vals, luego una polka, más tarde una cuadrilla con *grand-rond*, que el capitán ayudante Polianski condujo por todas las habitaciones, y finalmente otro vals.

Durante los bailes, los viejos permanecieron sentados en la sala, fumando y mirando a los jóvenes. Entre ellos se encontraba Shebaldín, director del banco municipal, que era

conocido por su amor a la literatura y a las artes escénicas. Había fundado el "Círculo musical y dramático" local y había tomado parte en los espectáculos, siempre interpretando el papel de un ridículo lacayo o entonando el poema *La pecadora*. En la ciudad le llamaban "la momia", ya que era alto, muy delgado, fibroso, y siempre mostraba una expresión solemne y unos ojos inmóviles y opacos. Tan sincero era su amor por las artes escénicas que incluso se había afeitado la barba y el bigote, lo que le hacía aún más parecido a una momia.

Después del *grand-rond* se acercó a Nikitin con indecisión, avanzando de costado, tosió y exclamó:

– He tenido el placer de escuchar la conversación que se entabló durante el té. Comparto por completo su opinión. Tenemos ideas similares y me gustaría mucho charlar con usted. ¿Ha leído usted la *Hamburgische Dramaturgie* de Lessing?

– No, no la he leído.

Shebaldín pareció horrorizado, agitó las manos como si se le estuvieran quemando los dedos y se apartó de Nikitin sin añadir palabra. La figura de Shebaldín, su pregunta y su sorpresa le parecieron ridículos a Nikitin, pero al poco tiempo pensó:

"En realidad es una situación embarazosa. Soy profesor de literatura y todavía no he leído a Lessing. Debería haberlo leído".

Antes de la cena todos, jóvenes y viejos, se pusieron a jugar "al destino". Cogieron dos barajas: una la repartieron entre todos; la otra quedó boca abajo sobre la mesa.

– El que tenga esta carta –empezó con aire solemne el viejo Shélestov, levantando el primer naipe de la segunda baraja–, debe ir ahora mismo a la habitación de los niños y besar a la niñera.

El placer de besar a la niñera recayó sobre Shebaldín. Todo el grupo le rodeó, le acompañó a la habitación de los niños y entre sonrisas y batir de palmas le obligó a que besara a la niñera. Se produjo un gran alboroto, se oyeron gritos…

– ¡Menos pasión! –gritó Shélestov, riendo con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas–. ¡Menos pasión!

A Nikitin le cayó en suerte confesar a todos. Se sentó en una silla en el centro de la sala. Trajeron un chal y le cubrieron con él la cabeza. La primera en confesarse fue Varia.

– Conozco sus pecados –comenzó Nikitin, mirando en la oscuridad su severo perfil–. Dígame, señorita, ¿a santo de qué pasea usted todos los días con Polianski? ¡Ah, no sin motivo se pasea con un húsar! ¡Eso tiene que ser por algo!

– ¡Qué trivial! –exclamó Varia y se retiró.

A continuación vio por debajo del chal unos ojos grandes, inmóviles, lustrosos, un grato perfil emergiendo de las sombras, y llegó hasta él un olor muy querido y familiar, que recordaba a Nikitin la habitación de Maniusa.

– María Godefroi –exclamó, sin reconocer su propia voz, tan tierna y suave era–: ¿cuáles son sus pecados?

Maniusa entornó los ojos y mostró la punta de la lengua; luego se echó a reír y se marchó. Al cabo de un minuto estaba en medio de la sala, batiendo palmas y gritando:

– ¡A cenar, a cenar!

Todos se dirigieron al comedor.

Durante la cena Varia volvió a discutir, esta vez con su padre. Polianski comía con aire impasible, bebía vino tinto y contaba a Nikitin que una vez, en invierno, durante una acción de guerra, se pasó toda una noche en un pantano, con el agua hasta las rodillas; los enemigos estaban cerca, de modo que no se podía hablar ni fumar; la noche era fría, oscura; soplaba un viento cortante. Nikitin escuchaba y miraba de reojo a Ma-

niusa, que le contemplaba con ojos inmóviles, sin pestañear, como sumida en profundos pensamientos y olvidada del mundo exterior. Esa mirada le causaba placer y al mismo tiempo le intranquilizaba.

"¿Por qué me mira de ese modo? –se atormentaba–. Es una situación embarazosa. Pueden darse cuenta. ¡Ah, qué joven es todavía, qué ingenua!"

Los invitados se marcharon a medianoche. Cuando Nikitin había atravesado el portón, en la primera planta de la casa se abrió un ventanuco y en él apareció la figura de Maniusa.

– ¡Serguéi Vasílich! –gritó.

– ¿Qué desea?

– Pues… –exclamó Maniusa, tratando de pensar en alguna cosa–. Pues… Polianski ha prometido traer su cámara dentro de unos días y sacarnos una fotografía. Tendremos que reunirnos.

– Muy bien.

La figura de Maniusa desapareció y el ventanuco fue cerrado; poco después se oyeron los acordes de un piano.

"¡Qué casa más extraordinaria!" –pensó Nikitin, cruzando la calle–. "Aquí sólo gimen las tórtolas, y ello únicamente se debe a que no saben expresar su felicidad de otra manera".

Pero la alegría no era un bien privativo de los Shélestov. No había dado Nikitin doscientos pasos, cuando llegó hasta sus oídos el sonido de otro piano. Anduvo un poco más y vio junto a una puerta a un hombre tocando la balalaika. En el parque la orquesta atacaba un pupurrí de canciones rusas…

Nikitin vivía a medio kilómetro de los Shélestov, en un apartamento de ocho habitaciones, alquilado por trescientos rublos al año, que compartía con su compañero Hipolit Hipolítich, profesor de geografía e historia. Cuando Nikitin lle-

gó a casa, Hipolit Hipolítich, hombre de mediana edad, barba rojiza, nariz chata y una expresión algo vulgar, poco inteligente y bondadosa, como la de un simple obrero, estaba sentado ante su mesa de trabajo y corregía los mapas de los alumnos. Juzgaba que dibujar mapas era la tarea más importante y necesaria para el estudio de la geografía, mientras en el caso de la historia asignaba ese papel al conocimiento de la cronología; pasaba noches enteras corrigiendo con un lápiz azul los mapas de sus estudiantes o componiendo tablas cronológicas.

– ¡Qué tiempo tan extraordinario hace hoy! –exclamó Nikitin, entrando en su habitación–. No sé cómo puede quedarse usted en casa.

Hipolit Hipolítich era un hombre poco locuaz; o guardaba silencio o decía algún lugar común. En esa ocasión ofreció la siguiente contestación:

– Sí, hace un tiempo estupendo. Estamos en mayo y pronto llegará el verdadero verano. Y el verano no es lo mismo que el invierno. En invierno hay que encender las estufas, mientras que en verano hace calor sin necesidad de encender nada. En verano abres la ventana por la noche y aun así hace calor, mientras que en invierno se ponen marcos dobles y aún así hace frío.

Nikitin se sentó junto a la mesa, pero al cabo de menos de un minuto, sintiéndose aburrido, se puso en pie, bostezó y exclamó:

– ¡Buenas noches! Quería contarle a usted algo romántico que me concierne, pero usted sólo piensa en la geografía. Uno le habla a usted de amor y usted le pregunta por la fecha de la batalla de Kalka. ¡Al diablo con sus batallas y sus cabos siberianos!

– ¿Por qué se enfada usted?

– ¡Estoy harto!

E irritado por no haberse declarado a Maniusa y por no tener con quién hablar de su amor, se fue a su gabinete y se tumbó en el diván. En la estancia reinaban la oscuridad y el silencio. Allí tumbado, mirando las tinieblas, Nikitin empezó a pensar que al cabo de dos o tres años se iría por alguna razón a San Petersburgo; Maniusa le acompañaría a la estación y lloraría; en San Petersburgo recibiría una larga carta de ella en la que le rogaría que regresara a casa lo antes posible. El también la escribiría… Su carta comenzaría así: "Mi querida ratita…".

– Justamente así, mi querida ratita –exclamó y se echó a reír.

No se sentía cómodo en esa postura, de modo que puso un brazo debajo de la cabeza y extendió la pierna izquierda por encima del respaldo del diván. Así se encontró más a gusto. Entre tanto, en la ventana empezó a clarear, en el patio dejaron oír su canto los soñolientos gallos. Nikitin seguía pensando en su regreso de San Petersburgo y en su encuentro en la estación con Maniusa que al verle lanzaría un grito de alegría y se arrojaría sobre su cuello; o mejor aún, él le daría una sorpresa: llegaría de noche en secreto, la cocinera le abriría la puerta, luego iría de puntillas hasta el dormitorio, se desvestiría en silencio y se meterían en la cama. Ella se despertaría y… ¡qué alegría!

Había aclarado ya del todo, pero Nikitin no veía el gabinete ni la ventana, sino la figura de Maniusa que, sentada en el zaguán de la fábrica de cerveza junto a la que habían pasado esa tarde, le decía algo. Luego cogía a Nikitin por el brazo e iba con él al parque de las afueras, donde él volvía a ver los robles y los nidos de los cuervos, semejantes a gorros. Uno de los nidos se movía y tras él asomaba la figura de Shebaldín, que gritaba: "¡No ha leído usted a Lessing!"

Nikitin se estremeció y abrió los ojos. Ante el diván estaba Hipolit Hipolítich que echaba la cabeza hacia atrás y se ponía una corbata.

– Levántese, es hora de ir al trabajo –exclamó–. Y no debe dormir vestido, pues la ropa se estropea. Hay que dormir en la cama, desvestirse…

Y como era su costumbre, se puso a hablar largo y tendido sobre algo que todo el mundo sabía.

A primera hora Nikitin debía dar una clase de gramática rusa al segundo curso. Cuando a las nueve en punto entró en el aula, vio dibujadas sobre la negra pizarra dos grandes letras: M. S. Sin duda hacían referencia a Masha Shélestova.

"Ya han olfateado algo los muy canallas… –pensó Nikitin–. Pero ¿cómo hacen para enterarse de todo?"

A segunda hora debía dar clase de literatura rusa al quinto curso. También allí se encontró con las letras M.S. pintadas en la pizarra, y cuando terminó la lección y salió del aula, tras él resonó un grito, semejante a los que se escuchan en el teatro:

– ¡Hurra! ¡Shélestova!

A causa de haber dormido vestido, se sentía fatigado y le dolía la cabeza. Los estudiantes, que esperaban la interrupción de las clases previa a los exámenes, no hacían nada, languidecían y a causa del aburrimiento se comportaban mal. Nikitin también languidecía, no prestaba atención a las travesuras y no paraba de acercarse a la ventana, desde donde podía ver la calle, fuertemente iluminada por el sol. Por encima de las casas vislumbraba el brillante cielo azul, surcado por algún ave, y en lontananza, más allá de los verdes jardines y de las casas, un espacio vasto e ilimitado, con azulados bosques y el humo de un tren en marcha…

En ese momento, por la calle cubierta por la sombra de las acacias, pasaron dos oficiales con blancas guerreras, blan-

diendo sus látigos; a continuación, montados en un carruaje, unos cuantos judíos, con barbas grises y gorros; luego una institutriz, que llevaba de paseo a la nieta del director... Más tarde Som, que se dirigía a alguna parte en compañía de dos perros callejeros. Finalmente apareció Varia, con un sencillo vestido gris y unas medias rojas, llevando en la mano un ejemplar de *El Mensajero de Europa*. Probablemente, había estado en la biblioteca municipal...

¡Y hasta las tres no terminarían las clases! Además, no podría volver a casa ni visitar a los Shélestov después del colegio, pues tenía que ir a dar clase a casa de Wolf. Wolf era un judío rico, convertido al protestantismo, que no llevaba a sus hijos al instituto, sino que hacía venir a su casa a los profesores, a los que pagaba cinco rublos por lección...

"¡Qué aburrimiento, qué aburrimiento, qué aburrimiento!"

A las tres fue a casa de Wolf, donde tuvo que pasar, según le pareció a él, toda una eternidad. Salió de allí a las cinco y a las siete tuvo que regresar al instituto para participar en una reunión de profesores que debía fijar el horario de los exámenes orales de los cursos cuarto y sexto.

Al final de la tarde, cuando salió del instituto y se dirigió a casa de los Shélestov, el corazón le latía con fuerza y la cara le ardía. Una semana antes, un mes antes, cada vez que se había propuesto declararse, había compuesto un discurso completo, con una introducción y una conclusión, pero en esa ocasión no había preparado ni una sola palabra; todo se había confundido en su cabeza y sólo tenía claro que ese día *obligatoriamente* se declararía, sin esperar a una siguiente oportunidad.

"Le pediré que vayamos al jardín –pensaba–, pasearemos un poco y luego me declararé".

En el vestíbulo no había nadie; entró en el salón, luego en la sala... También esas estancias estaban desiertas. Oyó la voz de Varia, que discutía con alguien en la planta de arriba; también llegaron hasta él los golpes que la costurera daba con las tijeras en el cuarto de los niños.

Había una habitación en la casa que recibía tres nombres distintos: cuarto pequeño, cuarto oscuro y pasillo. En ella había un armario viejo y grande con medicamentos, pólvora y accesorios de caza, y una estrecha escalera de madera, siempre con gatos adormilados en sus peldaños, que conducía a la planta de arriba. De las dos puertas de la estancia, una de ellas llevaba a la habitación de los niños y la otra a la sala. Cuando Nikitin entró en ese cuarto para subir a la planta de arriba, la puerta de la habitación de los niños se abrió de repente y golpeó con tanta fuerza en la pared, que la escalera y el armario temblaron; Maniusa, con un vestido oscuro, llevando un pedazo de tela azul en las manos, apareció en el umbral y, sin advertir la presencia de Nikitin, se abalanzó sobre la escalera.

– Espere... –la detuvo Nikitin–. Hola, Godefroi... Permítame...

Jadeaba y no sabía qué decir; con una mano tenía cogida su mano y con la otra la tela azul. Ella, medio asustada y medio sorprendida, le miraba fijamente a los ojos.

– Permítame... –continuó Nikitin, temiendo que se fuera–. Necesito decirle algo... Sólo que... éste no es el lugar apropiado. No puedo, no estoy en condiciones... Compréndalo, Godefroi, no puedo... eso es todo...

El tejido azul cayó al suelo y Nikitin cogió la otra mano de Maniusa. Ella palideció y movió los labios; luego se apartó de Nikitin y se refugió en el rincón que quedaba entre la pared y el armario.

– Le doy mi palabra de honor, se lo aseguro... –exclamó en voz baja–. Maniusa, le doy mi palabra de honor...

Ella echó la cabeza hacia atrás y él le besó los labios; para que ese beso se prolongara más, él apoyó los dedos en sus mejillas; pero poco después él mismo fue a parar al rincón entre el armario y la pared y ella rodeó su cuello con las manos y apretó la cabeza contra su barbilla.

Luego salieron corriendo al jardín.

Los Shélestov tenían un jardín grande, de cuatro hectáreas, en el que crecían decenas de viejos arces y tilos; había un abeto, un castaño silvestre y un olivo plateado; el resto eran árboles frutales: cerezos, manzanos y perales... Había también muchas flores.

Nikitin y Maniusa corrieron en silencio por las alamedas, rieron, se hicieron alguna pregunta entrecortada que quedó sin respuesta. Una media luna brillaba sobre el jardín. En el suelo, junto a la hierba oscura, débilmente iluminada por esa luna creciente, se estiraban los soñolientos tulipanes y los lirios, como si también ellos desearan oír palabras de amor.

Cuando Nikitin y Maniusa regresaron a la casa, los oficiales y las señoritas se habían reunido ya y bailaban la mazurca. De nuevo Polianski condujo el *grand-rond* por todas las habitaciones; de nuevo, después del baile, jugaron "al destino". Antes de la cena, cuando los invitados pasaron del salón al comedor, Maniusa se quedó a solas con Nikitin, se apretó contra él y le dijo:

– Habla tú con papa y con Varia. A mí me da vergüenza...

Después de la cena Nikitin habló con el anciano. Tras escucharle, Shélestov se quedó pensativo durante unos instantes y finalmente exclamó:

– Le estoy muy agradecido por el honor que nos hace a mi hija y a mí, pero permítame que le hable como un amigo.

No me vea como un padre, sino como un caballero que conversa con otro caballero. Dígame, por favor, ¿por qué quiere casarse tan pronto? Sólo los campesinos se casan tan jóvenes, y en su caso ya se sabe que se trata de un acto de villanía. En cambio usted, ¿qué razón tiene para actuar así? ¿Qué placer encuentra en ponerse una cadena a su edad?

– ¡Yo ya no soy joven! –se ofendió Nikitin–. Estoy a punto de cumplir veintisiete años.

– ¡Papá, ha llegado el veterinario! –gritó Varia desde otra habitación.

Y la conversación se interrumpió. Varia, Maniusia y Polianski acompañaron a Nikitin a casa. Cuando llegaron ante la puerta, Varia preguntó:

– ¿Por qué su misterioso Mitropolit Mitropolítich no se deja ver en ningún sitio? Podría venir a visitarnos.

Cuando Nikitin entró en su apartamento, el misterioso Hipolit Hipolítich estaba sentado en la cama, quitándose los pantalones.

– ¡No se vaya todavía a la cama, amigo! –le dijo Nikitin, jadeando–. ¡Espere unos minutos!

Hipolit Hipolítich se puso con premura los pantalones y le preguntó alarmado:

– ¿Qué pasa?

– ¡Me voy a casar!

Nikitin se sentó al lado de su colega y mirándole con sorpresa, como si él mismo estuviera sorprendido, exclamó:

– ¡Imagínese, me voy a casar! ¡Con Masha Shélestova! Hoy he pedido su mano.

– Bueno, parece una buena chica. Pero es muy joven.

– ¡Sí, es muy joven! –suspiró Nikitin y encogió los hombros con aire de preocupación–. ¡Extremadamente joven!

– Fue alumna mía. La conozco. No sacaba malas notas en

geografía, pero fallaba en historia. Y no prestaba atención en clase.

Nikitin experimentó una repentina pena por su colega y sintió deseos de decirle algo amable y consolador.

– ¿Por qué no se casa usted, amigo? –le preguntó–. Por ejemplo, Hipolit Hipolítich, ¿por qué no se casa con Varia? ¡Es una muchacha encantadora, extraordinaria! Es verdad que le gusta mucho discutir, pero tiene un corazón… ¡Qué corazón tiene! Acaba de preguntar por usted. ¡Cásese con ella, amigo! ¿Eh?

Nikitin sabía perfectamente que Varia no aceptaría nunca a ese hombre aburrido, de nariz chata, pero aun así trataba de convencerlo para que se casara con ella. ¿Por qué?

– El matrimonio es un paso muy serio –exclamó Hipolit Hipolítich, tras unos instantes de meditación–. Hay que tener en cuenta todos los aspectos, sopesar todas las consecuencias; no puede uno casarse así. La prudencia nunca está de más, especialmente en el caso del matrimonio, cuando el hombre deja de ser soltero e inicia una nueva vida.

E inició su habitual retahíla de lugares comunes. Nikitin, entonces, dejó de escucharle, le deseó las buenas noches y se fue a su habitación. Se desvistió con premura y se metió en la cama, deseoso de pensar en su felicidad, en Maniusa, en el futuro. Luego sonrió, pero de pronto recordó que todavía no había leído a Lessing.

"Tengo que leerlo… –pensó–. No obstante, ¿por qué debo hacerlo? ¡Que se vaya al diablo!"

Fatigado por su propia felicidad, se quedó pronto dormido y no dejó de sonreír hasta la mañana.

Durante el sueño oyó un rumor de cascos de caballo sobre un suelo de madera y vio cómo sacaban del establo primero al negro Conde Nulin, luego al blanco Gigante y finalmente a su hermana Maika…

II

"En la iglesia había mucha gente y reinaba un gran alboroto; en una ocasión, el sacerdote que nos estaba casando a Maniusia y a mí, miró a la multitud a través de sus gafas y exclamó con severidad:

– No paseen por la iglesia ni hagan ruido. Quédense en sus sitios y guarden silencio. Hay que tener temor de Dios.

Como padrinos míos actuaron dos amigos, mientras a Mania la asistieron el capitán ayudante Polianski y el teniente Gernet. El coro del obispo cantó de forma extraordinaria. El chisporroteo de las velas, el esplendor, los fastuosos ropajes, los oficiales, los rostros alegres y satisfechos, el aire de especial levedad de Mania, el ambiente general y las palabras de las oraciones nupciales me conmovieron hasta las lágrimas, me traspasaron con su solemnidad. Yo pensaba: ¡cómo ha florecido mi vida, qué poética y hermosa se ha vuelto en los últimos tiempos! Dos años antes era todavía un estudiante, vivía en un alojamiento barato de la avenida Neglinny, sin dinero, sin deudos y, según me parecía entonces, sin futuro. Ahora soy profesor de instituto en una de las mejores ciudades del distrito, gozo de una buena posición, soy un hombre querido, mimado. Esta multitud se ha reunido por mí, pensaba; por mí arden tres candelabros, ruge el archidiácono, se esmeran los cantantes; por mí esta joven criatura, que pronto será llamada mi mujer, tiene un aspecto tan lozano, tan elegante, tan feliz. Recordé los primeros encuentros, nuestros paseos por los alrededores de la ciudad, mi declaración y el tiempo que, congraciado con nuestra dicha, fue espléndido durante todo el verano; y sentía que estaba experimentando, que estaba tomando en mis manos, esa felicidad que en el pasado, en mis tiempos de la avenida Neglinny, sólo me parecía posible en las novelas y los relatos.

Después de la boda, todos se arremolinaron desordenadamente alrededor de Mania y de mí, nos expresaron su sincera alegría, nos felicitaron y nos desearon felicidad. El general de la brigada, un viejo de casi setenta años, felicitó sólo a Maniusa, y con una una voz senil y chillona, que resonó en toda la iglesia, le dijo:

– Espero, querida, que después de la boda siga pareciendo usted tan lozana como un capullo de rosa.

Los oficiales, el director y todos los profesores sonreían, pues así lo requería el evento; también mi rostro lucía una sonrisa artificial y satisfecha. El querido Hipolit Hipolítich, profesor de historia y geografía, infatigable urdidor de lugares comunes, me apretó la mano con fuerza y me dijo con sentimiento:

– Hasta el día de hoy ha sido usted soltero y ha vivido solo; ahora está usted casado y debe vivir en pareja.

Abandonamos la iglesia y nos dirigimos a la casa de dos plantas sin enjalbegar que había recibido como dote. También me habían correspondido unos veinte mil rublos en efectivo y un terreno con una choza llamado el erial de Melitón en el cual, según me dijeron, había muchas gallinas y patos que se habían asilvestrado, pues nadie se ocupaba de ellos. Cuando llegamos a la casa me desperecé, me tumbé en el diván turco que había en mi nuevo gabinete y me fumé un cigarro; nunca en mi vida había sentido tal comodidad, despreocupación y ligereza. En ese momento los invitados gritaron '¡hurra!' y una pésima banda empezó a tocar una música infame en el vestíbulo. Varia, la hermana de Mania, entró corriendo en el gabinete con una copa en la mano; lucía una expresión extraña y rígida, como si tuviera la boca llena de agua; aparentemente, tenía intención de seguir corriendo, pero de pronto empezó a reírse a carcajadas y después prorrumpió en sollozos, mientras la copa caía de sus manos y chocaba

contra el suelo. La cogimos por los brazos y la sacamos de la habitación.

– ¡Nadie puede comprenderlo! –murmuraba más tarde, tumbada en la cama de la nodriza, en el otro extremo de la casa–. ¡Nadie, nadie! ¡Dios mío, nadie puede comprenderlo!

Varia era cuatro años mayor que su hermana Mania y sin embargo no se había casado. Todos entendieron que sus lágrimas no estaban motivadas por los celos, sino por la triste conciencia de que su tiempo pasaba, de que quizás había ya pasado. Cuando empezó la cuadrilla, Varia estaba ya de vuelta en el salón, con el rostro lloroso y muy empolvado; vi cómo el capitán ayudante Polianski sostenía ante ella un platito con helado del que ella comía con una cucharilla…

Son más de las cinco de la mañana. Tomé el diario con la intención de consignar en él mi absoluta y completa felicidad; pensaba escribir unas seis líneas y leérselas mañana a Mania, pero, cosa extraña, en mi cabeza todo se ha confundido y se ha vuelto nebuloso como un sueño; lo único que recuerdo con claridad es el episodio de Varia y sólo siento ganas de escribir: ¡pobre Varia! De modo que aquí sigo sentado, escribiendo: ¡pobre Varia! Los árboles han empezado a susurrar, anunciando lluvia; graznan los cuervos y mi Mania, que acaba de quedarse dormida, tiene una expresión bastante triste".

Después de esa fecha, Nikitin pasó mucho tiempo sin tocar su diario. En los primeros días de agosto tuvo muchas recuperaciones y exámenes de ingreso, y a mediados de mes comenzaron de nuevo las clases. Por lo general, se dirigía al instituto a las nueve y ya a las diez empezaba a echar de menos a Mania y su nueva casa, y no paraba de mirar el reloj. En los cursos inferiores ordenaba que uno de los muchachos dictara, y mientras los niños escribían, él se sentaba junto a la ventana, cerraba los ojos y soñaba; ya pensara en el futuro o

recordara el pasado, las imágenes siempre eran hermosas y parecían sacadas de un cuento de hadas. En los cursos superiores leían en voz alta a Gógol o la prosa de Pushkin; esa lectura le causaba sueño y hacía que su imaginación se poblara de personas, de árboles, de campos y de caballos; finalmente exclamaba con un suspiro, como fascinado por el autor:

– ¡Extraordinario!

Durante la pausa principal, Mania le enviaba el almuerzo envuelto en una servilleta blanca como la nieve; él comía los alimentos con lentitud y mesura, tratando de prolongar ese placer, mientras Hipolit Hipolítich, que por lo general sólo tomaba un bollo, le miraba con respeto y envidia y profería alguna trivialidad, del tipo:

– El hombre no puede vivir sin comida.

Después de la escuela, Nikitin acudía a sus lecciones privadas y cuando finalmente regresaba a casa, después de las cinco, sentía tanta alegría y emoción como si hubiera pasado fuera de casa un año entero. Se abalanzaba jadeante sobre la escalera, y cuando se encontraba con Mania, la abrazaba, la besaba, le juraba que la amaba y que no podía vivir sin ella, afirmaba que la había echado muchísimo de menos y con preocupación le preguntaba si se sentía bien y por qué tenía una expresión tan triste. Luego comían juntos. Después de la comida, él se tumbaba en el diván del gabinete y fumaba un cigarro, mientras ella se sentaba a su lado y le contaba algo en voz baja.

Los días más felices eran ahora los domingos y las jornadas festivas, que le permitían quedarse en casa de la mañana a la noche. Esos días compartía una vida sencilla y extraordinariamente grata, que le recordaba los idilios pastoriles. Observaba cómo su sensata y hacendosa Mania construía su nido, mientras él, deseando demostrar que no estaba de más en

la casa, realizaba alguna actividad innecesaria; por ejemplo, sacaba del cobertizo el charabán y lo miraba por los cuatro costados. Con sólo tres vacas, Maniusia había organizado una verdadera granja. En el sótano y en la despensa tenía muchos cántaros con leche y pucheros con nata agria, que guardaba para hacer mantequilla. A veces, entre bromas, Nikitin le pedía un vaso de leche; ella se asustaba ante esa quiebra de la rutina, pero él la abrazaba sonriendo y le decía:

– Bueno, bueno, sólo era una broma, tesoro mío. ¡Sólo era una broma!

O se reía de su severidad cuando ella, tras encontrar en el armario un trozo de mortadela o queso pasado, duro como una piedra, decía con aire estricto:

– Esto pueden comerlo en la cocina.

Él le hacía ver que esas sobras sólo valían para ponerlas en una ratonera; ella, entonces, trataba de demostrarle con calor que los hombres no entendían nada del cuidado de la hacienda, que se podían enviar cincuenta kilos de comida a la cocina y aun así los criados no se sorprenderían; Nikitin se mostraba de acuerdo con ella y, arrobado, la abrazaba. Cuando Maniusa profería un comentario sensato, él lo juzgaba extraordinario, asombroso; y si las palabras de su mujer contradecían sus propias convicciones, las consideraba ingenuas y conmovedoras.

A veces le daba por filosofar y se ponía a emitir juicios sobre algún tema abstracto; ella, entonces, le escuchaba y le miraba a la cara con curiosidad.

– Soy enormemente feliz contigo, cariño –decía él, rozando sus dedos o deshaciendo su trenza y componiéndola luego–. Pero no considero mi felicidad como algo que haya caído casualmente sobre mí, como llovido del cielo. Esa felicidad es un fenómeno completamente natural, consistente y

perfectamente lógico. Creo que el hombre es responsable de su propia felicidad, de modo que ahora estoy disfrutando de lo que yo mismo me he labrado. Sí, puedo decirlo sin falsa modestia: esta felicidad la he creado yo mismo y tengo un poder absoluto sobre ella. Ya conoces mi pasado. Orfandad, pobreza, una infancia desgraciada, una juventud triste: todo eso era una lucha, un camino hacia esa felicidad...

En el mes de octubre el instituto sufrió una dolorosa pérdida: Hipolit Hipolítich enfermó de erisipela en la cabeza y falleció. Durante los dos días previos a la muerte estuvo inconsciente y no dejó de delirar; pero ni siquiera entonces profirió otra cosa que lugares comunes:

– El Volga desemboca en el mar Caspio... Los caballos comen avena y heno.

El día de su entierro no hubo clases en el instituto. Sus compañeros y los estudiantes llevaron el ataúd y la tapa; durante todo el camino al cementerio el coro del instituto estuvo cantando "Santo es el Señor". En la procesión tomaron parte tres sacerdotes, dos diáconos, todos los chicos del instituto y el coro del obispo con sus caftanes de gala. Al ver un cortejo tan solemne, los caminantes con los que se cruzaban se persignaban y decían:

– Concédenos, Señor, una muerte como ésta.

Nada más regresar del cementerio, el conmovido Nikitin tomó su diario de la mesa y escribió:

"Acabamos de enterrar a Hipolit Hipolítovich Ryzhitski.

¡Descansa en paz, humilde trabajador! Mania, Varia y todas las mujeres que acudieron al entierro vertieron sinceras lágrimas, tal vez porque sabían que ninguna mujer amó nunca a ese hombre apocado y anodino. Tenía intención de pronunciar unas palabras de afecto ante la tumba de mi compañero, pero me advirtieron de que eso podía disgustar al director,

ya que no apreciaba al difunto. Creo que es el primer día desde la boda en que me siento deprimido…”.

Ése fue el único suceso de relevancia que se produjo durante el curso escolar.

El invierno fue suave, poco pródigo en heladas, abundante en nieve húmeda; durante el Día de Reyes, por ejemplo, toda la noche estuvo soplando tristemente un viento otoñal y el agua goteó de los tejados; por la mañana, durante la Consagración de las Aguas, la policía no permitió que nadie paseara por el río helado, ya que, según decían, el hielo se había hinchado y parecía oscuro. No obstante, a pesar del mal tiempo, Nikitin vivía tan feliz como en verano; incluso se había aficionado a un nuevo entretenimiento: había aprendido a jugar al bridge. Sólo una cosa le preocupaba, le enfadaba y le impedía ser completamente feliz: los gatos y los perros que había recibido como parte de la dote. Las habitaciones, especialmente por las mañanas, olían como una casa de fieras; y no había manera de combatir ese olor. Los gatos a menudo se peleaban con los perros. La malvada Mushka comía diez veces al día; además, seguía sin reconocer a Nikitin y cuando lo veía refunfuñaba:

“Rrr…nga-nga-nga…”

Una noche, durante la cuaresma, Nikitin se dirigía a casa procedente del club, donde había estado jugando a las cartas. Llovía; la calle estaba oscura y cubierta de barro. Sintió un regusto amargo en el alma, cuyo origen no acertaba a determinar: ¿acaso se debía a los doce rublos que había perdido en el club? ¿O bien a que, cuando estaban haciendo cuentas, uno de los jugadores dijo que Nikitin nadaba en oro, en clara referencia a su dote? No le importaban nada esos doce rublos ni consideraba ofensivas las palabras de aquel jugador, pero sentía cierto malestar. Ni siquiera le apetecía volver a casa.

– ¡Oh, qué terrible! –exclamó, deteniéndose junto a un farol.

Empezó a pensar que no se dolía de esos doce rublos porque no le habían costado nada. Si fuera un trabajador, conocería el valor de cada kopek y no se mostraría indiferente ante las pérdidas y las ganancias del juego. Tampoco su felicidad, meditaba, le había costado nada; en realidad era una suerte de lujo, algo así como una medicina para un hombre sano; si él, como la gran mayoría de los hombres, tuviera que preocuparse por cada pedazo de pan y luchar por la existencia; si le dolieran la espalda y el pecho a causa del trabajo, entonces su cena, su cálido y confortable apartamento y su felicidad doméstica serían una necesidad, un premio, un adorno de su vida; en cambio, en su caso, todo eso tenía un significado extraño y borroso.

– ¡Oh, qué terrible! –repitió, comprendiendo que esos juicios constituían una mala señal.

Cuando llegó a casa, Mania estaba ya en la cama. Respiraba con regularidad y sonreía, disfrutando, por lo visto, de su sueño. A su lado, ronroneando, hecho un ovillo, había un gato blanco. Mientras Nikitin encendía una vela que después acercó a su cigarro, Mania se despertó y, sedienta, bebió un vaso de agua.

– Me he dado un atracón de mermelada –dijo y se echó a reír–. ¿Has visitado a la familia? –le preguntó, tras unos instantes de silencio.

– No, no he estado allí.

Nikitin sabía que el capitán ayudante Polianski, en quien Varia había depositado muchas esperanzas en los últimos tiempos, había recibido el traslado a uno de los distritos occidentales, y ahora visitaba a sus conocidos para despedirse, razón por la cual en casa de su suegro se respiraba una cierta tristeza.

– Esta tarde ha estado aquí Varia –dijo Mania, sentándose en la cama–. No me ha dicho nada, pero en la expresión de su cara se veía que estaba deprimida, la pobre. No puedo soportar a Polianski. Es gordo, adiposo y cuando anda o baila sus mejillas tiemblan... No es mi tipo. No obstante, lo consideraba una persona decente.

– Yo sigo considerándole una persona decente.

– ¿Y por qué se ha portado tan mal con Varia?

– ¿En qué se ha portado mal? –preguntó Nikitin, irritado por la presencia del gato blanco, que se estiraba y arqueaba la espalda–. En lo que yo sé, nunca hizo ninguna proposición ni ninguna promesa.

– ¿Y por qué iba tanto por casa? Si no tenía intención de casarse, mejor hubiera hecho en no visitarnos.

Nikitin apagó la vela y se metió en la cama. Pero no tenía ganas de dormir ni se encontraba cómodo tumbado. Le parecía que su cabeza era un vasto y vacío granero, por el que vagaban como largas sombras pensamientos nuevos y bastante extraños. Consideraba que además de la suave luz de la mariposa, que iluminaba su tranquila felicidad conyugal, además de ese pequeño mundo en que tanto él como el gato vivían con tal serenidad y blandura, había otro mundo... Sintió un repentino, acuciante y doloroso deseo de conocer ese otro mundo, de trabajar en alguna fábrica o un gran taller, de hablar desde la cátedra, de componer obras, de publicar, de hacer ruido, de extenuarse, de sufrir... Sintió deseos de que algo le hiciera olvidarse de sí mismo y le volviera indiferente hacia su felicidad personal, con sus monótonas sensaciones. Y en su imaginación surgió de pronto la imagen viva del rasurado Shebaldín, exclamando con horror:

"¡Ni siquiera ha leído usted a Lessing! ¡Qué atrasado está usted! ¡Dios mío, cómo se ha echado a perder!"

Mania volvió a beber agua. Él miró su cuello, sus sólidos hombros y su pecho, y recordó las palabras que aquel general de brigada había pronunciado en la iglesia: capullo de rosa.

– Capullo de rosa –murmuró y se echó a reír.

En respuesta a esa risa, la soñolienta Mushka empezó a gruñir desde debajo de la cama:

"Rrr… nga-nga-nga…".

Un intenso y frío sentimiento de cólera parecía martillear su alma; sintió deseos de decirle a Mania algo rudo, e incluso de saltar de la cama y golpearla. Su corazón empezó a latir con fuerza.

– De modo –exclamó, tratando de contenerse– que por el simple hecho de visitar vuestra casa, yo estaba obligado a casarme contigo.

– Así es. Lo sabes perfectamente.

– Delicioso.

Al cabo de un minuto repitió:

– Delicioso.

No queriendo decir algo de lo que pudiera arrepentirse y buscando el modo de calmar sus emociones, Nikitin se fue a su gabinete y se tumbó en el diván, sin poner una almohada debajo; luego se echó en el suelo, sobre la alfombra.

"¡Qué tontería!" –se dijo, tratando de tranquilizarse–. "Eres profesor, desempeñas una de las más nobles tareas… ¿Qué necesidad tienes de otro mundo? ¡Qué disparate!"

Pero al instante le asaltó la certidumbre de que él en absoluto era un profesor, sino un funcionario tan mediocre e impersonal como el profesor de griego, un checo; nunca había tenido vocación por la enseñanza, carecía de conocimientos de pedagogía, que no le había interesado nunca, y no sabía dirigirse a los alumnos; desconocía el significado de sus enseñanzas; quizás incluso estuviera enseñando conceptos equivoca-

dos. El difunto Hipolit Hipolítich era manifiestamente estúpido, pero todos los compañeros y alumnos sabían quién era y qué podían esperar de él; en cambio él, lo mismo que ese checo, había sabido ocultar su estupidez y había engañado hábilmente a todos pretendiendo que, gracias a Dios, todo era como debía ser. Esos nuevos pensamientos asustaban a Nikitin, que renegaba de ellos, los juzgaba estúpidos, los atribuía a su nerviosismo y pensaba que pronto se reiría de sí mismo...

En realidad, por la mañana ya se burlaba de aquel estado de nervios de la víspera y se decía que se había comportado como un cobarde, pero al mismo tiempo era consciente de que la paz de su espíritu había desaparecido, probablemente para siempre, y que en esa casa de dos plantas con paredes sin enjalbegar le resultaba imposible alcanzar la felicidad. Sentía que la ilusión se había esfumado y que había comenzado una vida nueva, desasosegada, consciente, incompatible con la paz de su espíritu y la felicidad personal.

Al día siguiente, domingo, acudió a la capilla del instituto y se encontró allí con el director y sus compañeros. Le pareció que todos se ocupaban exclusivamente de ocultar su ignorancia y su insatisfacción; también él, para que no percibieran su intranquilidad, sonreía afablemente y decía naderías. Luego se dirigió a la estación y contempló la llegada y la partida del tren correo, satisfecho de su soledad y de no tener que hablar con nadie.

En casa se encontró con su suegro y con Varia, que habían ido a comer. Varia tenía los ojos llorosos y se quejaba de dolor de cabeza. Shélestov comió mucho y habló de que los jóvenes actuales no eran dignos de confianza y tenían muy poco de caballeros.

– ¡Es una villanía! –exclamó–. Así se lo diré a la cara: ¡eso es una villanía, señor!

Nikitin sonrió afablemente y ayudó a Mania a entretener a los invitados, pero después de la comida se encerró en su gabinete.

El sol de marzo lucía con fuerza y algunos calurosos rayos caían sobre la mesa a través de los vidrios de las ventanas. Sólo estaban a día veinte, pero los trineos habían dejado paso al tráfico rodado y en el jardín piaban los estorninos. Tenía la sensación de que Maniusa entraría de un momento a otro, pondría una mano alrededor de su cuello, le diría que los caballos o el charabán habían sido llevados al porche y le preguntaría qué ropa ponerse para no pasar frío. Había empezado la primavera, igual de maravillosa que el año anterior, prometiendo las mismas alegrías… Pero Nikitin pensaba en lo agradable que sería pedir una licencia, marcharse a Moscú y hospedarse en su antiguo alojamiento de la avenida Neglinny. En la habitación contigua bebían café y hablaban del capitán ayudante Polianski, mientras él trataba de no escuchar y escribía en su diario: "¿Dónde estoy, Dios mío? Me cercan la vulgaridad y la trivialidad. Gentes aburridas y mezquinas, pucheros con nata agria, cántaros de leche, cucarachas, mujeres estúpidas… No hay nada más terrible, ofensivo y mortificante que la trivialidad. ¡Tengo que escapar a alguna parte, tengo que escapar hoy mismo o me volveré loco!".

1894

EN CASA DE LOS AMIGOS

Una mañana llegó la siguiente carta:

> "Querido Misha, nos ha olvidado usted completamente, venga pronto, tenemos ganas de verle. Ambas le pedimos de rodillas que se presente hoy mismo y nos muestre su bello rostro. Le esperamos con impaciencia.
>
> Ta y Va.
>
> Kuzminki, 7 de julio".

La carta era de Tatiana Alekséievna Lóseva, a la que diez o doce años antes, cuando Podgorin vivía en Kuzminki, llamaban por el diminutivo de Ta. ¿Pero quién era Va? Podgorin recordó largas conversaciones, alegres sonrisas, romances, paseos nocturnos y un jardín florido de muchachas y jóvenes mujeres que vivían entonces en Kuzminki y los alrededores; recordó también a Varia o Varvara Pávlovna, con su rostro sencillo, vivo e inteligente, salpicado de pecas, que tan bien armonizaban con sus cabellos rojizos. Desde que se había licenciado en la escuela de medicina, trabajaba en una fábrica cerca de Tula y ahora, por lo visto, estaba de visita en Kuzminki.

"¡Querida Va! –pensó Podgorin, entregándose a sus recuerdos–. ¡Qué hermosa es!".

Tatiana, Varia y él tenían aproximadamente la misma edad; pero en aquella época él no era más que un estudiante, mientras ellas estaban consideradas muchachas adultas y casaderas; por eso le habían tratado entonces como a un simple muchacho. También ahora, a pesar de que ejercía como abogado y sus cabellos habían empezado a encanecer, seguían llamándole Misha, pensaban que era un hombre joven y aseguraban que tenía muy poca experiencia de la vida.

Les tenía a ambas mucho cariño, pero parecía apreciarlas más como un recuerdo que como una realidad. El presente le resultaba incomprensible, ajeno y extraño. También le resultaba ajena esa carta breve y juguetona, cuya redacción, probablemente, había llevado mucho tiempo y esfuerzo; además, mientras Tatiana la escribía, su marido Serguéi Serguéich debía haber estado observándola desde detrás de la silla... La hacienda de Kuzminki había pasado a propiedad de Tatiana sólo seis años antes, tras la boda, pero ese mismo Seguéi Serguéich ya había tenido tiempo de arruinarla, y ahora, cada vez que había que realizar un pago al banco o hacer frente a una hipoteca, requerían el consejo de Podgorin en su calidad de jurista; además, ya le habían pedido dinero prestado en dos ocasiones. Era evidente que también ahora buscaban de él dinero o un consejo.

Ya no se sentía tan atraído por Kuzminki como antes. El lugar le causaba tristeza. Las sonrisas, el ruido, los rostros alegres y despreocupados y las entrevistas a la silenciosa luz de la luna se habían esfumado; y lo más importante, la juventud había pasado; por ello, probablemente, todos esos sucesos sólo resultaban fascinantes en el recuerdo... Además de Ta y Va, estaba también allí Na, Nadiezhda, hermana de Tatiana, a la que entre bromas y veras llamaban su novia. Había crecido ante sus ojos, y todos pensaban que se casarían; de hecho, en

el pasado había estado enamorado de ella y había pensado en pedir su mano, pero ella ya tenía veinticuatro años y él seguía sin proponerle matrimonio...

"Qué extraño cómo ha resultado todo –pensaba, al tiempo que, turbado, volvía a leer la carta–. Pero si no voy, se sentirán ofendidos..."

El hecho de no haber visitado a los Lósev desde hacía tanto tiempo le pesaba en la conciencia como una piedra. Después de pasearse por la habitación, pensando en aquel asunto, logró vencer sus reticencias y decidió pasar con ellos dos o tres días, para acabar con esa sensación de culpa y sentirse libre y tranquilo al menos hasta el próximo verano. Después del desayuno se dirigió a la estación de Brest, no sin antes informar a los criados de que pasaría fuera tres días.

Desde Moscú a Kuzminki había dos horas de tren y desde la estación a la hacienda veinte minutos en coche. Ya desde la estación se veía el bosque de Tatiana y tres altas y estrechas dachas que Lósev, ocupado durante los primeros años de matrimonio en toda suerte de negocios, había empezado a construir y no había terminado. Esas tres dachas y otras empresas económicas le habían arruinado, así como sus frecuentes viajes a Moscú, donde almorzaba en el "Bazar Eslavo", cenaba en el "Ermitage" y terminaba el día en la calle Malaia Bronnaia o en un local de gitanos llamado "El Matadero" (a eso lo llamaba "sacudirse el polvo"). También Podgorin bebía, a veces en grandes cantidades, y frecuentaba mujeres de toda condición, pero lo hacía sin ganas, con indiferencia, sin experimentar ningún tipo de placer; se sentía disgustado cuando en su presencia alguien se entregaba a esas actividades con pasión, y no comprendía a las personas que se sentían más a gusto en "El Matadero" que en su propio hogar, en compañía de mujeres decentes; esos hombres le disgustaban. Le parecía que toda

suerte de suciedad se adhería a ellos como lamparones. No le gustaba Lósev, al que consideraba un hombre poco interesante, perezoso, sin ningún tipo de habilidad, y en su compañía más de una vez había experimentado una sensación de repugnancia…

Detrás del bosque le estaban esperando Serguéi Serguéich y Nadiezhda.

– Querido, ¿por qué nos ha olvidado de este modo? –exclamó Serguéi Serguéich, besándole tres veces y poniendo ambas manos alrededor de su cintura–. Ya no nos quiere usted, amigo.

Tenía rasgos marcados, nariz gruesa, barba dorada y rala; se peinaba los cabellos hacia un lado, como los comerciantes, para parecer un ruso sencillo y típico. Cuando hablaba, lanzaba el aliento a la cara de su interlocutor, y cuando guardaba silencio respiraba pesadamente, por la nariz. Su obesidad y su costumbre de comer en exceso le causaban frecuentes ahogos; para respirar con menos agobios abombaba su pecho, lo que le daba cierto aire de altivez. A su lado estaba Nadiezhda, su cuñada, con su apariencia etérea. Era una joven rubia, pálida, esbelta, con ojos bondadosos y tiernos; Podgorin no sabría decir si era bella o no, ya que la conocía desde la infancia y estaba acostumbrado a su aspecto. Llevaba un vestido blanco, con el cuello descubierto; la visión de ese cuello blanco, largo y desnudo le resultaba nueva y no del todo agradable.

– Mi hermana y yo estamos esperándole desde por la mañana –exclamó–. Varia está con nosotros y también le espera a usted.

Le cogió del brazo, se echó a reír sin razón alguna y dejó escapar un ligero grito de alegría, como si un pensamiento agradable hubiera pasado de pronto por su cabeza. El campo con el centeno florido, inmóvil en el sereno aire, y el bosque

iluminado por el sol tenían un hermoso aspecto; parecía como si Nadiezhda no hubiera reparado en esos detalles hasta ahora, cuando paseaba con Podgorin.

– Sólo puedo quedarme tres días con ustedes –exclamó–. Deben perdonarme, pero no he podido salir antes de Moscú.

– Eso no está bien, no está bien, nos ha olvidado usted completamente –dijo Serguéi Serguéich en tono de cariñoso reproche–. *Jamais de ma vie!* –exclamó de pronto, chasqueando los dedos.

Solía sorprender a su interlocutor pronunciando alguna frase que no guardaba la menor relación con la conversación, al tiempo que chasqueaba los dedos. Y siempre estaba imitando a alguien; si ponía los ojos en blanco, echaba hacia atrás sus cabellos con negligencia o hablaba con entusiasmo, eso significaba que la noche anterior había estado en el teatro o había participado en una cena, donde se habían pronunciado discursos. Ahora caminaba como un gotoso, con pasos menudos, sin doblar las rodillas; probablemente también imitaba a alguien.

– Sabe, Tania pensaba que no vendría usted –exclamó Nadiezhda–. Pero Varia y yo teníamos un presentimiento; por alguna razón, yo sabía que vendría usted en este tren.

– *Jamais de ma vie!* –repitió Serguéi Serguéich.

Las señoras estaban esperando en la terraza del jardín. Diez años antes, Podgorin, en aquel entonces sólo un estudiante pobre, había dado clases de matemáticas e historia a Nadiezhda a cambio del alojamiento y la pensión; también había enseñado latín a Varia, que en esa época cursaba estudios de medicina. En cuanto a Tania, ya entonces una muchacha hermosa y adulta, no pensaba en otra cosa que en el amor y la felicidad, anhelaba apasionadamente esos logros, y languidecía en espera de un pretendiente, con quien soñaba

día y noche. También ahora, ya con más de treinta años, igual de hermosa y lozana, vestida con un amplio *peignoir*, con sus brazos blancos y llenos, sólo pensaba en su marido y sus dos hijas. Su expresión parecía decir que, aunque estaba allí charlando y sonriendo, seguía en guardia, velando por su amor y su derecho a ese amor, dispuesta a lanzarse en todo momento sobre cualquier enemigo que pretendiera arrebatarle a su marido y a sus hijas. Amaba con todas sus fuerzas y pensaba que era correspondida de la misma manera, pero los celos y el temor por las hijas la atormentaban sin descanso y le impedían ser feliz.

Después de un ruidoso encuentro en la terraza, todos los presentes, excepto Serguéi Serguéich, pasaron a la habitación de Tatiana. Las cortinas corridas impedían el paso de los rayos del sol y dejaban la habitación en penumbra, de modo que todas las rosas de un enorme ramo parecían del mismo color. Hicieron que Podgorin se sentara en una vieja butaca, junto a la ventana, mientras Nadezhda se acomodaba en un escabel bajo, a sus pies. Podgorin sabía que además de los amistosos reproches, las bromas y las risas, que tanto le recordaban su pasado, se produciría una desagradable conversación sobre letras de cambio e hipotecas: esa situación era inevitable; por ese motivo consideró que lo mejor sería hablar de esos asuntos en ese mismo momento, sin mayores demoras; acabar con ellos cuanto antes y después salir al jardín, al aire libre…

– ¿No sería mejor que habláramos primero de negocios? –exclamó–. ¿Qué novedades hay en Kuzminki? ¿No hay nada podrido en el reino de Dinamarca?

– Las cosas no van bien en Kuzminki –respondió Tatiana y suspiró tristemente–. Ah, la situación es tan mala, tan mala, que no creo que pudiera ser peor –exclamó y paseó agita-

da por la habitación–. Nuestra hacienda va a venderse; el 7 de agosto es la fecha prevista para la subasta; el anuncio ya se ha publicado en todas partes, y los posibles compradores han empezado a venir por aquí, se pasean por las habitaciones, lo miran todo... Cualquiera tiene derecho a entrar en mi habitación y examinarla. Es posible que esa situación se ajuste a derecho, pero a mí me humilla y me ofende profundamente. No tenemos dinero para pagar y a nadie podemos pedirle prestado. En definitiva, nuestra situación es terrible, ¡terrible! ¡Le juro por lo más sagrado, por la felicidad de mis hijas –continuó, deteniéndose en medio de la habitación; su voz temblaba y a sus ojos asomaron algunas lágrimas–, que no puedo vivir sin Kuzminki! He nacido aquí, éste es mi hogar. Si me lo arrebatan, no podré soportarlo y me moriré de pena.

– Me parece que lo ve todo demasiado negro –exclamó Podgorin–. Las cosas se arreglarán. Su marido encontrará un empleo, se adaptarán ustedes a una situación distinta, iniciarán una nueva vida.

– ¡Cómo puede hablar así! –gritó Tatiana; en ese momento parecía muy hermosa y fuerte, y su disposición a saltar en cualquier momento sobre cualquier enemigo que pretendiera arrebatarle a su marido, a sus hijas y su hogar se dibujó con especial nitidez en su rostro y en toda su figura–. ¡Menuda nueva vida! Serguéi ha estado haciendo gestiones y parece que le han prometido un cargo de recaudador de impuestos en algún lugar de la provincia de Ufa o de Perm. Yo estoy dispuesta a ir a donde haga falta, aunque sea a Siberia; estoy dispuesta a vivir allí diez, veinte años, pero debo saber que más tarde o más temprano regresaré a Kuzminki. Sin Kuzminki no puedo vivir. No puedo y no quiero. ¡No quiero! –gritó y golpeó el suelo con el pie.

– Usted, Misha, es abogado –exclamó Varia–. Conoce us-

ted todas las triquiñuelas y debe aconsejarnos qué debemos hacer.

Sólo había una respuesta sensata y razonable: "no se puede hacer nada", pero Podgorin no tuvo valor para pronunciar esas palabras y murmuró con vacilación:

– Habrá que pensar en algo… Pensaré en algo.

Había dos hombres en él. Como abogado, en ocasiones tenía que ocuparse de asuntos sucios; en el juzgado y con los clientes se comportaba con altivez y expresaba sus opiniones de manera directa y ruda; con sus conocidos podía ser bastante cortante, pero con los íntimos y los viejos amigos hacía gala de una extremada delicadeza, se mostraba tímido y sensible y no se atrevía a llamar a las cosas por su nombre. Bastaba una sola lágrima, una mirada de soslayo, una mentira o incluso un gesto de desagrado para que se apocara y perdiera su presencia de ánimo. Nadiezhda seguía sentada a sus pies. Su cuello desnudo le desagradaba y le causaba malestar; incluso sintió deseos de abandonar la casa. Un año antes, había coincidido con Serguéi Serguéich en el apartamento de una dama de la calle Brónnaia, y ahora se sentía incómodo en presencia de Tatiana, como si él mismo hubiera participado en aquella infidelidad. Además, esa conversación sobre Kuzminki le dejaba en una situación muy difícil. Estaba acostumbrado a que todas las cuestiones enrevesadas y desagradables las resolvieran los jueces, los jurados o simplemente algún artículo de la ley, de modo que cuando le presentaban una cuestión para que la resolviera personalmente, se sentía perdido.

– Misha, usted es amigo nuestro, todos le queremos como si fuera de la familia –prosiguió Tatiana–, por eso voy a hablarle con absoluta franqueza: todas mis esperanzas están puestas en usted. Por el amor de Dios, díganos lo que tenemos que hacer. ¿Tal vez se puede presentar un recurso

en alguna parte? ¿Tal vez no es demasiado tarde para poner la hacienda a nombre de Nadia o de Varia?... ¿Qué podemos hacer?

– Socórranos, Misha, socórranos –exclamó Varia, encendiendo un cigarrillo–. Usted ha sido siempre muy inteligente. Ha vivido usted poco, su experiencia de la vida es limitada, pero tiene una buena cabeza sobre los hombros... Sé que ayudará usted a Tania.

– Hay que pensar en algo... Tal vez se me ocurra alguna solución.

Fueron a dar un paseo por el jardín y luego salieron al campo. Serguéi Serguéich, que les acompañaba, cogió a Podgorin por el brazo y se adelantó con él, al parecer con la intención de hablarle de algún asunto, probablemente del mal estado de sus finanzas. Caminar al lado de Serguéi Serguéich y hablar con él constituía un tormento para Podgorin. No dejaba de besarle, tres veces cada vez, le cogía del brazo, ponía las manos alrededor de su cintura, respiraba en su cara; parecía como si estuviera cubierto de una cola dulce y pretendiera pegarse a su interlocutor. La expresión de sus ojos, en la que se leía que necesitaba algo de Podgorin, que iba a pedirle algo, le causaba una impresión penosa, como si su anfitrión le estuviera apuntando con un revólver.

El sol se puso y empezó a oscurecer. Aquí y allí, a lo largo de la línea férrea, surgieron algunas luces, unas verdes, otras rojas... Varia se detuvo y contemplándolas recitó:

Derecho avanza el camino: los estrechos terraplenes,
Los postes, los raíles, los puentes,
Y a ambos lados huesos rusos...
¡Toda la tierra está llena de ellos!...

– ¿Cómo seguía? ¡Ah, Dios mío, no logro acordarme!

Trabajamos con el calor y con el frío,
Siempre con la espalda doblada…

Recitó con gran sentimiento, con una voz profunda, extraordinaria; su rostro se cubrió de un intenso arrebol y a sus ojos asomaron las lágrimas. Era la Varia de antaño, la estudiante Varia; mientras la escuchaba, Podgorin pensó en el pasado y recordó que él mismo, cuando era estudiante, sabía de memoria muchos poemas hermosos y que también le gustaba recitarlos.

Aún no ha enderezado su curvada espalda
Y no abandona su estólido silencio…

Varia no pudo recordar más… Guardó silencio y esbozó una sonrisa lánguida y suave; después de su recitación las luces rojas y verdes adquirieron un aire de tristeza…

– Ay, lo he olvidado.

De pronto Podgorin recordó la continuación; de algún modo aquellos versos se habían conservado incólumes en su memoria desde los tiempos de estudiante; los recitó en voz baja y serena:

El pueblo ruso ya ha soportado bastante,
Ha soportado este camino de hierro,
Todo lo soportará, y con su corazón
abrirá un ancho y luminoso camino…
La pena es…

– La pena es –le interrumpió Varia, recordando–, la pena es que ese tiempo glorioso ni tú ni yo lo veremos.

Se echó a reír y le palmoteó la espalda.

Regresaron a la casa y se sentaron a cenar. Serguéi Serguéich, imitando a alguien, metió con descuido un borde de la servilleta en su cuello.

– ¡Tomemos un trago! –dijo, vertiendo vodka en su propia copa y en la de Podgorin–. En nuestros tiempos de estudiantes sabíamos beber, pronunciar bellos discursos y trabajar como Dios manda. Bebo a su salud, amigo, y usted brinde por un viejo loco, por un idealista, y deséele que muera como tal. ¡Genio y figura hasta la sepultura!

Durante toda la cena Tatiana no dejó de mirar con ternura a su marido, vigilándole para que no comiera o bebiera algo que pudiera sentarle mal. Tenía la impresión de que estaba fatigado, de que las mujeres le mimaban en exceso: esa circunstancia le gustaba, pero al mismo tiempo los celos la hacían sufrir. Varia y Nadia también eran amables con él y le miraban con inquietud, como si temieran que de pronto decidiera abandonarlas. Cuando se disponía a llenar su copa por segunda vez, Varia se mostró enfadada y exclamó:

– Se está usted envenenando, Serguéi Serguéich. Es usted un hombre nervioso e impresionable y puede convertirse fácilmente en un alcohólico. Tania, diles que retiren el vodka.

Sergueí Serguéich tenía un gran éxito entre las mujeres, que quedaban prendadas de su estatura, de su continente, de los marcados rasgos de su rostro, de su ociosidad y de su desdicha. Decían que era muy bueno y por tanto derrochador; que era un idealista, y por tanto carecía de virtudes prácticas; que era honrado, puro de corazón y no sabía adaptarse a los hombres y a las circunstancias: por eso carecía de bienes y no encontraba una ocupación definida. Tenían una fe ciega en sus palabras, le adoraban y le demostraban tanta admiración, que finalmente él mismo acabó convenciéndose de que era un

hombre honrado, idealista, poco práctico, puro de corazón y superior a esas mujeres, a las que podía mirar por encima del hombro.

Mientras llenaba de arroz los platos de sus dos hijas, sanas, bien alimentadas, semejantes a panecillos, Tatiana preguntó a Podgorin:

– ¿Por qué no dedica usted algún cumplido a mis niñas? ¡Mírelas! Dicen que todas las madres alaban a sus hijos; yo soy imparcial, se lo aseguro, pero aún así no puedo dejar de reconocer que mis hijas son extraordinarias. Especialmente la mayor.

Podgorin dedicó una sonrisa a la madre y a las niñas, aunque le resultaba extraño que esa mujer joven, saludable e inteligente –un organismo grande y complejo– gastara todas sus energías, toda su fuerza vital en una actividad tan sencilla e insignificante como construir ese nido, que por otro lado estaba ya completamente terminado.

"Es posible que deba ser así –pensaba–, pero qué estúpido y poco interesante resulta".

– Antes de que pudiera abrir la boca, el oso ya lo tenía entre sus garras –exclamó Serguéi Serguéich, chasqueando los dedos.

Después de cenar Tatiana y Varia se sentaron con Podgorin en el sofá del comedor y en voz baja volvieron a suscitar el tema de la quiebra.

– Debemos socorrer a Serguéi Serguéich –dijo Varia–; estamos moralmente obligados. Tiene sus debilidades, no es ahorrador, no piensa en los tiempos de penuria, pero ello se debe a su bondad y generosidad. Su alma es completamente infantil. Si le das un millón, al cabo de un mes no le quedará nada, se lo habrá gastado todo.

– Es verdad, es verdad –exclamó Tatiana, y algunas lágri-

mas rodaron por sus mejillas–. Me ha hecho sufrir mucho, pero debo reconocer que es un hombre extraordinario.

Ninguna de las dos, ni Tatiana ni Varia, pudo evitar la pequeña crueldad de decirle a Podgorin con aire de reproche:

– ¡Su generación, Misha, es diferente!

"¿Y mi generación qué tiene que ver con esto? –pensó Podgorin–. Además, Lósev sólo es seis años mayor que yo…"

– No es fácil vivir en este mundo –exclamó Varia y suspiró–. En todo momento amenaza al hombre alguna pérdida. Ciertas personas quieren arrebatarte tu hacienda, o bien alguno de tus seres queridos enferma y tú temes por su vida; y así un día tras otro. Pero qué hacer, amigos míos. Hay que someterse sin rechistar a la voluntad suprema, hay que recordar que nada es casual en este mundo, que todo tiene un sentido oculto. Usted, Misha, como ha vivido poco y no ha padecido grandes tribulaciones, probablemente se reirá de mí; pero aun así debo decirle que durante el periodo de mayor angustia de mi vida, tuve varias experiencias de clarividencia, las cuales causaron una revolución en mi alma; ahora sé que nada es casual, que todo lo que sucede en nuestras vidas es necesario.

Qué poco se parecía esa nueva Varia, ya canosa, encorsetada, ataviada con un vestido a la moda de mangas anchas, a aquella estudiante de medicina pelirroja, alegre, ruidosa y atrevida, pensó Podgorin mirando cómo liaba un cigarrillo con sus dedos largos, delgados y temblorosos, analizando la languidez y monotonía de su habla, juzgando la facilidad con que había caído en el misticismo…

"¡Adónde se ha marchado todo!" –pensó Podgorin, escuchándola con aburrimiento.

– Cántenos algo, Va –le dijo, tratando de interrumpir esa conversación sobre la clarividencia–. Antes cantaba usted muy bien.

– Ah, Misha, todo eso es ya pasado.

– Bueno, pues recite un poema de Nekrásov.

– Los he olvidado todos. Es una casualidad que haya recordado algunos versos esta mañana.

A pesar del corsé y de las mangas anchas, era evidente que pasaba necesidades y vivía con estrecheces en esa fábrica de las cercanías de Tula. También se apreciaba que trabajaba demasiado; esa tarea pesada y monótona, así como su constante preocupación por los asuntos ajenos y su inquietud por los otros la habían extenuado y la habían hecho envejecer prematuramente. Podgorin, al mirar su triste rostro, ya marchito, pensó que no eran Kuzminki ni Serguéi Serguéich, sino ella misma, tan preocupada por ellos, la que necesitaba ayuda.

Su educación superior y su condición de médico no parecían haber afectado su esencia femenina. Lo mismo que Tatiana, disfrutaba con las bodas, los nacimientos, los bautismos y las largas conversaciones sobre los niños; le gustaban las novelas de terror con un desenlace feliz; en los periódicos sólo leía las noticias relativas a incendios, inundaciones y ceremonias solemnes. Deseaba con todas sus fuerzas que Podgorin pidiera la mano de Nadiezhda; y si eso hubiera sucedido, se habría echado a llorar de gozo.

No sabía si aquello era producto de la casualidad o de los oficios de Varia, pero el caso es que se había quedado a solas con Nadiezhda. La mera sospecha de que lo estaban observando y esperaban algo de él le molestaba y le confundía. Tenía la sensación de que lo hubieran metido en una jaula con Nadiezhda.

– Vayamos al jardín –dijo ella.

Salieron de la casa. Él se sentía incómodo y enfadado, y no sabía de qué hablar con ella; Nadiezhda, en cambio, se mostraba feliz, orgullosa de su proximidad, seguramente sa-

tisfecha de que se quedara allí tres días más y llena quizás de dulces sueños y esperanzas. No sabía si ella le amaba o no, pero era consciente de que se sentía unida a él desde la infancia y estaba acostumbrada a su persona, que seguía considerándole su maestro y que en su alma tenía lugar el mismo proceso que en el pasado se había verificado con su hermana Tatiana, es decir, que sólo pensaba en el amor, en casarse lo antes posible, en tener un marido, unos hijos y un hogar. Había conservado hasta entonces el sentimiento de la amistad, que tan fuerte suele ser entre los niños, y era muy posible que sólo respetara a Podgorin y lo quisiera como un amigo, que no estuviera enamorada de él, sino de ese anhelo de tener marido e hijos.

– Está oscureciendo –dijo él.

– Sí. En esta época la luna sale muy tarde.

Caminaron todo el tiempo por una alameda próxima a la casa. Podgorin no quería internarse en las entrañas del jardín: allí reinaba la oscuridad, tendría que coger a Nadiezhda del brazo y aproximarse mucho a ella. En la terraza se movían algunas sombras, y él tenía la impresión de que Tatiana y Varia le observaban.

– Necesito pedirle un consejo –exclamó Nadiezhda, deteniéndose–. Si Kuzminki se vende y Serguéi Serguéich empieza a trabajar, nuestra vida cambiará por completo. Yo no me iré con mi hermana; tendremos que separarnos, ya que no quiero ser una carga para su familia. Debo trabajar. Encontraré algún empleo en Moscú, ganaré algún dinero y ayudaré a mi hermana y a su marido. ¿Puede usted darme algún consejo?

Había permanecido siempre ajena al mundo laboral, pero ahora le atraía la idea de una vida independiente, dedicada al trabajo, se había construido planes de futuro –así se leía

en su rostro–, y la perspectiva de trabajar y ayudar a los otros le parecía hermosa y poética. Vio de cerca su pálido rostro y sus oscuras cejas y recordó que había sido una estudiante inteligente, lista, bien dotada, y que él había disfrutado mucho dándole clases. Es probable que no fuera una simple señorita en busca de marido, sino una muchacha inteligente y noble, de rara bondad, con un alma dulce y suave, que podía moldearse en cualquier forma, como la cera, y que rodeada de un medio adecuado podía convertirse en una mujer extraodinaria.

"En realidad, ¿por qué no casarme con ella?" –pensó Podgorin, pero enseguida ese pensamiento le asustó y empezó a caminar en dirección a la casa.

Cuando entraron en el salón, Tatiana estaba sentada al piano; su forma de tocar le recordaba vivamente el pasado, los días en que en ese mismo salón había música, canciones y bailes hasta bien entrada la noche, y a través de las ventanas abiertas llegaba el canto de las aves en el jardín y en el río. Podgorin se animó, se volvió alegre, bailó con Nadiezhda y con Varia, y después cantó. Le molestaba un callo en el pie y pidió permiso para ponerse las zapatillas de Serguéi Serguéich. Por extraño que parezca, nada más ponerse ese calzado se sintió como un familiar o un deudo ("como un yerno", pasó fugazmente por su cabeza) y experimentó un entusiasmo aún mayor. Al mirarle, todos se alegraron y se animaron, como si hubieran rejuvenecido; en los rostros de todos brillaba una esperanza: ¡Kuzminki estaba salvado! En realidad, la situación no era tan grave: bastaba con pensar en algo, rebuscar en las leyes o casar a Podgorin con Nadia... Resultaba evidente que el asunto marchaba bien. Nadia, feliz, con las mejillas rosadas y los ojos llenos de lágrimas, esperaba algo extraordinario y bailaba en círculos; su vestido blanco se ahuecaba y dejaba al descubier-

to sus bellas y pequeñas piernas, envueltas en medias de color carne… Varia, muy satisfecha, cogió a Podgorin por el brazo y le dijo en voz baja, con una expresión significativa:

– Misha, no huya de su felicidad. Cójala ahora que está al alcance de su mano; después tendrá que correr detrás de ella, pero será demasiado tarde y no la alcanzará.

Podgorin sintió deseos de hacer promesas, de dar esperanzas, y él mismo ya creía que Kuzminki estaba salvado, que todo podía arreglarse fácilmente.

– Y tú serás la reina del mundo… –se puso a cantar, adoptando una postura teatral, pero de pronto recordó que no podía hacer nada por esa gente, absolutamente nada, y se quedó en silencio, como si se sintiera culpable de algo.

Luego se sentó en un rincón y se quedó allí callado, con las piernas cruzadas y los pies embutidos en aquellas zapatillas ajenas.

Al mirarle, los otros comprendieron que no se podía hacer nada y también guardaron silencio. Cerraron el piano. Todos repararon en que era tarde y había que irse a dormir; Tatiana apagó la gran lámpara del salón.

A Podgorin le habían preparado la cama en el mismo pabellón en el que había vivido en el pasado. Serguéi Serguéich le acompañó, llevando una vela muy alta, por encima de la cabeza, a pesar de que ya brillaba la luna y en el jardín había bastante claridad. Avanzaban por un sendero rodeado de lilas, y a su paso la grava crujía bajo sus pies.

– Antes de que pudiera abrir la boca, el oso ya lo tenía entre sus garras –exclamó Serguéi Serguéich.

Podgorin tuvo la sensación de que ya había escuchado mil veces esa frase. ¡Cómo le aburría! Cuando llegaron al pabellón, Serguéi Serguéich sacó de su amplia chaqueta una botella y dos copas y las puso sobre la mesa.

– Es coñac –exclamó–. Número cero-cero. En casa, con Varia, no se puede beber, pues enseguida empieza a hablar del alcoholismo, pero aquí tenemos plena libertad. Es un coñac excelente.

Se sentaron. El coñac, en verdad, era extraordinario.

– Vamos a terminarnos la botella –propuso Serguéi Serguéich, mordiendo un trozo de limón–. Soy un antiguo estudiante y a veces me gusta divertirme. Lo necesito.

Y a sus ojos se asomó esa expresión que decía que necesitaba alguna cosa de Podgorin, que iba a pedirle algo.

– Bebamos, amigo –continuó, suspirando–. La situación se está volviendo muy difícil. A nuestro amigo soñador le ha llegado su fin. El idealismo ya no está de moda. Ahora el rey es el rublo, y tienes que arrodillarte y adorarlo si no quieres que te echen a patadas. Pero yo no puedo. ¡Me da asco!

– ¿Cuándo es la subasta? –le preguntó Podgorin, tratando de cambiar de tema.

– El siete de agosto. Pero ya no tengo ninguna esperanza de salvar Kuzminki, querido amigo. Los atrasos son enormes y la hacienda no produce ningún beneficio, sólo acumula pérdidas cada año. No merece la pena… Tania, claro, está triste porque es su patrimonio, pero en lo que a mí respecta, debo reconocer que me siento incluso feliz. No me gusta la vida en el campo. ¡Mi elemento es la gran ciudad, con su ruido y su ajetreo!

Dijo algunas palabras más, pero no aquellas que quería decir; vigilaba con atención a Podgorin, como esperando el momento oportuno. De pronto Podgorin vio los ojos de ese hombre muy próximos a los suyos y sintió su respiración en la cara…

– ¡Amigo mío, sálveme! –exclamó Serguéi Serguéich, respirando con dificultad–. ¡Déme doscientos rublos! ¡Se lo suplico!

Podgorin quiso decir que también él andaba escaso de dinero y a su cabeza se asomó el convencimiento de que mejor sería dar esos doscientos rublos a cualquier menesteroso o incluso jugárselos a los naipes, pero experimentó una gran confusión; sintiéndose atrapado en esa pequeña habitación con una sola vela y deseando apartar de su lado cuanto antes el tufo de esa respiración y esas manos suaves que rodeaban su cintura y parecían pegarse a él, buscó a toda prisa en sus bolsillos la cartera con el dinero…

– Aquí tiene… –murmuró, sacando cien rublos–. El resto se lo daré más tarde. No llevo más dinero encima. Como ve, soy incapaz de negarme –añadió con irritación, sintiendo cómo la ira poco a poco le dominaba–. Tengo un carácter intolerablemente débil. Pero haga el favor de devolverme pronto ese dinero. Lo necesito.

– Muchas gracias. Muchas gracias, amigo.

– Y por el amor de Dios, deje de imaginarse que es usted un idealista. Tiene usted tanto de idealista, como yo de pavo. No es usted más que un hombre irreflexivo y ocioso.

Serguéi Serguéich exhaló un profundo suspiro y se sentó en el sofá.

– Está usted enfadado, querido amigo –exclamó–, pero si supiera lo difícil que es mi situación. Estoy pasando una época terrible. Mi querido amigo, le juro que no me compadezco de mí mismo, sólo siento pena de mi mujer y de mis hijas. Si no tuviera mujer e hijas, hace tiempo que habría acabado con mi vida.

De pronto sus hombros y su cabeza empezaron a temblar y poco después estalló en sollozos.

– ¡Lo que me faltaba! –exclamó Podgorin, paseando agitado por la habitación, presa de una profunda irritación–. Bueno, ¿qué puede hacerse con un hombre que ha cometido un

montón de errores y luego se echa a llorar? Sus lágrimas me desarman, no tengo fuerzas para decirle nada. Llora usted, de modo que tiene usted razón.

– ¿Que yo he cometido un montón de errores? –le preguntó Serguéi Serguéich, poniéndose en pie y mirando a Podgorin con sorpresa–. Mi querido amigo, ¿cómo puede decir eso? ¡Ah, qué poco me conoce usted! ¡Qué poco me comprende!

– Muy bien, no le comprendo, pero, por favor, deje de llorar. Sus lágrimas me desagradan.

– ¡Ah, qué poco me conoce! –repitió Lósev con absoluta sinceridad–. ¡Qué poco me conoce!

– Mírese en un espejo –continuó Podgorin–, ya no es usted joven, pronto será usted un viejo. Es hora de que reflexione y trate de comprender quién es usted. Se ha pasado la vida sin hacer nada, ocupado en esa charla ociosa e infantil, adoptando esos aires, mostrando esas afectaciones: ¿es que no le da vueltas la cabeza? ¿Acaso no está cansado de vivir así? ¡Su compañía resulta tediosa! ¡Su charla provoca un aburrimiento insoportable!

Tras pronunciar esas palabras, Podgorin salió del pabellón y dio un portazo. Era casi la primera vez en su vida que había sido sincero y había dicho todo lo que quería.

Al cabo de un rato ya lamentaba haber sido tan duro. ¿Qué utilidad podía reportarle hablar seriamente o discutir con un hombre que mentía a cada momento, comía y bebía en abundancia, gastaba dinero ajeno en grandes cantidades y al mismo tiempo estaba convencido de que era un idealista y un mártir? ¿Qué sentido tenía enfrentarse a la estupidez, tratar de combatir unos malos hábitos tan arraigados en su organismo como una enfermedad incurable? En cualquier caso, la indignación y los reproches severos eran absolutamente inútiles; habría sido mejor reírse de todo: una buena burla podía causar mucho más efecto que diez sermones.

"Lo mejor es no hacerle caso –pensó Podgorin– y, por encima de todo, no prestarle dinero".

Un poco más tarde ya no pensaba ni en Serguéi Serguéich ni en los cien rublos. Hacía una noche tranquila, cautivante, muy luminosa. Cuando Podgorin miraba el cielo en las noches con luna, tenía la impresión de que sólo ese astro y él estaban despiertos, que todos los demás seres dormían o soñaban; dejó de pensar en personas y en dinero, y una sensación de tranquilidad y de paz se fue apoderando poco a poco de él; sentía que estaba solo en el mundo, y en el silencio de la noche el rumor de sus propios pasos se le antojaba triste.

El jardín estaba rodeado por una cerca blanca de piedra. En la esquina de la derecha, en el lado que daba al campo, se alzaba una torre construida mucho tiempo atrás, en los días del régimen de servidumbre. La parte inferior era de piedra y la superior de madera, con una plataforma, un tejado cónico y una larga aguja coronada por una negra veleta. En la parte inferior había dos puertas, de modo que desde el jardín podía pasarse al campo; a la plataforma superior conducía una escalera cuyos peldaños crujían cuando alguien los pisaba. Bajo la escalera había amontonados viejos sillones rotos que la luz de la luna, filtrándose por el hueco de la puerta, iluminaba; esos sillones, con sus patas torcidas, levantadas hacia arriba, parecían adquirir vida por la noche y acechar a alguien en el silencio.

Podgorin ascendió por la escalera hasta la plataforma y se sentó allí. Justo detrás de la cerca había una zanja con un terraplén que marcaba el límite de la propiedad. Más allá se extendía el campo, amplio, inundado de luz lunar. Podgorin sabía que a tres kilómetros de la propiedad, en línea recta, había un bosque, e incluso le pareció discernir en lontananza una franja oscura. Piaban las codornices y los rascones; de vez en

cuando, del lado del bosque llegaba el canto del cuco, que tampoco dormía.

De pronto resonó un rumor de pasos. Alguien salió al jardín y se acercó a la torre.

Un perro empezó a ladrar.

– ¡Escarabajo! –llamó suavemente una voz de mujer–. ¡Escarabajo, vete!

Se oyó cómo alguien entraba en la torre, y al cabo de un minuto apareció en el terraplén un perro negro, un viejo conocido de Podgorin. El animal se quedó inmóvil y levantó la mirada hacia el lugar en que él estaba sentado, moviendo amistosamente la cola. Al cabo de un rato una figura blanca se alzó como una sombra de la zanja negra y también se detuvo en el terraplén. Era Nadiezhda.

– ¿Qué ves allí? –le preguntó al perro y se puso a mirar hacia arriba.

No vio a Podgorin, pero probablemente sintió su proximidad, ya que sonrió y su pálido rostro, iluminado por la luna, pareció feliz. Todo era como un sueño: la sombra negra de la torre adentrándose profundamente en el campo, la blanca figura inmóvil con una sonrisa de felicidad dibujada en el pálido rostro, el perro negro, las sombras de ambos.

– Allí hay alguien... –exclamó en voz baja Nadiezhda.

Se quedó quieta, esperando que él bajara o bien la llamara a su lado para pedir finalmente su mano; de ese modo, ambos serían felices en esa tranquila y hermosa noche. Blanca, pálida, delgada, muy bella a la luz de la luna, aguardaba sus caricias. Sus continuos sueños de felicidad y amor la habían agotado, y ya no tenía fuerzas para ocultar sus sentimientos; toda su figura, el brillo de sus ojos y su petrificada sonrisa de felicidad revelaban sus secretos pensamientos; él se sentía incómodo, se había acurrucado y se mantenía in-

móvil, no sabiendo si decir algo que lo convirtiera todo en una broma, como de costumbre, o guardar silencio; se sentía irritado y sólo pensaba que en esa hacienda, en esa noche con luna, cerca de una muchacha hermosa, enamorada, soñadora, experimentaba la misma indiferencia que en la calle Málaia Brónnaia; resultaba evidente que esa poesía estaba tan muerta para él como aquella cruda prosa. Todo eso estaba muerto: las entrevistas a la luz de la luna, las blancas figuras con finos talles, las sombras misteriosas, las torres, las haciendas, los "tipos" como Serguéi Serguéich y como él mismo, Podgorin, con su frío distanciamiento, con su irritación constante, con su incapacidad para adaptarse a la vida real y tomar de ella todo lo que ésta podía ofrecerle, con su sed ardiente, acuciante de todo aquello que no existía y jamás existiría sobre la faz de la tierra. En ese momento, sentado en aquella torre, hubiera preferido una buena exhibición de fuegos artificiales o una procesión a la luz de la luna o la voz de Varia recitando *El ferrocarril* o la presencia de cualquier otra mujer que, de pie en el terraplén en el que ahora se encontraba Nadiezhda, le contara alguna cosa interesante, nueva, que no tuviera relación con el amor ni con la felicidad; o en caso de que sus palabras versaran sobre el amor, que éstas fueran una llamada a una nueva forma de vida, elevada y razonable, una vida en cuyo umbral quizás vivimos y de la cual a veces tenemos una premonición…

– No hay nadie –dijo Nadiezhda.

Y tras permanecer allí otro minuto, siguió andando lentamente, con la cabeza inclinada, en dirección al bosque. El perro corría delante de ella. Durante un buen rato Podgorin siguió viendo esa blanca mancha.

"Qué extraño ha resultado todo…" –repetía para sí mismo, mientras regresaba al pabellón.

No podía imaginarse de qué hablaría al día siguiente y al otro con Serguéi Serguéich y con Tatiana, cómo se comportaría con Nadiezhda, y experimentó por anticipado una mezcla de turbación, temor y tedio. ¿Cómo llenar esos tres largos días que había prometido pasar allí? Recordó la conversación sobre la clarividencia y aquella frase de Serguéi Serguéich: "Antes de que pudiera abrir la boca, el oso ya lo tenía entre sus garras"; recordó que al día siguiente, para dar satisfacción a Tatiana, tendría que sonreír ante sus rollizas y saciadas hijas, y en ese momento decidió marcharse.

A las cinco y media, en la terraza de la gran casa, apareció Serguéi Serguéich, vestido con una bata de Bujará y un fez con una borla. Podgorin, sin perder un minuto, se acercó a él e inició la despedida.

– Me resulta indispensable estar en Moscú a las diez –dijo sin mirarle–. Había olvidado por completo que me esperan en casa del notario. Por favor, no me retenga. Cuando su familia se levante, transmítales a todos mis disculpas, dígales que lo siento mucho…

No prestó atención a la contestación de Serguéi Serguéich y se retiró apresuradamente, sin dejar de volver la vista a las ventanas de la gran casa, temiendo que las mujeres se despertaran y trataran de detenerlo. Se sentía avergonzado de su nerviosismo. Acosado por el presentimiento de que visitaba Kuzminki por última vez, de que jamás volvería a ese lugar, antes de partir dirigió varias miradas al pabellón en el que había pasado tantos días felices, pero su corazón no se conmovió, no se vio asaltado por la nostalgia…

Cuando llegó a su casa, la primera cosa en la que reparó fue la nota que había recibido la víspera. "Querido Misha –leyó–, nos ha olvidado usted completamente, venga pronto…". Y por alguna razón recordó cómo Nadiezhda había bailado

en círculos y cómo su vestido se había ahuecado, mostrando sus piernas envueltas en medias de color carne…

Al cabo de unos diez minutos estaba ya sentado ante su mesa y trabajaba, olvidado por completo de Kuzminki.

1898

EL REINO DE LAS MUJERES

I
LA VÍSPERA

Llegó un grueso fajo de billetes de banco. Lo enviaba el administrador de las plantaciones de árboles, explicando en una nota que ese dinero, mil quinientos rublos, procedía de un recurso que había ganado en el juzgado. A Anna Akímovna le desagradaban y le asustaban palabras tales como "juzgado" y "recurso". Consideraba que la justicia era imprescindible, pero, por alguna razón, cuando el director de la fábrica Nazárich o el administrador de las plantaciones, grandes litigantes ambos, ganaban algún caso en nombre suyo, siempre se sentía avergonzada y culpable. También ahora experimentó temor e inquietud y quiso apartar de sí esos mil mil quinientos rublos para no verlos.

Pensaba con tristeza que las otras mujeres de su edad –ella tenía ahora veinticinco años– estarían ocupadas en alguna tarea doméstica. Se fatigarían, dormirían profundamente y a la mañana siguiente se levantarían de buen humor; muchas de ellas llevaban varios años casadas y tenían hijos. Sólo ella se veía obligada, como una vieja, a leer esas cartas, hacer anotaciones sobre ellas, escribir respuestas y luego pasarse toda la tarde sin hacer nada, hasta la medianoche, en espera de que le entraran ganas de dormir; al día siguiente todos acudirían a desearle una feliz Navidad y a solicitarle algún favor, y dos días más tarde en la fábrica estallaría algún escándalo –pegarían a alguien, alguien moriría a causa de una borrachera– y

ella, por alguna razón, sentiría cargo de conciencia. Después de las celebraciones Nazárich licenciaría por absentismo a unos veinte obreros, y todos ellos, sin gorra, se agolparían junto a su porche. Ella sentiría vergüenza de presentarse ante esos hombres, a los que terminarían por expulsar como perros. Entonces sus conocidos hablarían a sus espaldas y le escribirían cartas anónimas diciéndole que era una millonaria, una explotadora que se alimentaba de vidas ajenas y chupaba la sangre de los obreros.

A un lado yacía un rimero de cartas ya leídas y separadas. Eran las de los solicitantes, entre los que había hombres hambrientos, borrachos, padres de familias numerosas, personas enfermas, ofendidas, fracasadas... Anna Akímovna había detallado ya en cada carta: a éste tres rublos, a aquél cinco. Esas cartas pasarían ese mismo día a la oficina y al día siguiente se verificaría allí la entrega de la ayuda o, como decían sus empleados, el sustento de las fieras.

Se distribuirían también en pequeñas cantidades cuatrocientos setenta rublos –intereses del capital destinado por el difunto Akim Ivánich para los pobres y los indigentes. Se reuniría una horrible multitud. Desde el portón del patio hasta las puertas de la oficina se formaría una larga fila de personas extrañas con rostros salvajes, vestidas con harapos, ateridas, hambrientas y ya borrachas, que mentarían con sus voces roncas a la madrecita bienhechora Anna Akímovna y a sus padres; los últimos empujarían a los primeros y los primeros injuriarían con palabras gruesas a los últimos. El oficinista, molesto con el barullo, las blasfemias y los lamentos, saldría para dar una bofetada a alguien ante el regocijo general. Mientras, sus trabajadores, que no recibían nada por la fiesta, a excepción de su salario, ya gastado hasta el último kopek, se quedarían en medio del patio, con-

templarían la escena y se reirían, unos con envidia, otros con sorna.

"Los comerciantes, y sobre todo sus mujeres, quieren más a los pobres que a sus propios trabajadores", pensaba Anna Akímovna. "Siempre ha sido así".

Su mirada recayó sobre el fajo de billetes. Sería bueno distribuir al día siguiente ese dinero innecesario y repulsivo entre sus trabajadores, pero no se les podía dar nada de balde, pues volverían a solicitarlo en otra ocasión. Además, ¿qué podía hacer con mil quinientos rublos cuando en la fábrica había más de mil ochocientos obreros, sin contar sus mujeres e hijos? También podía elegir a uno de esos solicitantes que le habían escrito, a uno de esos desgraciados que había perdido ya la esperanza en una vida mejor, y entregarle esa cantidad. Un menesteroso se quedaría aturdido ante tanto dinero, como ante el ruido de un trueno, y probablemente se sentiría feliz por primera vez en su vida. Esa idea le pareció original, divertida, interesante. Extrajo una carta al azar de aquel rimero y la leyó. Cierto secretario provincial llamado Chálikov llevaba mucho tiempo sin empleo, estaba enfermo y vivía en casa de un hombre llamado Guschin. Tenía a su cargo una mujer aquejada de tuberculosis y cinco hijas pequeñas. Anna Akímovna conocía bien el edificio en que vivía Chálikov, una construcción miserable, sucia e infecta de cuatro plantas.

– Le daré el dinero a ese Chálikov –decidió–. Pero en lugar de enviárselo se lo llevaré yo misma; de ese modo, se evitarán habladurías innecesarias. Sí –razonó, guardando en un bolsillo los mil quinientos rublos–, veré cómo viven y tal vez encuentre un lugar para alojar a las niñas.

Llena de alegría, llamó y ordenó que trajeran el trineo.

Cuando se acomodó en él eran más de las seis de la tarde. Las ventanas de todos los pabellones estaban vivamente ilu-

minadas; a causa de esa luz el enorme patio parecía muy oscuro. Junto al portón y en el fondo del patio, cerca de los depósitos y los barracones de los obreros, brillaban faroles eléctricos.

A Anna Akímovna le desagradaban y le asustaban los pabellones, oscuros y sombríos, los depósitos y los barracones en los que vivían los obreros. En el pabellón principal sólo había estado una vez desde la muerte de su padre. Los altos techos con vigas de hierro, la infinidad de enormes y vertiginosas ruedas, correas de transmisión y palancas, los estridentes silbidos, el chirrido del acero, las vagonetas de madera, las densas nubes de vapor, los rostros pálidos o purpúreos o negros a causa del polvo del carbón, las camisas húmedas de sudor, el destello del acero, del cobre y del fuego, el olor del aceite y del carbón, y el viento, ya muy cálido, ya frío, le parecían la imagen acabada del infierno. Tenía la impresión de que las ruedas, las palancas y los ardientes y sibilantes cilindros se disponían a desprenderse de sus junturas para aniquilar a las personas, mientras éstas, con rostros preocupados, sin escucharse unas a otras, corrían y trajinaban junto a las máquinas, tratando de detener su terrible movimiento. Le habían mostrado algún objeto y le habían ofrecido corteses explicaciones. Recordaba cómo en la sección de forja sacaron de la fragua un pedazo de hierro candente, y cómo un viejo con una correa en la cabeza y un joven ataviado con una blusa azul, con una cadenita en el pecho y una expresión de enfado, probablemente un oficial superior, golpearon con sus martillos el pedazo de hierro, del que saltaron chispas doradas en todas direcciones; poco después blandían ante ella una enorme hoja de hierro. El viejo se mantenía en posición de firmes y sonreía, mientras el joven se secaba con la manga el sudoroso rostro y le ofrecía alguna explicación. También recordaba cómo

en otra sección un viejo con un solo ojo aserraba un trozo de hierro, haciendo saltar limaduras, y cómo un hombre pelirrojo, con gafas oscuras y agujeros en la camisa, trabajaba junto al torno, fabricando alguna pieza con un pedazo de acero; el torno rugía, chirriaba, silbaba; ese ruido le daba náuseas y parecía taladrarle los oídos. Anna Akímovna miraba, escuchaba sin comprender, sonreía con benevolencia y sentía vergüenza. ¡Qué extraño era sustentarse y sacar cientos de miles de rublos de una actividad que no comprendía y a la que no podía amar!

En los barracones de los obreros no había estado ni una sola vez. Según decían, eran lugares húmedos, llenos de chinches, dominados por la depravación y la anarquía. Resultaba sorprendente que cada año se emplearan miles de rublos en el mantenimiento de los barracones, mientras la situación de los obreros, a juzgar por lo que se decía en las cartas anónimas, no dejaba de empeorar…

"En tiempos de mi padre había más orden", pensaba Anna Akímovna, saliendo del patio, "porque él mismo había sido obrero y sabía lo que era necesario. Yo no sé nada y todo lo que hago resulta equivocado".

Volvió a sentirse presa del desánimo; ya no le alegraba aquella empresa ni le parecía original y divertida la idea de que un afortunado recibiera, como llovidos del cielo, mil quinientos rublos. Ir a ver a ese Chálikov cuando en su propia hacienda se destruía y se desmoronaba un negocio millonario y los obreros vivían en los barracones peor que presos se le antojó una locura, un engaño para su conciencia. Por la carretera y los campos circundantes, dirigiéndose a las luces de la ciudad, caminaban cientos de obreros de las fábricas vecinas de percal y de papel. En el aire helado resonaban sus risas y sus alegres voces. Anna Akímovna, contemplando a las mujeres y a los

niños, se sintió repentinamente atraída por esa sencillez, esa rusticidad y esa vida humilde. Se representó con nitidez los tiempos lejanos en que la llamaban Aniutka y en que compartía una manta con su madre; en la habitación contigua la inquilina, una lavandera, lavaba ropa blanca; de las viviendas próximas, a través de las delgadas paredes, llegaban risas, blasfemias, llantos infantiles, sones de acordeón, zumbidos de tornos y de máquinas de coser, mientras su padre, Akim Ivánich, que desempeñaba casi todos los oficios, no prestando atención a las estrecheces y al ruido, soldaba algún objeto junto a la estufa, trazaba planos o cepillaba algún objeto. También ella sintió deseos de lavar, de planchar, de ir corriendo a la tienda y a la taberna, como había hecho cada día cuando vivía con su madre. ¡Tendría que haber sido obrera y no propietaria! Cómo le aburrían y cuán extraños le resultaban su gran casa con arañas y cuadros, el lacayo Míshenka vestido de frac y con bigotes aterciopelados, la hermosa Varvárushka, la aduladora Agáfiushka, todos esos jóvenes de ambos sexos que casi todos los días iban a pedirle dinero y ante los cuales, por alguna razón, siempre se sentía culpable, los funcionarios, los médicos y las señoras que hacían obras de caridad a su costa, que la adulaban y la despreciaban en secreto por su origen humilde.

Atravesó el paso a nivel y entró en los límites de la ciudad; a su lado desfilaban hileras de casas y huertos; finalmente desembocó en una calle ancha en la que se levantaba la célebre casa de Guschin. Al ser víspera de Navidad, esa calle, por lo común tranquila, mostraba una enorme animación. En las tabernas y las cervecerías había un ruido ensordecedor. Si en ese momento acertara a pasar por allí un hombre que viviera en el centro de la urbe, sólo pararía mientes en los borrachos sucios y blasfemos, pero Anna Akímovna, que había vivido desde niña en esos barrios, reconocía en la multitud a perso-

nas como su difunto padre, su madre o su tío. Su padre tenía un espíritu blando y acomodaticio, algo fantasioso, despreocupado y liviano; carecía de pasión por el dinero, los honores y el poder; decía que los trabajadores no tenían tiempo para celebrar fiestas ni para ir a la iglesia; y si no hubiera sido por su mujer probablemente nunca habría respetado el ayuno y habría comido carne los días de vigilia. Su tío Iván Ivánich, por el contrario, era un hombre duro; en todo lo relativo a religión, política y moral era inflexible e implacable, y sus observaciones no sólo eran válidas para él, sino que las hacía extensivas a todos sus empleados y conocidos. ¡Que no se le ocurriera a nadie entrar en su habitación y no persignarse! Mantenía cerrada la lujosa mansión en la que ahora vivía Anna Akímovna, y sólo la abría cuando quería agasajar a algún invitado importante; él vivía en su oficina, una pequeña habitación recargada de iconos. Sentía inclinación por los viejos creyentes y recibía con cierta frecuencia a obispos y popes de esa confesión, aunque estaba bautizado y casado según los ritos de la iglesia ortodoxa, y había hecho enterrar a su mujer según ese credo. A su hermano Akim, su único heredero, no le quería, debido a su ligereza, que juzgaba simpleza y estupidez, y a su indiferencia por la religión. Lo mantenía como un simple asalariado y le pagaba dieciséis rublos al mes. Akim trataba a su hermano de usted y en las ocasiones solemnes se presentaba ante él con toda su familia y le rendía pleitesía. Pero unos tres años antes de su muerte, Iván Ivánich lo llamó a su lado, le perdonó y le ordenó que contratara una institutriz para Aniutka.

El portal de la casa de Guschin era oscuro, profundo, hediondo; se oía cómo cerca de las paredes algunos hombres tosían. Tras dejar el trineo en la calle, Anna Akímovna entró en el patio y preguntó por el apartamento número cuarenta y

seis, en el que vivía el funcionario Chálikov. Le dijeron que subiera a la tercera planta y llamara en la última puerta de la derecha. Tanto en el patio, como junto a esa última puerta e incluso en la escalera reinaba el mismo repulsivo olor que en el portal. Durante su infancia, cuando el padre de Anna Akímovna era un simple obrero, ella vivía en casas de ese tipo; luego, una vez que las circunstancias cambiaron, las había visitado con cierta frecuencia en calidad de benefactora. Conocía bien la estrecha y sucia escalera de piedra con altos peldaños y un rellano en cada piso; el farol mugriento en cada tramo; el hedor que reinaba en los descansillos; las tinas, los orinales, los andrajos junto a las entradas de las viviendas... A través de una puerta abierta alcanzó a ver a varios sastres judíos con gorras, que estaban sentados ante una mesa y cosían. Anna Akímovna se encontró con algunas personas en la escalera, pero no se le pasó por la cabeza que pudieran ofenderla. Temía tan poco a los obreros y los campesinos, ya estuvieran sobrios o borrachos, como a sus amigos intelectuales.

El apartamento número cuarenta y seis carecía de recibidor, entrándose directamente por la cocina. Por lo general, en los apartamentos de obreros y artesanos olía a barniz, alquitrán, cuero o humo, dependiendo de la actividad de su morador; en cambio, las viviendas de los nobles arruinados y los funcionarios se reconocían por su olor apestoso y ácido. Ese hedor repulsivo acometió a Anna Akímovna en cuanto traspasó el umbral. En una esquina, un hombre vestido con una chaqueta negra, probablemente el propio Chálikov, estaba sentado a la mesa, de espaldas a la puerta; a su lado había cinco niñas. La mayor, mofletuda y delgada, con un prendedor en el pelo, debía tener unos quince años, mientras la más pequeña, rolliza y con el pelo erizado no tendría más de tres. Los seis estaban comiendo. Junto a la estufa, con el ati-

zador en la mano, había una mujer embarazada, pequeña, muy delgada, con la tez amarillenta, vestida con una falda y una blusa blanca.

– No esperaba que fueras tan desobediente, Lízonka –decía el hombre en tono de reproche–. ¡Ay, ay, qué vergüenza! ¿Así que quieres que tu padre te dé unos azotes?

Al ver en el umbral a una señora desconocida, la mujer enjuta se estremeció y dejó el hurgón.

– ¡Vasili Nikítich! –gritó al cabo de un rato con voz sorda, como si no creyera a sus propios ojos.

Chálikov volvió la mirada y se puso en pie de un salto. Era un hombre huesudo, estrecho de hombros, con las sienes hundidas y el pecho plano. Sus ojos, pequeños, profundos, estaban bordeados de círculos negros; la nariz era larga, aguileña y estaba algo torcida a la derecha; tenía una boca ancha. Con su barba partida y sus bigotes afeitados parecía más un lacayo que un funcionario.

– ¿Vive aquí el señor Chálikov? –preguntó Anna Akímovna.

– Así es –respondió con aire severo Chálikov, pero enseguida reconoció a Anna Akímovna y gritó–: ¡Señora Glagóleva! ¡Anna Akímovna! ¡Bienhechora nuestra!

Después contuvo la respiración y levantó los brazos, como si no cupiera en sí de asombro.

Se acercó a ella, gimiendo como si hubiera sufrido un ataque, apretó la frente contra su manguito y se quedó como petrificado (tenía restos de col en la barba y desprendía un fuerte olor a vodka).

– ¡La mano! ¡Déme su bendita mano! –exclamó jadeante–. ¡Esto es un sueño! ¡Un hermoso sueño! ¡Niñas, despertadme!

Se volvió hacia la mesa y añadió con voz llorosa, sacudiendo los puños:

– ¡La Providencia nos ha escuchado! ¡Ha venido nuestra redentora, nuestro ángel! ¡Estamos salvados! ¡Hijas mías, poneos de rodillas! ¡De rodillas!

La señora Chálikova y todas las niñas, excepto la más pequeña, se pusieron a recoger la mesa.

– Pero en su carta decía usted que su mujer estaba muy enferma –exclamó Anna Akímovna, sintiendo vergüenza y enfado.

"¡No le daré los mil quinientos rublos!", pensó.

– ¡Aquí está mi mujer! –dijo Chálikov con voz fina y femenina, como si estuviera luchando por contener las lágrimas–. ¡Aquí está, la desdichada! ¡Tiene un pie en la tumba! Pero nosotros, señorita, no nos quejamos. Es mejor morir que vivir así. ¡Muérete, desdichada!

– "¿A qué viene esta pantomima?", pensó Anna Akímovna con enfado. "Es evidente que está acostumbrado a tratar con comerciantes".

– Haga el favor de hablar conmigo como una persona –exclamó–. No soporto las comedias.

– Pero, señorita, ¿acaso el espectáculo de cinco niñas huérfanas junto al ataúd de su madre, rodeado de cirios fúnebres, le parece una comedia? –exclamó Chálikov con amargura, volviendo la cara.

– ¡Cállate! –murmuró su mujer, tirándole de la manga–. Señorita, perdone el desorden en que se encuentra la casa –exclamó, dirigiéndose a Anna Akímovna–, perdónenos… Ya sabe lo que pasa en los hogares con niños. Vivimos con apreturas, pero con dignidad.

"No les daré los mil quinientos rublos", volvió a pensar Anna Akímovna.

Tratando de escapar cuanto antes de esas personas y de ese olor acre, sacó el monedero con intención de entregarles unos veinticinco rublos, no más; pero luego sintió vergüenza

de haber hecho un viaje tan largo y haber molestado a esa gente por una nadería.

– Si me dan ustedes papel y tinta, escribiré ahora mismo a un médico amigo mío para que les visite –exclamó ruborizándose–. Es un médico muy bueno. Además, les dejaré algún dinero para medicinas.

La señora Chálikov se apresuró a limpiar la mesa.

– ¡Esto no está limpio! ¿Pero qué estás haciendo? –farfulló Chálikov, mirándola con odio–. ¡Llévala a la habitación del inquilino! Por favor, señorita, pase a la habitación del inquilino, se lo ruego –exclamó, dirigiéndose a Anna Akímovna–. Allí está todo limpio.

– ¡Ósip Ilich nos ha pedido que no entremos en su habitación! –exclamó con severidad una de las muchachas.

Pero los dueños habían sacado ya a Anna Akímovna de la cocina y la conducían por una estrecha habitación de paso, entre dos camas; por la disposición de éstas resultaba evidente que en una dormían dos personas a lo largo y en otra tres a lo ancho. La habitación del inquilino, que era la siguiente, estaba realmente limpia. Había una cama bien hecha, con una manta roja de lana, una almohada con una funda blanca e incluso un estuche para un reloj. Sobre una mesa cubierta con un mantel de lino había un tintero blancuzco, plumas, papel y algunas fotografías enmarcadas: todo en su lugar; encima de otra mesa, ésta de color negro, se disponían ordenadamente instrumentos de relojero y relojes desmontados. En las paredes había colgados martillos, tenazas, taladros, escoplos, alicates y otros instrumentos, así como tres relojes de pared que hacían tictac; uno de ellos era enorme y tenía gruesas pesas, como los de las tabernas.

Cuando se disponía a iniciar la carta, Anna Akímovna vio sobre la mesa un retrato de su padre y otro suyo. Sorprendida por esa circunstancia, preguntó:

– ¿Quién vive aquí?

– Un inquilino llamado Pímenov. Trabaja en su fábrica.

– ¿Sí? Pensaba que era un maestro relojero.

– Se ocupa de los relojes en sus horas libres, como un simple particular. Es un aficionado.

Después de una pausa, durante la cual sólo se oyó el ruido de los relojes y el rasgueo de la pluma sobre el papel, Chálikov suspiró y exclamó entre indignado y burlón:

– En verdad se dice que con la nobleza y el rango no te coserás un abrigo. Puedes llevar una escarapela en la gorra, poseer un título de nobleza y no tener nada que llevarte a la boca. En mi opinión, si una persona de origen humilde ayuda a los pobres es mucho más noble que un Chálikov cualquiera sumido en la pobreza y en el vicio.

Para halagar a Anna Akímovna pronunció algunas frases más, todas ofensivas para su nobleza, pero resultaba evidente que se humillaba de ese modo porque se consideraba superior a ella. Entre tanto, Anna Akímovna terminó la carta y la selló. Sabía perfectamente que sería arrojada a la basura y que el dinero no se emplearía en medicinas, pero de todos modos depositó sobre la mesa veinticinco rublos, a los que añadió, tras pensarlo un poco, dos billetes más. La enjuta y amarillenta mano de la señora Chálikova, parecida a una pata de gallina, pasó fugazmente ante sus ojos y apresó el dinero en su puño.

– Ha tenido la amabilidad de entregarnos dinero para medicinas –exclamó Chálikov con temblorosa voz–, ahora le pido ayuda para mí… y para mis hijas –añadió y se puso a sollozar–, ¡para esas niñas desdichadas! ¡No temo por mí, sino por mis hijas! ¡Temo a la hidra de la depravación!

Al tratar de abrir el monedero, cuya cerradura se había atascado, Anna Akímovna se turbó y se ruborizó. Le daba ver-

güenza de esas personas que estaban ante ella, mirándole las manos, esperando la limosna y probablemente riéndose de ella en su interior. En ese momento entró alguien en la cocina y golpeó el suelo con los pies para sacudirse la nieve.

– Es el inquilino –dijo la señora Chálikova.

Anna Akímovna se turbó aún más. No quería que un empleado de la fábrica la sorprendiera en esa ridícula situación. El inquilino, como a propósito, entró en su habitación en el mismo momento en que ella, rompiendo por fin la cerradura del bolso, entregaba a Chálikov algunos billetes, mientras éste, gimiendo como si hubiera sufrido un ataque, buscaba con los labios algún lugar donde besarla. En el inquilino reconoció a aquel obrero que, tiempo atrás, en la sección de forja había blandido ante ella la hoja de hierro y le había ofrecido algunas explicaciones. Era evidente que venía directamente de la fábrica: su rostro estaba tiznado de hollín y en una mejilla, junto a la nariz, tenía una marca de carbón. Sus manos estaban completamente negras y en la blusa, sin cinturón, brillaban algunas manchas de aceite. Era un obrero de unos treinta años, estatura mediana, pelo oscuro, anchos hombros y, al parecer, una fuerza extraordinaria. Anna Akímovna, desde la primera mirada, se dio cuenta de que se trataba de un oficial superior, que percibía no menos de treinta y cinco rublos mensuales, un hombre severo, acostumbrado a gritar, que golpeaba a los trabajadores en los dientes; todos esos rasgos se adivinaban en la postura que instintivamente adoptó en cuanto vio a una mujer en su habitación, pero sobre todo en su forma de llevar los pantalones por fuera de las botas, en los bolsillos de su camisa y en la barba puntiaguda y cuidadosamente recortada. Su difunto padre, Akim Ivánich, era hermano del dueño, pero aún así temía a los oficiales superiores del tipo de aquél, y trataba de tenerlos de su parte.

– Perdone que hayamos entrado en su habitación sin su permiso –exclamó Anna Akímovna.

El obrero la miró con sorpresa, sonrió con aire confuso y guardó silencio.

– Hable usted más alto, señorita… –le dijo en voz baja Chálikov–. Cuando el señor Pímenov regresa por la noche de la fábrica no oye bien.

Pero Anna Akímovna, contenta de no tener nada más que hacer allí, saludó con la cabeza y salió con premura. Pímenov la acompañó.

– ¿Hace tiempo que trabaja usted para nosotros? –le preguntó ella en voz alta, sin mirarle.

– Desde los nueve años. Entré en la fábrica en tiempos de su tío.

– ¡Cuánto hace de eso! Tanto mi tío como mi padre conocían a todos los trabajadores; yo, en cambio, no conozco a casi nadie. Le he visto a usted antes, pero no sabía que su apellido era Pímenov.

Anna Akímovna sentía deseos de justificarse ante él, y trataba de aparentar que nada serio había en esa entrega de dinero, que no era más que un pasatiempo.

– ¡Ah, qué pobreza hay! –suspiró–. Tratamos de hacer buenas obras tanto los días festivos como los laborables, pero todo sigue igual. Tengo la impresión de que ayudar a personas como este Chálikov no conduce a nada.

– Sí, no conduce a nada –convino Pímenov–. Todo lo que le dé se lo beberá. Y ahora marido y mujer se pasarán toda la noche discutiendo y tratando de quitarse el dinero –añadió con una sonrisa.

– Sí, hay que reconocer que nuestra filantropía es inútil, absurda y ridícula. Pero estará usted de acuerdo conmigo en que no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Algo

hay que hacer. Por ejemplo, ¿qué se puede hacer con los Chálikov?

Se volvió hacia Pímenov y se detuvo, esperando una respuesta por su parte; él también se detuvo y lenta y silenciosamente se encogió de hombros. Parecía obvio que sabía lo que había que hacer con los Chálikov, pero era algo tan brutal e inhumano que no se decidió a hablar. Además, los Chálikov le parecían tan poco interesantes y anodinos que al cabo de un momento ya no se acordaba de ellos; miró a los ojos a Anna Akímovna y sonrió con satisfacción; por la expresión de su rostro se diría que estaba sumido en un sueño muy hermoso. Sólo entonces, en su inmediata proximidad, Anna Akímovna leyó en su cara, especialmente en sus ojos, cuán fatigado estaba y cuántas ganas tenía de dormir.

"¡Es a él a quien tendría que darle los mil quinientos rublos!", razonó, pero por alguna razón ese pensamiento le pareció impropio y ofensivo para Pímenov.

– Probablemente le duele a usted todo el cuerpo de tanto trabajar, y a pesar de ello me acompaña –exclamó, mientras descendía por las escaleras–. Váyase a casa.

Pero él no le hizo caso. Cuando salieron a la calle, Pímenov se adelantó corriendo, desabrochó las mantas del trineo y, al tiempo que ayudaba a subir a Anna Akímovna, exclamó:

– ¡Que pase unas felices Navidades!

II

LA MAÑANA

– ¡Hace tiempo que han repicado las campanas! ¡Que Dios nos ayude, todos van a estar saliendo de la iglesia cuando usted llegue! ¡Levántese!

– Dos caballos cabalgaban, cabalgaban… –exclamó Anna Akímovna, despertándose; ante ella, con una vela en la mano, estaba su criada, la pelirroja Masha–. ¿Qué es? ¿Qué pasa?

– ¡La misa ha terminado! –dijo Masha con desesperación–. ¡Es la tercera vez que la llamo! Por mí puede quedarse durmiendo todo el día, pero fue usted misma quien me ordenó que la llamara.

Anna Akímovna se incorporó sobre un codo y miró por la ventana. En el patio aún reinaba la oscuridad; sólo en la parte inferior del marco de la ventana blanqueaba la nieve. Se oía un profundo y grave tañido, pero no procedía de la parroquia, sino de un lugar más lejano. El reloj de la mesilla marcaba las seis y tres minutos.

– Está bien, Masha… Dentro de tres minutitos… –exclamó Anna Akímovna con voz suplicante y se cubrió la cabeza.

Se imaginó la nieve en el porche, el trineo, el cielo oscuro, la multitud en la iglesia, el olor del enebro, y todo ello le causó desagrado; no obstante, estaba decidida a levantarse sin mayores demoras y acudir al servicio matinal. Mientras disfrutaba del calor del lecho y luchaba contra el sueño –siempre especialmente dulce cuando no se puede dormir más–, que representaba ante ella ya un desmesurado jardín en una montaña, ya la casa de Ghuschin, no dejó de importunarla el pensamiento de que tenía que levantarse en ese mismo momento y marcharse a la iglesia.

Cuando se levantó reinaba ya una claridad absoluta y el reloj marcaba las nueve y media. Durante la noche se habían apilado grandes montoneras de nieve nueva, los árboles se habían vestido de blanco y el aire se había vuelto muy puro, transparente y delicado, de modo que al mirar por la ventana, le entraron ganas ante todo de respirar profundamente. Mientras se lavaba, un eco lejano e infantil de la alegría del día de

Navidad se agitó de pronto en su pecho haciendo que su corazón se sintiera más ligero, más libre y más puro, como si también su alma se hubiera lavado o se hubiera zambullido en la blanca nieve. Entró Masha, encorsetada y luciendo sus mejores galas, y le deseó feliz Navidad; luego pasó largo rato peinándola y le ayudó a ponerse el vestido. El olor y el tacto del vestido nuevo, vaporoso y espléndido, su ligero susurro y la fragancia de los frescos perfumes animaron a Anna Akímovna.

– Ya estamos en Navidad –dijo con alegría a Masha–. Tendremos que adivinar nuestra suerte.

– La mía está decidida desde el año pasado: casarme con un viejo. Tres veces salió así.

– No se preocupe, Dios es misericordioso.

– ¿Y qué vamos a hacerle, Anna Akímovna? No tiene importancia; más vale un viejo que nada –exclamó con pena Masha y suspiró–. Ya he cumplido veintiún años; no es ninguna broma.

Todos sabían en la casa que la pelirroja Masha estaba enamorada del lacayo Míshenka; hacía ya tres años que se prolongaba ese profundo, apasionado y desesperado amor.

– Bueno, basta de decir bobadas –la consoló Anna Akímovna–. Yo voy a cumplir pronto los treinta y aún tengo esperanzas de casarme con un joven.

Mientras la señora de la casa se vestía, Míshenka, con su frac nuevo y sus botines de charol, se paseaba por la sala y el comedor, esperando que Anna Akímovna saliera para felicitarle las fiestas. Caminaba siempre de una manera especial, con suavidad y ligereza; a juzgar por sus pies, sus manos y la inclinación de su cabeza, se diría que más que caminar estaba aprendiendo a bailar la primera figura de la cuadrilla. A pesar de sus finos bigotes aterciopelados y de su figura bella e in-

cluso algo chulesca, era un hombre grave, reflexivo y piadoso como un viejo. Cuando rezaba ejecutaba profundas reverencias, y le gustaba sahumar su habitación con incienso. Respetaba y reverenciaba a las personas ricas y eminentes, y despreciaba con toda la fuerza de su espíritu lacayuno y probo a los pobres y a toda suerte de solicitantes. Por debajo de la camisa almidonada llevaba otra de franela, que no se quitaba ni en verano ni en invierno, pues se preocupaba mucho por su salud. Se tapaba los oídos con algodón.

Cuando Anna Akímovna y Masha aparecieron en la sala, el lacayo bajó la cabeza, ladeándola un poco, y exclamó con su voz agradable y melosa:

– Tengo el honor de felicitarle, Anna Akímovna, en ocasión de la solemne fiesta del nacimiento de Jesucristo.

Anna Akímovna le dio cinco rublos, mientras la pobre Masha se quedaba aturdida. El aspecto solemne, la apostura, la voz y las palabras de ese hombre la anonadaban por su belleza y su elegancia; seguía a su señora, pero ya con la mente en blanco, sin ver nada, limitándose a sonreír, ora con satisfacción, ora con amargura.

La planta superior de la casa recibía el nombre de mansión, parte noble o vivienda principal, mientras la inferior, donde todo estaba bajo el control de la tía Tatiana Ivánovna, era conocida como parte comercial, habitaciones de los viejos o, simplemente, vivienda de las mujeres. En la primera se recibía a las personas instruidas y de origen noble; en la segunda, a gentes más sencillas y a los conocidos personales de la tía. Hermosa, llena, sana, aún joven y fresca, envuelta en un lujoso vestido que parecía despedir infinitos destellos, Anna Akímovna bajó a la planta inferior. Allí le reprocharon que una mujer educada como ella se hubiera olvidado de Dios, se hubiera quedado durmiendo durante la misa matinal y no hu-

biera comparecido en la planta baja para terminar con la vigilia; todos levantaron las manos en señal de admiración y aseveraron que era una mujer extraordinariamente hermosa; ella, creyendo en la sinceridad de esas palabras, sonreía, besaba a unos y a otros, entregaba a éste un rublo, a ése tres, a aquél cinco, dependiendo de la persona. Le gustaba la planta de abajo. Por todas partes había hornacinas, iconos, mariposas, retratos de clérigos. Olía a convento. En la cocina resonaban los cuchillos, y por todas las habitaciones se filtraba el aroma de un guiso sabroso y suculento. Los suelos amarillos y encerados brillaban; estrechas alfombras con brillantes franjas azules se extendían desde las puertas a los rincones del recibidor, y la luz del sol penetraba por las ventanas.

En el comedor estaban sentadas algunas viejas desconocidas; en la habitación de Varvárushka también había algunas viejas y junto a ellas una muchacha sordomuda que parecía avergonzarse de todo y sólo acertaba a murmurar: "bli, bli…". Dos jóvenes enjutas, traídas desde el orfanato para que participaran en la fiesta, se acercaron a Anna Akímovna para besarle la mano, pero se detuvieron ante ella, sorprendidas de la fastuosidad de su vestido; Anna advirtió que una de ellas era bizca, y a pesar de su alegría sintió de pronto cómo se le oprimía el corazón al pensar que los pretendientes despreciarían a esa muchacha y que ésta nunca se casaría. En la habitación de la cocinera Agáfiushka, en torno al samovar, había unos cinco hombres enormes vestidos con camisas nuevas; no eran trabajadores de la fábrica, sino familiares de la cocinera. Al ver a Anna Akímovna los hombres se pusieron de pie de un salto y, por decoro, dejaron de masticar, aunque todos ellos tenían la boca llena; el cocinero Stepán, con un gorro blanco y un cuchillo en la mano, entró en la habitación y la felicitó; llegaron los porteros, calzados con botas de fieltro, y también la felici-

taron. El aguador, con puntas de hielo en la barba, se quedó mirando desde la puerta, pero no se atrevió a entrar.

Anna Akímovna se paseaba por las habitaciones; tras ella iban todos los habitantes de la casa: la tía, Varvárushka, Nikándrovna, la costurera Marfa Petrovna y Masha la de abajo. Varvárushka, delgada, fina, alta –era la persona más alta de la casa–, vestida completamente de negro y desprendiendo un olor a ciprés y a café, se persignaba ante los iconos cada vez que entraba en una habitación, inclinándose hasta la cintura; siempre que la veían, a todos les venía a la memoria que ya se había confeccionado la mortaja para su funeral y que en el mismo cofre en que guardaba esa prenda había depositado también algunos bonos del Estado.

– Aniútenka –exclamó, abriendo la puerta de la cocina–. En consideración al espíritu de la Navidad sea compasiva y perdónelo. ¡Qué pesada es esta gente!

En medio de la cocina estaba de rodillas el cochero Panteléi, que había sido licenciado por embriaguez en el mes de noviembre. Era un hombre bueno, pero cuando estaba borracho se volvía violento, e incapaz de conciliar el sueño se paseaba por los pabellones, gritando en tono amenazante: "¡Lo sé todo!" En su rostro hinchado, mofletudo, y en sus ojos inyectados en sangre se adivinaba que desde el mes de noviembre hasta el día de Navidad no había dejado de beber.

– ¡Perdóneme, Anna Akímovna! –exclamó con voz llorosa, pegando la frente al suelo y mostrando su nuca de toro.

– Es la tía la que te ha echado; pídele perdón a ella.

– ¿Cómo que la tía? –exclamó Tatiana Ivánovna, entrando jadeante en la cocina; era una mujer tan gruesa que sobre sus pechos habría podido llevar un samovar y una bandeja con tazas–. ¿Qué tiene que ver aquí la tía? Tú eres la dueña de la casa, así que decide tú. Si por mí fuera, no quedaría ni uno

de estos canallas. ¡Bueno, levántate, puerco! –le gritó a Panteléi, fuera de sí–. ¡Quítate de mi vista! Es la última vez que te perdono. Si vuelves a pecar, no esperes clemencia.

Luego pasaron al comedor para tomar café, pero apenas se habían sentado a la mesa, cuando entró a toda prisa Masha la de abajo y exclamó horrorizada: "¡Los cantantes!", y salió corriendo. Se oyó cómo alguien se sonaba la nariz; a continuación resonó una tos grave y se escuchó un rumor de pasos; parecía como si en el recibidor, cerca de la sala, hubieran entrado unos caballos herrados. Después, al cabo de medio minuto de silencio, los cantantes emitieron un chillido tan potente que todos se estremecieron. Mientras cantaban, llegó el cura del asilo con el diácono y el sacristán. Poniéndose la estola, el cura comentó en voz baja que por la noche, mientras las campanas tocaban a maitines, había nevado, aunque el frío no había sido intenso, mientras que por la mañana la helada se había recrudecido y en esos momentos la temperatura debía ser de unos veinte grados bajo cero.

– No obstante, muchos sostienen que el invierno es más saludable para las personas que el verano –exclamó el diácono, pero enseguida adoptó una expresión de gran severidad y se puso a cantar, acompañando al sacerdote: "Tu Nacimiento, Cristo, nuestro Señor…".

Poco después llegó el cura del hospital de los obreros y el sacristán, luego las hermanas de la comunidad y los niños del orfanato, de modo que las canciones se sucedieron de forma casi ininterrumpida. Los invitados cantaban, comían algo y se marchaban.

Algunos empleados de la fábrica, unas veinte personas, vinieron para felicitar las fiestas a la patrona. El grupo estaba formado exclusivamente por oficiales superiores: mecánicos con sus ayudantes, modelistas, contables y otros, todos con un as-

pecto respetable, enfundados en sus nuevas chaquetas negras. Formaban un grupo muy escogido, una especie de élite, cuyos miembros eran plenamente conscientes de su valor: sabían que si perdían su puesto, al día siguiente los contratarían gustosos en otra fábrica. Al parecer, apreciaban a la tía, ya que ante ella se comportaban con soltura, llegando incluso a fumar, y el contable, cuando se congregaron en torno a la mesa para tomar un aperitivo, le pasó el brazo por el ancho talle. Esa desenvoltura tal vez se debía a que Varvárushka, que gozaba de gran predicamento en vida de los viejos y vigilaba la moralidad de los empleados, ya no tenía ninguna fuerza en la casa, y quizás también a que muchos de ellos recordaban los tiempos en que la tía Tatiana Ivánovna, cuyos hermanos la trataban con gran severidad, iba vestida como una sencilla campesina, a la manera de Agáfiushka, y Anna Akímovna correteaba por el patio, entre los barracones, y todos la llamaban Aniutka.

Los empleados comieron, hablaron y contemplaron con perplejidad a Anna Akímovna. ¡Cómo había crecido! ¡Qué guapa se había puesto! No obstante, esa muchacha elegante, educada por institutrices y profesores, les resultaba ajena e incomprensible; por ello, involuntariamente, se mantenían más cerca de la tía, que los tuteaba, los agasajaba y, brindando con ellos, se había bebido ya dos copas de aguardiante de serbal. Anna Akímovna siempre temía que la juzgaran orgullosa, que la consideraran una advenediza, un cuervo adornado con plumas de pavo real; por eso, mientras los empleados se mantuvieron junto al ambigú, no salió del comedor y trató de intervenir en la conversación. A Pímenov, su conocido del día anterior, le preguntó:

– ¿Por qué tiene tantos relojes en su habitación?

– Intento repararlos –contestó–. Me ocupo de ellos en mi tiempo libre, en los días festivos o cuando no puedo dormir.

– ¿Quiere eso decir que si se me estropea el reloj puedo dárselo para que me lo arregle? –exclamó Anna Akímovna, sonriendo.

– Pues claro, con mucho gusto –exclamó Pímenov. Y cuando, sin saber por qué, ella desenganchó del corpiño su magnífico reloj y se lo entregó, en el rostro de aquel hombre se dibujó una expresión de ternura; lo contempló en silencio y al cabo de unos instantes se lo devolvió–. Pues claro, con mucho gusto –repitió–. Ya no arreglo relojes de bolsillo por que no veo bien y el médico me ha prohibido ocuparme de trabajos menudos, pero en su caso puedo hacer una excepción.

– Los médicos son unos embusteros –exclamó el contable, y todos se echaron a reír.

– No les creas –continuó, satisfecho de aquellas sonrisas–. El año pasado, durante la cuaresma, se soltó un diente de un engranaje, con tal mala fortuna que golpeó al viejo Kalmikov y le abrió la cabeza. El golpe fue tan fuerte que se le veían los sesos; el doctor dijo que se moriría, pero al día de hoy sigue vivo y trabaja, con la única diferencia que desde entonces tartamudea.

– Algo mienten los médicos, pero no mucho –suspiró la tía–. El difunto Piotr Andreich perdió la vista. Lo mismo que tú, trabajaba un día tras otro en la fábrica, cerca del horno caliente, y se quedó ciego. El calor es malo para los ojos. Pero dejemos esas cosas –se animó–. ¡Bebamos! Feliz Navidad a todos, queridos amigos. No bebo con nadie, pero con vosotros siempre me tomo una copa, pecadora de mí. ¡Salud!

A Anna Akímovna le parecía que, desde la víspera, Pímenov la despreciaba como filántropa pero la apreciaba como mujer. Advirtió que se comportaba con corrección e iba dignamente vestido. En verdad, las mangas de la chaqueta eran un poco cortas, el talle demasiado alto, los pantalones estre-

chos y algo pasados de moda, pero la corbata estaba anudada con gusto y cierta negligencia, y no era tan chillona como las de sus compañeros. Parecía un hombre bondadoso, ya que comía sin rechistar todo lo que la tía le ponía en el plato. Recordó lo negro que estaba el día anterior y las ganas que tenía de dormir, y ese recuerdo, por alguna razón, la conmovió.

Cuando los empleados se disponían a partir, Anna Akímovna le tendió la mano a Pímenov; quería decirle que pasara a verla en alguna ocasión, pero no se atrevió: era como si la lengua no la obedeciera. Luego, para que nadie pensara que Pímenov le gustaba, tendió la mano a todos sus compañeros.

Más tarde llegaron los estudiantes de la escuela que ella patrocinaba. Todos tenían el pelo corto y vestían idéntica blusa gris. El profesor –un hombre alto, aún imberbe, con manchas rojas en la cara–, visiblemente turbado, dispuso a los estudiantes en filas; los muchachos se pusieron a cantar armoniosamente, pero con voces agudas y desagradables. El director de la fábrica, Nazárich, un hombre calvo, perspicaz, seguidor de los viejos creyentes, nunca intimó con los profesores, pero a ese que ahora agitaba ambiciosamente las manos lo despreciaba y lo odiaba, sin que él mismo supiera muy bien por qué. Lo trataba con altivez y desconsideración, se demoraba en los pagos y se inmiscuía en sus tareas; además, para atormentarlo todavía más, unas dos semanas antes de la Navidad había contratado como vigilante de la escuela a un pariente lejano de su mujer, un campesino borracho que no obedecía al profesor y en presencia de los estudiantes le hablaba con insolencia.

Anna Akímovna sabía todo eso, pero no podía ayudarle, pues ella misma temía a Nazárich. En esos momentos quería al menos mostrarse amable con el profesor, decirle que estaba muy satisfecha de su labor, pero cuando terminó la can-

ción y éste ensayó una aturullada disculpa, mientras la tía, tuteándole, le arrastraba familiarmente hasta la mesa, Anna Akímovna, se sintió aburrida y molesta. Ordenó que distribuyeran golosinas entre los niños y se retiró a la planta de arriba.

– En todas estas celebraciones hay muchos detalles crueles –dijo en voz alta poco después, al tiempo que veía a través de la ventana cómo los muchachos salían en tropel de la casa y se dirigían al portón del patio, encogidos de frío, poniéndose sus pellizas y sus abrigos por el camino–. Los días de fiesta le apetece a uno descansar, quedarse en casa con su familia, pero esos pobres niños, el profesor y los empleados se ven obligados a venir aquí desafiando el frío, felicitarnos las Navidades, mostrarnos su respeto, sentirse apabullados...

Míshenka, que se encontraba junto a la puerta de la sala y había escuchado el comentario, exclamó:

– Ni lo hemos inventado nosotros, ni con nosotros terminará. Yo soy un hombre sin instrucción, Anna Akímovna, pero creo que los pobres siempre deben mostrar respeto por los ricos. Ya conoce el dicho: Dios señala al granuja. En los presidios, en los asilos nocturnos y en las tabernas no hay más que pobres, y advierta que las personas honradas son siempre ricas. Ya sabe lo que se dice de los ricos: el dinero llama al dinero.

– Usted, Misha, siempre se expresa de forma aburrida e incomprensible –exclamó Anna Akímovna y se dirigió al otro extremo de la sala.

Eran poco más de las once. El silencio de las grandes habitaciones, sólo quebrado de vez en cuando por las canciones procedentes de la planta de abajo, provocaba ganas de bostezar. Los bronces, los álbumes y los cuadros de las paredes, que representaban marinas con barcos, prados con vacas y vistas del Rin, eran tan poco originales, que la mirada resbalaba por

ellos sin detenerse apenas en sus formas. El espíritu navideño empezaba a hacerse fastidoso. Anna Akímovna seguía creyéndose una mujer hermosa, amable y excepcional, pero tenía la impresión de que a nadie hacían falta esas virtudes. ¿Para quién se había puesto ese fastuoso vestido? ¿Para qué? No lo sabía. Como en todas las ocasiones festivas, empezó a pesarle la soledad y se obsesionó con el pensamiento de que su belleza, su salud y su riqueza no eran más que un engaño, ya que estaba de más en el mundo, nadie tenía necesidad de ella, nadie la quería. Se paseó por todas las habitaciones, canturreando y mirando por la ventana. Finalmente se detuvo en la sala, incapaz de reprimir su deseo de hablar con Míshenka.

– No sé que pensará usted de sí mismo, Misha –exclamó y suspiró–. Pero estoy segura de que Dios le castigará por ello.

– ¿A qué se refiere?

– Bien lo sabe usted. Perdone que me inmiscuya en sus asuntos personales, pero me parece que a causa de su terquedad se está amargando usted la vida. Convendrá usted conmigo en que ya es hora de que se case, y ella es una muchacha hermosa y digna. No encontrará a nadie mejor. Es bella, inteligente, dulce, fiel… ¡Y qué figura!… Si perteneciera a nuestro círculo o a la alta sociedad, todos se enamorarían de ella, aunque sólo fuera por sus espléndidos cabellos rojizos. Fíjese qué bien armonizan esos cabellos con la tez de su cara. Ah, Dios mío, no entiende usted nada ni sabe lo que necesita –exclamó con amargura Anna Akímovna, y en sus ojos brotaron algunas lágrimas–. Pobre muchacha, ¡qué pena me da! Sé que busca usted una novia con dinero, pero ya le he dicho que de la dote de Masha me encargo yo.

Míshenka se imaginaba a su futura esposa como una mujer alta, rolliza, seria y piadosa, con andares de pavo y un largo chal sobre los hombros; y Masha era delgada y fina, lleva-

ba un ceñido corsé y andaba con ligereza; era muy seductora y atraía mucho a Míshenka, pero en su opinión esas cualidades sólo eran apropiadas para mantener una relación pecaminosa, no para el matrimonio. Cuando Anna Akímovna mostró su deseo de entregar una dote por la muchacha, Míshenka estuvo dudando durante algún tiempo; pero cierto día un estudiante pobre, vestido con un abrigo marrón por encima del uniforme, que había traído una carta para Anna Akímovna, se quedó tan prendado de Masha que no pudo contenerse y la abrazó junto al perchero, en la planta de abajo; a ese arrebato la muchacha apenas se opuso con un grito. Míshenka contempló la escena desde la parte superior de la escalera y a partir de entonces experimentó por Masha un sentimiento de repugnancia. ¡Un estudiante pobre! Quién sabe, tal vez si la hubiera abrazado un estudiante rico o un oficial las consecuencias habrían sido otras…

– ¿Por qué se niega usted? –le preguntaba Anna Akímovna–. ¿Qué más puede desear?

Míshenka, silencioso e inmóvil, miraba un sillón, con las cejas levantadas.

– ¿Ama usted a otra? –preguntó ella, pero no obtuvo ninguna contestación.

Entró la pelirroja Masha con las cartas y las tarjetas de visita en una bandeja. Al adivinar que hablaban de ella se ruborizó y estuvo a punto de echarse a llorar.

– Ha llegado el correo –murmuró–. Y allí abajo la está esperando un funcionario llamado Chálikov. Dice que le ordenó usted que viniera hoy para tratar algún asunto.

– ¡Qué descaro! –se enfadó Anna Akímovna–. Yo no le he ordenado nada. ¡Dígale que se vaya, que no estoy en casa!

Sonó el timbre. Eran los sacerdotes de su parroquia, a los que siempre se les recibía en la parte noble, es decir, en la plan-

ta de arriba. Después de éstos, se presentaron el director de la fábrica, Nazárich, y el médico de la misma, y a continuación Míshenka anunció al inspector de primera enseñanza. La recepción de visitantes había comenzado.

Cuando disponía de algunos minutos libres, Anna Akímovna se sentaba en la sala, en un hondo sillón azul, cerraba los ojos y pensaba que su soledad era completamente natural, ya que no se había casado ni nunca se casaría. Pero de eso no tenía ella la culpa. El destino la había arrancado de un ambiente obrero y sencillo, en el que, si su memoria no la engañaba, se había sentido muy a gusto, para arrojarla en esas espaciosas habitaciones. No sabía qué podía hacer consigo misma ni con las personas que la visitaban; todos los acontecimientos presentes le parecían insignificantes, innecesarios, ya que no le procuraban –ni podían procurarle– ni un solo instante de felicidad.

"Si me enamorara", pensaba, desperezándose, y esa sola idea bastó para llevar cierto consuelo a su corazón. "Si me liberara de la fábrica…", soñaba, imaginándose que de su conciencia se borraban las pesadas naves, los barracones y la escuela… Luego se acordó de su padre y pensó que, de haber vivido más tiempo, seguramente la habría casado con un hombre sencillo, por ejemplo, con ese Pímenov. Le habría ordenado que se casara con él y punto. Y hubiera sido una buena idea: la fábrica habría ido a parar a buenas manos.

Se representó su cabello ensortijado, su enérgico perfil, sus finos y burlones labios, la fuerza, la extraordinaria fuerza de sus hombros, de sus brazos, de su pecho, y la ternura con que había examinado su pequeño reloj esa mañana.

– ¿Y qué? –exclamó–. No estaría mal… Me casaría con él.

– ¡Anna Akímovna! –la llamó Míshenka, que había entrado inadvertidamente en la sala.

– ¡Cómo me ha asustado usted! –exclamó ella, temblando con todo su cuerpo–. ¿Qué pasa?

– ¡Anna Akímovna! –repitió, llevándose una mano al corazón y levantando las cejas–. Usted es mi patrona y mi bienhechora, y sólo usted puede aconsejarme respecto al matrimonio, ya que es como una madre para mí... Pero ordene que abajo no se rían de mí ni me hagan burla. ¡No me dejan ni un instante!

– ¿Y cómo se burlan de usted?

– Me dicen: Míshenka el de Mashenka.

– ¡Qué tontería! –se indignó Anna Akímovna–. ¡Qué estúpidos son todos ustedes! ¡Qué estúpido es usted, Misha! ¡Qué harta me tiene! ¡No quiero ni verle!

III

EL ALMUERZO

Lo mismo que el año anterior, los últimos en aparecer fueron el consejero civil en funciones Krilin y el famoso abogado Lisévich. Llegaron cuando empezaba a caer la noche sobre el patio. Krilin, un viejo de sesenta años, boca grande, patillas entrecanas y rostro de lince, llevaba un uniforme con la cinta de santa Ana y unos pantalones blancos. Mantuvo largo rato la mano de Anna Akímovna entre las suyas, la miró fijamente a la cara, movió los labios y finalmente exclamó con parsimonia, sin cambiar de tono:

– Respetaba mucho a su tío... y también a su padre, y a su vez gozaba de la estima de ambos. Y ahora, como ve, considero un agradable deber felicitar a su respetable heredera... a pesar de mi enfermedad y la considerable distancia... Y me alegra mucho ver que goza usted de buena salud.

El abogado Lisévich, rubio, alto y guapo, con algunas canas en las sienes y en la barba, se distinguía por la extremada elegancia de sus maneras. Andaba contoneándose, saludaba como con desgana y cuando hablaba se encogía de hombros, todo ello con una lánguida delicadeza, como un caballo adiestrado. Estaba bien alimentado, gozaba de salud y poseía una enorme fortuna; en una ocasión llegó a ganar cuarenta mil rublos a la lotería, pero ocultó el hecho a sus conocidos. Le gustaban los buenos alimentos, especialmente los quesos, las trufas, los rábanos triturados aderezados con aceite de cáñamo, y aseguraba haber comido tripas fritas sin lavar en París. Hablaba con corrección y soltura, sin titubeos, y sólo por coquetería alguna vez se interrumpía y chasqueaba los dedos, como buscando la palabra más idónea. Ya no creía en las palabras que pronunciaba en los juicios, o quizás sí, pero no les concedía la menor importancia, pues eran cosas ya sabidas, viejas y rutinarias… Sólo creía en la originalidad, en la singularidad. La moral más convencional podía arrancarle lágrimas, si estaba expresada de forma novedosa. Llevaba consigo dos cuadernos de notas con expresiones peregrinas de diferentes autores, y cuando necesitaba echar mano de alguna de ellas, rebuscaba nervioso en los cuadernos, aunque por lo general nunca la encontraba. El difunto Akim Ivánich, en un arranque de frivolidad, le ofreció que se encargara de los asuntos legales de la fábrica y le asignó un sueldo de doce mil rublos anuales, aunque esos asuntos se reducían a dos o tres pleitos sin importancia que Lisévich delegaba en sus ayudantes.

Anna Akímovna sabía que la fábrica no necesitaba de sus servicios, pero no podía despedirlo: carecía de valentía y además estaba acostumbrada a él. Lisévich decía que era su jurisconsulto, mientras calificaba su sueldo, que cobraba reli-

giosamente el primero de cada mes, de vulgar prosa. Anna Akímovna no ignoraba que cuando se vendió un bosque suyo para fabricar traviesas, después de la muerte de su padre, Lisévich se embolsó más de quince mil rublos que compartió con Nazárich. Cuando Anna Akímovna se enteró de ese fraude, lloró con amargura, pero terminó resignándose.

Tras felicitarla y besarla en ambas manos, Lisévich la contempló con detenimiento y frunció el ceño.

– ¡Eso no está bien! –exclamó con sincera aflicción–. ¡Eso no está bien, querida!

– ¿A qué se refiere Víktor Nikolaich?

– Ya le he dicho que no debe engordar. En su familia existe una desgraciada tendencia a la obesidad. Tenga cuidado –repitió en tono de súplica y le besó la mano–. ¡Es usted tan guapa! ¡Es usted tan hermosa! Pues sí, excelencia –exclamó, dirigiéndose a Krilin–, le presento a la única mujer en el mundo a la que he amado de verdad.

– Eso no me sorprende. Conocer a Anna Akímovna a su edad y no enamorarse de ella es imposible.

– ¡La adoro! –continuó el abogado con absoluta seriedad y esa lánguida delicadeza suya–. La quiero, pero no como un hombre quiere a una mujer; cuando estoy con ella me parece que ella pertenece a un tercer sexo y yo a un cuarto; que juntos nos elevamos a las regiones de los más delicados matices cromáticos y allí nos fundimos en el espectro. El que mejor ha descrito esas relaciones es Leconte de Lisle. Tiene un pasaje excepcional, sublime.

Lisévich rebuscó en una libreta, luego en la otra, y aunque no encontró la sentencia apetecida se tranquilizó. Empezaron a hablar del tiempo, de la ópera, de la inminente llegada de Duse. Anna Akímovna recordó que Lisévich y probablemente también Krilin habían almorzado el año an-

terior con ella el día de Navidad, y en el momento en que se disponían a partir les rogó con suplicante voz que se quedaran a comer con ella, ya que no tenían que hacer más visitas. Tras algunas vacilaciones, ambos aceptaron.

Además del almuerzo, que consistió en sopa de col, cochinillo, ganso con manzanas y otros manjares, en las grandes ocasiones se preparaba también en la cocina el llamado almuerzo francés o del cocinero, por si alguno de los invitados de la planta de arriba quería algo más. Cuando en el comedor resonó la vajilla, Lisévich empezó a dar muestras de una notable animación; se frotaba las manos, encogía los hombros, fruncía el ceño y hablaba con fervor de los almuerzos que daban los viejos en el pasado y del maravilloso guiso de lota que preparaba el cocinero de la casa: ¡más que un guiso era una revelación! Saboreaba la comida por adelantado, la paladeaba y disfrutaba de ella mentalmente. Cuando Anna Akímovna lo condujo del brazo al comedor y él bebió por fin una copa de vodka y se metió en la boca un trozo de salmón, casi ronroneó de placer. Masticaba de forma ruidosa y desagradable, emitiendo por la nariz algunos sonidos, mientras sus ojos se volvían ávidos y oleosos.

Los entremeses fueron suntuosos. Entre otros manjares, se sirvieron champiñones frescos con crema agria y salsa provenzal con ostras fritas, colas de cangrejo y un fuerte aderezo de pepinillos en vinagre. El almuerzo principal se compuso de platos refinados y selectos, y los vinos fueron excelentes. Míshenka servía la mesa como en trance. Cuando presentaba algún manjar nuevo y levantaba la tapadera de la brillante cacerola o escanciaba vino, lo hacía con aires de nigromante; a veces, cuando el abogado contemplaba su rostro y sus andares de primera figura de la cuadrilla, pensaba: "¡Menudo idiota!"

Después del tercer plato, Lisévich, dirigiéndose a Anna Akímovna, exclamó:

– Una mujer *fin de siècle* –quiero decir joven y por supuesto rica– debe ser independiente, ingeniosa, delicada, inteligente, valiente y algo libertina. Libertina con moderación, en su justa medida, porque convendrá usted conmigo en que cualquier cosa tomada en exceso acaba cansando. Usted, querida mía, no debe vegetar, no debe vivir como los demás, sino saborear la vida; y un toque de inmoralidad es la salsa de la vida. Sumérjase entre flores de embriagadores aromas, ahóguese en almizcle, hártese de hachís y, sobre todo, ame, ame, ame… Si yo estuviera en su lugar, empezaría con siete hombres, uno para cada día de la semana; al primero lo llamaría Lunes, al segundo Martes, al tercero Miércoles y así sucesivamente, para que cada uno supiera cuál era su día.

Esa conversación turbó a Anna Akímovna, que no comió nada durante el almuerzo y sólo bebió una copa de vino.

– ¡Déjeme decir a mí unas palabras! –exclamó–. Yo no concibo el amor sin una familia. Estoy sola, sola, como la luna en el cielo, y aún en cuarto menguante. Diga usted lo que quiera, pero estoy convencida de que esa mengua sólo puede llenarse con amor, en el sentido habitual del término. Tengo la impresión de que ese amor determinaría mis obligaciones, mi trabajo, alumbraría mi visión de las cosas. Busco en el amor paz para mi alma y tranquilidad; quiero estar lo más lejos posible del almizcle, de todo ese espiritismo y ese *fin de siècle*…en una palabra –exclamó azorándose–: quiero un marido y unos hijos.

– ¿Quiere casarse? También eso es posible –exclamó Lisévich–. Necesita usted experimentarlo todo: el matrimonio, los celos, la dulzura de la primera traición e incluso los hijos… Pero apresúrese a vivir, apresúrese, querida; el tiempo pasa, no espera.

– ¡Me casaré! –exclamó ella, mirando con enfado su rostro saciado y satisfecho–. Me casaré de la forma más corriente y convencional, y resplandeceré de felicidad. Y escúcheme bien, me casaré con un simple trabajador, con algún mecánico o delineante.

– Y no es mala idea. La duquesa Josiane se enamoró de Gwynplaine, pues para eso era una duquesa; usted también puede permitírselo todo porque es una mujer extraordinaria. Si quiere amar a un negro o a un mulato, querida, no se reprima, consiga a un negro. No se prive de nada. Debe ser tan arrojada como sus deseos. Procure no rezagarse de ellos.

– ¿Acaso es tan difícil comprenderme? –preguntó Anna Akímovna con indignación, y en sus ojos brillaban las lágrimas–. Advierta que tengo en mis manos un negocio muy importante, dos mil trabajadores de los que tendré que responder ante Dios. Los hombres que trabajan para mí se quedan ciegos y sordos. ¡Qué terrible me resulta vivir, qué terrible! Y mientras yo sufro, usted se permite la crueldad de hablarme de negros y... de reírse de mí–. Anna Akímovna descargó un puñetazo sobre la mesa–. Continuar con la vida que llevo o casarme con una persona tan ociosa e inepta como yo sería sencillamente un crimen. No puedo seguir viviendo así –gritó con ardor–. ¡No puedo!

– ¡Qué hermosa es usted! –exclamó Lisévich, lleno de admiración–. ¡Qué hermosa es usted, Dios mío! Pero, ¿por qué se enfada, querida? Puede que yo no tenga razón, pero ¿acaso piensa que por aburrirse y privarse de los placeres de la vida en nombre de unos ideales, por otro lado muy respetables, la suerte de sus obreros va a mejorar? ¡En absoluto! ¡No, libertinaje, libertinaje! –exclamó con decisión–. ¡Es imprescindible, es necesario que sea usted una libertina! ¡Piense en ello, querida, piense en ello!

Anna Akímovna, satisfecha de haber expuesto su parecer, se sintió feliz. Se alegraba de haber hablado tan bien, de haber expresado un pensamiento tan sincero y atinado. Estaba segura de que si Pímenov se enamoraba de ella, se casaría gustosa con él.

Míshenka empezó a escanciar champán.

– Me irrita usted, Víktor Nikolaich –exclamó, brindando con el abogado–. Me enfada que dé usted consejos cuando desconoce la vida por completo. En su opinión, un mecánico o un copista sólo puede ser un mujik y un ignorante. Pero no es así. ¡Son personas muy inteligentes! ¡Extraordinarias!

– Conocía y respetaba... a su padre y a su tío –exclamó pausadamente Krilin que permanecía tieso como una estatua en su asiento y no dejaba de comer–. Eran hombres de un ingenio notable y... de elevadas virtudes morales.

– ¡Sí, ya conocemos esas virtudes! –murmuró el abogado y pidió permiso para fumar.

Cuando terminó el almuerzo, Krilin se retiró a descansar. Lisévich terminó el cigarro y siguió a Anna Akímovna al gabinete, tambaleándose a causa de lo mucho que había comido. Los rincones con fotografías, abanicos en las paredes y los inevitables faroles de color rosa o azul le desagradaban, pues los consideraba una manifestación de un carácter indolente y falto de originalidad; además, el recuerdo de algunas aventuras amorosas de las que ahora se avergonzaba estaba unido a esos faroles. No obstante, el gabinete de Anna Akímovna, con sus paredes desnudas y sus toscos muebles, le agradaba mucho. Le gustaba acomodarse en el diván turco y contemplar a Anna Akímovna, que solía sentarse en la alfombra, junto a la chimenea, rodear las rodillas con las manos y mirar el fuego pensativa; en esos momentos a Lisévich le parecía evidente que por las venas de esa mujer corría sangre de mujik y de viejo creyente.

Cuando servían el café y los licores, después de la comida, Lisévich se animaba y le contaba diversas novedades literarias. Hablaba con animación y amaneramiento, entusiasmándose con su propio relato, y ella le escuchaba y pensaba que por ese placer bien podían pagarse no ya doce mil rublos, sino tres veces más, y le perdonaba todos los rasgos de su carácter que no le gustaban. A veces le contaba el argumento de un relato o incluso de una novela, y entonces pasaban de manera inadvertida dos o tres horas, como si fueran simples minutos. En esa ocasión Lisévich cerró los ojos y empezó con voz débil y una cierta amargura.

– Hace tiempo que no leo nada, querida –exclamó, cuando ella le pidió que le contara algo–. Sólo a veces cojo alguna obra de Julio Verne.

– Y yo que pensaba que me iba a contar usted algo nuevo.

– Hum… algo nuevo –murmuró Lisévich con voz soñolienta, hundiéndose aún más en un rincón del diván–. La literatura moderna, querida, no nos conviene ni a usted ni a mí. Debe ser como es, por supuesto, y rechazarla significaría rechazar el orden natural de las cosas, y yo lo reconozco, pero…

Parecía como si Lisévich se hubiera quedado dormido, pero al cabo de un momento volvió a oírse su voz.

– La literatura moderna, como el viento otoñal en una chimenea, está siempre gimiendo y aullando: "¡Ah, desdichado! ¡Ah, tu vida puede compararse con la de un presidiario! ¡Ah, en tu cárcel reinan la oscuridad y la humedad! ¡Ah, estás obligado a morir en ella, no tienes escapatoria!" Todo eso está muy bien, pero yo preferiría una literatura que enseñara a escapar de la cárcel. El único escritor contemporáneo que leo a veces es Maupassant –dijo Lisévich, abriendo los ojos–. Es un buen escritor, un escritor espléndido –añadió Lisévich, mo-

viéndose en el diván–. ¡Un artista extraordinario, maravilloso, sobrenatural! –Lisévich se puso en pie y levantó la mano derecha–. ¡Maupassant! –exclamó con entusiasmo–. ¡Lea a Maupassant, querida! Una página suya le procurará más satisfacción que todas las riquezas de la tierra! Cada párrafo es un nuevo horizonte. Los más dulces y tiernos movimientos del alma se entreveran con sentimientos intensos e impetuosos; el alma parece estar bajo la presión de cuarenta mil atmósferas y se convierte en un fragmento insignificante de una sustancia de indeterminado color rosado que, en mi opinión, si se pudiera poner en la lengua, proporcionaría un gusto acerbo y voluptuoso. ¡Qué torbellino de situaciones, de motivos, de melodías! Está usted descansando entre lirios y rosas, cuando, de pronto, un pensamiento extraordinario, hermoso, irresistible le embiste inesperadamente como una locomotora, salpicándole de vapor caliente y ensordeciéndole con su silbido. ¡Lea a Maupassant, querida! ¡Se lo exijo!

Lisévich sacudió las manos y presa de una gran agitación se paseó de un extremo al otro de la habitación.

– ¡Es algo extraordinario! –exclamó con apasionamiento–. ¡Su última obra me ha dejado extenuado, embriagado! Pero temo que en usted sólo despierte indiferencia. Para gustar de esa obra, es necesario saborearla, extraer lentamente el jugo de cada línea y beberlo… ¡Sí, beberlo!

Después de un largo preámbulo, plagado de expresiones tales como voluptuosidad demoníaca, red de sutilísimos nervios, simún, cristal y otras palabras semejantes, empezó a referir el contenido de la novela. Su habla perdió su afectación y se volvió más precisa; recordaba de memoria descripciones y conversaciones enteras; los personajes de la novela le maravillaban y al caracterizarlos adoptaba posturas, mudaba la expresión del rostro y cambiaba la voz, como un verdadero ac-

tor. Entusiasmado con su representación, tan pronto se reía a carcajadas con voz de bajo como dejaba escapar una risa muy fina, juntaba las manos en señal de admiración o se cogía la cabeza como si ésta estuviera a punto de estallarle. Aunque ya había leído la novela, Anna Akímovna le escuchaba con arrobamiento, y la narración del abogado le parecía mucho más hermosa y compleja que el libro. Lisévich atraía su atención sobre diferentes matices y subrayaba las expresiones felices y los pensamientos profundos, y ella veía la vida ante sus ojos y se sentía como un personaje más de la novela. De pronto su espíritu se alegró, y entonces también ella rió a carcajadas y agitó las manos, pensando que su existencia no podía prolongarse, que no había razón para vivir mal cuando podía vivir bien; recordó las palabras y los pensamientos pronunciados durante el almuerzo y se enorgulleció de ellos, y cuando en su imaginación surgió de improviso la figura de Pímenov, se sintió feliz y deseó que aquel hombre se enamorara de ella.

Cuando terminó su relato, Lisévich, exhausto, se dejó caer en el diván.

– ¡Qué agradable es usted! ¡Qué hermosa! –dijo poco después con voz débil, como si estuviera enfermo–. Me siento feliz cerca de usted, querida. Pero ¿por qué tendré cuarenta y dos años y no treinta? Mis gustos y los suyos no coinciden: usted está en edad de ser un poco libertina, y yo hace tiempo que superé esa fase; ahora aspiro a un amor más sutil, menos material, como un rayo de sol; vamos que, desde el punto de vista de una mujer de su edad, no valgo para nada.

Según decía, amaba a Turguénev porque cantaba el amor virginal, la pureza, la juventud y la tristeza de la naturaleza rusa; pero él contemplaba el amor virginal como algo lejano y abstracto que no existía en la vida real. Estaba convencido de que su amor por Anna Akímovna era platónico, ideal, aun-

que no estaba seguro de lo que significaba eso. Anna Akímovna le parecía una mujer encantadora, excepcional, y su compañía le relajaba, le reconfortaba, le aquietaba; eso bastaba para que su imaginación confundiera ese agradable sentimiento con el amor platónico.

Apretó la mejilla contra su mano y exclamó con ese tono que se emplea para mimar a los niños pequeños:

– Querida mía, ¿por qué me ha castigado usted?

– ¿Yo? ¿Cómo? ¿Cuándo?

– No he recibido ninguna gratificación navideña.

Anna Akímovna, que nunca había oído que a los abogados hubiera que entregarles una gratificación navideña, se encontró en una situación embarazosa, pues no sabía qué cantidad darle. Y algo había que darle, ya que él lo esperaba, aunque la mirase con ojos llenos de amor.

– Probablemente Nazárich se ha olvidado –exclamó–. Pero aún estamos a tiempo de arreglarlo.

De pronto recordó los mil quinientos rublos de la víspera, olvidados en el tocador de su dormitorio. Anna Akímovna fue por ese desagradable dinero y se lo entregó al abogado, que con lánguida delicadeza se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta; toda la escena resultó discreta y natural. La inesperada mención de la gratificación y la obtención de esos mil quinientos rublos definían a la perfección el carácter del abogado.

– *Merci* –exclamó, besándole un dedo.

Entró Krilin, con rostro satisfecho y descansado; ya no llevaba las condecoraciones.

Tanto él como Lisévich se quedaron un rato más, bebieron un vaso de té y poco después se dispusieron a marcharse. Anna Akímovna estaba un poco confusa… Había olvidado completamente dónde trabajaba Krilin y no sabía si era necesario darle dinero o no; además, en caso de que tuviera que

hacerlo, ¿debía entregárselo en ese momento o enviárselo en un sobre?

– ¿Dónde trabaja? –le susurró a Lisévich.

– No tengo ni idea –farfulló el abogado bostezando.

Anna Akímovna supuso que si Krilin visitaba y rendía pleitesía a su tío y a su padre, algo debía recibir a cambio: probablemente hacía obras de caridad en su nombre y prestaba sus servicios en alguna institución benéfica; por ello, en el momento de la despedida, Anna Akímovna metió en su mano trescientos rublos; él se quedó sorprendido y durante un minuto estuvo mirándola en silencio con ojos empañados, pero luego pareció comprender y dijo:

– Pero no puedo enviarle el recibo antes de Año Nuevo, estimada Anna Akímovna.

Completamente extenuado, Lisévich vaciló y se tambaleó cuando Míshenka le ayudó a ponerse la pelliza. Al bajar las escaleras tenía un aspecto de total debilidad, y parecía evidente que en cuanto se sentara en el trineo se quedaría dormido.

– ¿Excelencia –le dijo a Krilin con languidez, deteniéndose en medio de la escalera– no ha experimentado nunca la sensación de que una fuerza invisible le va estirando y tensando hasta convertirle en un alambre sutilísimo? Ese sentimiento, absolutamente subjetivo, se concreta en una especial voluptuosidad, que no puede compararse con nada.

Anna Akímovna, de pie en la parte superior de la escalera, vio cómo ambos entregaban un billete a Míshenka.

– ¡No me olviden! ¡Adiós! –les gritó y se retiró a su dormitorio.

Se quitó con premura el vestido, que ya le aburría, se puso una bata y se dirigió a la planta de abajo. Mientras bajaba las escaleras reía y alborotaba como una chiquilla. Sentía grandes deseos de bromear.

IV
LA NOCHE

La tía, vestida con una amplia blusa de percal, Varvárushka y otras dos viejas más estaban sentadas en el comedor y cenaban. Ante ellas, sobre la mesa, había una gran porción de carne salada, jamón y diversos entremeses; de la porción de carne, muy grasienta y de aspecto apetitoso, ascendía hasta el techo una nube de vapor. En el piso de abajo no se tomaba vino, pero en cambio había una amplia variedad de vodkas y licores. La cocinera Agáfiushka, una mujer gruesa, de tez blanca, rolliza, estaba junto a la puerta, con los brazos cruzados, y hablaba con las viejas; servía la mesa Masha, la de abajo, una morena con una cinta roja en el pelo. Las viejas se habían hartado de comer por la mañana y una hora antes de la cena habían tomado té con tarta; por eso comían ahora sin ganas, como por obligación.

– ¡Ay, madrecitas! –exclamó la tía, cuando Anna Akímovna entró de pronto en el comedor y se sentó a su lado–. ¡Qué susto me he llevado!

A los habitantes de la casa les gustaba que Anna Akímovna estuviera de buen humor y bromeara; esa actitud les recordaba que los viejos habían muerto y que las viejas de la casa ya no tenían ninguna autoridad, de modo que cada cual podía vivir como quisiera, sin temor a un severo castigo. Sólo las dos ancianas desconocidas miraban con recelo a Anna Akímovna, sorprendidas de que estuviera cantando, pues cantar en la mesa es pecado.

– ¡Madrecita nuestra, guapa, preciosa! –exclamó Agáfiushka con voz meliflua–. ¡Gema de la casa!... ¡La gente que ha venido a ver a nuestra reina, Dios mío! Generales, oficiales, señores... Estuve mirando por la ventana y contándolos, pero al final perdí la cuenta.

– ¡Por mí como si no hubieran venido, los muy canallas! –exclamó la tía; miró con tristeza a su sobrina y añadió–: Sólo le roban el tiempo a mi pobre huérfana.

Anna Akímovna tenía hambre, ya que no había comido nada desde por la mañana. Le sirvieron un licor muy amargo; ella lo bebió y después comió un poco de carne con mostaza, encontrándola muy apetitosa. Luego Masha, la de abajo, le trajo algo de pavo, manzanas en almíbar y grosellas. Todos esos alimentos también le gustaron. Sólo una cosa le desagradaba: de la estufa de azulejos se desprendía un intenso calor, que volvía sofocante el ambiente y hacía que todas las presentes tuvieran las mejillas enrojecidas... Después de la cena retiraron el mantel y pusieron platos con dulces de menta, nueces y pasas.

– ¡Siéntate!... ¿Qué haces ahí de pie? –le dijo la tía a la cocinera.

Agáfiushka suspiró y se sentó a la mesa; Masha puso también ante ella una copa para el licor; Anna Akímovna tuvo la impresión de que el blanco cuello de Agáfiushka desprendía el mismo calor que la estufa. Todas hablaron de lo difícil que era casarse en los tiempos presentes. Según ellas, antaño los hombres se sentían atraídos, si no por la belleza, al menos por el dinero, mientras que ahora no era posible saber lo que querían; antes sólo quedaban sin casarse las jorobadas y las cojas, pero ahora ni siquiera las mujeres bellas y ricas se casaban. La tía trató de explicar que todo eso se debía a la falta de principios morales y a que la gente no temía a Dios, pero de pronto recordó que su hermano Ivan Ivánich y Varvárushka –ambos muy religiosos y temerosos de Dios– habían tenido hijos en secreto a los que mandaban a la inclusa; nada más darse cuenta, cambió de conversación y se puso a hablar de un novio que tuvo una vez, un empleado de la fábrica; ella lo que-

ría mucho, pero sus hermanos la casaron a la fuerza con un pintor de iconos viudo que, gracias a Dios, se murió al cabo de dos años. Masha, la de abajo, que también se había sentado a la mesa, contó con aires de secreto que desde hacía una semana todas las mañanas aparecía en el patio un hombre desconocido con bigotes negros y un abrigo con cuello de astracán; entraba en el patio, se quedaba mirando las ventanas de la gran casa y continuaba su camino en dirección a los barracones. Era un hombre atractivo, de buena presencia.

Todas esas conversaciones despertaron en Anna Akímovna un deseo intenso, casi doloroso, de casarse; hubiera dado la mitad de su vida y su posición por saber que en la planta de arriba había un hombre al que amaba por encima de todas las cosas, un hombre que la quería y la echaba de menos; la idea de esa intimidad, maravillosa e inefable, conmovía su alma. Sus instintos de mujer joven y saludable trataban de engañarla y le aseveraban que la verdadera poesía de la vida no había pasado, que aún estaba por llegar. Convencida de ello, se reclinó en el respaldo de la silla, con lo que se le soltaron los cabellos, y se echó a reír; los otros, al verla, también rieron. Y esas risas espontáneas inundaron el comedor durante largo rato.

Anunciaron que Escarabajo había llegado y se quedaría a pasar la noche. Era una peregrina llamada Pasha o Spiridónovna, una mujer pequeña y delgada, de unos cincuenta años, ataviada con un vestido negro y un pañuelo blanco, de mirada aguda, nariz aquilina y mentón afilado; tenía unos ojos vivos, penetrantes, con los que parecía poder ver todo al trasluz. Sus labios tenían forma de corazón. Debido a su legua viperina y a su carácter odioso en las casas de los comerciantes la llamaban Escarabajo.

Entró en el comedor sin mirar a nadie, se dirigió a los iconos y cantó en voz alta “Tu Nacimiento”, luego “El día de la

Virgen" y a continuación "Ha nacido Cristo"; finalmente se volvió y traspasó a todos con la mirada.

– ¡Feliz Navidad! –exclamó y besó en el hombro a Anna Akímovna–. Qué difícil me ha sido llegar a vuestra casa, bienhechoras mías– añadió, besando en el hombro también a la tía–. Me dirigía aquí ya por la mañana, pero por el camino entré en varias casas honradas para descansar. "Pero quédate, Spiridónovna", me decían, y se me hizo de noche sin que me diera cuenta.

Como no comía carne, le sirvieron caviar y salmón. Mientras apuraba los alimentos, que acompañó de tres copas de vodka, no dejó de mirar a todos de reojo. Una vez que terminó la comida, dio las gracias a Dios e hizo una profunda reverencia a Anna Akímovna.

Igual que en años precedentes, se pusieron a jugar a los reyes, mientras los criados de las dos plantas se agolpaban junto a las puertas para ver el juego. A Anna Akímovna le pareció reconocer un par de veces entre las mujeres y los mujiks a Míshenka, que sonreía con condescendencia. La primera que hizo de rey fue Escarabajo, mientras Anna Akímovna representó a un soldado que le pagaba el tributo; luego la tía se convirtió en rey y Anna Akímovna en campesino, lo que provocó el regocijo general; Agáfiushka, a la que correspondió el papel de princesa, se ruborizó de alegría. En el otro extremo de la mesa se desarrollaba otra partida, en la que participaban las dos Mashas, Varvárushka y la costurera Marfa Petrovna, a la que habían despertado para que participara en el juego, por lo que tenía cara de sueño y enfado.

Durante el juego hablaron de los hombres y de lo difícil que era encontrar un buen marido, y discutieron si era mejor la suerte de la soltera o la de la viuda.

– Muchacha, eres joven, hermosa, fresca y fuerte –le dijo

Escarabajo a Anna Akímovna–. No puedo comprender para quién te guardas.

– ¿Y qué puedo hacer si nadie me solicita?

– ¿Acaso has hecho promesa de no casarte? –continuó Escarabajo, como si no hubiera escuchado–. Bueno, tampoco está mal. No te cases si no quieres –repitió, contemplando sus cartas con mirada maligna y atenta–. Sí, hermana, quédate soltera... sí... Sólo que entre esas solteras reverendísimas las hay muy distintas –suspiró y sacó el rey–. ¡Sí, muy distintas, madrecita! Unas realmente se conservan como monjas y no pecan, y si alguna comete una falta, se atormenta, la pobre, y reprueba su acción. Pero hay otras que se visten con ropas negras y se cosen mortajas y aman en secreto a viejos ricos. Sí, sí, queridas mías. Hay brujas que engañan a los viejos, los dominan, palomitas, los vuelven locos, y cuando han conseguido suficiente dinero y seguridades, los llevan hasta la muerte.

En respuesta a esas alusiones, Varvárushka se limitó a suspirar y a mirar el icono. Su rostro mostraba una expresión de resignación cristiana.

– Conozco a una muchacha de ese tipo, que es una implacable enemiga mía –continuó Escarabajo, mirando a todos con aire triunfal–. No hace más que suspirar y mirar los iconos, la diablesa. Cuando dominaba a un viejo e ibas a verla, te daba un pedazo de pan y te ordenaba que le hicieras reverencias hasta el suelo, mientras ella leía: "Una virgen dio a luz...". En las fiestas te daba un pedazo de pan y en los días laborables te imprecaba. Bueno, pero ahora puedo burlarme de ella. ¡Y me burlo todo lo que quiero, tesoros!

Varvárushka volvió a mirar el icono y se santiguó.

– Sí, nadie me pretende Spiridónovna –exclamó Anna Akímovna, tratando de cambiar de tema–. ¿Qué puedo hacer?

– Tú misma tienes la culpa, madrecita. Sigues esperando

a un caballero o un hombre instruido, cuando podrías casarte con un comerciante como tú.

– ¡Con un comerciante no! –exclamó la tía con inquietud–. ¡No lo permitas, Reina de los cielos! Un noble despilfarrará tu dinero, pero después se apiadará de ti, tontita. En cambio, un comerciante se comportará con tal severidad, que no encontrarás la manera de vivir en tu propia casa. Cuando tengas necesidad de cariño, él estará cortando cupones, y cuando te sientes con él a la mesa, el muy patán te reprochará que te comas tu propio pan. Cásate con un noble.

Todas se pusieron a hablar a un tiempo, interrumpiéndose unas a otras, mientras la tía golpeaba en la mesa con un cascanueces y, sofocada, enfadada, decía:

– ¡Con un comerciante no! ¡Si metes a un comerciante en la casa, me voy a un asilo!

– ¡Silencio! –gritó Escarabajo. Cuando todos se aquietaron, entornó un ojo y exclamó–: ¿Sabes qué, Anushka, palomita mía? No tienes necesidad de casarte como se casan las demás. Tú eres rica, libre, dueña de tu destino; pero no debes quedarte como una solterona, hijita. Yo te encontraré un hombre simple y miserable que te permita guardar las apariencias y luego, ¡a vivir la vida! Sí, al marido le entregas cinco o diez mil rublos, él se va por donde ha venido y tú sigues siendo la dueña de tu casa. Podrás amar a quien te parezca y nadie te podrá reprochar nada. Entonces sí que podrás amar a tus aristócratas, a tus hombres instruidos. ¡Serás la reina del mundo! –Escarabajo chasqueó los dedos y grito–: ¡Vive la vida!

– ¡Pero eso es pecado! –exclamó la tía.

– ¡Vaya, pecado! –se echó a reír Escarabajo–. Ella es una mujer instruida y me entiende. Degollar a una persona o engatusar a un viejo es pecado, pero amar a tu media naranja, querida amiga, no lo es en absoluto. ¡Así es! ¡No hay ningún

pecado! Todas esas cosas las han inventado las beatas para confundir a las gentes sencillas! Yo misma no dejo de hablar en todas partes de que eso y lo otro es pecado, y ni yo misma sé por qué lo digo–. Escarabajo bebió un trago de licor y carraspeó–: ¡Hay que vivir la vida! –exclamó, dirigiéndose al parecer a sí misma–. Me he pasado treinta años, amigas, pensando en el pecado y atormentándome, pero ahora lo veo todo claro: ¡he perdido mi oportunidad, he dejado pasar el tiempo! ¡Ah, qué tonta he sido, qué tonta! –suspiró–. El tiempo de las mujeres es muy breve y hay que aprovechar cada uno de los días. Aniushka, tú eres rica y muy guapa, pero cuando llegues a los treinta y cinco o cuarenta tu tiempo habrá llegado a su fin. No hagas caso a los demás, hermana. Vive la vida y diviértete hasta los cuarenta, que ya tendrás tiempo luego de implorar perdón, ponerte de rodillas y coserte la mortaja. ¡Ponle una vela a Dios y otra al diablo! ¡No te prives de nada! Bueno, ¿qué? ¿Quieres hacer feliz a un hombre?

– Sí –exclamó Anna Akímovna, echándose a reír–. En este momento me da todo lo mismo; me casaría con un simple trabajador.

– ¡Y no estaría nada mal! ¡Qué buen mozo escogerías entonces! –Escarabajo frunció el ceño y sacudió la cabeza–. ¡Ya lo creo!

– Yo misma se lo digo: si no puedes encontrar a un noble, no te cases con un comerciante, sino con alguien más sencillo –exclamó la tía–. Al menos, tendríamos un hombre en casa. ¿Y acaso escasean las buenas personas? Hasta podrías casarte con uno de nuestros empleados. Todos son hombres serios y sobrios…

– ¡Pues claro que sí! –convino Escarabajo–. Unos muchachos estupendos. Si quieres, tía, casaré a Anushka con Vasili Lebedinski.

– No sé, Vasili tiene unas piernas muy largas –exclamó la tía con aire serio–. Es muy seco y no tiene buena presencia.

Todos los que se agolpaban junto a la puerta se echaron a reír.

– Bueno, pues con Pímenov. ¿Quieres casarte con Pímenov? –le preguntó Escarabajo a Anna Akímvona.

– Sí. Habla con él.

– ¿Seguro?

– ¡Habla con él! –exclamó con decisión Anna Akímovna, descargando un golpe sobre la mesa–. ¡Te doy mi palabra de honor de que me casaré con él!

– ¿Seguro?

Anna Akímovna sintió vergüenza del rubor de sus mejillas y de que todos estuvieran mirándola; revolvió las cartas que había sobre la mesa y salió corriendo de la habitación; subió por las escaleras y cuando llegó a la planta superior entró en el salón y se sentó al piano; de la planta baja llegaba una suerte de rumor, semejante al oleaje del mar; probablemente, hablaban de ella y de Pímenov; quizás, aprovechando su ausencia, Escarabajo ofendía a Varvárushka, sin reportarse ya en sus expresiones.

En toda la planta superior sólo ardía la lámpara de la sala; su débil luz se filtraba en el oscuro salón a través de la puerta. Eran poco más de las nueve. Anna Akímovna tocó un vals, luego otro, más tarde un tercero; tocaba sin parar. Miraba el oscuro rincón que había detrás del piano, sonreía y trataba de llamar a alguien con la imaginación; de pronto una idea le vino a la cabeza: ir a la ciudad, visitar a algún amigo, por ejemplo a Lisévich, y descubrirle sus sentimientos. Le apetecía hablar, reírse, bromear, pero el rincón oscuro que había detrás del piano guardaba silencio y en torno suyo, en cada una de las habitaciones de la planta superior, todo era quietud y soledad.

Le gustaban las romanzas sentimentales, pero ella tenía una voz ruda, no cultivada; por eso se limitaba a acompañar las melodías, tarareándolas en voz muy baja, casi con el rumor de la respiración. Entonó de ese modo una canción tras otra; todas versaban sobre el amor, las despedidas, las ilusiones perdidas. Se imaginaba que extendía la mano hacia Pímenov y le suplicaba con lágrimas en los ojos: "¡Aparte este peso de mí"! Y entonces, como si se le hubieran perdonado todos los pecados, sentiría alegría y ligereza en el alma, y comenzaría una vida libre y quizás feliz. Ansiosa y expectante, inclinó la cabeza sobre el teclado, y deseó fervientemente que ese cambio en su vida se produjera en ese mismo momento, sin ninguna demora, pues le horrorizaba la idea de que su vida anterior se prolongara durante un instante más. De nuevo volvió a tocar y a cantar en voz baja, mientras a su alrededor todo permanecía en silencio. El rumor de la planta inferior se había apagado: probablemente, se habían ido todos a dormir. Hacía tiempo que los relojes habían dado ya las diez. Se aproximaba una noche larga, solitaria y tediosa.

Anna Akímovna se paseó por todas las habitaciones, se tumbó en el diván por un momento, leyó en el gabinete las cartas recibidas por la tarde. Doce eran de felicitación, pero había tres anónimos. En uno de ellos, un simple trabajador, con una escritura horrible, apenas legible, se quejaba de que en la tienda de la fábrica se vendía a los empleados mantequilla rancia, con olor a queroseno; en otro, alguien la informaba respetuosamente de que en la última subasta de hierro, Nazárich había aceptado un soborno de mil rublos; en el tercero la injuriaban por su inhumanidad.

Su espíritu festivo y animado había desaparecido; tratando de prolongarlo, Anna Akímovna volvió a sentarse al piano y tocó con suavidad un vals de moda; luego recordó las razo-

nables y nobles ideas que había expresado durante el almuerzo. Contempló las oscuras ventanas y las paredes con cuadros a la débil luz que llegaba de la sala, y de pronto se echó a llorar, apenada de su soledad, de no tener una persona con la que hablar y a la que pedir consejo. Para animarse, trató de imaginar las facciones de Pímenov, pero no lo consiguió.

Dieron las doce. Entró Míshenka, con una chaqueta en lugar del frac, encendió en silencio dos velas y salió; al cabo de un minuto regresó con una bandeja y una taza de té.

– ¿De qué se ríe? –le preguntó ella, al advertir una sonrisa en su rostro.

– Estaba en la planta de abajo y oí cómo bromeaba sobre Pímenov… –exclamó, tapándose la boca con la mano para ocultar la risa–. Si hubiera tenido que almorzar hoy con Víktor Nikoláievich y el general, se habría muerto de miedo –A causa de la risa a Míshenka le temblaban los hombros–. Ni siquiera habría sabido cómo coger el tenedor.

La risa del lacayo, sus palabras, su chaqueta y sus bigotes produjeron en Anna Akímovna una impresión de suciedad. Cerró los ojos para no verle y sin darse cuenta se imaginó a Pímenov almorzando con Lisévich y Krilin; su discreta y sencilla figura le pareció mezquina y lamentable, y despertó en ella un sentimiento de rechazo. Sólo entonces, por primera vez a lo largo del día, comprendió que todo lo que había pensado y dicho sobre Pímenov y su matrimonio con un simple trabajador era un disparate, una bobada, una testarudez. Para convencerse de lo contrario y vencer ese rechazo, quiso invocar las palabras que había pronunciado durante el almuerzo, pero no consiguió recordarlas; se sentía avergonzada de sus pensamientos y de sus actos, temía haber hablado con ligereza durante el día, le disgustaba su cobardía. Cogió una vela y con rápidos pasos, como si estuviera huyendo de alguien,

bajó a la planta inferior, despertó a Spiridónovna y trató de convencerla de que sólo había estado bromeando. Luego se fue a su dormitorio. Masha la pelirroja, adormilada en el sillón que había junto a la cama, se puso en pie de un salto y empezó a arreglar las almohadas. Tenía una expresión de fatiga y sueño; sus magníficos cabellos se habían apelotonado en un lado de la cara.

– Por la tarde estuvo aquí otra vez el funcionario Chálikov –exclamó, bostezando–, pero no me atreví a informarla. Estaba completamente borracho. Dijo que volvería mañana.

– ¿Pero qué es lo que quiere de mí? –se enfadó Anna Akímovna y arrojó el peine contra el suelo–. ¡No quiero verlo! ¡No quiero!

Pensó que sólo le quedaba en la vida ese Chálikov, que nunca dejaría de seguirla y de recordarle lo absurda e inane que era su existencia. Sólo servía para ayudar a los pobres. ¡Ah, que estúpido era todo!

Se tumbó en la cama sin desvestirse y se puso a sollozar de vergüenza y de hastío. Lo más enojoso y absurdo de todo era que aquellos sueños en torno a Pímenov le parecían sinceros, elevados y nobles, y al mismo tiempo sentía que Lisévich e incluso Krilin estaban más próximos a ella que Pímenov y todos los empleados. Pensaba que si pudiera representar ese largo día, ya terminado, en un cuadro, todos los sucesos triviales y necios como, por ejemplo, el almuerzo, las palabras del abogado o el juego de los reyes resultarían verdaderos, mientras que los sueños y las conversaciones sobre Pímenov destacarían del conjunto como algo falso y forzado. También pensó que ya era tarde para soñar con la felicidad, que toda su vida estaba en ruinas; tan imposible resultaba volver a los tiempos en que compartía una manta con su madre como soñar con una vida nueva y especial.

Masha la pelirroja estaba de rodillas ante la cama y la miraba con tristeza y sorpresa; luego ella misma se echó llorar y apretó el rostro contra la mano de su ama; no hacían falta palabras para comprender a qué se debía tanta amargura.

– Qué tontas somos las dos –exclamó Anna Akímovna, llorando y riendo a un tiempo–. ¡Qué tontas somos! ¡Ah, qué tontas!

1894

LA CRISIS

I

Una tarde, el estudiante de medicina Mayer, y Ríbnikov, el pupilo del Instituto de Pintura, Escultura y Arquitectura de Moscú fueron a casa de su amigo Vasíliev, estudiante de leyes, y le propusieron que les acompañara a la calle S. Vasíliev, se negó durante un buen rato, pero finalmente se puso el abrigo y se fue con ellos.

Sólo conocía a las mujeres de mala vida de oídas y por los libros; nunca había estado en sus casas. Sabía que había mujeres inmorales, que bajo la presión de ciertas circunstancias fatídicas –el medio, una mala educación, la pobreza, etc.– se veían obligadas a vender su honor por dinero. No conocían el amor puro, no tenían hijos ni derechos civiles; sus madres y sus hermanas lloraban por ellas, como si hubieran muerto, la ciencia las trataba como un mal, los hombres las tuteaban. No obstante, a pesar de todo ello, eran seres creados a imagen y semejanza de Dios. Todas ellas eran conscientes de su pecado y tenían esperanzas de salvación; de hecho, disponían de amplios medios para alcanzar ese ansiado fin. Es verdad que la sociedad no perdona a los hombres su pasado, pero María Magdalena no era inferior a los otros santos a los ojos de Dios. Cuando Vasíliev reconocía por las ropas o los modales a una mujer caída o veía su representación en revistas humorísticas, siempre se acordaba de una historia que había leído en alguna parte: un joven puro y abnegado se enamoró de una mu-

jer caída y le pidió que fuera su mujer, pero ella, considerándose indigna de semejante felicidad, se envenenó.

Vasíliev vivía en un callejón que daba al bulevar Tverskoi. Cuando salió con sus amigos de su casa, eran cerca de las once. Acababan de caer las primeras nieves y todo en la naturaleza estaba bajo el poder de esa nueva presencia. Había en el aire olor a nieve, sus blandos copos crujían suavemente bajo las botas; todo –la tierra, los tejados, los árboles, los bancos de los bulevares– parecía suave, blanco, fresco; las casas se antojaban diferentes a las del día anterior, los faroles lucían con más fuerza, el aire era más claro, los coches levantaban un rumor más sordo. En el aire fresco, ligero y helado se advertía la presencia de la nieve blanca, reciente, esponjosa, y esa sensación embargaba el alma.

El estudiante de medicina se puso a cantar con agradable voz de tenor:

– Contra mi voluntad a esas tristes orillas una fuerza desconocida me lleva.

– Mira el molino, ya en ruinas –le acompañó el pintor.

– Mira el molino, ya en ruinas –repitió el estudiante de medicina, levantando las cejas y agitando tristemente la cabeza. Guardó silencio durante unos instantes, se frotó la frente y, tras recordar el resto de la letra, se puso a cantar en voz tan alta y con tanta maestría que los transeúntes se le quedaban mirando:

– Allí una vez encontré un amor tan libre como mi propia libertad...

Los tres entraron en un restaurante y sin quitarse los abrigos bebieron dos copas de vodka. Antes de apurar la segunda, Vasíliev advirtió un trozo de corcho en la copa, la aproximó a los ojos y la estuvo mirando largo rato, entornando los ojos como un miope. El estudiante de medicina no comprendió su expresión y exclamó:

– Bueno, ¿qué miras? ¡Por favor, dejémonos de filosofías! El vodka es para beber, el esturión para comer, las mujeres para gozar de su compañía y la nieve para caminar sobre ella. ¡Compórtate como una persona aunque sólo sea por una noche!

– Pero si yo… –exclamó Vasíliev, riendo–. ¿Acaso he dicho algo?

El vodka calentó su pecho. Dirigió una mirada de cariño a sus compañeros, a los que admiraba y envidiaba. ¡Qué ponderados eran esos sanos, fuertes y alegres muchachos! ¡Qué claros y diáfanos sus espíritus y sus mentes! Cantaban, amaban con pasión el teatro, dibujaban, hablaban mucho, bebían y al día siguiente no les dolía la cabeza; eran poéticos, libertinos, tiernos e insolentes; sabían trabajar, indignarse, reír a carcajadas sin razón y decir tonterías; eran ardientes, honrados, abnegados y no peores personas que él, Vasíliev, que sopesaba cada paso y cada palabra, era aprensivo, cauteloso y convertía cualquier nadería en un problema. Le apetecía pasar al menos una noche como sus amigos, desinhibirse, liberarse de su propio control. ¿Que había que beber vodka? Bebería vodka, aunque al día siguiente tuviera un terrible dolor de cabeza. ¿Que le llevaban a visitar mujeres? Iría. Se reiría a carcajadas, haría el tonto, contestaría alegremente a los transeúntes con los que se tropezara.

Salió del restaurante riendo. Le gustaban sus amigos: el uno con su sombrero arrugado de alas anchas y su aire de artista extravagante; el otro con su gorro de piel de nutria y sus ínfulas de bohemio ilustrado, a pesar de que era un hombre de medios; le gustaban la nieve, las pálidas luces de los faroles, las intensas y negras huellas que dejaban en la fresca nieve las botas de los transeúntes; le gustaba el aire, en especial esa atmósfera límpida, tierna, ingenua, casi virginal, que la na-

turaleza sólo permite contemplar dos veces al año: en la época en que todo está cubierto de nieve y en los días brillantes o noches con luna de la primavera, cuando en el río se quiebra el hielo.

"Contra mi voluntad a estas tristes orillas una fuerza desconocida me lleva", se puso a cantar en voz baja.

Por alguna razón durante todo el camino a ninguno de ellos se les iba de la cabeza esa melodía, que los tres cantaban maquinalmente, sin mantener el compás con sus compañeros.

Al cabo de diez minutos, pensaba Vasíliev, sus amigos y él llamarían a una puerta y avanzarían por corredores y habitaciones oscuros hasta llegar al alojamiento de las mujeres. Aprovechándose de la oscuridad, él encendería una cerilla, iluminaría el lugar y vería una expresión torturada y una sonrisa culpable. La mujer desconocida, rubia o morena, seguramente tendría el cabello suelto y llevaría un camisón blanco; se asustaría de la luz, se azoraría muchísimo y exclamaría: "¡Por el amor de Dios, qué hace usted! ¡Apague esa cerrilla!" Todo eso era aterrador, pero también interesante y novedoso.

II

Los amigos giraron en la plaza Trubny, tomaron por la calle Grachiovka y poco después entraron en ese callejón que Vasíliev sólo conocía de oídas. Al ver dos hileras de casas con las ventanas vivamente iluminadas y las puertas abiertas de par en par, y oír alegres acordes de pianos y violines –acordes que salían de todas las puertas y se mezclaban en una extraña confusión, como si en la oscuridad, sobre los tejados, una orquesta invisible estuviera afinando sus instrumentos–, Vasíliev se sorprendió y exclamó:

– ¡Cuántas casas!

– ¡Esto no es nada! –dijo el estudiante de medicina–. Hay diez veces más en Londres. Allí hay cerca de cien mil mujeres de éstas.

Los cocheros estaban sentados en los pescantes con la misma tranquilidad e indiferencia que en cualquier otro callejón; por las aceras caminaban tantos transeúntes como en las otras calles. Nadie se apresuraba, nadie levantaba el cuello del abrigo para ocultar el rostro, nadie sacudía la cabeza con aire de reproche… En esa indiferencia, en esa mezcolanza de pianos y violines, en esas brillantes ventanas y en esas puertas abiertas de par en par se advertía un cierto componente de descaro, impudicia, atrevimiento y despreocupación. Probablemente, en los antiguos mercados de esclavos reinaban la misma alegría y el mismo barullo, y los rostros y los andares de las gentes expresaban idéntica indiferencia.

– Comencemos por el principio –dijo el pintor.

Los amigos entraron en un estrecho corredor, iluminado por una lámpara con un reflector. Cuando abrieron la puerta, un hombre vestido con una chaqueta negra, rostro de lacayo sin afeitar y ojos soñolientos, se levantó pesadamente de un diván amarillo. El lugar olía como una lavandería, con un cierto toque a vinagre. En el vestíbulo se abría una puerta que conducía a una habitación fuertemente iluminada. El estudiante de medicina y el pintor se detuvieron en el umbral de esa puerta y, extendiendo el cuello, se pusieron a mirar el interior de la habitación.

– ¡Buona sera, signori! ¡Rigoletto, Huguenotti, Traviata! –exclamó el pintor, saludando de manera teatral.

– ¡Habana, Cucaracha, Pistoletto! –gritó el estudiante de medicina, apretando el gorro contra su pecho y haciendo una profunda reverencia.

Vasíliev se quedó detrás de ellos. Deseaba saludar teatralmente y decir alguna tontería, pero sólo acertaba a sonreír; sentía una incomodidad semejante a la vergüenza y esperaba con impaciencia los acontecimientos posteriores. En la puerta apareció una rubia pequeña, de unos diecisiete o dieciocho años, con el pelo corto, un vestido minúsculo de color azul y un medallón blanco sobre el pecho.

– ¿Por qué se quedan en la puerta? –exclamó–. Quítense los abrigos y entren en la sala.

El estudiante de medicina y el pintor, que continuaban hablando en italiano, entraron. Vasíliev les siguió con indecisión.

– ¡Señores, quítense los abrigos! –les dijo con severidad un lacayo–. No pueden entrar así.

Además de la rubia había en la sala otra mujer, muy gruesa y alta, de aspecto extranjero, con los brazos desnudos. Estaba sentada junto al piano y hacía un solitario sobre las rodillas, sin prestar la menor atención a los recién llegados.

– ¿Dónde están las otras señoritas? –preguntó el estudiante de medicina.

– Están tomando el té –exclamó la rubia–. Stepán –gritó–, ¡vete a decirle a las señoritas que han llegado unos estudiantes!

Al cabo de un rato entró en la sala una tercera señorita. Ésta llevaba un vestido de un rojo brillante, con bandas azules. Su rostro mostraba una espesa capa de maquillaje, dispuesta con torpeza; la frente se ocultaba tras los cabellos y los ojos miraban sin pestañear, con una expresión de miedo. Nada más entrar se puso a entonar una canción con voz fuerte y tosca de contralto. Tras ella apareció una cuarta señorita y después una quinta...

En todo ello Vasíliev no veía nada novedoso ni interesante. Le parecía que había contemplado antes, y más de una vez, esa sala, ese piano, ese espejo con su barato marco dorado, ese

medallón, ese vestido con bandas azules y esos rostros embotados e indiferentes. De la oscuridad, el silencio, el aire de secreto, las sonrisas culpables y cuanto había esperado y temido encontrar allí, no había ni huella.

Todo era ordinario, prosaico y aburrido. Sólo una cosa despertó en él cierta curiosidad: la terrible y aparentemente intencionada falta de gusto que se apreciaba en las cornisas, en los absurdos cuadros, en los vestidos, en el medallón. Había algo significativo y singular en esa falta de gusto.

"¡Qué pobre y estúpido es todo esto! –pensó Vasíliev–. En este absurdo que veo ante mis ojos, ¿qué puede impulsar a un hombre normal a cometer el pecado terrible de comprar a una persona viva por un rublo? Puedo comprender el pecado en aras de la brillantez, la belleza, la gracia, la pasión, el gusto, pero esto es diferente. ¿Qué puede justificar aquí el pecado? En cualquier caso… ¡es mejor no pensar!"

– ¡Eh, tú, el de la barba! –se dirigió a él la rubia–. ¡Invítame a una cerveza!

En cuanto oyó esas palabras, Vasíliev se turbó.

– Con mucho gusto… –exclamó, inclinándose cortésmente–. Pero tendrá que perdonar que no la acompañe, señorita… Yo no bebo.

Al cabo de unos cinco minutos los amigos se dirigían ya a otra casa.

– Bueno, ¿por qué pediste una cerveza? –se enfadó el estudiante de medicina–. ¡Como si fueras millonario! ¡Vaya una manera de desperdiciar seis rublos!

– Si le apetecía, ¿por qué no concederle ese placer? –se justificó Vasíliev.

– El placer no es para ella, sino para la dueña. Son ellas las que exigen a las chicas que se hagan invitar, pues ello repercute en su propio beneficio.

– En ese molino, ya en ruinas –se puso a cantar el pintor.

Al llegar a la siguiente casa, los amigos se detuvieron en el vestíbulo, sin entrar en la sala. Lo mismo que había sucedido en el primer local, un hombre de rostro soñoliento y lacayuno, vestido con una chaqueta, se levantó del diván. Al contemplar la cara de ese lacayo y su chaqueta gastada, Vasíliev pensó: "¡Cuánto debe haber sufrido un hombre normal y corriente antes de acabar como lacayo en un lugar como éste! ¿Dónde habrá vivido antes y qué habrá hecho? ¿Qué le esperará en la vida? ¿Estará casado? ¿Dónde estará su madre? ¿Sabrá acaso que trabaja aquí como lacayo?" A partir de ese momento, Vasíliev prestó una atención especial al lacayo cada vez que entraban en una nueva casa. En una de ellas, probablemente la cuarta, había un lacayo pequeño, endeble, seco, con una cadenita en el chaleco. Estaba leyendo *La hoja de Moscú* y no prestaba la menor atención a los visitantes. Al contemplar su rostro, Vasíliev pensó que una persona con esos rasgos podía robar, asesinar, dar testimonio falso. En realidad, su rostro era interesante: frente ancha, ojos grises, nariz chata, labios finos y fruncidos, mirada inexpresiva y al mismo tiempo insolente, como la de un joven galgo cuando alcanza una liebre. Vasíliev sintió ganas de tocar los cabellos de ese lacayo. ¿Serían suaves o ásperos? Probablemente ásperos, como los de los perros.

III

El pintor, después de beberse dos vasos de cerveza, se emborrachó y dio muestras de una animación poco natural.

– ¡Vamos a otra! –ordenó, agitando los brazos–. ¡Os llevaré a la mejor!

Después de conducir a sus amigos a la que en su opinión era la mejor casa, mostró un vivo deseo de bailar la cuadrilla. El estudiante de medicina murmuró con enfado que habría que pagar a los músicos un rublo, pero finalmente se unió a él. Ambos se pusieron a bailar.

En la mejor casa reinaba la misma suciedad que en la peor. Los mismos espejos y cuadros, los mismos peinados y vestidos. Al examinar el mobiliario y los trajes, Vasíliev comprendió que esa vulgaridad no obedecía a la falta de gusto, sino que era expresión de lo que podía llamarse gusto e incluso estilo de la calle S. Un ambiente imposible de encontrar en ningún otro lugar, rotundo en su propia fealdad, que en absoluto resultaba casual, sino que era resultado de una lenta evolución. Después de visitar ocho casas, ya no le sorprendían los colores de los vestidos, ni las largas colas, ni las vistosas cintas, ni los trajes de marinero, ni el espeso maquillaje morado de las mejillas; comprendía que todo era allí como debía ser, que si una sola mujer se vistiera como un ser humano o sobre una pared colgara un solo grabado decente, el tono general del callejón se resentiría.

"¡Qué torpemente se venden! –pensó–. ¿Acaso no comprenden que el vicio sólo es seductor cuando es atractivo y se oculta, cuando adopta la apariencia de la virtud? Los modestos vestidos negros, los rostros pálidos, las sonrisas tristes y la oscuridad causan más efecto que estos estrafalarios oropeles. ¡Qué tontas! Ya que no lo entienden por sí mismas, al menos podrían enseñárselo sus clientes…"

Una señorita vestida con un traje polaco ribeteado de cintas blancas de piel se acercó a él y se sentó a su lado:

– Simpático moreno, ¿por qué no baila? –le preguntó–. ¿Por qué parece tan aburrido?

– Porque estoy aburrido.

– Invíteme a un clarete y no se aburrirá.

Vasíliev no le contestó. Al cabo de un rato le preguntó:

– ¿A qué hora se va usted a la cama?

– A las cinco y media.

– ¿Y cuándo se levanta?

– Unos días a las dos y otros a las tres.

– Y cuando se levanta, ¿qué hace?

– Bebemos café y a las seis y media comemos.

– ¿Y qué come?

– Nada especial… Caldo o sopa de col, un filete y un postre. Nuestra *madame* cuida muy bien de sus chicas. Pero ¿por qué me pregunta todo esto?

– Por nada, sólo quería charlar un rato…

Había muchas cosas que Vasíliev quería preguntarle. Sentía enormes deseos de saber dónde había nacido, si vivían sus padres y conocían su paradero, cómo había ido a parar a esa casa, si estaba contenta y satisfecha o se sentía triste y atormentada por sombríos pensamientos, si tenía esperanzas de escapar algún día de su situación presente… Pero no sabía por dónde empezar y qué forma dar a sus preguntas para que éstas no parecieran indiscretas. Permaneció largo rato pensativo y finalmente le preguntó:

– ¿Cuántos años tiene usted?

– Ochenta – bromeó la chica, y se echó a reír cuando contempló los movimientos que hacía el pintor con los pies y con las manos.

De pronto estalló en carcajadas y pronunció en voz alta, para que la oyeran todos, una frase larga y obscena. Vasíliev se quedó estupefacto y, sin saber qué expresión adoptar, esbozó una forzada sonrisa. Fue el único que sonrió, pues todos los demás –sus amigos, los músicos y las otras mujeres– ni siquiera la miraron; parecía como si no la hubieran oído.

– ¡Invíteme a un clarete! –repitió.

Vasíliev sintió repugnancia de sus cintas blancas y de su voz, y se apartó de ella. El ambiente de aquella estancia se le antojó caluroso y agobiante y su corazón empezó a latir con golpes lentos y fuertes, como martillazos.

– ¡Vámonos de aquí! –exclamó, cogiendo al pintor por la manga.

– Espera, déjanos terminar.

Mientras el pintor y el estudiante de medicina terminaban de bailar la cuadrilla, Vasíliev, para no mirar a las mujeres, se puso a observar a los músicos. El pianista era un viejo afable, con gafas, parecido de cara al mariscal Bazaine; del violín se ocupaba un joven con la barba roja, vestido a la última moda. Lejos de parecer estúpido o demacrado, mostraba un aire inteligente, jovial, fresco. Vestía con esmero y con gusto y tocaba con sentimiento. Vasíliev no pudo dejar de preguntarse cómo él y ese viejo de aspecto respetable y noble habían acabado en ese lugar, cómo no les daba vergüenza estar allí, en qué pensarían cuando veían a las mujeres.

Si el pianista y el violinista hubieran sido personas andrajosas, hambrientas, sombrías, borrachas, con rostros demacrados o inexpresivos, su presencia allí, tal vez, habría resultado comprensible. Pero en el caso de esos dos hombres, Vasíliev no entendía nada. Recordó la historia de la mujer caída que había leído en algún sitio y pensó que esa imagen de humanidad y esa sonrisa culpable no tenían nada en común con lo que veía. Le pareció que no estaba contemplando mujeres caídas, sino un mundo distinto, absolutamente peculiar, ajeno e incomprensible; si hubiera visto antes ese mundo en el teatro o hubiera leído sobre él en algún libro, no hubiera creído en su existencia…

La mujer de las cintas blancas volvió a reírse a carcajadas

y pronunció otra frase repugnante en voz alta. Dominado por un sentimiento de asco, se ruborizó y salió.

– ¡Espera, ya vamos! –le gritó el pintor.

IV

– Mientras bailábamos he tenido una conversación con mi pareja –contó el estudiante de medicina, mientras los tres salían a la calle–. Hablamos de su primera aventura. El héroe fue un contable de Smolensk, casado y con cinco hijos. Ella tenía diecisiete años y vivía con su padre y con su madre, que vendían jabón y velas.

– ¿Cómo conquistó él su corazón? –preguntó Vasíliev.

– Le compró ropa blanca por valor de cincuenta rublos. ¡Habrase visto!

"Al menos él ha conseguido que esa mujer le contara su historia –pensó Vasíliev–. Es mucho más de lo que yo he logrado…".

– Señores, me voy a casa –exclamó.

– ¿Por qué?

– Porque no sé cómo comportarme aquí. Además, estoy aburrido y disgustado. ¿Qué tiene esto de alegre? Si al menos hubiera personas, pero sólo hay salvajes y animales. Yo me voy; vosotros haced lo que queráis.

– Ah, Grisha, Grigori, amigo… –exclamó con voz llorosa el pintor, rodeándole con su brazo. Vamos a otro sitio más y luego al diablo con ellos… ¡Por favor, Grigoriants!

Tras convencer a Vasíliev, subieron por una escalera. Todo –la alfombra, las barandillas doradas, el portero que abrió la puerta y el panel que decoraba el vestíbulo– mostraba el mismo estilo de la calle S., pero en una forma más acabada e imponente.

– Tengo que irme a casa, de verdad –exclamó Vasíliev, mientras se quitaba su abrigo.

– Bueno, bueno, amigo… –dijo el pintor y le besó en el cuello–. No seas caprichoso… ¡Gri-gri , seamos amigos! Hemos venido juntos y juntos nos iremos. Pues sí que eres terco.

– Puedo esperaros en la calle. ¡Me da asco este lugar, francamente!

– Bueno, bueno, Grisha… Aunque te dé asco, puedes observarlo. ¿Comprendes? ¡Obsérvalo!

– Hay que observar los acontecimientos con objetividad –exclamó con aire serio el estudiante de medicina.

Vasíliev entró en la sala y se sentó. Además de él y sus amigos, había muchos otros clientes: dos oficiales de infantería, un señor calvo, con gafas doradas y algunas canas en las sienes, dos estudiantes imberbes del Colegio de Agrimensores y un hombre muy borracho con rostro de actor. Todas las señoritas estaban ocupadas con esos clientes y no prestaron la menor atención a Vasíliev. Sólo una de ellas, vestida como Aída, le miró de reojo y sonrió:

– Ha llegado un joven moreno… –dijo bostezando.

A Vasíliev le latía con fuerza el corazón y el rostro le ardía. Se sentía avergonzado ante los otros clientes, y al mismo tiempo ese ambiente le repugnaba y le torturaba. Le agobiaba pensar que él, un hombre decente y afectuoso (así se había considerado siempre), odiaba a esas mujeres y no sentía por ellas más que aversión. No le daba pena de las mujeres, ni de los músicos, ni de los lacayos.

"Eso es porque no trato de comprenderlos –pensaba–. Todos ellos se parecen más a animales que a personas; y sin embargo son personas y tienen alma. Hay que tratar de comprenderlos antes de juzgarlos…".

– ¡Grisha, no te vayas, espéranos! –le gritó el pintor, antes de desaparecer.

Pronto desapareció también el estudiante de medicina.

"Sí, hay que tratar de comprender. No se puede ser así..." –seguía pensando Vasíliev.

Se puso a contemplar atentamente a todas las mujeres, buscando esa sonrisa culpable. Pero ya fuera que no sabía leer sus rostros o que ninguna de ellas se sentía culpable, el caso es que sólo percibió miradas inexpresivas de tedio, aburrimiento y complacencia. Estúpidos ojos, estúpidas sonrisas, estúpidas y ásperas voces, movimientos descarados: eso era todo. Al parecer, cada una de ellas había tenido una aventura en el pasado con un contable y había recibido cincuenta rublos en ropa blanca, y sus únicos intereses en la vida se reducían al café, un almuerzo de tres platos, el vino, la cuadrilla y dormir hasta las dos...

Al no encontrar ni una sola sonrisa culpable, Vasíliev se puso a buscar al menos una fisonomía inteligente. Y su atención se detuvo en una mujer madura, morena, con un rostro pálido, algo soñoliento y fatigado, ataviada con un vestido cubierto de lentejuelas. Estaba sentada en un sillón y miraba el suelo con aire pensativo. Vasíliev se paseó de un extremo al otro de la habitación y se sentó junto a ella como por casualidad.

"Hay que empezar con algo trivial –pensó–, y luego pasar poco a poco a asuntos serios...".

– ¡Qué vestido tan bonito lleva usted! –exclamó, rozando con un dedo el fleco dorado de su pañoleta.

– ¿Así lo cree? –dijo la morena con indolencia.

– ¿De qué región es usted?

– ¿Yo? De una muy lejana... De Chernigov.

– Es una región muy bonita. Se está bien allí.

– Siempre pensamos que se está bien en los lugares en que nosotros no nos encontramos.

"Qué pena que no tenga dotes para describir la naturaleza –pensó Vasíliev–. Podría conmoverla con una descripción de la naturaleza de Chernigov. Debe amarla si ha nacido allí".

– ¿Se aburre usted aquí? –preguntó

– Pues claro que me aburro.

– Entonces, ¿por qué no se va?

– ¿Y adónde iba a ir? ¿Quiere que viva de la caridad?

– Vivir de la caridad es más fácil que vivir aquí.

– ¿Y usted qué sabe? ¿Acaso lo ha probado?

– Sí, cuando no tenía dinero para pagarme los estudios. Y aunque no hubiera pedido nunca, seguiría pareciéndome obvio. Al menos un mendigo es un hombre libre, mientras que usted es una esclava.

La morena se estiró y miró con ojos soñolientos a un lacayo que llevaba una bandeja con vasos y agua de Seltz.

– Invíteme a una cerveza –dijo, y volvió a bostezar.

"Una cerveza… –pensó Vasíliev–. ¿Y qué pasaría si tu madre o tu hermano entraran aquí ahora? ¿Qué les dirías? ¿Y qué te dirían ellos? Entonces sí que recibirías una cerveza, seguro…".

De pronto se oyó un llanto. De la habitación contigua, precisamente aquella a la que el lacayo había llevado el agua de Seltz, salió apresuradamente un hombre rubio, con la cara roja y una mirada de enfado. Tras él iba la dueña, una mujer alta y gruesa, gritando con voz chillona.

– ¿Quién le ha dado permiso para golpear a las chicas en la cara? ¡Tenemos clientes de mejor posición que usted y no dan problemas! ¡Charlatán!

Se armó tal alboroto que Vasíliev se asustó y se puso pálido. En la habitación contigua alguien lloraba con la rabia y

el convencimiento de las personas ofendidas. Entonces comprendió Vasíliev que allí vivían seres humanos de verdad, que se ofendían, sufrían, lloraban y pedían ayuda, como en todas partes… El pesado aborrecimiento y el sentimiento de asco dieron paso a una intensa pena y un profundo desprecio por el ofensor. Se dirigió apresuradamente a la habitación en la que la mujer lloraba; en medio de filas de botellas, dispuestas sobre el tablero de mármol de una mesa, vio un rostro torturado, anegado en lágrimas; extendió las manos hacia ese rostro, avanzó un paso hacia la mesa, pero un repentino sentimiento de horror le hizo retroceder: la mujer que lloraba estaba borracha.

Cuando se abría paso entre el ruidoso gentío que se había reunido en torno al hombre rubio, perdió de pronto el ánimo, se acobardó como un niño y tuvo la impresión de que los habitantes de ese mundo extraño e incomprensible querían abalanzarse sobre él, golpearle y cubrirle de obscenidades… Cogió su abrigo de la percha y se lanzó a toda prisa escaleras abajo.

V

Se apretó contra la cerca y esperó allí a que salieran sus amigos. Los acordes del piano y del violín, alegres, osados, insolentes y tristes se mezclaban en el aire en una suerte de caos; lo mismo que antes, parecía como si una orquesta invisible estuviera afinando sus instrumentos en la oscuridad, sobre los tejados. Al mirar hacia arriba, se veía una multitud de puntos blancos quebrando ese fondo negro: estaba nevando. Cuando los copos se iluminaban por la luz, giraban perezosamente en el aire, como plumas, y descendían con

mayor languidez aún sobre la tierra. La nieve se arremolinaba en torno a Vasíliev y caía sobre su barba, sus pestañas y sus cejas… Los cocheros, los caballos y los transeúntes estaban blancos.

"¡Cómo puede caer la nieve sobre este callejón! –pensaba Vasíliev–. ¡Malditas sean estas casas!"

Debido al esfuerzo que había hecho cuando bajó corriendo las escaleras, las piernas se le doblaban de cansancio; jadeaba, como si acabara de ascender una montaña, y oía cómo le latía el corazón. Sentía la imperiosa necesidad de escapar cuanto antes de aquel callejón y volver a casa, pero aún mayor era su deseo de esperar a sus amigos y volcar sobre ellos su mal humor.

Había muchas cosas que no entendía en esas casas; el alma de las mujeres perdidas seguía siendo para él igual de misteriosa que antes; en cambio había comprendido que la situación era mucho peor de lo que había imaginado. Si la mujer culpable que se envenenaba recibía el calificativo de caída, ¿qué nombre darle a las que bailaban al ritmo de ese barullo infernal y decían largas frases obscenas? No es que se estuvieran condenando, es que se habían condenado ya.

"Está presente el vicio –pensó–, pero no la conciencia de la culpa ni la esperanza de la salvación. Las venden, las compran, se hunden en el vino y otras abominaciones, pero son tan tontas como las ovejas, se muestran indiferentes y no comprenden nada. ¡Dios mío, Dios mío!"

También había comprendido que lo que se llama dignidad humana, individualidad, imagen y semejanza de Dios, había sido profanado, "quebrado en mil pedazos", como dicen los borrachos, y que los únicos culpables no eran esas mujeres y ese callejón.

Una multitud de estudiantes, blancos a causa de la nieve,

pasaron a su lado, conversando alegremente y riendo. Uno de ellos, alto y delgado, se detuvo, se quedó mirando a Vasíliev y exclamó con voz de borracho:

– ¡Es uno de los nuestros! ¿Te has enfadado, amigo? ¡Bueno, amigo! ¡No importa, pásatelo bien! ¡Vamos! ¡No te desanimes, hermano!

Cogió a Vasíliev por los hombros y apretó contra su mejilla sus bigotes mojados y fríos; luego se resbaló, se tambaleó y, moviendo ambos brazos, exclamó:

– ¡Sujétate! ¡No te caigas!

Y, echándose a reír, salió corriendo para alcanzar a sus compañeros.

En medio del ruido se oyó la voz del pintor:

– ¡No se atreva a golpear a una mujer! ¡No se lo permito, maldito! ¡Es usted un canalla!

En el umbral de la casa apareció el estudiante de medicina. Miró a ambos lados y tras ver a Vasíliev, exclamó agitado:

– ¿Estás ahí? ¡Con Yegor no se puede ir a ningún sitio, de verdad! ¡No puedo comprender a ese hombre! ¡Qué escándalo acaba de armar! ¿No lo has oído? ¡Yegor! –gritó desde la puerta–. ¡Yegor!

– ¡No le permito que pegue a una mujer! –se oyó arriba la penetrante voz del pintor.

Luego, algo pesado y voluminoso bajó rodando las escaleras. Se trataba del pintor, al que evidentemente alguien había empujado.

Se puso en pie, sacudió el sombrero y levantando el puño gritó con enfado e indignación:

– ¡Canallas! ¡Matones! ¡Sanguijuelas! ¡No le permito que pegue a nadie! ¡Pegar a una mujer débil y borracha! Ah, es usted…

– Yegor… Vamos, Yegor… –le imploró el estudiante de

medicina–. Te doy mi palabra de honor de que es la última vez que salgo contigo. ¡Te lo juro!

El pintor poco a poco se tranquilizó y los amigos emprendieron el camino de regreso.

– Contra mi voluntad a estas tristes orillas una fuerza desconocida me lleva –se puso a cantar el estudiante de medicina.

Al cabo de un rato resonó la voz del pintor.

– "Allí está el molino, ya en ruinas…".

– ¡Vaya manera de nevar, madre de los cielos! –añadió después– Grisha, ¿por qué te fuiste? Eres un cobarde y un pusilánime, eso es lo que eres.

Vasíliev iba detrás de sus amigos, miraba sus espaldas y pensaba:

"Una de dos: o sólo nos imaginamos que la prostitución es un mal y exageramos, o, si la prostitución es un mal tan grande como solemos suponer, mis queridos amigos son tan esclavistas, violadores y asesinos como los habitantes de Siria o El Cairo caricaturizados en *La pradera*. Ahora cantan, se ríen a carcajadas, razonan sensatamente, ¿pero acaso no acaban de aprovecharse del hambre, la ignorancia y la estupidez de esas mujeres? Yo mismo he sido testigo. ¿Dónde están su humanidad, su medicina y su pintura? Los conocimientos, el arte y los sentimientos elevados de estos asesinos me recuerdan el trozo de tocino de aquella historia: dos ladrones degüellan en el bosque a un mendigo; empiezan a repartirse sus ropas y encuentran en una bolsa un trozo de tocino. "Muy a propósito –dice uno de ellos–. Vamos a comérnoslo". "¿Qué dices? No podemos –se asusta el otro–. ¿Acaso has olvidado que hoy es miércoles?" De modo que no se lo comieron. Acababan de degollar a un hombre, pero salieron del bosque con el sentimiento de que eran unos buenos cristianos. Así son también éstos: acaban de comprar a unas muje-

res, pero ya van pensando qué grandes artistas y qué sabios son…".

– ¡Escuchadme! –exclamó de pronto con enfado y con rabia–. ¿Por qué venís aquí? ¿Acaso no comprendéis qué terrible es todo esto? Vuestra medicina enseña que esas mujeres mueren prematuramente de tuberculosis o alguna otra enfermedad; y las artes dicen que moralmente han muerto mucho antes. Su muerte se debe a que durante sus breves existencias han tenido que atender a una media de quinientos hombres. A cada una de ellas la matan quinientos hombres. ¡Entre esos quinientos estáis vosotros! Así pues, si a lo largo de vuestra vida acudís a este lugar u otros semejantes doscientas cincuenta veces, eso significa que entre los dos habréis matado a una mujer. ¿Acaso no lo comprendéis? ¿Acaso no es terrible? ¡Matar entre dos, tres, cinco personas a una mujer estúpida y hambrienta! Ah, ¿acaso no es terrible, Dios mío?

– Sabía que acabaríamos así –dijo el pintor, frunciendo el ceño–. ¡No teníamos que haber traído a este estúpido! ¿Crees que tienes la cabeza llena de ideas y pensamientos elevados? ¡Pues no! ¡El diablo sabe lo que tienes en ella, pero no son ideas! Me miras con odio y con desprecio, pero en mi opinión mejor sería que construyeras veinte casas como ésas a que tuvieras esa mirada. ¡Hay más inmoralidad en ella que en todo este callejón! ¡Vamos, Volodia, al diablo con él! No es más que un idiota, un estúpido…

– Los hombres nos matamos unos a otros –exclamó el estudiante de medicina–. Eso es inmoral, por supuesto, pero filosofar sobre ello no ayuda en nada. ¡Adiós!

En la plaza Trubny los amigos se despidieron y se separaron. Al quedarse solo, Vasíliev avanzó a buen paso por el bulevar. Le daba miedo la oscuridad; le daba miedo la nieve que caía copiosamente sobre la tierra, como queriendo cubrir el

mundo entero; le daba miedo la luz de los faroles, que titilaban pálidamente entre las nubes de nieve. Un miedo cerval y cobarde le dominaba. Cuando se cruzaba con algún transeúnte, se apartaba temerosamente de él. Tenía la impresión de que por todas partes había mujeres, sólo mujeres, y que éstas no hacían más que mirarle.

"Ya está –pensaba–. Ya ha empezado la crisis...".

VI

Cuando llegó a su casa, se tumbó en la cama y dijo, temblando con todo su cuerpo:

– ¡Vivas! ¡Vivas! ¡Dios mío, están vivas!

Su fantasía se desató, y tan pronto pensaba que era el hermano de una de esas mujeres caídas, como su padre o bien la mujer misma con las mejillas pintadas, y todo eso le causaba un enorme terror.

Por alguna razón sentía que debía resolver ese problema inmediatamente y a toda costa, que no era aquella una cuestión ajena a él, sino que le afectaba personalmente. Reunió todas sus fuerzas, dominó su desesperación, se sentó en la cama, se cogió la cabeza con las manos y trató de determinar cómo podía salvar a todas las mujeres que había visto ese día. Al ser un hombre instruido, estaba familiarizado con el procedimiento que debía seguir para resolver toda clase de problemas, y a pesar de su agitación se sometió rigurosamente a esa rutina. Recordó la historia de esa cuestión, su literatura y a eso de las tres se puso a pasear de un extremo al otro de la habitación, tratando de recordar todos los intentos que se habían hecho en los últimos tiempos para salvar a las mujeres. Tenía muy buenos amigos y conocidos que vivían en aloja-

mientos de las calles Faltsein, Galiashkin, Necháev y Yechkin... Entre ellos había no pocos hombres honrados y abnegados, algunos de los cuales habían intentado liberar a esas mujeres.

"Esos pocos intentos –pensó Vasíliev– pueden dividirse en tres grupos. El primero consiste en rescatar a la mujer, alquilar una habitación para ella, comprarle una máquina de coser y hacer de ella una costurera. El salvador, quiera o no quiera, la convierte en su amante y, tras terminar la instrucción, desaparece y la entrega a otro hombre honrado, como si fuera un objeto. De ese modo, la mujer caída no abandona su condición. Otros, habiendo redimido a la mujer, le alquilan también una habitación independiente, le compran la inevitable máquina de coser, le dan sermones, se preocupan de su alfabetización y le hacen leer pequeños libros. Mientras esa situación constituye una interesante novedad para ella, la mujer sigue ese régimen de vida y se dedica a la costura, pero luego se aburre y comienza a tener tratos con hombres a espaldas de los predicadores o regresa a ese lugar donde puede dormir hasta las tres de la tarde, beber café y comer en abundancia. Los terceros, los más ardientes y abnegados de todos, han dado un paso audaz y decidido: se han casado con la mujer. Cuando ese animal insolente, oprimido, caprichoso o estúpido, se convierte en esposa, ama de casa y después en madre, su vida y su concepción del mundo se trastocan de tal modo que resulta difícil reconocer en la esposa y en la madre a la antigua mujer caída. Sí, el matrimonio es el mejor medio y quizás el único".

– ¡Pero es imposible! –dijo en voz alta Vasíliev y se dejo caer sobre la cama–. ¡Yo no podría casarme! Para ello hay que ser un santo, desconocer los sentimientos de odio y repulsión. Pero supongamos que el estudiante de medicina, el artista y yo vencemos nuestros escrúpulos y nos casamos; supongamos

que todas ellas se casan. ¿Cuál sería el resultado? El resultado sería que mientras ellas se casan en Moscú, el contable de Smolensk corrompe a una nueva muchacha, que se precipitaría aquí para cubrir las plazas vacantes, junto con chicas de Sarátov, Nizhni Górod y Varsovia… ¿Y qué pasa con las cien mil de Londres? ¿Y con las de Hamburgo?

La lámpara, cuyo petróleo se había agotado, empezó a humear, pero Vasíliev no se apercibió de ello. Volvió a pasear por la habitación, sumido en sus pensamientos. Ahora se planteaba el problema desde otra óptica: ¿qué había que hacer para que las mujeres caídas dejaran de ser necesarias? Para ello era indispensable que los hombres que las compraban y las mataban sintieran toda la inmoralidad de su condición de esclavistas y se horrorizaran. Eran los hombres los que tenían que ser salvados.

"Obviamente las aproximaciones artísticas y científicas no conducen a ninguna parte… –pensaba Vasíliev–. La única actitud plausible es la del misionero".

Y decidió que al día siguiente se apostaría en la esquina del callejón y les diría a todos los transeúntes:

– ¿Dónde vais? ¿Y para qué? ¡Hay que tener temor de Dios!

Se dirigiría a los indiferentes cocheros y les diría:

– ¿Qué hacéis ahí? ¿Por qué no os indignáis ni os escandalizáis? Pues creéis en Dios y sabéis que esto es pecado, que estas gentes irán al infierno. ¿Por qué calláis? Es verdad que son personas ajenas a vosotros, pero también tienen padres y hermanos…

Un amigo de Vasíliev le describió una vez como un hombre de talento. Unas personas tienen un talento especial para la literatura, el teatro o las artes; el suyo se centraba en los seres humanos. Poseía una sutil y delicada sensibilidad para comprender el dolor en todas sus formas. Lo mismo que un buen

actor refleja las acciones y las voces de los otros, Vasíliev podía experimentar en su alma el dolor ajeno. Al ver las lágrimas de otro ser humano, lloraba; en presencia de un enfermo él mismo se sentía indispuesto y gemía; si veía un acto de violencia, le parecía que era él quien lo sufría, se asustaba como un niño, se acobardaba y corría en busca de ayuda. El dolor ajeno le irritaba, le estimulaba, le llevaba al éxtasis, despertaba en él toda suerte de sentimientos.

No sé si ese amigo tenía razón, pero lo que experimentó Vasíliev cuando le pareció que había resuelto la cuestión fue algo semejante a la inspiración. Lloró, rió, pronunció en voz alta las palabras que diría al día siguiente, sintió el más sincero afecto por las personas que le escucharían y se quedarían junto a él en la esquina del callejón para predicar. Se sentó a escribir cartas y se hizo juramentos a sí mismo.

Otra semejanza más aproximaba su reacción a la inspiración: su breve duración. Vasíliev pronto se sintió cansado. Las mujeres perdidas de Londres, Hamburgo y Varsovia le parecían tan pesadas para su conciencia como las montañas para la tierra. Se sentía anonadado e intimidado ante su número. Recordó que no tenía dotes de orador, que era pusilánime y apocado, que las personas indiferentes apenas querrían escuchar y comprender a un hombre como él, un estudiante de leyes en su tercer curso, tímido e insignificante, que la verdadera predicación no reside sólo en los sermones, sino también en los actos…

Amaneció y empezó a oírse en las calles el rumor de los coches, pero Vasíliev seguía inmóvil en el sofá, mirando fijamente un punto. Ya no pensaba en las mujeres ni en los hombres ni en la predicación. Toda su atención se concentraba en la angustia espiritual que le atormentaba. Era un dolor vago, indefinido, indeterminado, parecido ya a la tristeza, ya a la de-

sesperación, ya al terror en su grado más alto. Podía determinar dónde residía: en el pecho, bajo el corazón; pero no podía compararlo con nada. En el pasado había sufrido un agudo dolor de muelas, pleuritis y neuralgia, pero todos esos padecimientos no eran nada en comparación con su angustia espiritual. Debido a ese dolor la vida le parecía repugnante. Su tesis doctoral, una notable composición ya terminada, sus seres queridos, la salvación de las mujeres caídas y todo aquello que había despertado su simpatía o indiferencia el día anterior, le exasperaban ahora en no menor medida que el ruido de los coches, las carreras en el pasillo o la luz del día... Si en ese momento una persona hubiera cometido ante sus ojos una acción caritativa o un acto de violencia abominable, tanto una como otro le hubieran causado una impresión igualmente repugnante. De todos los pensamientos que se arrastraban pesadamente por su cabeza, sólo había dos que no le irritaban: la conciencia de que en todo momento tenía el poder de matarse y el convencimiento de que su dolor no se prolongaría más allá de tres días. Lo segundo lo sabía por experiencia.

Después de permanecer un rato tumbado, se levantó, cruzó los brazos y se puso a pasear por la habitación, pero no de una esquina a otra, como era su costumbre, sino a lo largo de las paredes, formando un cuadrado. Por un instante se contempló en el espejo. Su rostro estaba pálido y demacrado, sus sienes hundidas; sus ojos, más grandes, más oscuros, completamente inmóviles, parecían ajenos, y transparentaban un insoportable sufrimiento espiritual.

A mediodía el pintor llamó a la puerta.

– Grigori, ¿estás en casa? –preguntó.

Al no recibir respuesta, permaneció un minuto inmóvil, con aire pensativo, y finalmente exclamó en ucraniano:

– No está. Debe haberse ido a la universidad, el muy canalla.

Y se marchó. Vasíliev, tumbado en la cama, se cubrió la cabeza con la almohada y se puso a llorar, atormentado por su angustia; cuanto más abundantes eran sus lágrimas, más terrible le parecía su dolor espiritual. Cuando oscureció, se acordó de la tortuosa noche que le esperaba y un sufrimiento espantoso se apoderó de él. Se vistió a toda prisa y salió corriendo de la habitación, dejando la puerta abierta de par en par; una vez en el exterior, sin preguntarse siquiera adónde se dirigía, echó a andar con rápidos pasos por la calle Sadóvaia, sin ningún objeto, sin ningún plan.

La nieve caía con la misma fuerza que la víspera, pero había empezado ya el deshielo. Metiendo las manos en las mangas, temblando y asustándose de los ruidos, de las campanillas de los tranvías y de los transeúntes, Vasíliev se dirigió por la calle Sadóvaia a la torre Sújarev y a la Puerta Roja, y allí tomó por la calle Basmánnaia. Entró en una taberna y pidió un gran vaso de vodka, pero no se sintió mejor después de apurarlo. Al llegar a Razguliai, giró a la derecha y empezó a caminar por unos callejones en los que no había estado nunca. Llegó al viejo puente sobre el Yauza, desde donde contempló las largas hileras de luces en las ventanas de los Barracones Rojos. Deseando calmar su angustia con alguna experiencia nueva o con otro dolor, pero no sabiendo cómo lograrlo, Vasíliev, llorando y temblando, se desabotonó el abrigo y la chaqueta y expuso su pecho desnudo a la nieve húmeda y al viento. Pero tampoco eso alivió su sufrimiento. Entonces se inclinó sobre el pretil del puente y miró las negras y agitadas aguas del Yauza; sintió deseos de arrojarse de cabeza al río, no porque renegara de la vida o quisiera suicidarse, sino para lastimarse y calmar al menos su dolor con otro. Pero las negras

aguas, la oscuridad, las orillas desiertas, cubiertas de nieve, tenían un aspecto terrible. Vasíliev se estremeció y siguió adelante. Pasó junto a los Pabellones Rojos y luego se dio la vuelta, descendió por un bosque y se encontró de nuevo en el puente…

"¡No, a casa, a casa!" –pensó–. Allí me sentiré mejor…"

E inició el camino de regreso. Cuando llegó a su hogar, se quitó el abrigo húmedo y la gorra; luego se puso a pasear a lo largo de las paredes y no interrumpió su caminata hasta el amanecer.

VII

Cuando el pintor y el estudiante de medicina fueron a verle por la mañana,Vasíliev, con la camisa desgarrada y las manos mordidas, se paseaba por la habitación, sollozando de dolor.

– ¡Por el amor de Dios! –gimió, al ver a sus amigos–. Llevadme a donde queráis, haced lo que os parezca conmigo, pero sacadme de aquí. ¡Voy a matarme!

El pintor se puso pálido y se desconcertó. El estudiante de medicina estuvo a punto de echarse a llorar, pero juzgando que los médicos, en cualquier circunstancia de la vida, están obligados a mantener la sangre fría y la compostura, dijo con indiferencia:

– Estás sufriendo una crisis. No es nada. Vamos ahora mismo a ver al doctor.

– ¡Llevadme a donde queráis, pero pronto, por el amor de Dios!

– No te excites. Trata de controlarte.

El pintor y el estudiante de medicina, con manos tem-

blorosas, le pusieron el abrigo a Vasíliev y lo sacaron a la calle.

– Hace mucho tiempo que Mijaíl Serguéich quiere conocerte –dijo el estudiante de medicina por el camino–. Es un hombre muy amable y conoce su oficio a la perfección. Terminó los estudios en el año ochenta y dos, pero tiene ya una enorme práctica. Trata a los estudiantes como si fueran compañeros suyos.

– Rápido, rápido… –dijo Vasíliev.

Mijaíl Serguéich, hombre grueso, con el pelo claro, los recibió con cortesía y fría compostura, sonriendo con una sola mejilla.

– Sus amigos ya me han hablado de su enfermedad –exclamó–. Me alegro mucho de poder ayudarle. Bueno, siéntese, por favor…

Acomodó a Vasíliev en una gran butaca, junto a la mesa, y le alargó una caja con cigarrillos.

– Bueno –exclamó, acariciándose las rodillas con una mano–. Empecemos… ¿Cuántos años tiene?

Formuló algunas preguntas más, a las que respondió el estudiante de medicina. Preguntó si el padre de Vasíliev había padecido alguna enfermedad especial, si bebía en exceso, si se distinguía por su crueldad o alguna otra aberración. Lo mismo preguntó de su abuelo, de su madre, de sus hermanas y de sus hermanos. Cuando se enteró de que su madre tenía una voz extraordinaria y había participado en alguna representación teatral, se animó de pronto y preguntó:

– Perdone, ¿puede recordar si el teatro era una obsesión para su madre?

Pasaron unos veinte minutos. El doctor seguía acariciándose las rodillas y no dejaba de repetir las mismas cosas; de Vasíliev empezó a apoderarse el tedio.

– Por sus preguntas deduzco –exclamó– que pretende usted determinar si mi enfermedad es hereditaria. No lo es.

El doctor preguntó después si Vasíliev había tenido de niño algún vicio secreto, si había sufrido algún golpe en la cabeza, si había padecido manías, arrebatos o inclinaciones obsesivas. Por lo general, la mitad de las preguntas que formulan los diligentes médicos pueden ser desatendidas sin que ello suponga ningún riesgo para la salud, pero las expresiones de Mijaíl Serguéich, el estudiante de medicina y el pintor parecían sugerir que si Vasíliev dejaba una sola pregunta sin contestar, todo estaría perdido. Al escuchar las respuestas, el médico, por alguna razón, las anotaba en un papel. Cuando se enteró de que Vasíliev se había licenciado ya en ciencias naturales y ahora estaba estudiando derecho, el doctor se quedó pensativo…

– El año pasado escribió una tesis excelente… –comentó el estudiante de medicina.

– Perdón, no me interrumpa usted: me impide concentrarme –exclamó el doctor y sonrió con una sola mejilla–. Sí, claro, eso también tiene importancia en el desarrollo de la enfermedad. El intenso trabajo intelectual, el agotamiento… Sí, sí… ¿Bebe usted vodka? –añadió, dirigiéndose a Vasíliev.

– Muy rara vez.

Pasaron otros veinte minutos. El estudiante de medicina empezó a exponer en voz baja su opinión sobre las causas más inmediatas de la crisis y comunicó que dos días antes el pintor, Vasíliev y él habían hecho una visita al callejón S.

El tono frío, indiferente, contenido con que el doctor y sus amigos hablaban de las mujeres y del malhadado callejón, parecía muy extraño a Vasílievich…

– Doctor, dígame una cosa –exclamó, haciendo un esfuerzo para no parecer grosero–: ¿la prostitución es un mal o no lo es?

– Mi querido amigo, eso nadie lo discute –contestó el doctor, y por su expresión parecía evidente que había encontrado respuestas para todas esas preguntas hacía mucho tiempo–. Eso nadie lo discute.

– ¿Es usted psiquiatra? –le preguntó Vasíliev con rudeza.

– Sí, así es.

– ¡Tal vez tengan razón todos ustedes! –exclamó Vasíliev, poniéndose en pie y paseando de un extremo al otro de la estancia–. ¡Tal vez! ¡Pero a mí todo esto me parece sorprendente! Consideran una hazaña que haya estudiado en dos facultades; me ponen por las nubes por haber escrito una tesis que dentro de tres años será olvidada y desechada; ¡y por ser incapaz de hablar con la misma indiferencia de las mujeres caídas que de estas sillas me llevan al médico, me tildan de loco y sienten piedad de mí!

De pronto Vasíliev sintió una inmensa pena por sus amigos, por todas las personas a las que había visto dos días antes, por ese doctor y por sí mismo. Se echó a llorar y se dejó caer sobre la butaca.

Los amigos dirigieron una mirada interrogativa al doctor. Con plena conciencia de ser un especialista en la materia, y por tanto un perfecto conocedor del significado de esas lágrimas y esa desesperación, el doctor se acercó a Vasíliev y en silencio le dio a beber unas gotas; luego, cuando se tranquilizó, lo desvistió y empezó a examinar la sensibilidad de su piel, los reflejos de sus rodillas y otras cosas por el estilo.

Vasíliev experimentó una cierta mejoría. Cuando salió de la consulta, se sintió avergonzado de sí mismo; el ruido de los coches ya no le irritaba y el peso que sentía bajo el corazón se iba haciendo cada vez más ligero, como si se estuviera fundiendo. Tenía en las manos dos recetas: una de bromuro de potasio, otra de morfina… ¡Ya había tomado antes esas cosas!

Se detuvo un momento en medio de la calle, con aire pensativo; luego se despidió de sus amigos y se encaminó lentamente a la universidad.

1888

CASA CON DESVÁN
(*Relato de un pintor*)

Todo sucedió hace unos seis o siete años, cuando yo vivía en uno de los distritos de la provincia de T., en la propiedad del hacendado Belokúrov, un hombre joven que se levantaba muy temprano, iba vestido con un largo abrigo, bebía cerveza por la noche y no paraba de quejarse de que nadie ni nada le ofrecía consuelo. Vivía en un pabellón levantado en el jardín, mientras yo me alojaba en la vieja casa señorial, en una enorme sala con columnas carente de cualquier mobiliario, a excepción de un amplio diván que me servía de cama y una mesa en la que hacía solitarios. En aquella casa, al llegar el buen tiempo, algo zumbaba siempre en las viejas estufas, y durante las tormentas la casa entera temblaba y parecía que iba a hacerse pedazos; daba algo de miedo, sobre todo por la noche, cuando hasta diez grandes ventanas se iluminaban de pronto con el resplandor de los relámpagos.

Condenado por el destino a una constante ociosidad, no hacía absolutamente nada. Pasaba horas enteras contemplando desde las ventanas el cielo, los pájaros, la alameda, leía todo lo que me llegaba a través del correo, dormía. A veces salía de la casa y vagaba por los alrededores hasta la caída de la tarde.

En una ocasión, al regresar a casa, entré sin darme cuenta en una propiedad desconocida. El sol ya se había puesto y sobre el centeno florido caían las sombras vespertinas. Dos fi-

las de altos y viejos abetos, plantados muy cerca unos de otros, se alzaban como dos muros compactos, formando una sombría y bella alameda. Atravesé con facilidad la cerca y me adentré en el sendero, deslizándome sobre las agujas de los abetos, que cubrían la tierra con una capa de varios centímetros de espesor. En el lugar reinaban la oscuridad y el silencio; tan sólo en las copas de los árboles temblaba algún brillante rayo dorado, que se irisaba en las telas de araña. Los abetos exhalaban un olor intenso, sofocante. Al poco tiempo me interné en una larga alameda de tilos. También allí tenía todo un aspecto abandonado y viejo; las hojas del pasado año susurraban tristemente bajo mis pies, y las sombras se extendían entre los árboles a la luz del crepúsculo. A la derecha, en un viejo jardín con árboles frutales, resonaba el débil y desganado canto de una oropéndola, probablemente también vieja. Al poco tiempo las hileras de tilos desaparecieron; pasé junto a una casa blanca con terraza y desván y de pronto surgieron ante mí un patio señorial, un amplio estanque con casetas de baño, una multitud de verdes sauces y una aldea en la otra orilla del estanque, con un campanario alto y estrecho en cuya cruz se reflejaban los rayos del sol poniente. Por un instante se apoderó de mí la sensación de que estaba contemplando un cuadro familiar y conocido, un panorama ya visto en algún momento de la infancia.

Junto al blanco portón que separaba el patio de los campos circundantes, viejo, fuerte y adornado con leones de piedra, había dos muchachas. Una de ellas, de mayor edad, delgada, pálida, muy bella, con espesos cabellos castaños y una boca pequeña y rígida, lucía una expresión severa y apenas me prestaba atención; la otra, bastante joven aún –tendría diecisiete o dieciocho años, no más–, también delgada y pálida, con una gran boca y unos grandes ojos, me miró con asombro

cuando pasé a su lado, profirió un comentario en inglés y se mostró confundida; de mí se apoderó la impresión de que esos hermosos rostros también me resultaban conocidos, y regresé a casa con la sensación de haber vivido un bello sueño.

Poco tiempo después, cuando paseaba a mediodía con Belokúrov por los alrededores de la casa, entró en el patio de manera inesperada, susurrando sobre la hierba, un coche con ballestas en el que iba sentada una de esas muchachas, en concreto la mayor. Venía con una lista de suscripción en favor de las víctimas de un incendio. Sin mirarnos, con gran seriedad y detalle, nos informó de cuántas casas habían ardido en la aldea de Sianov, de cuántos hombres, mujeres y niños se habían quedado sin hogar y de cuáles serían las primeras medidas del comité de salvación, del que ella formaba parte. Una vez que obtuvo nuestra firma, guardó la lista e inició la despedida.

– Nos ha olvidado usted por completo, Piotr Petróvich –le dijo a Belokúrov, tendiéndole la mano–. Venga a vernos, y si *monsieur* N. (en ese momento pronunció mi apellido) quiere ver cómo viven los admiradores de su talento y se digna visitarnos, tanto mi madre como yo nos sentiremos muy reconocidas.

Hice una reverencia.

Cuando se marchó, Piotr Petróvich me contó algunas cosas. Esa muchacha, según sus palabras, era de buena familia y se llamaba Lidia Volchanínov; en cuanto a la hacienda en la que vivía con su madre y su hermana, recibía el nombre de Shelkovka, lo mismo que la aldea de la otra orilla del estanque. En el pasado, el padre había ocupado un puesto importante en Moscú y había muerto con el grado de consejero privado. A pesar de su buena posición, las Volchanínov vivían en la aldea de manera permanente, tanto en verano como en in-

vierno, y Lidia trabajaba como profesora en la escuela rural de Shelkovka, actividad por la que percibía veinticinco rublos mensuales. Para sus gastos sólo empleaba esa cantidad, y se enorgullecía de vivir a sus expensas.

– Es una familia interesante –exclamó Belokúrov–. Deberíamos visitarlas en alguna ocasión. Se alegrarán mucho de conocerle.

Un día festivo, después de la comida, nos acordamos de las Volchanínov y decidimos dirigirnos a Shelkovka. Tanto la madre como las hijas estaban en casa. La madre, Yekaterina Pávlovna, que había sido bella en el pasado, aunque ahora estaba gorda, padecía de asma y tenía un aspecto triste y distraído, trataba de entablar conmigo una conversación sobre pintura. Cuando su hija le informó de que quizás iría a visitarlas, se había acordado apresuradamente de dos o tres paisajes míos contemplados en exposiciones de Moscú, y ahora me preguntaba qué había querido expresar en ellos. Lidia o Lida, como la llamaban en casa, hablaba más con Belokúrov que conmigo. Seria, sin sonreír, le preguntaba por qué no prestaba ningún servicio en el *zemstvo* y por qué no había acudido hasta la fecha a ninguna de sus reuniones.

– Eso no está bien, Piotr Petróvich –le dijo en tono de reproche–. Eso no está bien. Debería darle vergüenza.

– Tienes razón, Lida, tienes razón –convino su madre–. Eso no está bien.

– Todo nuestro distrito se encuentra en manos de Balaguin –continuó Lida, dirigiéndose a mí–. Él mismo es presidente del consejo y ha repartido todos los cargos del distrito entre sus sobrinos y yernos, de modo que puede hacer cuanto se le antoja. Hay que luchar. Los jóvenes deberían componer un partido fuerte, pero ya ve usted qué jóvenes tenemos. ¡Debería darle vergüenza, Piotr Petróvich!

La hermana pequeña, Zhenia, guardó silencio mientras se habló del *zemstvo.* No tomaba parte en las conversaciones serias, pues en la familia aún no se la consideraba adulta. Como si aún fuera pequeña, la llamaban Misius, nombre que en la infancia ella había dado a su *miss*, a su institutriz. Estuvo mirándome todo el tiempo con curiosidad y cuando me puse a hojear el álbum de fotografías, me ofreció algunas explicaciones: "Ése es mi tío... Ése es mi padrino", decía, al tiempo que pasaba el dedo por los retratos y me rozaba infantilmente con su hombro, permitiéndome contemplar de cerca su pecho débil, poco desarrollado, sus finos hombros, su trenza y su cuerpo delgado, ceñido con fuerza por el cinturón.

Jugamos al *croquet* y al *lawn-tennis*, paseamos por el parque, tomamos el té y estuvimos largo rato cenando. Aparte de en la enorme sala vacía con columnas, me sentía a gusto en esa pequeña y acogedora casa en cuyas paredes no había cromos y donde a la servidumbre se la trataba de "usted"; además, gracias a la presencia de Lida y de Misius, todo se me antojaba joven y pulcro, rodeado de un aura de corrección. Después de la cena Lida volvió a hablar con Belokúrov del *zemstvo*, de Balaguin, de las bibliotecas escolares. Era una muchacha vivaz, sincera, convencida, y su conversación resultaba interesante, aunque hablaba mucho y en voz demasiado alta –probablemente había adquirido esa costumbre en la escuela. En cambio Piotr Petróvich, que desde los tiempos de estudiante estaba habituado a convertir cualquier conversación en una discusión, hablaba con indiferencia, desapasionamiento y prolijidad, mostrando un claro deseo de aparecer como una persona inteligente y avanzada. En un determinado momento, volcó la salsera con la manga y sobre el mantel apareció una gran mancha; no obstante, al parecer, sólo yo reparé en ese hecho.

Durante el camino de regreso a casa, todo estaba oscuro y en silencio.

– La buena educación consiste no en no volcar la salsa sobre el mantel, sino en no darte cuenta cuando lo hace otro –exclamó Belokúrov y suspiró–. Sí, una familia encantadora, inteligente. ¡Cuánto me he apartado de la buena sociedad! ¡Cuánto me he apartado! ¡Y es que tengo tantos quehaceres! ¡Me paso el día ocupado!

Habló de lo mucho que debe trabajar una persona cuando quiere convertirse en un agricultor ejemplar. Pero yo pensaba: ¡qué hombre tan indolente y perezoso! Cuando hablaba con seriedad de algún asunto, arrastraba con esfuerzo la "e", y así era como trabajaba: con lentitud, desgana y constantes retrasos. Me resultaba difícil creer en su diligencia, porque las cartas que le confiaba para que las depositara en el correo pasaban semanas enteras en su bolsillo.

– Lo más duro de todo –murmuraba, mientras caminaba a mi lado–, lo más duro de todo es que te pasas todo el tiempo trabajando y no encuentras comprensión en nadie. ¡Ninguna comprensión!

II

Empecé a frecuentar la casa de las Volchanínov. Por lo común, me sentaba en el escalón inferior de la terraza. Me sentía descontento conmigo mismo, me apenaba mi vida, que tan deprisa y de forma tan banal pasaba, y no hacía más que pensar en lo bueno que sería extirparme del pecho el corazón, que tanto me pesaba. A mi lado, en la terraza, se oían voces, rumores de vestidos, el roce de las páginas de un libro. Pronto me habitué a las actividades de Lida, que durante el día reci-

bía enfermos, repartía libros y a menudo marchaba hasta la aldea con la cabeza descubierta, bajo una sombrilla, mientras por la noche hablaba en voz alta del *zemstvo* y de las escuelas. Esa muchacha delgada, hermosa, invariablemente estricta, con una boca pequeña, de delicados contornos, siempre que iniciaba una conversación seria me decía con sequedad:

– Esto no puede interesarle a usted.

No le caía simpático. Le desagradaba porque era paisajista y en mis cuadros no representaba las necesidades del pueblo y porque, según su parecer, mostraba indiferencia por aquellos principios en los que ella creía con tanto apasionamiento. Recuerdo que en una ocasión, a orillas del lago Baikal, conocí a una muchacha buriata que iba montada a caballo y vestía camisa y pantalones azules de tela china; le pregunté si quería venderme su pipa; mientras hablábamos, ella contemplaba con desprecio mi rostro europeo y mi sombrero; al cabo de un minuto se aburrió de mi conversación, dio un alarido y partió al galope. De la misma manera, Lida me consideraba un extraño y me despreciaba por ello. No exteriorizaba su antipatía por mí, pero yo me percataba de ella. A veces, cuando estaba sentado en el peldaño inferior de la terraza me sentía dominado por la ira y me decía que curar campesinos sin ser médico equivale a engañarles y que es fácil practicar la filantropía cuando se poseen dos mil *desiatinas* de tierra.

En cuanto a su hermana Misius, no tenía ninguna preocupación y pasaba la vida en una completa ociosidad, como yo. Nada más levantarse por la mañana, cogía su libro y se ponía a leer; se sentaba en la terraza, en un sillón tan hondo que sus pequeños pies apenas alcanzaban el suelo o se ocultaba con el libro en la alameda de tilos o atravesaba el portón y se dirigía al campo. Se pasaba el día entero leyendo, devorando con avidez una página tras otra, y sólo en el cansancio y atur-

dimiento de su mirada y en la intensa palidez de su rostro se adivinaba lo mucho que esa lectura fatigaba su cerebro. Cuando yo llegaba, ella se ruborizaba, dejaba el libro, fijaba en mi cara sus grandes ojos y me contaba algún suceso de la jornada: por ejemplo, que en las dependencias de los criados había empezado a arder el hollín o que un trabajador había pescado en el estanque un enorme pez. Los días de diario solía ir vestida con una camisa de color claro y una falda azul oscuro. Paseábamos juntos, cogíamos cerezas para hacer mermelada, remábamos por el estanque, y cuando ella saltaba para atrapar una cereza o manejaba los remos, a través de las anchas mangas se transparentaban sus delgados y débiles brazos. En ocasiones, mientras yo pintaba un esbozo, ella permanecía en pie a mi lado y contemplaba mi trabajo con admiración.

Un domingo de finales de julio fui a visitar a las Volchanínov por la mañana, a eso de las nueve. Estuve vagando por el parque, a bastante distancia de la casa, buscando setas blancas, muy abundantes ese verano, y dejando una señal junto a ellas para recogerlas luego con Zhenia. Soplaba un viento tibio. Al poco rato vi cómo Zhenia y su madre, ambas con vestidos de domingo de color claro, regresaban a casa desde la iglesia; Zhenia sujetaba con la mano su sombrero para que el viento no se lo llevara. Más tarde oí cómo tomaban el té en la terraza.

Para mí, una persona desocupada en busca de una justificación para su constante ociosidad, esas festivas mañanas veraniegas en nuestras haciendas poseían un especial atractivo. Cuando el verde jardín, aún húmedo a causa del rocío, resplandece risueño a la luz del sol; cuando en los alrededores de la casa huele a reseda y a adelfa y los jóvenes recién llegados de la iglesia beben té en el jardín, tan alegres y bien vestidos; y cuando uno sabe que esas personas saludables, bien ali-

mentadas y hermosas se pasarán el día entero sin hacer nada, quisiera uno que toda la vida fuera así. En eso mismo pensaba yo entonces, mientras vagaba por el jardín, dispuesto a prolongar esos paseos sin rumbo y sin objeto todo el día, todo el verano.

Zhenia llegó con una cesta; por la expresión de su cara parecía como si supiera o presintiera que iba a encontrarse conmigo en el jardín. Estuvimos recogiendo setas y charlando; cuando me hacía alguna pregunta se adelantaba unos pasos para verme el rostro.

– Ayer en nuestra aldea se produjo un milagro –exclamó–. La coja Pelagueia llevaba enferma todo el año, sin que médicos ni medicamentos pudieran aliviarla; pero ayer una vieja le susurró unas palabras y la enfermedad desapareció.

– Eso no tiene importancia –le dije yo–. No hay que buscar milagros sólo en los enfermos y en las viejas. ¿Acaso la salud no es un milagro? ¿Y la misma vida? Todo lo que es incomprensible es un milagro.

– ¿Y a usted no le asusta lo incomprensible?

– No. Me aproximo con seguridad a los acontecimientos que no comprendo, sin someterme a ellos, situándome por encima. El hombre debe sentirse superior a los leones, a los tigres, a las estrellas, superior a todo cuanto hay en la naturaleza, superior incluso a lo que no comprende y parece milagroso; de otro modo, no es un hombre sino un ratón que se asusta de todo.

Zhenia pensaba que yo, al ser pintor, sabía muchas cosas y podía adivinar otras muchas. Le gustaba que la condujera a las regiones de lo eterno y de lo bello, a ese mundo superior que, según su opinión, me era propio, y hablaba conmigo de Dios, de la vida eterna, de los milagros. Y yo, que no podía admitir que mi persona y mi imaginación desaparecerían para

siempre después de la muerte, contestaba: "Sí, el hombre es inmortal"; "Sí, nos espera la vida eterna". Y ella me escuchaba, me creía y no me exigía pruebas.

Cuando nos dirigíamos a la casa, se detuvo de repente y exclamó:

– Lida es una persona extraordinaria. ¿No es verdad? La quiero muchísimo y estaría dispuesta a sacrificar mi vida por ella en cualquier momento. Pero dígame –en ese momento Zhenia me tocó la manga con un dedo–, dígame, ¿por qué está discutiendo usted siempre con ella? ¿Por qué se muestra tan irritado?

– Porque no tiene razón.

Zhenia negó con la cabeza y unas lágrimas asomaron a sus ojos:

– ¡Qué incomprensible es todo esto! –exclamó.

En ese momento Lida, que acababa de regresar de algún lugar, apareció junto al porche con una fusta en la mano, esbelta, hermosa, iluminada por el sol, e impartió alguna orden a un trabajador. Con gran premura y destempladas voces, atendió a dos o tres enfermos; después, con aspecto preocupado y hacendoso, se paseó por las habitaciones, abriendo ya un armario, ya otro, subiendo al desván. Estuvieron largo tiempo buscándola y llamándola para que viniera a comer, pero cuando se presentó ya habíamos acabado la sopa. Por alguna razón recuerdo y aprecio todos esos pequeños detalles; de hecho, mi memoria guarda una imagen precisa de toda esa jornada, aunque no sucedió en ella nada especial. Después de la comida, Zhenia se tumbó en un hondo sillón y se puso a leer; yo me senté en el peldaño inferior de la escalera. Guardamos silencio. Todo el cielo se cubrió de nubes y empezó a caer una lluvia fina e intermitente. Hacía calor, el viento se había aquietado hacía tiempo; parecía como si ese día no fuera a concluir

nunca. Yekaterina Pávlovna, soñolienta, con un abanico, salió a terraza y se acercó a nosotros.

– Ay, mamá –exclamó Zhenia, besándole la mano–, no te sienta bien dormir de día.

Se adoraban. Cuando una salía al jardín, la otra ya estaba en la terraza y, mirando hacia los árboles, llamaba: "¡Zhenia!", o bien : "Mamaíta, ¿dónde estás?" Rezaban siempre juntas, tenían las mismas creencias y se comprendían muy bien, incluso cuando guardaban silencio. Además, su actitud hacia la gente era la misma. Yekaterina Pávlovna también se acostumbró pronto a mí y me cogió cariño, y cuando dejaba de aparecer durante dos o tres días, mandaba a alguien a preguntar por mi salud. Contemplaba mis esbozos con admiración, me contaba con la misma locuacidad y sinceridad de Misius lo que había sucedido a lo largo de la jornada y con frecuencia me confiaba sus secretos domésticos.

Reverenciaba a su hija mayor. Lida nunca era cariñosa y sólo hablaba de cosas serias; vivía su propia vida y para su madre y su hermana era una persona sagrada y algo enigmática, como para los marineros el almirante que pasa todo el tiempo en su camarote.

– Nuestra Lida es una persona extraordinaria –solía decir la madre–. ¿No es verdad?

También entonces, mientras lloviznaba, hablábamos de Lida.

– Es una persona extraordinaria –exclamó la madre y añadió en voz baja, mirando temerosamente a su alrededor, como si estuviera conspirando–: Mujeres así se cuentan con los dedos de una mano, pero, sabe usted, empiezo a estar algo preocupada. La escuela, los dispensarios, los libros: todo eso está muy bien, ¿pero por qué llegar a esos extremos? Ya tiene veinticuatro años, es hora de que empiece a pensar seriamen-

te en sí misma. Con tanto libro y tantos dispensarios no ves cómo pasa la vida... Hay que casarse.

Zhenia, pálida a causa de la lectura, con el pelo desordenado, levantó la cabeza y dijo como para sí misma, mirando a su madre:

– ¡Mamá, todo está en manos de Dios!

Y de nuevo se sumergió en la lectura.

Llegó Belokúrov con su largo abrigo y una camisa bordada. Jugamos al *croquet* y al *lawn-tennis*; luego, cuando oscureció, cenamos y disfrutamos de una larga sobremesa; Lida volvió a ocuparse de las escuelas y de Balaguin, el que tenía en sus manos todo el distrito. Esa noche, al salir de casa de las Volchanínov, tuve la impresión de que había gozado de un día festivo largo, larguísmo, pero también me asaltó el triste convencimiento de que todo en esta vida, por muy largo que sea, tiene su fin. Zhenia nos acompañó hasta el portón; tal vez porque había pasado el día entero con ella, de la mañana a la noche, sentía que en su ausencia todo me resultaría aburrido y que esa simpática familia estaba muy unida a mí. Por primera vez en todo el verano me entraron ganas de pintar.

– Dígame, ¿por qué lleva una vida tan insulsa y anodina? –le pregunté a Belokúrov de camino a casa–. Mi vida es aburrida, pesada y monótona porque soy un artista, un hombre extraño; desde los tiempos de la juventud estoy trabajado por la envidia, por la insatisfacción, por la desconfianza en mi actividad; siempre he sido pobre y no he dejado de ir de un lado para otro, pero usted es un hombre sano, normal, un propietario, un señor, ¿por qué lleva una vida tan poco interesante? ¿Por qué disfruta tan poco de la existencia? ¿Por que, por ejemplo, no se ha enamorado todavía de Lida o de Zhenia?

– Olvida usted que estoy enamorado de otra mujer –respondió Belokúrov.

Se refería a su amiga Liubov Ivánovna, que vivía con él en el pabellón. Todos los días veía cómo esa dama, corpulenta, rolliza, grave, semejante a un ganso bien cebado, se paseaba por el jardín con un vestido ruso adornado de abalorios, siempre bajo una sombrilla, mientras la criada venía a buscarla a cada momento, bien para comer, bien para tomar el té. Tres años antes había alquilado uno de los pabellones cercanos a la casa, y desde entonces se había quedado a vivir con Belokúrov, al parecer para siempre. Era diez años mayor que él y le controlaba de cerca, hasta el punto de que él debía pedirle permiso para ausentarse de la casa. A menudo sollozaba con voz de hombre; en tales ocasiones yo mandaba decir que si no paraba me iría del apartamento; y ella, entonces, dejaba de llorar.

Cuando llegamos a casa, Belokúrov se sentó en un diván y se hundió en sus pensamientos; yo empecé a pasear por la sala, experimentando una ligera inquietud, como un enamorado. Me apetecía hablar de las Volchanínov.

– Lida sólo puede enamorarse de un funcionario del *zemstvo* tan interesado como ella en los hospitales y las escuelas –exclamé–. Por una muchacha como ésa puede uno convertirse en funcionario del *zemtsvo* e incluso gastar zapatos de hierro, como los personajes de los cuentos. ¿Y Misius? ¡Qué encanto es esa Misius!

Belokúrov, alargando mucho la "e", empezó a hablar de la enfermedad del siglo: el pesimismo. Habló con convencimiento y con un tono de voz como si yo estuviera discutiendo con él. Cientos de kilómetros de desierta, monótona y ardiente estepa no pueden causar tanto hastío como un hombre que se sienta, se pone a hablar y no hace ningún indicio de marcharse.

– No se trata de pesimismo ni de optimismo –exclamé yo con irritación–. El problema es que noventa y nueve personas de cada cien no tienen inteligencia.

Belokúrov se dio por aludido, se ofendió y se marchó.

III

– El príncipe está de visita en Maloziómovo y te manda saludos –dijo Lida a su madre. Acababa de llegar y se estaba quitando los guantes–. Contó muchas cosas interesantes... Prometió elevar de nuevo al consejo provincial la cuestión del centro médico, pero dice que hay pocas esperanzas–. Y dirigiéndose a mí, añadió: – Perdone, siempre me olvido de que estos asuntos no pueden interesarle.

Me sentí irritado.

– ¿Por qué no pueden interesarme? –pregunté y me encogí de hombros–. A usted no le importa mi opinión, pero le aseguro que esa cuestión me interesa mucho.

– ¿Sí?

– Sí. A mi modo de ver, en Maloziómovo no hace falta ningún centro médico.

Mi irritación se transmitió también a ella. Me miró, entornó los ojos y preguntó:

– ¿Y qué es lo que hace falta? ¿Paisajes?

– Tampoco paisajes. Allí no hace falta nada.

Terminó de quitarse los guantes y desplegó un periódico que acababan de traer del correo; al cabo de un minuto dijo en voz baja, tratando de contenerse:

– La semana pasada Anna murió durante el parto; si hubiera habido un centro médico cerca aún estaría viva. Y los señores paisajistas, me parece, deberían tener alguna opinión sobre el particular.

– Tengo una opinión muy concreta sobre el particular, se lo aseguro –contesté yo, pero ella se cubría con el periódico como si no quisiera escucharme–. Según mi parecer, los centros médicos, las escuelas, las bibliotecas y los dispensarios, dadas las actuales condiciones de vida, sólo sirven para subyugar. El pueblo está sujeto por una gran cadena, y ustedes, en lugar de romper esa cadena, añaden nuevos eslabones: ésa es mi opinión.

Me miró a los ojos y sonrió con aire burlón, pero yo continué, tratando de expresar mi idea principal:

– Lo importante no es que Anna haya muerto durante el parto, sino que todas las Annas, Mavras y Pelagueias van con la espalda doblada de la mañana a la noche, enferman a causa del trabajo excesivo, se pasan la vida sufriendo por sus hijos enfermos y hambrientos, se sienten acuciadas por la enfermedad y la muerte, están siempre luchando por restablecerse, se marchitan pronto, envejecen de manera prematura y mueren cercadas por la suciedad y la inmundicia; sus hijos, al crecer, inician el mismo camino, y así pasan cientos de años; millones de personas, para ganar un pedazo de pan, viven peor que los animales, experimentando un terror continuo. Todo el horror de su situación reside en que no tienen tiempo de pensar en su alma, de recordar que han sido creadas a imagen y semejanza de Dios; el hambre, el frío, el terror cerval, el trabajo agobiante, lo mismo que aludes de nieve, les obstruyen todos los caminos que conducen a la actividad espiritual, lo único que distingue al hombre del animal, lo único por lo que merece la pena vivir. Ustedes tratan de ayudarlos con hospitales y escuelas, pero esas cosas no los liberan de sus cadenas; al contrario, los esclavizan ustedes aún más, ya que, al introducir en sus vidas nuevos prejuicios, aumenta el número de sus necesidades, por no hablar ya de que por los emplastos y

los libros deben pagar al *zemstvo* y, por tanto, doblar aún más la espalda.

– No quiero discutir con usted –exclamó Lida, bajando el periódico–. Ya he escuchado antes esas razones. Sólo le diré una cosa: no puede uno quedarse con los brazos cruzados. Es verdad que no vamos a salvar a la humanidad entera y que quizás cometemos muchos errores, pero hacemos lo que podemos y tenemos razón. La tarea más elevada y sagrada de una persona cultivada es ayudar a sus semejantes, y nosotros tratamos de ayudarlos como podemos. A usted no le gusta, pero no se puede dar satisfacción a todo el mundo.

– Tienes razón, Lida, tienes razón –exclamó la madre.

En presencia de Lida siempre se sentía intimidada y cuando conversaba con ella la miraba con inquietud, temiendo decir algo superfluo o inconveniente. Nunca la contradecía; al contrario, siempre estaba de acuerdo con ella: "Tienes razón, Lida, tienes razón".

– La alfabetización de los campesinos, los libros con lamentables instrucciones y máximas y los centros médicos no pueden reducir la ignorancia ni la mortalidad, lo mismo que la luz de sus ventanas no basta para iluminar este enorme jardín –exclamé yo–. Ustedes no aportan nada; con su intromisión en la vida de esas personas sólo crean nuevas necesidades, nuevos motivos para el trabajo.

– ¡Ah, Dios mío, pero algo hay que hacer! –dijo Lida con enfado; y en el tono de su voz se adivinaba que juzgaba mis reflexiones insignificantes y las despreciaba.

– Hay que liberar a las personas del pesado trabajo físico –exclamé yo–. Hay que aligerar su yugo, concederles un respiro para que no se pasen toda la vida junto a las estufas, junto a las artesas o en el campo, para que tengan también tiempo de pensar en su alma, en Dios, para que puedan desarrollar

más ampliamente sus aptitudes espirituales. La más alta vocación del hombre es la actividad espiritual, la búsqueda constante de la verdad y el sentido de la vida. Consiga liberarlos del rudo y bestial trabajo, permítales sentir la libertad y entonces verá qué absurdos son en realidad esos libros y esos hospitales. Una vez que el hombre tiene conciencia de su verdadera vocación, sólo pueden satisfacerle la religión, la ciencia, el arte, y no esas naderías.

– ¡Liberarles del trabajo! –se rió Lida–. ¿Acaso eso es posible?

– Sí. Asuman ustedes una parte de su trabajo. Si todos nosotros, habitantes de la ciudad y del campo, todos sin excepción, nos pusiéramos de acuerdo para repartir entre nosotros el trabajo que la humanidad realiza para la satisfacción de sus necesidades físicas, probablemente a cada uno de nosotros no nos corresponderían más de dos o tres horas al día. Imagínese que todos nosotros, ricos y pobres, trabajáramos sólo tres horas al día y dispusiéramos libremente del resto del tiempo. Imagínese también que, para depender menos de nuestro cuerpo y fatigarnos menos, inventamos máquinas que se ocupen del trabajo y tratamos de reducir el número de nuestras necesidades al mínimo. Imagínese que nos armamos de valor para no temerles al hambre y al frío, para no sufrir constantemente por la salud de nuestros hijos, como sufren Anna, Mavra y Pelagueia. Imagínese que no nos curamos, no mantenemos farmacias, ni fábricas de tabaco ni destilerías de alcohol: ¡cuánto tiempo libre nos quedaría entonces! Todos nosotros emplearíamos ese ocio en las ciencias y las artes. Así como a veces los campesinos se unen para arreglar un camino, de la misma manera todos nosotros, en paz, buscaríamos la verdad y el sentido de la vida, y esa verdad –estoy convencido de ello– se nos revelaría muy pronto; el hombre se libra-

ría de ese constante, angustioso y opresivo miedo a la muerte e incluso de la misma muerte.

– Se contradice usted –exclamó Lida–. No deja de referirse a la ciencia, y sin embargo rechaza la alfabetización.

– Para qué vale la alfabetización cuando el hombre sólo tiene la posibilidad de leer los letreros de las tabernas y libros que no comprende; esa alfabetización existe entre nosotros desde los tiempos de Riurik; el gogoliano Petrushka hace ya tiempo que sabe leer, pero las aldeas siguen igual que en tiempos de Rurik. No es alfabetización lo que se necesita, sino una libertad que permita una amplia manifestación de las aptitudes espirituales. No se necesitan escuelas, sino universidades.

– Rechaza usted también la medicina.

– Sí. Sólo sería necesaria para estudiar las enfermedades como manifestaciones de la naturaleza, no para curarlas. No se trata de curar enfermedades, sino de prevenir sus causas. Elimine usted la causa principal –el trabajo físico– y desaparecerán las enfermedades. No reconozco una ciencia que cura –añadí con apasionamiento–. Las ciencias y las artes, cuando son verdaderas, no ambicionan fines temporales o parciales, sino otros eternos y universales: buscan la verdad y el sentido de la vida, buscan a Dios, el alma; cuando descienden a las necesidades y cuestiones diarias, a los dispensarios y las bibliotecas, lo único que hacen es complicar y entorpecer la vida. Entre nosotros hay muchos médicos, farmacéuticos, juristas, mucha gente sabe leer y escribir, pero carecemos de biólogos, matemáticos, filósofos, poetas. Toda la inteligencia, toda la energía espiritual se ha gastado en la satisfacción de necesidades temporales y pasajeras...Los sabios, los escritores y los artistas están abarrotados de trabajo; gracias a su talento, las comodidades de la vida au-

mentan día a día. Nuestras demandas físicas se multiplican, pero estamos aún lejos de la verdad, y el hombre, lo mismo que antes, sigue siendo el más cruel y ruin de los animales; todo contribuye a que los seres humanos, en su gran mayoría, degeneren y pierdan para siempre cualquier capacidad vital. En esas condiciones la vida del artista no tiene ningún sentido, pues cuanto más talento tiene, más extraña e incomprensible resulta su posición, ya que en realidad trabaja para entretener a un animal cruel y ruin, y contribuye a mantener el orden establecido. Yo no quiero trabajar y no trabajaré… Nada es necesario. ¡Qué la tierra se hunda en el infierno!

– Misius, retírate –dijo Lida a su hermana, considerando, por lo visto, que mis palabras eran perjudiciales para una muchacha tan joven.

Zhenia miró con ojos tristes a su hermana y a su madre y salió de la habitación.

– La gente suele decir todas esas cosas cuando quiere justificar su indiferencia –exclamó Lida–. Rechazar los hospitales y las escuelas es más fácil que curar y enseñar.

– Tienes razón, Lida, tienes razón –convino su madre.

– Amenaza usted con dejar de trabajar –continuó Lida–. Es evidente que valora usted mucho su trabajo. Pero dejemos de discutir; no vamos a ponernos de acuerdo, ya que la más deficiente de todas las bibliotecas o dispensarios, de los que usted acaba de hablar con tanto desprecio, es más importante para mí que todos los paisajes del mundo–. En ese momento, dirigiéndose a su madre, añadió en un tono completamente distinto–: el príncipe está muy delgado y ha cambiado mucho desde que estuvo en nuestra casa. Lo envían a Vichy.

Hablaba con su madre del príncipe para no tener que dirigirse a mí. Su rostro ardía; para ocultar su agitación se in-

clinaba mucho sobre la mesa, como si fuera miope, y aparentaba leer el periódico. Mi presencia le desagradaba. Me despedí y salí de la casa.

IV

Todo era tranquilidad en el patio; la aldea del otro lado del estanque ya dormía. No se veía ni una luz; tan sólo en el estanque lucían los pálidos reflejos de las estrellas. Junto al portón con los leones, Zhenia, inmóvil, me esperaba para acompañarme.

– Todos duermen en la aldea –le dije, tratando de distinguir en la oscuridad su rostro; al fin vislumbré sus ojos tristes y oscuros, fijos en los míos–. El tabernero y el cuatrero duermen plácidamente, mientras nosotros, personas honradas, nos irritamos y discutimos.

Era una melancólica noche de agosto; melancólica porque olía ya a otoño. La luna estaba saliendo detrás de una nube púrpura e iluminaba levemente el camino y los oscuros campos otoñales que lo rodeaban. Caían estrellas fugaces. Zhenia iba a mi lado, tratando de no mirar el cielo para no ver la caída de las estrellas, que por algún motivo le asustaba.

– Yo creo que tiene usted razón –dijo, temblando a causa de la humedad de la noche–. Si las personas, conjuntamente, pudieran entregarse a las actividades espirituales, pronto lo sabrían todo.

– Claro que sí. Somos criaturas superiores; si fuéramos conscientes de toda la fuerza del genio humano y pensáramos sólo en los fines supremos, acabaríamos siendo como dioses. Pero eso no sucederá nunca: la humanidad degenerará y del genio no quedará ni huella.

Cuando ya no se veía el portón, Zhenia se detuvo y apresuradamente me apretó la mano.

– Buenas noches –exclamó temblando, encogiéndose de frío, pues sus hombros sólo estaban cubiertos por una blusa–. Venga mañana.

Me aterraba la idea de quedarme solo, irritado, descontento conmigo mismo y con los otros; también yo trataba de no mirar las estrellas fugaces.

– Quédese conmigo un minuto más –exclamé–. Se lo ruego.

Amaba a Zhenia. Ese amor acaso se debiera a que salía a recibirme y me acompañaba, a que me miraba con ternura y admiración. ¡Qué conmovedores y bellos eran su pálido rostro, sus finas manos, su debilidad, su ociosidad, sus libros! ¿Y la inteligencia? Tenía la sospecha de que poseía una inteligencia poco común; me admiraba la amplitud de sus opiniones, quizás porque razonaba de otro modo que la severa y hermosa Lida, que no me quería. A Zhenia le atraía mi condición de artista; había conquistado su corazón con mi talento y ahora sentía unos enormes deseos de pintar sólo para ella. Soñaba que era una pequeña reina que dominaría conmigo esos árboles, esos campos, la niebla, el amanecer, esa naturaleza maravillosa y encantada, en medio de la cual me había sentido hasta entonces desesperadamente solo y superfluo.

– Quédese un minuto más –le pedí–. Se lo suplico.

Me quité el abrigo y se lo puse sobre los hombros ateridos; ella, temiendo parecer ridícula y fea con un abrigo de hombre, se echó a reír y se lo quitó; en ese momento la abracé y empecé a cubrir de besos su rostro, sus hombros, sus manos.

– ¡Hasta mañana! –susurró ella, y con mucho cuidado, como si temiera destruir la quietud de la noche, me abrazó–.

No existen secretos entre nosotras; debo contárselo todo ahora mismo a mi madre y a mi hermana... ¡Qué miedo me da! No por mi madre, mi madre le quiere, ¡pero Lida!

Volvió corriendo al portón.

– ¡Adiós! –gritó.

Luego, durante unos dos minutos, la oí correr. No me apetecía volver a mi alojamiento, pues nada tenía que hacer allí. Permanecí inmóvil unos instantes y después, en silencio, volví sobre mis pasos para mirar una vez más la casa en la que ella vivía, la encantadora, ingenua y vieja casa, que parecía mirarme con las ventanas del desván, semejantes a ojos, y comprenderlo todo. Pasé junto a la terraza, me senté en el banco junto a la pista de *lawn-tennis*, en la oscuridad, bajo el viejo olmo, y desde allí contemplé la mansión. En las ventanas del desván, donde vivía Misius, lució una brillante luz, que luego se volvió de un verde suave: habían cubierto la lámpara con una pantalla. Unas sombras se movieron... Me sentía lleno de ternura, de paz, de satisfacción; de satisfacción porque me había dejado llevar por mis sentimientos y me había enamorado, aunque al mismo tiempo me causaba inquietud el pensamiento de que en ese momento, a unos pocos pasos de mí, en una de las habitaciones de esa casa, se encontraba Lida, que no me quería, que probablemente me odiaba. Seguía sentado, esperando que saliera Zhenia, y al aguzar el oído me pareció oír voces en el desván.

Pasó cerca de una hora. La luz verde se apagó y las sombras dejaron de verse. La luna se elevaba ya sobre la casa y alumbraba el jardín dormido y los senderos; los macizos de dalias y de rosas que había delante de la casa, claramente visibles, parecían de un mismo color. Empezó a hacer mucho frío. Salí del jardín, recogí el abrigo del suelo y sin mayores premuras me encaminé a la casa.

Al día siguiente, cuando llegué a la mansión de las Volchanínov después de la comida, la puerta de cristal del jardín estaba abierta de par en par. Me senté en la terraza, esperando que de un momento a otro, desde detrás del parterre de la plazoleta o por una de las alamedas, apareciera Zhenia o me llegara su voz desde las habitaciones; al cabo de un rato pasé a la sala, al comedor. No había nadie. Del comedor me dirigí al recibidor, atravesando un largo pasillo; luego volví sobre mis pasos. En el pasillo había algunas puertas; tras una de ellas resonó la voz de Lida.

– A un cuervo en cierto lugar… Dios… –decía en voz alta y alargando las palabras, probablemente dictando–. Dios envió un pedazo de queso… a un cuervo… en cierto lugar… ¿Quién está ahí? –exclamó de pronto, al escuchar mis pasos.

– Soy yo.

– ¡Ah! Perdone, ahora no puedo atenderle, estoy ocupada con Dasha.

– ¿Yekaterina Pávlovna está en el jardín?

– No, se ha ido hoy con mi hermana a casa de mi tía, en la provincia de Penza. Y en invierno, probablemente, se marcharán al extranjero… –añadió, después de una pausa–. A un cuervo en cierto lugar… Di-os envió un pe-dazo de queso… ¿Lo has escrito?

Salí al vestíbulo y sin pensar en nada me quedé mirando el estanque y la aldea; hasta mí llegaban algunas palabras:

– Un pedazo de queso… A un cuervo en cierto lugar Dios envió un pedazo de queso…

Salí de la hacienda siguiendo el mismo camino que la primera vez, sólo que en sentido contrario: primero pasé del patio al jardín que rodeaba la casa; después a la alameda de tilos… Allí me alcanzó un muchacho que me entregó una nota: "Se lo he contado todo a mi hermana, y ella exige que me se-

pare de usted –leí–. No sería capaz de entristecerla con mi desobediencia. Que Dios le conceda felicidad, perdóneme. ¡Si supiera con qué amargura lloramos mi madre y yo!".

Luego la sombría alameda de abetos, la cerca desmoronada... En ese mismo campo en el que antaño florecía el centeno y piaban las perdices, pastaban ahora las vacas y los caballos trabados. Más allá, en las colinas, destacaba el intenso verdor de la sementera de otoño. Un humor sobrio y prosaico se apoderó de mí; me dio vergüenza todo cuanto había dicho en casa de las Volchanínov. Volví a sentir el tedio de la vida. Al llegar a casa, hice las maletas y por la noche me marché a San Petersburgo.

No he vuelto a ver a las Volchanínov. Hace poco, yendo a Crimea, me encontré en el tren con Belokúrov. Lo mismo que antes, iba vestido con un abrigo largo y una camisa bordada. Cuando le pregunté por su salud, me contestó: "Bien, gracias a sus oraciones". Nos pusimos a charlar. Había vendido su hacienda y comprado otra más pequeña, que había puesto a nombre de Liubov Ivánovna. Me contó algunas cosas de las Volchanínov. Lida, según sus palabras, seguía viviendo en Shelkovka, y enseñaba a los niños en la escuela; poco a poco, había conseguido reunir en torno suyo un grupo de gentes afines que, tras constituir un partido fuerte, había "desalojado" en las últimas elecciones del *zemstvo* a Balaguin, aquel que hasta entonces había tenido todo el distrito en su poder. De Zhenia sólo me dijo que no vivía en la casa y que no sabía dónde se encontraba.

Empiezo ya a olvidarme de la casa con desván; sólo alguna que otra vez, cuando pinto o leo, de repente, sin causa ninguna, me acuerdo de la luz verde en la ventana, del rumor de mis pasos en el campo por la noche, cuando regresaba a casa

lleno de amor y a causa del frío me frotaba las manos. Y en muy raros momentos, cuando me atormenta la soledad y me agobia la tristeza, algunos vagos recuerdos me visitan; entonces, por alguna razón, empieza a parecerme que también ella se acuerda de mí y me espera, y que algún día nos encontraremos…

Misius, ¿dónde estás?

1896

LA ONOMÁSTICA

Después de la comida celebrada para conmemorar la onomástica de su esposo, con sus ocho platos y sus interminables conversaciones, Olga Mijáilovna se retiró al jardín. La necesidad constante de sonreír y de hablar, el ruido de la vajilla, la torpeza de los criados, los largos paréntesis entre los platos y el corsé que llevaba para ocultar de las miradas de los invitados su embarazo, la fatigaban hasta el agotamiento. Le apetecía alejarse más de la casa, sentarse a la sombra y entretenerse pensando en su hijo, que nacería al cabo de dos meses. Estaba acostumbrada a que esos pensamientos la visitaran cuando abandonaba la gran alameda y se internaba por un estrecho sendero que surgía a la izquierda; allí, bajo la tupida sombra de los ciruelos y los cerezos, las ramas secas le arañaban los hombros y el cuello, alguna telaraña acariciaba su cara, y en sus pensamientos surgía la imagen de un ser pequeño, de sexo indeterminado y rasgos borrosos. En esos momentos, se imaginaba que no era una tela de araña lo que cosquilleaba suavemente su cara y su cuello, sino ese mismo ser; cuando al final del sendero aparecía el espeso seto, y tras él las panzudas colmenas con las tapas de arcilla; cuando en el aire inmóvil y detenido comenzaba a oler a heno y a miel, y se escuchaba el blando zumbido de las abejas, la idea de ese pequeño ser dominaba completamente a Olga Mijáilovna. Se sentaba entonces en un banco, junto a una

choza de juncos entrelazados, y se engolfaba en sus pensamientos.

También ese día llegó hasta el banco, se sentó y se puso a pensar; pero en su imaginación, en lugar de ese pequeño ser, surgieron las personas mayores de las que acababa de separarse. Le desasosegaba pensar que ella, la anfitriona, había abandonado a los huéspedes; y recordaba cómo, después de la comida, su marido Piotr Dmítrich y su tío Nikolai Nikolaich habían discutido sobre los juicios con jurado, sobre la prensa y sobre la instrucción de la mujer; su marido, por lo común, discutía para que quedara patente ante los invitados su conservadurismo, pero principalmente para mostrarse en desacuerdo con su tío, al que no quería. Su tío le contradecía y refutaba cada una de sus palabras para demostrar a los concurrentes que, a pesar de sus cincuenta y nueve años, aún conservaba la frescura de espíritu y la libertad de pensamiento de la juventud. Al final de la comida, la misma Olga Mijáilovna no se contuvo y empezó a defender torpemente los cursos para mujeres –no porque esos cursos necesitaran de su defensa, sino porque quería enojar a su marido que, en su opinión, era injusto. A los huéspedes les fatigaba esa discusión, pero todos consideraron necesario participar en ella y prodigar sus comentarios, aunque a ninguno de ellos le importaban los juicios con jurado ni la instrucción de la mujer…

Olga Mijáilovna estaba sentada del lado del seto más próximo al sendero, junto a la choza. El sol se ocultó tras las nubes; los árboles y el aire se ensombrecieron, como sucede antes de la lluvia; no obstante, hacía calor y el ambiente era sofocante. El heno que crecía debajo de los árboles, segado la víspera del día de san Pedro, yacía sin recoger, triste, destellando con sus flores marchitas y despidiendo un olor inten-

so y empalagoso. Todo estaba en silencio. Tras el seto resonaba el monótono zumbido de las abejas…

De pronto se escucharon pasos y voces. Alguien avanzaba por el sendero en dirección al colmenar.

– ¡Qué bochorno! –exclamó una voz de mujer–. ¿Qué le parece, lloverá o no?

– Lloverá, querida, pero no antes de la noche –respondió con languidez una voz masculina muy familiar–. Y lloverá bastante.

Olga Mijáilvona pensó que si se daba prisa y se ocultaba en la choza pasarían a su lado sin reparar en ella; de ese modo, no tendría que hablar ni sonreír de manera forzada. Recogió su vestido, se inclinó y penetró en la choza. En ese mismo momento un aire cálido y sofocante como el vapor acometió su rostro, su cuello y sus manos. De no ser por el bochorno y el olor asfixiante del centeno, el hinojo y el mimbre, que cortaba la respiración, esa choza, con su penumbra y su techumbre de paja, habría sido un buen sitio para ocultarse de los huéspedes y pensar en ese pequeño ser. Era un lugar cómodo y tranquilo.

– ¡Qué rincón más encantador! –exclamó la voz femenina–. Sentémonos aquí, Piotr Dmítrich.

Olga Mijáilovna se puso a mirar por una abertura que se abría entre dos ramas. Vio a su marido Piotr Dmítrich con una de las invitadas, Liubochka Sheller, una muchacha de diecisiete años que acababa de terminar el instituto. Piotr Dmítrich, con el sombrero en la coronilla, pesado y torpe debido a lo mucho que había bebido durante la comida, caminaba de un lado para otro de la cerca y reunía con el pie un montón de heno; Liubochka, arrebolada por el calor y muy bella, como siempre, estaba de pie, con las manos a la espalda, y seguía los torpes movimientos de ese cuerpo grande y hermoso.

Olga Mijáilovna sabía que su marido gustaba a las mujeres; por ello no le agradaba verle en compañía femenina. No había nada especial en que Piotr Dmítrich amontonara perezosamente heno para sentarse allí con Liubochka y charlar de asuntos sin importancia; tampoco había nada especial en que la bella Liubochka le mirara con dulzura; sin embargo, Olga Mijáilovna se sintió enojada con su marido y experimentó una mezcla de temor y satisfacción ante la posibilidad de escuchar furtivamente esa conversación.

–Siéntese, querida –exclamó Piotr Dmítrich, dejándose caer sobre el heno y desperezándose–. Así. Bueno, cuénteme alguna cosa.

– ¡Pues sí! En cuanto empiece a hablar se quedará usted dormido.

– ¿Dormirme yo? ¡No lo permita Alá! ¿Acaso puedo quedarme dormido cuando me miran esos ojitos?

Tampoco había nada especial en esas palabras del marido, ni siquiera en el hecho de que en presencia de una invitada se recostara de esa manera y llevara el sombrero en la nuca. Las mujeres lo mimaban, sabía que le encontraban atractivo y cuando se dirigía a ellas adoptaba un tono especial que, según decían todos, le sentaba bien. Se comportaba con Liubochka como con las demás mujeres. No obstante, Olga Mijálovna se sintió celosa.

– Dígame, por favor –empezó Liubochka, después de unos instantes de silencio–. ¿Es cierto que le han procesado a usted?

– ¿A mí? Pues sí… Se me considera un transgresor, querida mía.

– ¿Pero por qué?

– Pues por nada… todo se debe a la política –bostezó Piotr Dmítrich–. La lucha entre las derechas y las izquierdas. Yo, os-

curantista y reaccionario, me he atrevido a utilizar en un documento oficial expresiones ofensivas para Gladstones tan irreprochables como el juez de paz del distrito Kuzmá Grigórievich Vostriakov y Vladímir Pávlovich Vladímirov.

Piotr Dmítrich volvió a bostezar y después añadió:

– Y con el sistema que tenemos, puede usted hablar con desaprobación del sol, de la luna y de lo que quiera, ¡pero Dios le libre de tocar a los liberales! ¡Dios le libre! Los liberales son como esas setas secas y venenosas que al tocarlas con el dedo te rocían con una nube de polvo.

– ¿Y qué le sucedió a usted?

– Pues nada especial. Todo el alboroto se originó por una nadería. Cierto profesor, un hombre detestable de orígenes eclesiásticos, presentó a Vostriakov una queja contra un tabernero, acusándole de haberle ofendido de palabra y de obra en un lugar público. Resultaba evidente que tanto el tabernero como el profesor estaban borrachos como cubas y que ambos se habían conducido con idéntica ruindad. Si se había producido alguna ofensa, en cualquier caso había sido mutua. Vostriakov sólo tenía que multar a ambos por alteración del orden y echarlos de la sala: eso es todo. ¿Pero qué es lo primero para nosotros? Nunca la persona ni el hecho en sí, sino la reputación y la etiqueta. El profesor, por muy canalla que sea, siempre tiene razón, ya que es profesor; el tabernero siempre es culpable, ya que es tabernero y comerciante. Vostriakov arrestó al tabernero y éste apeló al Tribunal del distrito. El Tribunal del distrito ratificó solemnemente la sentencia de Vostiakov. Bueno, yo seguí manteniendo mi parecer… Y me acaloré un poco… Eso fue todo.

Piotr Dmítrich hablaba con calma y despreocupada ironía, aunque en realidad el inminente juicio le inquietaba enormemente. Olga Mijáilovna recordaba que cuando su marido

regresó de esa desdichada sesión se esforzó por ocultar a sus deudos su preocupación y su descontento. Como era una persona inteligente, se daba cuenta de que había ido demasiado lejos. ¡Cuántas mentiras tuvo que emplear para ocultarse a sí mismo y a los otros ese sentimiento! ¡Cuántas conversaciones innecesarias, cuántas protestas e insinceras sonrisas por un asunto que en absoluto resultaba cómico! Al enterarse de que lo iban a encausar, se mostró preocupado y deprimido, empezó a dormir mal y cogió la costumbre de detenerse junto a la ventana y tamborilear con los dedos en los cristales. Le daba vergüenza reconocer ante su mujer que estaba preocupado; y ella se enfadaba…

– ¿Es cierto que ha estado usted en la provincia de Poltava? –preguntó Liubochka.

– Sí, así es –contestó Piotr Dmítrich–. He regresado hace tres días.

– ¿Se lo pasó bien allí?

– Muy bien. Estupendamente. Debo decirle que llegué en la época de la siega del heno, que es la más poética en Ucrania. Aquí tenemos una gran casa con un gran jardín, mucha gente y mucho ajetreo, de modo que no vemos cómo siegan; aquí todo pasa sin que uno se dé cuenta. Allí, en la granja, tengo quince hectáreas de praderas tan llanas como la palma de la mano: por cualquier ventana que mires no ves más que segadores. Siegan en los prados, siegan en el jardín; no hay huéspedes ni ajetreos, y aunque uno no lo quiera, no ve ni oye ni siente más que las tareas de la siega. En el patio y en las habitaciones huele a heno; de la mañana a la noche resuenan las hoces. En general, Ucrania es un país muy agradable. No lo querrá usted creer, pero cuando bebía agua del pozo con cigoñal y tomaba en las tabernas judías un vodka repugnante; cuando en la quietud de las tardes llegaban hasta mí los sonidos del violín ucra-

niano y de las panderetas, se apoderaba de mí la fascinadora idea de pasar el resto de la vida en esa granja, alejado de los tribunales, de las conversaciones inteligentes, de las mujeres que filosofan, de las comidas interminables...

Piotr Dmítrich no mentía. Estaba preocupado y quería descansar. En realidad, sólo había ido a la provincia de Poltava para perder de vista su gabinete, a sus criados, a sus conocidos y todo lo que pudiera recordarle su amor propio herido y sus errores.

De pronto, Liubochka dio un brinco y, presa del terror, empezó a agitar las manos.

– ¡Ay, una abeja, una abeja! –chilló– ¡Me va a picar!

– No le va a picar –exclamó Piotr Dmítrich–. ¡Qué miedosa es usted!

– ¡No, no, no! –gritó Liubochka y, sin dejar de mirar a la abeja, retrocedió rápidamente.

Pitor Dmítrich salió detrás de ella, mirándola con ternura y tristeza. Probablemente, mientras la contemplaba, pensaba en la granja, en la soledad y –quién sabe– acaso también en lo grata y agradable que sería la vida en la granja si su mujer fuera esa joven, pura y fresca muchacha, que no estaba corrompida por una enseñanza superior ni tampoco embarazada...

Cuando las voces y los pasos se aquietaron, Olga Mijáilovna salió de la choza y se encaminó hacia la casa. Tenía ganas de llorar y se sentía dominada por los celos. Había comprendido que Piotr Dmítrich estaba fatigado, disgustado y se sentía avergonzado; y cuando alguien siente vergüenza, se oculta ante todo de los deudos y se sincera con los extraños. Había comprendido también que Liubochka no era peligrosa, como tampoco las otras mujeres que en esos momentos bebían café en su casa. Pero en general, todo le resultaba in-

comprensible y terrible; tenía la sensación de que la mitad de Piotr Dmítrich había dejado de pertenecerla…

– ¡No tiene derecho! –murmuraba, tratando de justificar sus celos y su enfado contra su marido–. No tiene ningún derecho. ¡Voy a decírselo ahora mismo!

Decidió buscar a su marido en ese mismo instante y decírselo todo: que le repugnaba infinitamente que las otras mujeres le encontraran atractivo y que él cultivara esa admiración; que era injusto e innoble que confiara a personas ajenas lo que en derecho pertenecía a su esposa; que ocultaba a su mujer su alma y su conciencia y en cambio se sinceraba con la primera jovencita con la que se encontraba. ¿Qué le había hecho su mujer? ¿De qué era culpable? Además, hacía tiempo que le aburrían sus mentiras: estaba siempre presumiendo, coqueteando, diciendo lo contrario de lo que pensaba y tratando de parecer diferente de lo que era y lo que debía ser. ¿A qué obedecía esa falsedad? ¿Acaso resultaba adecuada en un hombre decente? Al mentir, además de ofenderse a sí mismo y a las personas con las que conversaba, desnaturalizaba los asuntos sobre los que trataba. ¿Acaso no comprendía que presumiendo y pavoneándose en el juzgado o discutiendo de las prerrogativas de las autoridades durante el almuerzo sólo para fastidiar a su tío lo único que conseguía era desprestigiar a los tribunales, mortificarse a sí mismo y a todos aquellos que le escuchaban y veían?

Tras salir a la amplia alameda, Olga Mijáilovna trató de aparentar que acababa de ocuparse de alguna tarea doméstica. En la terraza los hombres bebían licores y tomaban bayas; uno de ellos, juez de instrucción, un individuo maduro y grueso, chocarrero y agudo, debía estar contando alguna anécdota subida de tono porque, al ver a la anfitriona, se tapó los carnosos labios con la mano, abrió mucho los ojos y se sentó. A

Olga Mijáilovna le desagradaban los funcionarios del distrito. No le gustaban sus torpes y ceremoniosas esposas, sus chismorreos, sus frecuentes visitas y sus halagos a su marido, al que todos ellos odiaban. Al verlos allí bebiendo, saciados y poco dispuestos a la partida, sintió que su presencia le fatigaba y le torturaba, pero para no parecer descortés sonrió afablemente al juez instructor y le amenazó con el dedo. Atravesó el salón y la sala de estar con una sonrisa en los labios, haciendo ver que iba a dar alguna instrucción o a poner orden en algún sitio. "¡Dios quiera que no me detenga nadie!", pensaba, aunque ella misma decidió hacer un alto en la sala para escuchar a un joven que estaba tocando el piano; al cabo de un minuto, gritó: "¡Bravo, bravo, *monsieur* George!" –y, tras aplaudir dos veces, siguió su camino.

Encontró a su marido en el gabinete. Estaba sentado junto a la mesa, ocupado en algún pensamiento. Tenía un aire severo, meditabundo y culpable. Ya no era el Piotr Dmítrich que había estado discutiendo durante el almuerzo y al que conocían los invitados, sino otro bien distinto, fatigado, contrariado y descontento consigo mismo, al que sólo conocía su mujer. Probablemente había ido al gabinete para coger un cigarrillo. Tenía ante sí una pitillera abierta, llena de cigarrillos y una mano metida en un cajón de la mesa. Parecía petrificado en esa postura, con la mano sobre los cigarrillos.

Olga Mijáilovna sintió pena por él. Resultaba evidente que estaba preocupado, que sufría y que quizás luchaba consigo mismo. Olga Mijáilovna se acercó en silencio a la mesa; queriendo demostrar que no recordaba la discusión de la comida y ya no estaba enfadada, cerró la pitillera y la guardó en un bolsillo lateral de la chaqueta de su marido.

"¿Qué le digo?, pensaba–. Le diré que la mentira es como un bosque: cuanto más te adentras en él, más difícil resulta

hallar la salida. Le diré: te has acostumbrado a desempeñar un papel falso y has ido demasiado lejos; has ofendido a personas que te aprecian y no te han hecho ningún mal. Discúlpate ante ellos, ríete de ti mismo y te sentirás mejor. Y si es tranquilidad y soledad lo que buscas, nos iremos juntos de aquí".

Cuando sus ojos se encontraron con los de su esposa, Piotr Dmítrich adoptó una expresión de indiferencia y de ligera burla, la misma que tenía durante la comida y en el jardín; después bostezó y se puso en pie.

– Son algo más de las cinco –exclamó, mirando su reloj–. Si los invitados tienen la bondad de marcharse a las once, nos quedan seis horas de espera. ¡Una perspectiva muy agradable, no puede negarse!

Y silbando una melodía, salió del gabinete con su habitual parsimonia y empaque. Se oyeron sus resueltos pasos en el salón y luego en la sala de estar, donde se echó a reír y dijo al joven que tocaba el piano: "¡Bra-vo! ¡Bra-vo!". Pronto sus pisadas se aquietaron: debía haber salido al jardín. Olga Mijáilovna ya no sentía celos ni ira, sino auténtico odio por esos pasos, por esa risa insincera y por esa voz. Se acercó a la ventana y contempló el jardín. Piotr Dmítrich avanzaba ya por la alameda. Caminaba con aire resuelto, contoneándose como si estuviera muy satisfecho de sí mismo, de la comida, de la digestión y de la naturaleza. Llevaba la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, una mano en el bolsillo y chasqueaba los dedos de la otra…

En la alameda aparecieron dos pequeños estudiantes, los hijos de la hacendada Chizhevska, que acababan de llegar; los acompañaba su instructor, un estudiante vestido con una guerrera blanca y unos pantalones muy estrechos. Al llegar a la altura de Piotr Dmítrich, los niños y el estudiante se detuvieron y probablemente le felicitaron el santo. Con un elegante

movimiento de los hombros, acarició las mejillas a los niños y alargó la mano con negligencia al estudiante, sin mirarle. Probablemente el estudiante alabó el tiempo y lo comparó con el de San Petersburgo, ya que Piotr Dmítrich exclamó en voz alta, como si se estuviera dirigiendo a un ujier del juzgado o a un testigo, y no a un invitado:

– ¿Qué? ¿Hace frío en San Petersburgo? Aquí el tiempo, mi querido amigo, es espléndido y abundan los frutos de la tierra. ¿Eh? ¿Qué me dice?

Y con una mano en el bolsillo y chasqueando los dedos de la otra, siguió su camino. Olga Mijáilovna estuvo mirándolo hasta que desapareció detrás de unos avellanos, llena de perplejidad. ¿De dónde había sacado ese hombre de treinta y cuatro años esos andares resueltos de general? ¿Y esas maneras graves y elegantes? ¿Y esa vibración autoritaria en la voz? ¿Y todos esos "qué", "así es", "mi querido amigo"?

Olga Mijáilovna recordó que, durante los primeros meses de matrimonio, para no aburrirse en casa, iba a la ciudad, al Tribunal del distrito, donde a veces Piotr Dmítrich presidía la sesión en lugar de su padrino, el conde Alekséi Petróvich. En el sillón presidencial, vestido de uniforme y con una cadena en el pecho, parecía otra persona, con sus gestos solemnes, su voz tronante, su tono descuidado, sus "qué" y sus "así es"... Su talante habitual, su idiosincrasia, todo lo que Olga Mijáilovna estaba acostumbrada a ver en casa, desaparecía en medio de esa grandeza; parecía como si en el sillón no estuviera sentado Piotr Dmítrich, sino otra persona, al que todos conocían como señor presidente. La conciencia de su poder le impedía permanecer tranquilamente sentado, y no dejaba de buscar ocasiones para tocar la campanilla, mirar con severidad al público o gritar... ¿De dónde le venían esa miopía y esa sordera, cuando de pronto aparentaba ver y oír mal y, frun-

ciendo el ceño con aire solemne, exigía a alguien que hablara más alto y se acercara más a la mesa? Desde lo alto de su pedestal no distinguía bien ni los rostros ni los sonidos, hasta el punto de que, si en esos momentos hubieran llevado a su presencia a la propia Olga Mijáilovna, también a ella le habría gritado: "¿Cuál es su apellido?". Tuteaba a los testigos de origen campesino, gritaba de tal manera al público que su voz se oía incluso en la calle y a los abogados los trataba de manera intolerable. Si las circunstancias le obligaban a hablar con el defensor, Piotr Dmítrich se sentaba un poco de lado y mantenía la mirada fija en el techo, como queriendo demostrar que el abogado defensor en absoluto era necesario, que no lo reconocía ni le escuchaba; si un abogado vestido con negligencia tomaba la palabra, Piotr Dmítrich aparentaba ser todo oídos y le medía de arriba a abajo con una mirada aniquiladora, como diciendo: "¡Vaya unos abogados que tenemos!" A veces les interrumpía: "¿Qué quiere usted decir con eso?". Y si un abogado, tratando de mostrarse elocuente, empleaba alguna palabra extranjera o, por ejemplo, en lugar de "ficticio" decía "facticio", Piotr Dmítrich se animaba de pronto y preguntaba: "¿Qué? ¿Cómo? ¿Facticio? ¿Y eso qué significa?", y a continuación comentaba con aire sentencioso: "No utilice usted palabras cuyo significado desconoce". El abogado, al terminar su discurso, se apartaba de la mesa ruborizado y empapado en sudor, mientras Piotr Dmítrich, disfrutando de su victoria, sonreía con aire satisfecho y se reclinaba en el respaldo del sillón. En su forma de tratar a los abogados imitaba un poco al conde Alekséi Petróvich; pero cuando éste decía, por ejemplo: "¡Que se calle un momento la defensa!", esas palabras tenían un tono patriarcal, bondadoso y natural, mientras que en Piotr Dmítrich sonaban groseras y forzadas.

II

Se oyeron aplausos. El joven había terminado de tocar. Olga Mijáilovna se acordó de los invitados y se dirigió con premura al cuarto de estar.

– He disfrutado mucho con su interpretación –exclamó, aproximándose al piano–. He disfrutado mucho. ¡Tiene un talento extraordinario! ¿Pero no le parece a usted que nuestro piano está desafinado?

En ese momento entraron en la habitación los dos escolares y el estudiante.

– Dios mío, ¿Mitia y Kolia? –exclamó con languidez y alegría Olga Mijáilvona, yendo a su encuentro–. ¡Cómo habéis crecido! ¡Casi no os reconozco! ¿Y dónde está vuestra madre?

– Le felicito el santo –exclamó con desenvoltura el estudiante– y le deseo mucha felicidad. Yekaterina Andréievna le felicita y le pide que la disculpe. Se encuentra algo indispuesta.

– ¡No se porta bien conmigo! Llevo esperándola todo el día. Y usted, ¿hace tiempo que dejó San Petersburgo? –preguntó Olga Mijáilovna al estudiante–. ¿Qué tiempo hace ahora por allí?– Y, sin esperar la respuesta, miró con ternura a los escolares y añadió–: ¡Cuánto han crecido! ¡Hace poco venían con su nodriza y ahora ya van a la escuela! Los viejos envejecen y los jóvenes crecen… ¿Ha comido usted?

– ¡Ah, no se preocupe, por favor! –exclamó el estudiante.

– ¿Pero no ha comido?

– Por Dios se lo pido, no se preocupe.

– ¿Pero acaso no quiere usted comer? –preguntó Olga Mijáilovna con voz áspera y ruda, con impaciencia y enfado; había empleado ese tono sin darse cuenta, pero al instante tosió, sonrió y se ruborizó–. ¡Cómo han crecido! –exclamó con mayor suavidad.

– No se preocupe, por favor –volvió a decir el estudiante.

El estudiante pedía a la anfitriona que no se preocupara, los niños callaban; era evidente que los tres deseaban comer. Olga Mijáilovna les condujo al comedor y ordenó a Vasili que pusiera la mesa.

– ¡Vuestra madre no se porta bien conmigo! –exclamó, haciendo que tomaran asiento–. Me ha olvidado completamente. No se porta bien, no, no... Decídselo así. ¿Y en qué facultad estudia usted? –le preguntó al estudiante.

– En la de medicina.

– Bueno, yo tengo debilidad por los médicos, imagínese. Lamento mucho que mi marido no sea médico. Qué valentía hay que tener para, por ejemplo, hacer una operación o diseccionar un cadáver. ¡Qué terrible! ¿No le asusta a usted? Yo me moriría de miedo. ¿Bebe usted vodka?

– No se moleste, gracias.

– Después de un viaje hay que beber algo. Yo, aunque soy mujer, también bebo a veces. Mitia y Kolia beberán málaga; es vino dulce, no tema. ¡Qué grandes están! Dentro de poco tendrán que pensar en casarse.

Olga Mijáilovna hablaba sin parar. Sabía por experiencia que, cuando se tienen invitados, es mucho más fácil y cómodo hablar que escuchar. Cuando hablas, no es necesario redoblar la atención, idear respuestas para las preguntas y cambiar la expresión del rostro. Pero por desgracia hizo una pregunta seria, el estudiante se explayó durante un buen rato, y ella se vio forzada a escuchar. El estudiante sabía que Olga Mijáilovna había recibido una educación superior; por eso, al dirigirse a ella, trataba de parecer una persona seria.

– ¿En qué facultad estudia usted? –inquirió, olvidando que ya había formulado esa pregunta.

– En la de medicina.

Olga Mijáilovna cayó en la cuenta de que llevaba bastante tiempo sin ocuparse de las señoras.

– ¿Sí? ¿Así que va a ser usted médico? –exclamó, poniéndose en pie–. Eso está bien. Lamento no haber seguido los cursos de medicina. Bueno, coman ustedes, señores, y luego salgan al jardín. Les presentaré a las señoritas.

Tras salir de la habitación, miró su reloj: eran las seis menos cinco. Le sorprendió que el tiempo pasara con tanta lentitud y le aterró pensar que hasta la medianoche, momento en que los invitados se despedirían, quedaban todavía seis horas. ¿Cómo ocupar ese tiempo? ¿Qué frases pronunciar? ¿Cómo comportarse con el marido?

No había nadie ni en la sala ni en la terraza. Todos los invitados se habían dispersado por el jardín.

"Habrá que proponerles dar un paseo por el abedular o montar en barca hasta la hora del té –pensó Olga Mijáilovna, dirigiéndose con premura al campo de cróquet, donde se oían voces y risas–. Y sentar a los viejos a jugar una partida de cartas…"

De camino al campo de cróquet se cruzó con el lacayo Grigori, que llevaba algunas botellas vacías.

– ¿Dónde están las señoras? –preguntó.

– En el huerto de frambuesas. También está allí el señor.

– ¡Ay, Dios mío! –gritó alguien con enfado en el campo de cróquet–. ¡Pero si se lo he dicho mil veces! ¡Para conocer a los búlgaros es necesario haberlos visto! ¡ No se puede juzgar por los periódicos!

A causa de ese grito o de algún otro motivo, Olga Mijáilovna sintió una repentina e intensa debilidad en todo su cuerpo, de manera especial en las piernas y en los hombros. Se le quitaron de pronto las ganas de hablar, de escuchar, de moverse.

– Grigori –exclamó con dificultad y esfuerzo–. Cuando sirva el té o alguna otra cosa, no se dirija a mí, por favor, no me pregunte, no me hable de nada... Hágalo todo solo y... y no golpee el suelo con los pies. Se lo suplico... Yo no puedo, porque...

Dejó la frase en suspenso y siguió su camino hacia el campo de cróquet, pero antes de llegar se acordó de las señoras y se encaminó al huerto de frambuesas. El cielo, el aire y los árboles tenían el mismo aspecto sombrío de antes y presagiaban lluvia; hacía calor y bochorno; grandes bandadas de cuervos, presintiendo el mal tiempo, volaban y graznaban sobre el jardín. Las avenidas se volvían más descuidadas, oscuras y estrechas a medida que se acercaba al huerto; en una de ellas, oculta por una espesa maleza de perales silvestres, acederas, jóvenes robles y lúpulos, nubes enteras de mosquitos negros y menudos rodearon a Olga Mijáilovna, que se cubrió el rostro con las manos y trató de imaginarse a ese pequeño ser... Por su mente pasaron Grigori, Mitia, Kolia, los rostros de los campesinos que vinieron por la mañana a felicitarla...

De pronto oyó unos pasos y abrió los ojos. Su tío Nikolai Nikoláich avanzaba a grandes pasos hacia ella.

– ¿Eres tú, querida? Me alegro mucho... –exclamó jadeante–. Te lo diré en dos palabras... –Se secó con un pañuelo su mentón rojo y afeitado, luego retrocedió un paso, juntó las manos y abrió mucho los ojos–. Mi querida niña, ¿hasta cuándo se va a prolongar esto? –exclamó con apresuramiento, atragantándose–. Te lo preguntó a ti: ¿hasta dónde vamos a llegar? Ya no me refiero a que sus opiniones, dignas de Derzhimorda, desmoralizan a los ciudadanos, ofenden lo mejor y más sagrado que hay en mí y en toda persona honrada y reflexiva; ya no me refiero a todo eso, pero al menos que se comporte con corrección. ¿Pero qué es lo que hace? Grita,

vocifera, se pavonea, se comporta como un Napoleón, no deja hablar a nadie… ¡que el diablo se lo lleve! ¡Esos gestos solemnes, esa sonrisa de general, ese tono condescendiente! Pero permíteme que te pregunte: ¿quién es? Te lo pregunto a ti: ¿quién es? ¡El marido de su mujer, un pequeño propietario, un consejero titular de una pequeña población, al que le ha caído en suerte casarse con una mujer rica! ¡Un advenedizo y un suboficial como hay a montones! ¡Un tipo digno de la pluma de Schedrín! Una de dos: o sufre delirios de grandeza o tiene razón esa vieja rata chocha, el conde Alekséi Petróvich, cuando dice que los muchachos y los jóvenes actuales tardan mucho en madurar y hasta los cuarenta años juegan a los cocheros y a los generales.

– Cierto, cierto… –convino Olga Mijáilovna–. Déjeme pasar.

– Considera adónde nos lleva todo esto –continuó el tío, cerrándole el paso–. ¿Cómo terminará esta manía de jugar al conservadurismo y a los generales? ¡Ya lo han procesado! ¡Lo han procesado! ¡Y me alegro mucho! No ha parado de gritar y de vociferar hasta que lo han llevado al banquillo de los acusados. ¡Y no en el Tribunal del distrito, sino en la Corte Territorial! ¡No es posible imaginar algo peor! ¡Además, se ha enemistado con todos! Hoy es el día de su santo, pero no han venido ni Vostriakov, ni Yajontov, ni Vladímirov, ni Shevud, ni el conde… Parece difícil encontrar a alguien más conservador que el conde Alekséi Petróvich, pero tampoco él ha venido. ¡Y no vendrá nunca! ¡Ya verás cómo no vuelve más!

– Ay, Dios mío, ¿y qué tengo que ver yo con todo eso? –preguntó Olga Mijáilovna.

– ¿Cómo que qué tienes que ver? ¡Eres su mujer! Eres inteligente, has recibido una educación superior. ¡En tu mano está hacer de él un trabajador honrado!

– En las clases a las que asistí no enseñaban a influir en las personas tercas. ¡Parece que tengo que disculparme ante todos por haber estudiado! –exclamó Olga Mijáilovna con brusquedad–. Escucha, tío, si alguien toca en tu presencia la misma melodía el día entero, acabas levantándote de la silla y marchándote. Me paso todos los días del año escuchando las mismas cosas. ¡Por Dios, hay que tener un poco de compasión!

El tío adoptó una expresión de gran seriedad, luego contempló a Olga Mijáilovna con mirada escrutadora y esbozó una sonrisa burlona.

– ¡Vaya! –exclamó con su voz de vieja–. ¡Perdona! –añadió, y ensayó una ceremoniosa reverencia–. Si tú misma has caído bajo su influencia y has abandonado tus propias convicciones, podrías haberlo dicho antes. ¡Perdona!

– ¡Sí, he abandonado mis propias convicciones! –gritó ella–. ¿Estás contento?

– Perdona.

El tío, por última vez, hizo una ceremoniosa reverencia, en esta ocasión un poco de costado; después, encogiendo todo el cuerpo, entrechocó los tacones y se dio la vuelta.

"Idiota –pensó Olga Mijáilovna–. Deberías irte a tu casa".

Encontró a las señoras y a los jóvenes en el huerto de frambuesas. Unos comían frambuesas; otros, aburridos ya de ellas, deambulaban por los bancales de fresas o paseaban entre los guisantes de olor. A un lado del huerto, junto a un frondoso manzano, apuntalado con palos arrancados de una vieja cerca, Piotr Dmítrich segaba hierba. Los cabellos le caían sobre la frente; la corbata estaba desanudada; la cadena del reloj colgaba de un ojal. Cada uno de sus pasos y cada movimiento de la guadaña dejaban traslucir una enorme destreza y una fuerza física excepcional. A su lado estaban Liubochka y las hijas

de un vecino suyo, el coronel Bukreiev, dos rubias anémicas y de una gordura enfermiza, de unos dieciséis o diecisiete años, que respondían a los nombres de Natalia y Valentina, aunque todos las llamaban Nata y Vata; las dos muchachas, de un parecido asombroso, iban ataviadas con vestidos blancos. Piotr Dmítrich les enseñaba a segar.

– Es muy sencillo... –decía–. Sólo hay que saber sujetar la guadaña y no acalorarse, es decir, no emplear más fuerzas de las que son necesarias. Así... ¿No le apetece probar? –exclamó, ofreciéndole la guadaña a Liubochka–. ¡Vamos!

Liubochka cogió torpemente la guadaña, se ruborizó y se echó a reír.

– ¡No se amilane, Liubov Aleksándrovna! –gritó Olga Mijáilvona con gran fuerza, para que todas las damas advirtieran que se encontraba allí–. ¡No se amilane! ¡Hay que aprender! Si se casa con un tolstoiano, tendrá que segar.

Liubochka levantó la guadaña, pero de nuevo se echó a reír, perdió las fuerzas y volvió a dejarla en el suelo. Le agradaba y le avergonzaba que le hablaran como si fuera una persona mayor. Nata, sin sonreír y sin azorarse, con rostro frío y serio, tomó la guadaña, la agitó y la enredó en la hierba; Vata, también sin sonreír, tan seria y fría como su hermana, cogió en silencio la guadaña y la hincó en la tierra. A continuación, ambas hermanas se cogieron del brazo y se dirigieron en silencio al huerto de frambuesas.

Piotr Dmítrich reía y bromeaba como un niño; ese humor infantil y retozón, que le hacía mostrarse extraordinariamente bondadoso, le iba mucho mejor que cualquier otro. A Olga Mijáilovna le gustaba verle así. Pero por lo general, esas efusiones pueriles se prolongaban bien poco. Así sucedió también en esa ocasión: tras juguetear con la guadaña, le pareció apropiado dar a sus bromas un tono serio.

– Cuando siego me siento más sano y normal –exclamó–. Si tuviera que circunscribirme a una vida exclusivamente intelectual, probablemente me volvería loco. ¡Siento que no he nacido para ser una persona cultivada! Lo mío es segar, arar, sembrar, domar caballos…

Y Piotr Dmítrich se puso a hablar con las señoras de las ventajas del trabajo físico, de la cultura, de los perjuicios del dinero y la propiedad. Al escuchar a su marido, Olga Mijáilovna se acordó de su dote.

"Llegará un tiempo en que no me perdonará ser más rica que él –pensó–. Es orgulloso y vanidoso. Probablemente terminará odiándome por lo mucho que me debe".

Se detuvo cerca del coronel Bukréiev, que comía frambuesas y tomaba parte en la conversación.

– Pasen –exclamó, cediendo el paso a Olga Mijáilovna y Piotr Dmítrich–. Aquí están las más maduras… Pues sí, en opinión de Proudhon –continuó, levantando la voz– la propiedad es un robo. Pero debo confesar que no creo en Proudhon ni lo considero un filósofo. En mi opinión, los franceses carecen de autoridad. ¡Dios les ampare!

– Bueno, yo no sé nada de ese Proudhon ni de todos esos Buckles –exclamó Piotr Dmítrich–. Si quiere hablar de filosofía, será mejor que se dirija a mi mujer. Ella ha asistido a la universidad y conoce a todos esos Schopenhauers y Proudhones.

De Olga Mijáilovna volvió a apoderarse el aburrimiento. Se dirigió de nuevo al jardín, donde se internó por un estrecho sendero rodeado de manzanos y perales; otra vez trató de aparentar que iba a ocuparse de una tarea muy importante. De pronto surgió ante ella la isba del jardinero… En el umbral estaba sentada la mujer del jardinero, Varvara, junto a sus cuatro niños pequeños, todos con grandes cabezas rapadas. Varvara también estaba embarazada y esperaba dar a luz, se-

gún sus cálculos, el día del profeta Elías. Olga Mijáilovna saludó a la mujer y a los niños, se quedó mirándolos en silencio y finalmente exclamó:

– Y bien, ¿cómo te encuentras?

– Bien...

Ambas mujeres callaban. Parecía como si se comprendieran sin necesidad de palabras.

– Da miedo dar a luz por primera vez –exclamó Olga Mijáilovna, después de una pausa–. Creo que no lo soportaré y me moriré.

– Lo mismo sentía yo, pero estoy viva... Una se imagina todo tipo de cosas.

Varvara, que enfrentaba su quinto embarazo, miraba a su señora con cierta altivez, consciente de su experiencia, y hablaba con ella en un tono sentencioso; Olga Mijáilovna no podía dejar de sentir su autoridad; quería hablar de su temor, del niño, de sus sensaciones, pero le daba miedo que sus palabras le parecieran intrascendentes e ingenuas a Varvara. Por eso permaneció en silencio, en espera de que la propia Varvara le dijera algo.

– ¡Olía, volvemos a casa! –gritó Piotr Dmítrich desde el huerto de frambuesas.

A Olga Mijáilovna le gustaba mirar a Varvara y esperar en silencio sus palabras. Hubiera podido quedarse allí hasta la noche, sin decir nada, sin hacer nada. Pero debía regresar. Apenas se había alejado de la isba, cuando vio cómo corrían a su encuentro Liubochka, Vata y Nata. Las dos últimas se detuvieron a unos dos metros de distancia, y se quedaron allí, como clavadas a la tierra; Liubochka llegó hasta ella y se colgó de su cuello.

– ¡Querida! ¡Preciosa! ¡Tesoro! –exclamó, besándole la cara y el cuello–. ¡Vamos a tomar el té a la isla!

– ¡A la isla! ¡A la isla! –dijeron al unísono las idénticas Vata y Nata, sin sonreír.

– Pero va a llover, amigas mías.

– ¡No, no va a llover! –gritó Liubochka, con un mohín de tristeza–. Todos están de acuerdo en ir. ¡Querida! ¡Preciosa!

– Todos se preparan para tomar el té en la isla –exclamó Piotr Dmítrich, cuando llegó a su altura–. Da las órdenes oportunas… Nosotros iremos en las barcas, mientras los samovares y todo lo demás lo llevarán los criados en un coche.

Se situó junto a su esposa y la cogió del brazo. A Olga Mijáilovna le entraron ganas de decirle algo desagradable e hiriente –cuanto más cruel mejor–, de recordarle incluso la dote. Después de pensar un rato, exclamó:

– ¿Por qué no habrá venido el conde Alekséi Petróvich? ¡Qué pena!

– Me alegro mucho de que no haya venido –mintió Piotr Dmítrich–. Estoy harto de ese chiflado.

– Sin embargo, ¡con qué impaciencia lo esperabas antes de la comida!

III

Al cabo de media hora todos los invitados se agolpaban ya en la orilla, junto al poste al que estaban amarradas las barcas. A causa de las risas, las charlas y el estado de agitación general, el acomodo en las barcas resultó dificultoso. Tres estaban ya repletas de pasajeros, mientras otras dos esperaban vacías. Las llaves de esas últimas habían desaparecido; algunos criados iban continuamente de la orilla a la casa en su busca. Unos decían que las tenía Grigori; otros que estaban en poder del administrador; otros aconsejaban llamar al herrero

para que rompiese los candados. Y todos hablaban a la vez, interrumpiéndose, ahogando las voces de los otros. Piotr Dmítrich se paseaba con impaciencia por la orilla y gritaba:

– ¡El diablo sabe lo que es esto! ¡Las llaves deben estar siempre en la ventana del recibidor! ¿Quién se ha atrevido a cogerlas? ¡Si el administrador quiere una barca, que se la compre!

Finalmente aparecieron las llaves, pero resultó que faltaban dos remos. De nuevo se armó un alboroto. Piotr Dmítrich, que estaba harto de ir de un lado para otro, saltó a una estrecha y larga canoa de madera, excavada en un tronco de álamo; en un principio se tambaleó y estuvo a punto de caer al agua, pero luego logró alejarse de la orilla. Tras él, una tras otra, salieron las barcas, acompañadas de las sonoras risotadas y los chillidos de las señoritas.

El cielo blanco y nublado, los árboles ribereños, los juncos y las barcas con sus pasajeros y sus remos se reflejaban en las aguas como en un espejo; bajo las barcas, en la lejana profundidad, en el abismo insondable, había un segundo cielo, surcado por el vuelo de las aves. La orilla en la que se alzaba la hacienda era alta, escarpada y estaba totalmente cubierta de árboles; en la otra, en suave pendiente, verdeaban amplias praderas inundadas y brillaban las aguas. Cuando las barcas recorrieron unos cien metros, entre los sauces que se inclinaban tristemente sobre la suave orilla surgieron unas isbas y un rebaño de vacas; empezaron a oírse canciones, gritos de borrachos, sones de acordeón.

Por el río se deslizaban las barcas de los pescadores, que disponían sus palangres para la noche. En una canoa viajaban unos músicos aficionados medio borrachos, tocando violines y violonchelos de fabricación casera.

Olga Mijáilovna iba sentada junto al timón. Sonreía afablemente y no paraba de hablar, tratando de entretener a los

invitados, mientras miraba de soslayo a su marido, que, de pie en la canoa, impulsándose con un solo remo, iba delante de todos. La ligera y afilada canoa, a la que todos los invitados llamaban "Peligrosa", mientras Piotr Dmítrich, por alguna razón, apodaba "Homicida", avanzaba deprisa; con su aspecto vigoroso y taimado parecía odiar al pesado Piotr Dmítrich y esperar el momento más apropiado para escabullirse bajo sus pies. Olga Mijáilovna, que no dejaba de mirar a su marido, sentía repugnancia por su belleza, que a todos agradaba, por su nuca, por su postura, por su desenvoltura con las mujeres; odiaba a todas las mujeres que iban en la barca, sentía celos y al mismo tiempo no dejaba de temblar, temiendo que la inestable canoa volcara y sobreviniera una desgracia.

– ¡Vete más despacio, Piotr! –gritaba, y el corazón se le encogía de miedo–. ¡Siéntate en la barca! ¡Ya sabemos que eres muy valiente!

También la incomodaban los otros ocupantes de la barca. Eran personas corrientes, ordinarias, como las hay a cientos, pero en ese momento cada una de ellas le parecía excepcional y malvada. En ninguna veía otra cosa que falsedad. "Ese joven de cabellos castaños, gafas doradas y hermosa barba que maneja ahora los remos –pensaba– es un niño de papá, rico, bien alimentado y siempre afortunado, al que todos consideran un hombre honrado, librepensador y avanzado. No hace un año que terminó la universidad y se vino a vivir a provincias y ya dice: 'Nosotros, los miembros activos del *zemstvo*'. Antes de un año se aburrirá, como tantos otros, y se marchará a San Petersburgo; para justificar su huida, dirá en todas partes que el *zemstvo* no sirve para nada, que ha quedado decepcionado. Desde la otra barca, sin pestañear, le mira su joven esposa; también ella piensa que su marido es 'un miembro activo del *zemstvo*', aunque dentro de un año pensará que

el *zemstvo* no sirve para nada. Y ahí está ese hombre gordo, afeitado con esmero, con un sombrero de paja con una ancha cinta y un cigarro caro entre los dientes. A ése le gusta decir: '¡Es hora de que nos dejemos de fantasías y nos pongamos manos a la obra!' Tiene cerdos de York, colmenas de Butler, colza, piñas, una lechería, una quesería y doble contabilidad italiana. Pero todos los veranos, para pasar el otoño con su amante en Crimea, vende sus bosques e hipoteca parte de sus tierras. Y allí está mi tío Nikolai Nikoláich, que a pesar de haberse enfadado con Piotr Dmítrich no se va a su casa".

Olga Mijáilovna miraba las otras barcas, y en ellas sólo veía gentes aburridas y estrafalarias, actores, personas de pocas entendederas. Recordó a todos sus conocidos de la región y no pudo encontrar a uno solo del que pudiera decir o pensar algo bueno. Todos le parecieron insulsos, mediocres, limitados, faltos de ingenio, falsos, insensibles; ninguno decía lo que pensaba ni hacía lo que quería. El tedio y la desesperanza la ahogaban; le hubiera gustado dejar de sonreír, ponerse en pie y gritar: "¡Estoy harta de todos ustedes!", y luego saltar de la barca y nadar hasta la orilla.

– ¡Señores, vamos a remolcar a Piotr Dmítrich! –gritó alguien.

– ¡Sí! ¡Vamos a remolcarle! –asintieron los otros–. Olga Mijáilovna, remolque a su marido.

Para esa operación, Olga Mijáilovna, que estaba sentada junto al timón, debía aprovechar el momento oportuno y coger hábilmente la cadena de proa de la Penderaklia. Cuando se inclinaba sobre la cadena, Piotr Dmítrich frunció el ceño y la miró con preocupación.

– ¡Aquí puedes resfriarte! –exclamó.

"Si te preocupas por mí y por el niño, ¿por qué me atormentas?" , pensó Olga Mijáilovna.

Piotr Dmítrich se dio por vencido, pero como no deseaba ir a remolque, saltó desde la "Homicida" a la barca, que estaba ya llena, y lo hizo con tanta imprudencia que la embarcación se venció de un lado, provocando un grito de terror en todos los pasajeros.

"Ha saltado así para agradar a las mujeres –pensó Olga Mijáilovna–. Sabe que eso queda bien…".

El tedio, el enfado, las forzadas sonrisas y el malestar que sentía en todo el cuerpo provocaron temblores en sus manos y en sus pies. Para ocultar de los invitados esas sacudidas trató de elevar el tono de su voz, de reírse, de moverse…

"En caso de que me eche a llorar –pensó– les diré que me duele una muela…"

Finalmente las barcas atracaron en la isla de "Buena Esperanza". Llamaban así a una península formada por un meandro del río, junto a un saliente, cubierta por un viejo bosque de abedules, robles, sauces y álamos. Bajo los árboles ya estaban dispuestas las mesas y los humeantes samovares; junto a la vajilla trajinaban Vasili y Gregori, ataviados con frac y guantes blancos de punto. En la otra orilla, frente a la isla de "Buena Esperanza", estaban los coches con las provisiones. Las cestas y bultos con alimentos fueron sacados de los coches y transportados a la isla en una canoa muy similar a la "Homicida". Los lacayos, los cocheros e incluso el campesino de la canoa lucían esa expresión solemne de las grandes ocasiones que por lo general sólo se advierte en los niños y los criados.

Mientras Olga Mijáilovna preparaba el té y llenaba los primeros vasos, los invitados tomaban licores y dulces. Después se produjo el tumulto general que acompaña toda excursión cuando llega el momento del té, muy molesto y tedioso para los anfitriones. Apenas habían tenido tiempo Grigori y Vasili de dis-

tribuir los vasos, cuando algunos invitados tendían ya sus manos a Olga Mijáilovna con recipientes vacíos. Uno lo pedía sin azúcar; otro, un poco más fuerte; un tercero, más suave; un cuarto daba las gracias. Olga Mijáilovna debía recordar todas esas indicaciones y después gritar: "Iván Petróvich, ¿era usted el que lo quería sin azúcar?" O: "¿Señores, quién lo ha pedido más suave?" Pero el que lo había pedido más suave o sin azúcar ya no se acordaba de ello y, ocupado en una agradable conversación, cogía el primer vaso que se le presentaba a la vista. A un lado de la mesa vagaban, como sombras, tristes figuras que aparentaban buscar setas en la hierba o leer las etiquetas de las cajas: eran aquellos para los que no había suficientes vasos. "¿Ha bebido usted té?", preguntaba Olga Mijáilovna a algún invitado y el interpelado, tras pedirle que no se preocupara, decía: "Esperaré un poco", aunque a la anfitriona le hubiera resultado más cómodo que los invitados no esperaran, sino que se dieran prisa.

Los unos, ocupados en alguna conversación, bebían despacio y conservaban el vaso durante media hora; los otros, especialmente los que habían bebido mucho durante la comida, no se apartaban de la mesa y tomaban un vaso tras otro, de modo que Olga Mijáilovna apenas tenía tiempo de llenarlos. Un joven bromista sorbía el té a través de un terrón de azúcar y comentaba: "Me gusta, pecador de mí, regalarme con hierba china". Y no dejaba de pedir con un profundo suspiro: "¡Permítame tomar aunque sólo sea un vaso más!" Bebía mucho, mordisqueaba el azúcar de manera ruidosa y encontraba que todo ello era muy gracioso y original, imaginándose que imitaba con gran exactitud a los comerciantes. Nadie comprendía que esas pequeñeces atormentaran a la anfitriona; en realidad, no resultaba fácil sacar esa conclusión, ya que Olga Mijáilovna no dejaba de sonreír afablemente y de decir bobadas.

Pero no se sentía bien… Le irritaban el gentío, las sonrisas, las preguntas, el bromista, el atolondramiento y agotamiento de los criados, los niños que giraban en torno a la mesa; le irritaba que Vata se pareciera a Nata, y Kolia a Mitia, de tal modo que no era posible saber quién de los dos había bebido té y quién no. Sentía que su forzada sonrisa de afabilidad acabaría transformándose en una expresión de desagrado y a cada momento tenía la sensación de que iba a echarse a llorar.

– ¡Señores, está lloviendo! –gritó alguien.

Todos miraron el cielo.

– Sí, está lloviendo… –confirmó Piotr Dmítrich, secándose una mejilla.

El cielo dejó caer sólo unas gotas; la verdadera lluvia aún no había empezado, pero los invitados dejaron el té y se dispusieron a regresar. En un principio todos expresaron su deseo de ir en coche, pero después cambiaron de idea y se encaminaron a las barcas. Olga Mijáilovna, pretextando que debía impartir las disposiciones necesarias para la cena, pidió permiso para abandonar la reunión y regresar a casa en coche.

Lo primero que hizo tras sentarse en el coche fue desterrar de su rostro esa sonrisa. Con expresión de fastidio atravesó la aldea y respondió a las reverencias de los campesinos con los que se encontró. Una vez en la casa, atravesó la puerta de servicio, entró en la alcoba y se tumbó en la cama de su marido.

– Señor, Dios mío –murmuraba–, ¿por qué este trabajo de presidiario? ¿Por qué todas esas personas se han reunido aquí y fingen que se lo pasan bien? ¿Por qué sonrío y miento? ¡No lo comprendo, no lo comprendo!

Llegó hasta ella un rumor de pasos y de voces. Los invitados habían regresado.

"Me da lo mismo", pensó Olga Mijáilovna. "Me quedaré aquí tumbada".

Pero una criada entró en el dormitorio y exclamó:

– ¡Señora, María Grigórievna se va!

Olga Mijáilovna se incorporó, se arregló el peinado y salió con premura de la alcoba.

– María Grigórievna, ¿pero qué es esto? –exclamó con ofendida voz, yendo al encuentro de María Grigórievna–. ¿Por qué se marcha usted tan pronto?

– ¡No puedo quedarme más, querida! Ya me he demorado bastante! Me esperan los niños en casa.

–¡No se porta usted bien conmigo! ¿Por qué no los ha traído con usted?

– Querida, si quiere, vendré de visita con ellos cualquier otro día, pero hoy…

– ¡Oh sí, por favor –le interrumpió Olga Mijáilovna–. ¡Me dará una gran alegría! ¡Sus hijos son encantadores! Déles un beso de mi parte… ¡Pero de verdad que me ofende! ¡No entiendo a qué vienen esas prisas!

– No puedo quedarme más… Adiós, querida. Cuídese. En su situación, ya se sabe…

Ambas se besaron. Tras acompañar a la invitada hasta el coche, Olga Mijáilovna entró en la sala y se unió a las señoras. Las lámparas ya estaban encendidas, y los hombres se habían sentado a jugar a las cartas.

IV

Los invitados empezaron a retirarse después de la cena, a las doce y cuarto. Olga Mijáilovna les acompañaba hasta el porche y decía a las señoras:

– ¡Debería haber cogido usted un chal! Ha refrescado un poco. ¡Quiera Dios que no se resfríe usted!

– ¡No se preocupe, Olga Mijáilovna! –contestaban éstas acomodándose en el coche–. ¡Bueno, adiós! ¡No olvide que la esperamos! ¡No nos engañe usted!

– ¡Soooo! –gritaba el cochero, conteniendo a los caballos.

¡Arranca, Denis! ¡Adiós, Olga Mijáilovna!

– ¡Déle un beso a los niños de mi parte!

El carruaje se ponía en marcha y desaparecía enseguida en la oscuridad. En el círculo rojo que la luz de la lámpara formaba en el camino, aparecía un nuevo coche tirado por dos o tres impetuosos caballos y la silueta del cochero, con los brazos extendidos hacia adelante. De nuevo empezaban los besos, los reproches, las peticiones para que el invitado hiciera una próxima visita, los ruegos para que la señora cogiera un chal. Piotr Dmítrich salía del vestíbulo y ayudaba a las damas a sentarse en los carruajes.

– Vete por Efremovschino –aleccionaba al cochero–. Se tarda menos por Malinko, pero el camino es peor. Me da miedo que vuelques... ¡Adiós, encanto! ¡*Mille compliments* a su pintor!

– ¡Adiós, querida Olga Mijáilovna! ¡Vuelva a la casa no vaya a resfriarse! ¡Hay humedad!

– ¡Sooo! ¡No hagas travesuras!

– ¿Qué caballos son éstos? –preguntaba Piotr Dmítrich.

– Se los compramos en la Cauresma a Jaidarov –contestaba el cochero.

– Unos caballos excelentes...

Y Piotr Dmítrich palmoteaba la grupa de la montura.

– ¡Bueno, arranca! ¡Que tengan buen viaje!

Por fin se fue el último invitado. El círculo rojo sobre el camino empezó a oscilar, se desplazó a un lado, amenguó y fi-

nalmente se apagó: era Vasili, que acababa de retirar la lámpara del porche. En ocasiones anteriores, tras acompañar y despedir a los invitados, Piotr Dmítrich y Olga Mijáilovna se habían puesto a saltar en la sala, a aplaudir y cantar: "¡Se han ido! ¡Se han ido! ¡Se han ido!" Pero esta vez Olga Mijáilovna no estaba para esas cosas. Se retiró a la alcoba, se desvistió y se metió en la cama.

Tenía la impresión de que pronto se quedaría profundamente dormida. Le dolían las piernas y los hombros; la cabeza le pesaba a causa de las conversaciones y seguía sintiendo un malestar general. Permaneció unos tres minutos con la cabeza tapada, luego miró la lamparilla de aceite desde debajo de la manta, prestó oídos al silencio y sonrió.

– Qué bien, qué bien… –murmuró, encogiendo las piernas, que a causa de lo mucho que había andado le parecían más largas–. A dormir, a dormir…

No encontraba una posición cómoda para las piernas y sentía un desasosiego por todo el cuerpo; se dio la vuelta. Por la alcoba zumbaba una gran mosca, que chocaba ruidosamente contra el techo. También oía cómo Gregori y Vasili, con cuidadosos pasos, recogían las mesas en la sala; Olga Mijáilovna empezó a pensar que sólo se sentiría a gusto y se dormiría cuando todos esos sonidos se aquietaran. Y de nuevo se volvió con impaciencia del otro lado.

Se oyó la voz del marido en la sala. Probablemente algún invitado se había quedado a pasar la noche, pues Piotr Dmítrich se dirigía a alguien y decía en voz alta:

– No digo que el conde Alekséi Petróvich sea un impostor, pero involuntariamente lo parece, ya que todos ustedes, señores, se empeñan en ver en él algo diferente de lo que es. Sus chifladuras son consideradas muestras de un ingenio original; sus maneras desenvueltas, bondad; su ausencia absolu-

ta de opiniones, conservadurismo. Supongamos incluso que sea un conservador de los pies a la cabeza. Pero, ¿qué es, en esencia, el conservadurismo?

Piotr Dmítrich, enfadado con el conde Alekséi Petróvich, con sus invitados y consigo mismo, se desahogaba. Injuriaba al conde y a los invitados y, llevado de la cólera, se sentía dispuesto a decir cualquier cosa de sí mismo. Tras despedirse del invitado, se paseó de un lado al otro de la sala; luego caminó por el comedor, por el pasillo, por el gabinete; más tarde volvió al comedor y finalmente entró en la alcoba. Olga Mijáilovna yacía de espaldas, cubierta con una manta sólo hasta la cintura (le parecía que hacía ya calor), y seguía con expresión irritada el vuelo de la mosca, que se golpeaba contra el techo.

– ¿Se ha quedado alguien a dormir? –preguntó.

– Yegórov.

Piotr Dmítrich se desvistió y se tumbó en la cama. Se fumó un cigarrillo en silencio y se puso a seguir los movimientos de la mosca. Lucía una expresión de inquietud y severidad. Durante unos cinco minutos Olga Mijáilovna contempló en silencio su hermoso perfil. Por alguna razón, tenía la impresión de que si su marido se volvía de pronto hacia ella y decía: "Olía, me encuentro mal", ella se echaría a llorar o a reír, y sus preocupaciones desaparecerían. Se imaginaba que las piernas le dolían y sentía malestar en todo el cuerpo a causa de la tensión nerviosa.

– Piotr, ¿en qué estás pensando? –le preguntó.

– En nada… –le contestó el marido.

– Últimamente me ocultas algún secreto. Eso no está bien.

– ¿Y por qué? –contestó Piotr Dmítrich con sequedad, al cabo de unos instantes–. Cada uno de nosotros tiene su vida personal, y por tanto debe tener sus propios secretos.

– Vida personal, secretos propios… ¡eso no son más que

palabras! ¡Comprende que me estás ofendiendo! –exclamó Olga Mijáilovna, incorporándose y sentándose en la cama–. Si hay algo que te preocupa, ¿por qué me lo ocultas? ¿Por qué encuentras más grato sincerarte con mujeres extrañas que con tu esposa? Hoy he podido oír cómo te desahogabas con Liubochka junto a las colmenas.

– Vaya, te felicito. Me alegro mucho de que nos hayas escuchado.

Esas palabras significaban: ¡déjame en paz, no perturbes mis pensamientos! Olga Mijáilovna se indignó. La irritación, el odio y la ira acumulados a lo largo del día, de pronto parecieron desbordarse: sintió deseos de decirle todo lo que pensaba, de ofenderle, de vengarse, y de hacerlo en ese mismo momento, sin esperar al día siguiente… Esforzándose por no gritar, exclamó:

– ¡Que sepas que todo esto me da asco, asco, asco! Durante todo el día de hoy, no he dejado de sentir odio por ti ni un solo minuto. ¡Eso es lo que has conseguido!

Piotr Dmítrich también se incorporó y se sentó.

– ¡Asco, asco, asco! –continuó Olga Mijáilovna, temblando con todo su cuerpo–. ¡ No tienes que felicitarme por nada! ¡Mejor sería que te felicitaras tú mismo! ¡Qué vergüenza, qué ignominia! ¡A fuerza de mentir, has llegado al punto de avergonzarte cuando te quedas a solas con tu mujer en una habitación! ¡Qué falso eres! ¡Puedo leer tus pensamientos y comprendo cada uno de tus pasos!

– Olga, cuando no estés de buen humor, avísame para que pueda quedarme a dormir en el gabinete.

Y tras pronunciar esas palabras, Piotr Dmítrich cogió la almohada y salió de la alcoba. Olga Mijáilovna no había previsto esa eventualidad. Durante unos minutos, con la boca abierta, temblando con todo su cuerpo, contempló en silen-

cio la puerta por la que había salido su marido, tratando de comprender qué significaba todo aquello. ¿Acaso no era aquél uno de los medios que empleaban los hombres falsos en las discusiones cuando no tenían razón? ¿O se trataba de una ofensa infligida premeditadamente contra su amor propio? ¿Cómo interpretarlo? Olga Mijáilovna se acordó de un primo suyo, un oficial muy alegre; ese hombre solía contarle sonriendo que, cuando "su pareja empezaba a darle la lata" por la noche, cogía su almohada y, silbando, se dirigía a su gabinete, dejando a su mujer en una posición ridícula y risible. Ese oficial estaba casado con una mujer rica, caprichosa y estúpida a la que toleraba pero a la que no respetaba.

Olga Mijáilovna saltó de la cama. En su opinión, sólo cabía hacer una cosa: vestirse cuanto antes y abandonar para siempre esa casa. La casa era de su propiedad, pero tanto peor para Piotr Dmítrich. Sin pararse a considerar si esa acción era necesaria o no, entró con pasos decididos en el gabinete para informar a su marido de su decisión ("Lógica femenina", pensó por un instante) y añadir algún comentario ofensivo y cáustico a modo de despedida...

Piotr Dmítrich yacía en el diván y fingía leer un periódico. A su lado, sobre una silla, ardía una vela. Su rostro estaba tapado por el periódico.

– Haga el favor de explicarme qué significa esto. ¡Le estoy hablando a usted!

– A usted... –la remedó Piotr Dmítrich, sin mostrar el rostro–. ¡Basta, Olga! Te juro que estoy fatigado y ahora no tengo humor para estas cosas... Ya discutiremos mañana.

– ¡No, te comprendo muy bien! –continuó Olga Mijáilovna–. ¡Me odias! ¡Sí, sí! ¡Me odias porque soy más rica que tú! ¡Nunca me lo perdonarás y siempre me estarás mintiendo! ("¡Lógica femenina!", pensó de nuevo). Sé que en estos

momentos te estás riendo de mí... Estoy convencida incluso de que sólo te has casado conmigo para tener títulos de propiedad y esos inmundos caballos. ¡Ah, qué desdichada soy!

Piotr Dmítrich dejó el periódico y se puso en pie. Ese inesperado insulto le dejó aturdido. Sonrió de forma infantil y desvalida, contempló desconcertado a su mujer y, extendiendo los brazos hacia ella, como si estuviera protegiéndose de sus golpes, exclamó suplicante:

– ¡Olía!

En espera de que pronunciara algún terrible comentario más, se apretó contra el respaldo del diván, de modo que su gran figura empezó a parecer tan desvalida e infantil como su sonrisa.

– Olía, ¿cómo has podido decir eso? –susurró.

Olga Mijáilovna volvió en sí. Recobró de pronto el desmesurado amor que siempre había sentido por ese hombre, reparó en que era su marido, Piotr Dmítrich, sin el cual no podría vivir ni un solo día, recordó que también él la amaba con pasión. De pronto estalló en fuertes sollozos, que no parecían suyos, se cubrió la cabeza con las manos y regresó corriendo a la habitación.

Se arrojó en la cama; unos sollozos entrecortados e histéricos, que le impedían respirar y se transmitían a sus piernas y a sus brazos, llenaron la alcoba. De pronto, recordando que tres o cuatro estancias más allá estaba alojado un huésped, se tapó la cabeza con la almohada para ahogar los sollozos, pero la almohada se deslizó hasta el suelo, e incluso ella estuvo a punto de caer, cuando se inclinó para cogerla; trató de acercar la manta al rostro, pero las manos no le respondían y desgarraban convulsivamente todo lo que aferraban.

Tenía la impresión de que todo estaba perdido, de que la falsedad que había proferido para ofender a su marido había

quebrado en mil pedazos toda su vida. Él nunca la perdonaría. La ofensa que le había infligido era de tal clase que no podía atenuarse con caricias ni juramentos… ¿Cómo convencerle de que ella misma no creía lo que había dicho?

– ¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! –gritaba, sin advertir que la almohada había vuelto a caer al suelo–. ¡Por Dios, por Dios!

Probablemente sus gritos habrían despertado al huésped y a los criados; al día siguiente el distrito entero sabría que había padecido un ataque de histeria, del que todos culparían a Piotr Dmítrich. Hacía esfuerzos por contenerse, pero a cada instante los sollozos se hacían más y más fuertes.

– ¡Por Dios! –gritaba con una voz que no parecía suya, sin comprender por qué gritaba esas palabras–. ¡Por Dios!

Sintió como si la cama se hubiera hundido bajo ella y sus piernas se hubieran enredado en la manta. Piotr Dmítrich entró en la alcoba, vestido con una bata y con una vela en la mano.

– ¡Olía, basta! –exclamó.

Ella se incorporó y, de rodillas en la cama, entornando los ojos a causa de la luz de la vela, pronunció entre sollozos.

– Compréndelo… compréndelo…

Quiso explicarle que la habían trastornado los invitados, la falsedad de él y la suya propia, que todas esos sentimientos se habían acumulado en su corazón, pero sólo acertó a proferir en voz baja:

– Compréndelo… compréndelo…

– Bebe –le dijo él, acercándole un vaso de agua.

Cogió el vaso con expresión sumisa y trató de beber, pero el agua se derramó por sus manos, por su pecho, por sus rodillas… "¡Probablemente estoy horrible!", pensó. Piotr Dmítrich, sin decir palabra, la tumbó en la cama y la cubrió con la manta; luego cogió la vela y salió.

– ¡Por Dios! –gritó de nuevo Olga Mijáilovna–. ¡Piotr, compréndelo, compréndelo!

De pronto, algo oprimió su vientre y su espalda con tal violencia, que se vio obligada a interrumpir el llanto y morder la almohada. Pero el dolor pasó enseguida y los sollozos se renovaron.

Entró la criada, le arregló la manta y le preguntó con inquietud:

– Señora, palomita, ¿qué le pasa?

– ¡Váyase de aquí! –le dijo con severidad Piotr Dmítrich, acercándose a la cama.

– Compréndelo, compréndelo... –empezó Olga Mijáilovna.

– ¡Olía, por favor te lo pido, cálmate! –exclamó él–. No quería ofenderte. No me hubiera ido de la alcoba si hubiera sabido que iba a dolerte tanto. Simplemente, me sentía deprimido. Te doy mi palabra de honor...

– Compréndelo... Tu fingías, yo fingía...

– Lo comprendo... ¡Bueno, bueno, basta! Lo comprendo... –dijo Piotr Dmítrich con ternura, sentándose en la cama–. Comprendo que estabas excitada cuando dijiste *todo eso*. Te juro por Dios que eres lo que más quiero en este mundo; cuando me casé contigo no pensé ni por un segundo en que fueses rica. Te amaba inmensamente, eso es todo... Te lo aseguro... Nunca he tenido necesidad de dinero ni le he concedido ningún valor, por eso no he sabido nunca diferenciar entre tus bienes y los míos. Siempre he pensado que pertenecían a ambos por igual. En cuanto a eso de que miento en cosas sin importancia... pues claro que es verdad. Hasta este momento mi vida ha estado construida de forma tan poco seria, que nunca he podido pasarme sin pequeñas mentiras. Esa situación me desagrada ahora. Pero dejemos esta conversación, por el amor de Dios...

Olga Mijáilovna volvió a sentir un fuerte dolor y cogió a su marido de la manga.

– ¡Me duele, me duele!… –exclamó con voz atropellada–. ¡Ah, cómo me duele!

– ¡Qué el diablo se lleve a todos esos invitados! –farfulló Piotr Dmítrich, poniéndose en pie–. ¡No tenías que haber ido hoy a la isla! –gritó–. ¿Por qué, tonto de mí, no te detuve? ¡Ah, Dios mío!

Se rascó la cabeza con enfado, agitó la mano y salió de la alcoba.

Luego entró varias veces en la estancia, se sentó junto a ella en la cama y le dijo muchas cosas, ya con ternura, ya con enfado, pero ella apenas escuchaba sus palabras. Los sollozos alternaban con los accesos de dolor, cada vez más fuertes y prolongados. Al principio, al sentir las punzadas, contenía la respiración y mordía la almohada, pero luego se puso a gritar con una voz desgarradora y brutal. En una ocasión, al ver junto a ella a su marido, recordó que le había ofendido y, sin pararse a pensar si se trataba de una alucinación o del verdadero Piotr Dmítrich, le cogió la mano con las suyas y se puso a besarla.

– Tu fingías, yo fingía… –decía, tratando de justificarse–. Compréndelo, compréndelo… Me trastornaban, me sacaban de mis casillas…

– ¡Olía, no estamos solos! –exclamó Piotr Dmítrich.

Olga Mijáilovna levantó la cabeza y vio a Varvara, que estaba de rodillas junto a la cómoda y abría el cajón inferior. Los cajones de arriba estaban ya abiertos. Tras terminar con la cómoda, Varvara se incorporó y, roja por el esfuerzo, con gesto frío y solemne, trató de abrir un cofre.

– María, no puedo abrirlo –exclamó en un susurro–. Inténtalo tú.

La criada María, que con unas tijeras en la mano sacaba un cabo de vela del candelabro para poner una vela nueva, se acercó a Varvara y la ayudó a abrir el cofre.

– Que no quede nada cerrado… –murmuró Varvara–. Abre también este cofre, querida. Señor –añadió, dirigiéndose a Piotr Dmítrich–, debería enviar por el padre Mijaíl para que abra las puertas del iconostasio. ¡Es necesario!

– Haga lo que quiera –exclamó Piotr Dmítrich, respirando con dificultad–, pero por el amor de Dios, traiga cuanto antes al médico o a la partera. ¿Ha ido Vasili? Mande a alguien más. ¡Mande a su marido!

"Estoy dando a luz", pensó Olga Mijáilovna.

– Varvara –gimió–. ¡No nacerá vivo!

– No se preocupe, señora, no se preocupe… –murmuró Varvara–. Si Dios quiere nacerá vivo. Nacerá vivo.

Cuando Olga Mijáilovna volvió en sí, después de una nueva punzada de dolor, ya no sollozaba ni se agitaba, sólo gemía. No podía dejar de gemir ni siquiera cuando no sentía dolor. Las velas aún ardían, aunque a través de las cortinas se filtraba la luz matinal. Debían ser alrededor de las cinco de la mañana. En la alcoba, junto a una mesilla redonda, estaba sentada una mujer desconocida, con un delantal blanco y una fisonomía muy sobria. A juzgar por su postura, resultaba evidente que llevaba largo rato sentada. Olga Mijáilovna adivinó que se trataba de la partera.

– ¿Terminará esto pronto? –preguntó, y en su propia voz advirtió una nota peculiar, desconocida, que nunca antes había advertido. "Probablemente moriré durante el parto", pensó.

Piotr Dmítrich, vestido ya de calle, entró silenciosamente en la habitación y se quedó junto a la ventana, de espaldas a su mujer. Levantó la cortina y miró por la ventana.

– ¡Cómo llueve! –exclamó.

– ¿Qué hora es? –preguntó Olga Mijáilovna, y volvió a reparar en esa nota desconocida en su voz.

– Las seis menos cuarto –contestó la partera.

"¿Y si en realidad me muero?", pensó Olga Mijáilovna, contemplando la cabeza de su marido y los vidrios de la ventana, en los que repiqueteaba la lluvia. "¿Cómo vivirá sin mí? ¿Con quién tomará el té? ¿Con quién almorzará? ¿Con quién conversará por las tardes? ¿Con quién dormirá?"

Y se le antojó un niño abandonado; sintió pena de él y quiso decirle algo agradable, cariñoso, confortador. Recordó que en primavera quiso comprarse unos galgos, pero ella, que consideraba la caza un deporte cruel y peligroso, se lo había impedido.

– Piotr, ¡cómprate esos galgos! –gimió.

Él dejó caer la cortina y se acercó a la cama; quiso decir algo, pero en ese momento Olga Mijáilovna sintió un intenso dolor y emitió un grito desgarrador y brutal.

El dolor, los frecuentes gritos y los gemidos la dejaron aturdida. Oía, veía, a veces hablaba, pero apenas comprendía y sólo era consciente de que algo le dolía o pronto le dolería. Tenía la impresión de que la onomástica se había celebrado mucho tiempo atrás, no la víspera, sino un año antes; que su nueva vida de enferma se había prolongado más que su infancia, sus años de escolar, sus días de universitaria y sus tiempos de casada, y que se prolongaría mucho más, mucho más, de manera infinita. Veía cómo le traían té a la partera, cómo a mediodía le llamaban para el desayuno y más tarde para el almuerzo; veía a Piotr Dmítrich entrar con frecuencia en la habitación, quedarse largo rato junto a la ventana y salir; vio entrar a algunos hombres desconocidos, a la criada, a Varvara; todos se comportaban como si estuvieran en su casa… Var-

vara sólo decía: "vivirá, vivirá", y se enfadaba cuando alguien cerraba los cajones de la cómoda. Olga Mijáilovna veía cómo en la habitación y en las ventanas cambiaba la luz: ahora sombría, luego turbia como la niebla, más tarde clara y brillante como el día anterior durante la comida, luego de nuevo sombría... Y cada una de esas mudanzas se prolongaba tanto como la infancia, sus años de escolar, sus días de universitaria...

Por la tarde dos médicos –uno huesudo, calvo, con una poblada barba rojiza; otro con facciones hebreas, tez morena y gafas baratas– practicaron una operación a Olga Mijáilovna, que reaccionaba con indiferencia ante el hecho de que dos hombres extraños tocaran su cuerpo. Ya no sentía ni vergüenza, ni voluntad; cualquier persona podía hacer con ella lo que quisiera. Si en esos momentos alguien se hubiera arrojado sobre ella con un cuchillo o hubiera ofendido a Piotr Dmítrich o le hubiera retirado su derecho sobre ese pequeño ser, no habría dicho ni una palabra.

Durante la operación le dieron cloroformo. Cuando recobró el conocimiento, volvieron a asaltarla aquellos horribles dolores. Era de noche. Olga Mijáilovna recordó que ya había vivido una noche como aquélla, igual de silenciosa, con la lamparilla de aceite ardiendo, la partera sentada inmóvil junto a la cama, los cajones de la cómoda abiertos y Piotr Dmítrich de pie junto a la ventana; sí, ya había vivido una noche como aquélla, pero mucho tiempo antes...

V

"No me he muerto..." –pensó Olga Mijáilovna, cuando empezó a reconocer el mundo circundante, ya libre de dolores.

Por las dos ventanas del dormitorio, abiertas de par en par, penetraba un claro día de verano; más allá de las ventanas, en el jardín, graznaban sin descanso las urracas y piaban los gorriones.

Los cajones de la cómoda estaban ya cerrados; la cama del marido ya estaba hecha. La partera, Varvara y la criada se habían ido, y en la habitación sólo quedaba Piotr Dmítrich, que seguía inmóvil junto a la ventana, mirando el jardín. No se oía ningún llanto infantil, nadie les felicitaba ni se alegraba; era evidente que el pequeño ser no había nacido vivo.

– ¡Piotr! –gritó Olga Mijáilovna.

Piotr Dmítrich se volvió. Probablemente había pasado mucho tiempo desde que el último invitado se marchara y Olga Mijáilovna ofendiera a su marido, pues Piotr Dmítrich tenía un aspecto demacrado y estaba mucho más delgado.

– ¿Qué quieres? –preguntó él, acercándose a la cama.

Desviaba la mirada, movía los labios y sonreía como un niño desamparado.

– ¿Ha terminado todo? –preguntó Olga Mijáilovna.

Piotr Dmítrich quiso responderle algo, pero sus labios empezaron a temblar y su boca se torció en una mueca de viejo, como las del desdentado Nikolái Nikoláich.

– ¡Olía! –exclamó, retorciéndose las manos; sus ojos, de pronto, se llenaron de gruesas lágrimas–. ¡Olía! No necesito tus títulos de propiedad ni el Tribunal del distrito (sollozó)... ni las opiniones ajenas, ni esos invitados, ni tu dote... ¡no necesito nada de todo eso! ¿Por qué no hemos sabido cuidar de nuestro hijo? ¡Ah, para qué hablar de ello!

Hizo un gesto de desesperación con la mano y salió de la estancia.

A Olga Mijáilovna le daba ya todo lo mismo. En su cabeza flotaba aún la niebla del cloroformo; su alma estaba vacía. .

Esa torpe indiferencia por la vida que se había apoderado de ella cuando los dos médicos la operaban seguía dominándola por entero.

1888

VANKA

Vanka Zhúkov, un muchacho de nueve años que tres meses antes había entrado como aprendiz en el taller del zapatero Aliajin, no se fue a la cama en Nochebuena. Esperó a que el patrón y sus ayudantes acudieran a los maitines, y una vez solo cogió del armario del patrón un frasquito con tinta, una pluma con la punta cubierta de herrumbre y, tras desplegar ante sí una arrugada hoja de papel, se puso a escribir. Antes de trazar la primera letra, dirigió varias miradas temerosas a la puerta y las ventanas, contempló de reojo el oscuro icono a cuyos lados se extendían estantes con hormas y dejó escapar un suspiro entrecortado. Se había arrodillado ante un banco sobre el que previamente había dispuesto el papel.

"¡Querido abuelo Konstantín Makárich! –escribió–. Voy a escribirte una carta. Te felicito la Navidad y te deseo todos los bienes de Dios. No tengo ni padre ni madre, sólo me quedas tú".

Vanka dirigió la mirada sobre la oscura ventana, en la que parpadeaba el reflejo de la vela, y se imaginó vivamente la figura de su abuelo Konstantín Makárich, que trabajaba como vigilante nocturno para los señores Zhivárev. Era un viejo de sesenta y cinco años, pequeño y enjuto, pero extraordinariamente ágil y vivaracho, con cara siempre sonriente y mirada de borracho. De día dormía en la cocina de servicio o bromeaba con las cocineras y de noche, envuelto en una amplia

zamarra, recorría la propiedad y daba golpes con su chuzo. Tras él, con la cabeza gacha, iban la vieja perra Kashtanka y el perro Anguila, que debía ese nombre a su color negro y a su cuerpo largo como el de una comadreja. Ese Anguila era sumamente respetuoso y zalamero, y miraba con idéntica ternura tanto a propios como a extraños, aunque no inspiraba demasiada confianza. Bajo su actitud respetuosa y su humildad se escondía la mayor de las perfidias. Nadie mejor que él sabía acercarse con cautela y morder la pierna a alguien, entrar en la despensa o robarle una gallina a un mujik. Había sido golpeado varias veces en las patas traseras, en un par de ocasiones estuvo a punto de ser ahorcado y todas las semanas recibía una paliza de muerte, pero siempre se recuperaba.

Ahora, seguramente, el abuelo está junto al portón, mirando con los ojos entornados las ventanas de la iglesia de la aldea, de un rojo brillante, y taconea con sus botas de fieltro, mientras bromea con la servidumbre. Lleva el chuzo colgado del cinturón. A causa del frío, encoge los hombros y agita las manos, y, dejando escapar una risita de viejo, pellizca ya a la doncella ya a la cocinera.

– ¿Un poco de rapé? –dice, alargando a las criadas su tabaquera.

Ellas aspiran y estornudan. Del abuelo se apodera un júbilo indescriptible, estalla en una sonora carcajada y grita:

– ¡Arráncalo que está pegado!

Luego le dan a oler a los perros. Kashtanka estornuda, mueve el hocico y, ofendida, se aparta a un lado. Anguila, como es tan respetuoso, no estornuda y se limita a mover la cola. El tiempo es excelente. Corre un aire suave, transparente y fresco. La noche es oscura, pero se ve toda la aldea con sus tejados blancos y los regueros de humo que se escapan de las chimeneas, los árboles plateados por la escarcha, las monto-

neras de nieve. Todo el cielo está sembrado de estrellas que parpadean alegremente y la Vía Láctea se dibuja con tanta claridad como si la hubieran limpiado con motivo de las fiestas y la hubieran frotado con nieve...

Vanka suspiró, mojó la pluma y siguió escribiendo:

"Ayer recibí una paliza. El dueño me arrastró por los pelos hasta el patio y me azotó con el tirapiés porque me quedé dormido sin querer mientras acunaba a su hijo. Hace una semana la dueña me ordenó limpiar un arenque, yo empecé por la cola y ella cogió el arenque y me dio con él en los morros. Los ayudantes se ríen de mí, me mandan a la taberna por vodka y me obligan a robar los pepinos del patrón, y éste luego me golpea con lo primero que encuentra. Y casi no me dan de comer. Por la mañana recibo un trozo de pan, a mediodía papilla de avena y por la noche otra vez pan, mientras los patrones toman té y sopa de col. Me obligan a dormir en el zaguán y cuando su hijo llora no puedo pegar ojo, porque tengo que acunarle. Querido abuelo, por el amor de Dios, llévame contigo a casa, a la aldea, ya no puedo más... Me inclino a tus pies y rogaré por ti eternamente, llévame de aquí o me moriré"...

Vanka torció la boca, se secó los ojos con su puño negro y sollozó.

"Te picaré el tabaco –continuó–, rezaré a Dios por ti y si hago algo mal, azótame todo lo que quieras. Si piensas que no puedo ocuparme de ninguna tarea, le pediré al mayordomo que me tome como limpiabotas o iré de zagal en lugar de Fedka. Abuelo querido, ya no puedo más, esto es sencillamente la muerte. Quisiera irme andando a la aldea, pero no tengo botas y me da miedo el frío. Cuando me haga mayor te alimentaré y no permitiré que nadie te ofenda, y cuando mueras rezaré por la paz de tu alma, igual que rezo ahora por mi madre Pelagueia.

"Moscú es una ciudad muy grande. Todas las casas son de señores y hay muchos caballos, pero no hay ovejas y los perros no son malos. Los niños no llevan estrellas y en el coro no dejan entrar a nadie. Una vez vi una tienda en la que vendían anzuelos y sedales para toda clase de peces, todo de muy buena calidad; hasta había un anzuelo que podría incluso con un siluro de quince kilos. También he visto tiendas en las que hay escopetas de todas clases, parecidas a las del señor; deben costar unos cien rublos cada una... Y en las carnicerías hay urogallos, ortegas y liebres, pero los vendedores no te dicen dónde los cazan.

"Querido abuelo, cuando los señores pongan el abeto con las golosinas, coge una nuez dorada para mí y guárdala en el cofre verde. Pídesela a la señorita Olga Ignátievna, dile que es para Vanka".

Vanka suspiró convulsivamente y de nuevo fijó la vista en la ventana. Recordó que era el abuelo quien se encargaba de ir al bosque por el abeto de los señores, y que siempre le llevaba con él. ¡Qué época más feliz! El abuelo se aclara la garganta, el hielo cruje y Vanka, imitando esos ruidos, carraspea. Antes de cortar el abeto, el abuelo enciende su pipa, pasa un buen rato oliendo tabaco, se ríe del aterido Vania... Los jóvenes abetos, cubiertos de escarcha, se alzan expectantes, sin saber cuál de ellos va a morir. De pronto, una veloz liebre pasa volando por los montículos de nieve... El abuelo no puede dejar de gritar:

– ¡Cógela, cógela... cógela! ¡Demonio de bicho!

El abuelo llevaba el abeto talado a la casa señorial y allí empezaban a adornarlo... La que más se ocupaba de esa tarea era la señorita Olga Ignátievna, la favorita de Vanka. Cuando aún vivía su madre Pelagueia, que trabajaba como doncella en casa del señor, Olga Ignátievna le daba dulces a Vanka

y, como no tenía nada que hacer, le había enseñado a leer, a escribir, a contar hasta cien e incluso a bailar la cuadrilla. Cuando Pelagueia murió, llevaron al huérfano Vanka a la cocina de servicio, junto a su abuelo, y de allí pasó a Moscú, a casa del zapatero Aliajin…

"Ven, querido abuelo –continuó Vanka–, te lo pido por el amor de Dios, llévame de aquí. Ten piedad de mí, un pobre huérfano. Todos me pegan, tengo un hambre horrible, mi tristeza es tan grande que no se puede contar y me paso todo el tiempo llorando. Hace unos días el patrón me golpeó la cabeza con una horma, me dio tan fuerte que me caí al suelo y me costó mucho levantarme. Mi vida es muy triste, peor que la de un perro… Saluda también a Alena, al tuerto Yegorka y al cochero, y no le des a nadie mi acordeón. Un saludo de tu nieto Ivan Zhúkov. Querido abuelo, no dejes de venir".

Vanka dobló en cuatro partes la hoja escrita y la metió en un sobre que había comprado la víspera por un kopek. Tras reflexionar un rato, mojó la pluma y escribió la siguiente dirección:

Para el abuelo, que está en la aldea.

Luego se rascó la cabeza, se quedó unos instantes pensativo y finalmente añadió: "Para Konstantín Makárich". Satisfecho de que no le hubieran molestado mientras escribía, se caló la gorra y, sin ponerse la zamarra, en mangas de camisa, salió corriendo a la calle…

Los dependientes de la carnicería, a los que había preguntado la víspera, le habían dicho que las cartas había que depositarlas en los buzones de correos, desde donde cocheros borrachos las distribuían por toda la tierra en coches de pos-

tas con tintineantes campanillas. Vanka corrió hasta el primer buzón e introdujo la valiosa carta por la ranura…

Al cabo de una hora, mecido por dulces esperanzas, dormía profundamente… Soñó con una estufa. Sobre ella estaba sentado el abuelo, descalzo, con las piernas colgando, leyendo la carta a las cocineras… Anguila daba vueltas junto a la estufa, moviendo el rabo…

1886

EL BESO

El 20 de mayo, a las ocho de la tarde, las seis baterías de la reserva de la brigada de artillería de N., que se dirigían a su campamento, se detuvieron a pasar la noche en la aldea de Mestechki. En medio del alboroto, mientras unos oficiales se afanaban junto a los cañones y otros, que habían entrado en la plaza aledaña a la cerca de la iglesia, escuchaban a los aposentadores, apareció detrás de la iglesia un jinete vestido de paisano, montado sobre un extraño caballo. Era un caballo bayo y pequeño, con un hermoso cuello y una pequeña cola; no seguía un camino recto, sino que parecía avanzar de costado, haciendo con las patas pequeños pasos de baile, como si se las estuvieran golpeando con un látigo. Tras acercarse a los oficiales, el jinete levantó el sombrero y exclamó:

– Su excelencia el teniente general von Rabbek, hacendado local, invita a los señores oficiales a que, sin mayores demoras, vayan a tomar el té a su casa.

El caballo se inclinó, ejecutó unos movimientos de baile y retrocedió de costado; el jinete volvió a levantar el sombrero y al poco rato desapareció detrás de la iglesia junto a su extraña montura.

– ¡Qué se vaya al diablo! –murmuraron algunos oficiales, dispersándose por los distintos alojamientos–. ¡Con el sueño que tenemos, y nos viene ese von Rabbek con su té! ¡Ya sabemos qué té sirven allí!

Todos los oficiales de las seis baterías recordaron que el año anterior, durante unas maniobras, un hacendado local, un conde que había sido militar, les había invitado a tomar el té, junto con los oficiales de un regimiento de cosacos; el hospitalario y cordial anfitrión les había recibido muy bien, les había dado de comer y de beber y no les había dejado regresar a sus alojamientos en la aldea, ofreciéndoles pasar la noche en su casa. Todo eso, por supuesto, estaba muy bien; no se podía pensar en algo mejor; lo malo era que el militar retirado se había entusiasmado tanto con la aparición de esos jóvenes, que hasta el amanecer había estado contando a los oficiales episodios de su glorioso pasado, les había conducido por las distintas habitaciones, les había mostrado cuadros valiosos, grabados antiguos, armas raras, les había leído cartas auténticas de personajes encumbrados, mientras los extenuados y fatigados oficiales escuchaban y miraban, anhelando la compañía del lecho y tapándose la boca con la manga para ocultar los bostezos; cuando finalmente el anfitrión los dejó marchar ya era demasiado tarde para dormir.

¿No sería también von Rabbek uno de ésos? Lo fuera o no, no se podía hacer nada. Los oficiales se cambiaron de uniforme, se acicalaron y todos juntos se pusieron a buscar la casa del hacendado. En la plaza contigua a la iglesia les dijeron que para llegar a la residencia de los señores podían ir por el camino de abajo –descendiendo hasta el río por detrás de la iglesia y caminando por la orilla hasta el mismo jardín, donde una avenida les llevaría hasta la casa– o bien por el camino de arriba –directamente desde la iglesia, por un camino que a medio kilómetro de la aldea llegaba hasta los graneros de la hacienda. Los oficiales decidieron ir por el camino de arriba.

– ¿Quién será ese von Rabbek? –cavilaban por el camino–.

¿No será el que comandaba la división de caballería de N. en Plevna?

– No, ése no se llamaba von Rabbek, sino simplemente Rabbe.

– ¡Qué buen tiempo hace!

Junto al primer granero de la hacienda el camino se dividía en dos; uno seguía recto y se perdía en la oscuridad de la noche, mientras el otro giraba a la derecha y llevaba a la casa señorial. Los oficiales tomaron por el de la derecha y empezaron a hablar más bajo… A ambos lados del camino se sucedían graneros de piedra con tejados rojos, pesados y severos, muy parecidos a los cuarteles de cualquier ciudad de provincias. Ante ellos relucían las ventanas de la casa señorial.

– ¡Señores, buena señal! –dijo uno de los oficiales–. Nuestro *setter* va a la cabeza; eso significa que huele alguna presa…

El teniente Lobitko, que iba delante, hombre alto, grueso y sin rastro de bigotes (tenía más de veinticinco años, pero en su rostro redondo y lleno, por alguna razón, aún no despuntaba la barba), conocido en la brigada por su capacidad para adivinar en los alrededores la presencia de mujeres, se volvió y comentó:

– Sí, aquí debe haber mujeres. Me lo dice el instinto.

En el umbral de la casa los oficiales fueron recibidos por el propio von Rabbek, un anciano de aspecto respetable, de unos sesenta años, vestido de paisano. Tras estrechar la mano de los huéspedes, dijo que se sentía muy contento y feliz, pero rogaba encarecidamente a los señores oficiales le disculparan por no poder alojarlos en su casa; habían venido a verle dos hermanas suyas con sus hijos, varios hermanos y algunos vecinos, de modo que no quedaba ni una sola habitación libre.

El general estrechó la mano a todos los oficiales, les pidió disculpas y sonrió, pero en su rostro se adivinaba que se ale-

graba mucho menos de su visita que el conde del año anterior, y que sólo les había invitado porque, en su opinión, así lo exigía el decoro. Los mismos oficiales, mientras ascendían por la mullida escalera alfombrada y escuchaban sus palabras, sentían que habían sido invitados simplemente porque habría sido inadecuado no hacerlo, y cuando vieron a los lacayos, que se apresuraban a encender los faroles de la entrada, abajo, y los del recibidor, arriba, tuvieron la impresión de que llevaban la inquietud y el desasosiego a esa casa. En un lugar en que, debido probablemente a alguna celebración familiar o a algún otro acontecimiento, se habían reunido dos hermanas con sus hijos, varios hermanos y algunos vecinos, ¿podía agradar la presencia de diecinueve oficiales desconocidos?

Arriba, en la entrada del salón, los huéspedes fueron recibidos por una anciana alta y esbelta, de rostro alargado y cejas negras, muy parecida a la emperatriz Eugenia. Sonriendo de forma afable y majestuosa, dijo que se sentía muy feliz y contenta de tener huéspedes y se disculpó por no poder invitar a los señores oficiales a pasar allí la noche. En su delicada y majestuosa sonrisa, que desaparecía inmediatamente de su rostro cada vez que le daba la espalda a un invitado, se veía que a lo largo de su vida había visto a muchos oficiales, que en ese momento no estaba para esas cosas, y que si los había invitado a su casa y ahora se disculpaba era simplemente porque así lo exigían su educación y su posición en la sociedad.

En el gran comedor al que fueron conducidos los oficiales, tomaban el té, junto a un extremo de la mesa, una docena de señoras y caballeros, tanto maduros como jóvenes. Un grupo de hombres, oscurecido por el ligero humo de los cigarros, estaba de pie detrás de las sillas de los comensales; en medio de ellos había un joven enjuto con patillas pelirrojas que, tartajeando, expresaba en voz alta algún comentario en

inglés. Detrás de ese grupo, a través de la puerta, se veía una luminosa habitación con mobiliario de color azul.

– Señores, son ustedes tantos que no es posible presentarlos –exclamó en voz alta el general, tratando de mostrarse muy alegre–. Preséntense ustedes mismos sin ceremonias.

Los oficiales –unos con caras muy serias e incluso severas, otros sonriendo de manera forzada, y sintiendo todos una gran incomodidad– saludaron de una u otra forma y se sentaron a tomar el té.

El que más incómodo se sentía era el capitán Riabóvich, un oficial pequeño, cargado de espaldas, con gafas y patillas de lince. Mientras algunos de sus compañeros se mostraban serios y otros sonreían con aire forzado, su rostro, sus patillas de lince y sus gafas parecían decir: "¡Soy el oficial más tímido, más apocado y más insulso de toda la brigada!" En los primeros momentos, mientras entraba en el salón y se sentaba a tomar el té, no pudo prestar atención a ningún rostro u objeto concreto. Las caras, los vestidos, las garrafitas con coñac talladas, el vaho que se elevaba de los vasos y las cornisas moldeadas se fundieron en una impresión vasta y general, que llevó la inquietud a su espíritu y el deseo de ocultar la cabeza en alguna parte. Como un recitador que se presenta por primera vez ante el público, veía todo lo que tenía delante de los ojos, pero no comprendía apenas nada (ese estado, cuando el sujeto ve pero no comprende, ha recibido de los fisiólogos el nombre de "ceguera psíquica"). Unos instantes más tarde, una vez familiarizado con el ambiente, Riabóvich recuperó la capacidad de ver e inició sus observaciones. Al ser una persona tímida y poco sociable, le llamó la atención principalmente todo aquello de lo que él carecía, en particular el singular valor de sus nuevos conocidos. von Rabbek, su esposa, dos damas maduras, una señorita con un vestido de color lila y el jo-

ven con las patillas pelirrojas, que resultó ser el hijo menor de von Rabbek, con mucha astucia, como si lo hubieran ensayado antes, se mezclaron entre los oficiales y enseguida provocaron una animada discusión, en la que los invitados no podían dejar de intervenir. La señorita del vestido lila trató de demostrar con gran vehemencia que la vida de los artilleros era mucho más llevadera que la de los soldados de caballería e infantería, mientras von Rabbek y las damas maduras sostenían lo contrario. Se inició así un vivaz intercambio de pareceres. Riabóvich contemplaba a la señorita del vestido lila, que con tanta pasión hablaba de un tema que le era ajeno y tan poco podía interesarle, y advertía cómo en su rostro surgían y desaparecían insinceras sonrisas.

Von Rabbek y su familia, tras implicar con gran habilidad a los oficiales en la conversación, vigilaban sus vasos y sus bocas, cerciorándose de que todos bebían y disponían de azúcar y preguntando en su caso por qué ése no comía bizcocho o aquél no bebía coñac. Cuanto más miraba y escuchaba Riabóvich, tanto más le gustaba esa insincera pero muy bien disciplinada familia.

Después del té los oficiales pasaron a la sala. El olfato no había engañado al teniente Lobitko: en la sala había muchas señoritas y jóvenes mujeres casadas. El *setter*-teniente ya se había aproximado a una rubia muy joven ataviada con un vestido negro y, encorvándose con cierta fanfarronería, como si se apoyara en un invisible sable, sonreía y movía los hombros con coquetería. Probablemente profería algún comentario carente del menor interés, ya que la rubia contemplaba con condescendencia su rostro saciado y le preguntaba con indiferencia: "¿Es posible?" En ese desapasionado "es posible", el *setter*, si hubiera sido inteligente, habría podido deducir que difícilmente le gritarían "¡adelante!".

Se oyó el sonido de un piano; los tristes acordes de un vals se difundieron por el salón y salieron volando por las ventanas abiertas de par en par; en ese momento todos parecieron recordar que estaban ya en primavera, que más allá de las ventanas reinaba una noche de mayo. Todos sintieron que en el aire flotaba el olor de las tiernas hojas de los álamos, de las rosas y de las lilas. Riabóvich que, bajo la influencia de la música, empezaba a sentir los efectos del coñac que había bebido, dirigió una mirada de reojo a la ventana, sonrió y se puso a seguir los movimientos de las mujeres; tenía la impresión de que el olor de las rosas, de los álamos y de las lilas no procedía del jardín, sino de los rostros y los vestidos femeninos.

El hijo de von Rabbek invitó a bailar a una joven enjuta y dio dos vueltas de vals con ella. Lobitko se deslizó por el parqué hasta la señorita del vestido lila, la tomó entre sus brazos y se puso a trazar vertiginosos giros con ella por la sala. Había comenzado el baile... Riabóvich estaba cerca de la puerta, en el grupo de los que no bailaban, y seguía observando. No había bailado ni una sola vez en toda su vida; ni una sola vez había estrechado el talle de una mujer decente. Le agradaba ver cómo un hombre, ante los ojos de todos, cogía a una mujer desconocida por el talle y le ofrecía su hombro para que pusiera en él su mano, pero nunca pudo imaginarse en esa situación. Hubo un tiempo en que sentía envidia del valor y el desparpajo de sus compañeros y sufría; la conciencia de que era tímido, cargado de espaldas e insulso, de que tenía un talle largo y patillas de lince, le mortificaban; pero con los años ese sentimiento se había convertido en costumbre, de modo que en esos momentos, al contemplar a las parejas que bailaban o a las personas que hablaban con voz recia, ya no las envidiaba, sólo se sentía triste y conmovido.

Cuando comenzó la cuadrilla, el joven von Rabbek se acercó al grupo de los que no bailaban y propuso a dos oficiales una partida de billar. Los oficiales aceptaron y salieron con él de la sala. Riabóvich, que no tenía nada que hacer y deseaba tomar parte de algún modo en el movimiento general, decidió seguirles. Tras abandonar la sala, atravesaron el comedor y a continuación un estrecho pasillo acristalado, desde donde pasaron a una habitación en la que tres soñolientos lacayos, nada más verlos, saltaron del sofá en que estaban sentados. Finalmente, atravesando toda una hilera de habitaciones, el joven von Rabbek y los oficiales entraron en una pequeña estancia en la que había un billar. Comenzó la partida.

Riabóvich, que sólo participaba en los juegos de naipes, se quedó de pie junto al billar, mirando con indiferencia a los jugadores, mientras éstos, con las guerreras desabotonadas y los tacos en la mano, iban de un lado para otro, bromeaban y gritaban palabras incomprensibles. Los jugadores no reparaban en su presencia y sólo de vez en cuando alguno de ellos, apartándole con el codo o tocándole accidentalmente con el taco, se volvía hacia él y decía: "*¡Pardon!*". Antes de que la primera partida concluyera, se mostraba ya aburrido y le parecía que molestaba y estaba de más… Sintió deseos de regresar al salón y salió de la estancia.

Durante el camino de regreso se convirtió en protagonista de una pequeña aventura. A la mitad del recorrido se dio cuenta de que iba por un camino equivocado. Recordaba perfectamente que debía encontrarse con los tres soñolientos lacayos, pero había atravesado ya cinco o seis estancias y, como si se los hubiera tragado la tierra, sus figuras no aparecían. Tras advertir su error, retrocedió unos pasos, giró a la derecha y se encontró en un gabinete semioscuro que no había visto cuando se dirigía a la sala de billar; tras permanecer allí inmóvil

medio minuto, abrió con escasa decisión la primera puerta que se ofreció a su vista y entró en una habitación sumida en una completa oscuridad. Delante de él se veía la hendidura de una puerta por la que se filtraba una brillante luz; detrás de la puerta se oían los sordos compases de una triste mazurca. También allí, lo mismo que en el salón, las ventanas estaban abiertas de par en par y olía a álamos, a lilas y a rosas…

Riabóvich se detuvo pensativo… En ese momento, de la forma más inesperada, se oyó el rumor de unos pasos apresurados y el susurro de un vestido; poco después una jadeante voz de mujer murmuraba: "¡por fin!", al tiempo que dos brazos suaves y perfumados, indudablemente femeninos, se enlazaban a su cuello; una cálida mejilla se apretó contra la suya y en ese mismo instante resonó el sonido de un beso. Nada más besarle, la mujer profirió un grito y, según le pareció a Riabóvich, se apartó con repugnancia de su lado. También él estuvo a punto de gritar y se lanzó contra la brillante hendidura de la puerta.

Cuando volvió a la sala, el corazón le latía con fuerza y las manos le temblaban de forma tan apreciable, que se apresuró a ocultarlas en la espalda. En un primer momento se sintió dominado por la vergüenza y el miedo; pensando que toda la sala sabía que una mujer acababa de abrazarlo y de besarlo, se encogía y miraba con inquietud a su alrededor, pero tras convencerse de que los presentes bailaban y conversaban igual que antes, se entregó a un sentimiento nuevo, no experimentado hasta entonces en toda su vida. Algo extraño le sucedía… Su cuello, que acababa de ser rodeado por esos suaves y perfumados brazos, le parecía cubierto de una esencia; en la mejilla, junto al bigote izquierdo, donde le había besado esa mujer desconocida, sentía un frescor ligero y agradable, semejante al que producen las gotas de menta, y cuanto

más se frotaba ese lugar, más fuerte se volvía el frescor; un sentimiento nuevo, extraño, que no paraba de crecer, le colmaba y le cubría de la cabeza a los pies... Sentía deseos de bailar, de hablar, de salir corriendo al jardín, de reírse con todas sus fuerzas... Se había olvidado por completo de que era un hombre cargado de espaldas e insulso, de que tenía patillas de lince y un "aspecto indeterminado" (así había sido definido una vez su continente en una conversación de mujeres que había escuchado de forma casual). Cuando pasó a su lado la mujer de Rabbek, le dirigió una sonrisa tan pronunciada y cortés, que ésta se detuvo y se quedó mirándole con aire interrogativo.

– ¡Me gusta muchísimo su casa!... –exclamó, acomodándose las gafas sobre la nariz.

La mujer del general sonrió y le contó que esa casa había pertenecido a su padre; luego ella le preguntó si vivían aún sus padres, si hacía tiempo que era militar, por qué estaba tan delgado y otras cosas por el estilo... Tras recibir cumplida respuesta a todas sus preguntas, siguió su camino, mientras él, tras aquella conversación, empezó a sonreír de manera aún más cortés, pensando que estaba rodeado de unas personas excelentes.

Durante la cena Riabóvich comió maquinalmente todo lo que le ofrecieron, bebió y, sin escuchar nada, trató de explicarse su reciente aventura... Ese episodio tenía un carácter misterioso y novelesco, pero su explicación no resultaba difícil. Seguramente, alguna señorita o alguna mujer casada había concertado una cita con algún caballero en la habitación oscura, había pasado largo rato esperando y, presa del nerviosismo y la agitación, había tomado a Riabóvich por su héroe; eso era más que probable, ya que Riabóvich, al pasar por la habitación oscura se había detenido a pensar, adoptando de

ese modo el aspecto de una persona que también espera algo... Así se explicaba Riabóvich el beso recibido.

"¿Pero quién será ella? –pensaba, contemplando los rostros de las mujeres–. Debe ser joven, ya que las viejas no conciertan entrevistas. Además, seguro que es una mujer cultivada; así lo indican el susurro de su vestido, su olor, su voz...".

Detuvo la mirada en la señorita del vestido lila, que le pareció muy hermosa; tenía bellos hombros y brazos, un rostro inteligente y una voz agradable. Al mirarla, Riabóvich sintió deseos de que la mujer desconocida fuese precisamente ésa y no otra... Pero en ese momento la joven sonrió de modo un tanto artificial y frunció su larga nariz, con lo que su rostro adquirió un aspecto avejentado. Entonces sus ojos se volvieron sobre la rubia del vestido negro. Era más joven, más sencilla y más sincera, tenía unas sienes deliciosas y bebía con gran delicadeza de su copa. Riabóvich sintió deseos de que la desconocida fuera ella. Pero pronto advirtió que su rostro era inexpresivo y dirigió la mirada sobre su vecina...

"Es difícil adivinarlo –reflexionaba, meditabundo–. Si a la del vestido lila le tomara sólo los hombros y los brazos, le añadiera las sienes de la rubia y los ojos de esa que está a la izquierda de Lobitko, entonces...".

Entrelazó con la imaginación todas esas partes y obtuvo la imagen de la muchacha que le había besado, la imagen anhelada, pero no pudo hallarla entre las mujeres que estaban sentadas a la mesa.

Después de la cena los invitados, satisfechos y algo ebrios, comenzaron a despedirse y a dar las gracias. Los anfitriones volvieron a disculparse por no poder ofrecerles alojamiento.

– ¡Estoy muy contento, señores! –decía el general, en esta ocasión con sinceridad (probablemente porque al despedir a los invitados la gente suele ser mucho más sincera y amable

que al recibirlos)–. ¡Muy contento! ¡No dejen de visitarnos en su camino de regreso! ¡Sin ceremonias! Pero ¿adónde van? ¿Quieren ir por arriba? No, vayan por el jardín, por el camino de abajo: la distancia es menor.

Los oficiales salieron al jardín. Después de la luz brillante y del ruido, el jardín les pareció muy oscuro y tranquilo. Caminaron en silencio hasta llegar al portón. Estaban medio borrachos, se sentían alegres y satisfechos, pero la oscuridad y el silencio los volvieron por un momento pensativos. Todos ellos, incluido Riabóvich, albergaban probablemente un mismo pensamiento: ¿llegaría un tiempo en que también ellos, como ese von Rabbek, tendrían una gran casa, una familia, un jardín, en que también ellos podrían agasajar a sus huéspedes, aunque fuera de manera insincera, colmarlos de comida, de bebida, de atenciones?

Una vez atravesado el portón, todos se pusieron a hablar a la vez y sin ninguna razón estallaron en sonoras carcajadas. Caminaban ya por el sendero que descendía hasta el río y luego avanzaba junto al agua, rodeando los arbustos de la ribera, los surcos y los sauces que se inclinaban sobre las aguas. Tanto la orilla como el sendero resultaban apenas visibles, mientras la otra ribera estaba ya inmersa en una completa oscuridad. En algunos puntos de las negras aguas titilaban las estrellas, que temblaban y desaparecían; esos destellos era lo único que permitía adivinar la rapidez con que fluían las aguas. Todo estaba en calma. En la otra orilla piaban las becadas, y en ésta, oculto en un arbusto, sin prestar la menor atención al grupo de los oficiales, cantaba con fuerza un ruiseñor. Los oficiales se detuvieron junto al arbusto y lo tocaron, pero el ruiseñor siguió cantando.

–¿Cómo es posible? –exclamaron algunos con aprobación–. ¡Estamos a su lado y no nos hace ni caso! ¡Qué granuja!

Al final del camino el sendero iba elevándose y cerca de la valla de la iglesia se unía a la carretera. En ese punto los oficiales, fatigados por la ascensión a la colina, se sentaron a fumar un cigarrillo. En la otra orilla surgió una luz roja y pálida; como no tenían nada mejor que hacer, pasaron un buen rato tratando de dilucidar si era una hoguera, una luz en una ventana o alguna otra cosa… Riabóvich también miraba esa luz y pensaba que ésta le sonreía y le hacía guiños, como si estuviera al tanto del beso.

Al llegar a su alojamiento, Riabóvich se desvistió enseguida y se metió en la cama. En la misma isba que él estaban alojados Lobitko y el teniente Merzliakov, un joven callado y tranquilo, considerado en su círculo un oficial instruido; ese hombre llevaba siempre consigo un ejemplar de *El Mensajero de Europa*, que leía en cuanto se presentaba la menor oportunidad. Lobitko se desnudó, estuvo paseando largo rato de un extremo al otro de la estancia, con aire de hombre insatisfecho, y envió al ordenanza a buscar cerveza. Merzliakov estaba tumbado; había colocado una vela junto a la cabecera y se había sumergido en la lectura de *El Mensajero de Europa*.

"¿Quién será ella?" –pensaba Riabóvich, mirando el techo cubierto de hollín.

Le parecía que su cuello aún estaba cubierto de aquella esencia y cerca de la boca sentía ese frescor semejante al de las gotas de menta. Por su imaginación pasaron fugazmente los hombros y los brazos de la señorita de lila, las sienes y los sinceros ojos de la rubia ataviada de negro, talles, vestidos, broches. Trató de concentrar su atención en esas imágenes, pero éstas saltaban, se esfumaban, titilaban. Cuando en el amplio fondo negro que ve todo hombre al cerrar los ojos desaparecieron del todo esas imágenes, empezó a oír pasos apresurados, el rumor de un vestido, el sonido de un beso y una in-

mensa alegría inmotivada se apoderó de él… Entregado de lleno a esa alegría, oyó cómo el ordenanza regresaba e informaba de que no había cerveza. Lobitko se indignó de manera terrible y de nuevo se puso a pasear por la estancia.

– ¿No es idiota? –exclamaba, deteniéndose ya junto a Riabóvich ya junto a Merzliakov–. ¡Hay que ser imbécil y tonto para no encontrar cerveza! ¿Eh? ¿No es un canalla?

– Es normal que no encuentre aquí cerveza –dijo Merzliakov, sin apartar la vista de *El Mensajero de Europa*.

– ¿Sí? ¿Así lo cree? –insistía Lobitko–. ¡Por Dios, enviadme a la luna y enseguida os encontraré mujeres y cerveza! Voy a ir yo en persona y la encontraré… ¡Llámeme cobarde si no la encuentro!

Pasó largo rato vistiéndose y poniéndose las altas botas, luego se fumó en silencio un cigarrillo y salió.

– Rabbek, Grabbek, Labbek –murmuró, deteniéndose en el zaguán–. No me apetece ir solo, diablos. Riabóvich, ¿no le apetece dar un paseo? ¿Eh?

Al no recibir respuesta, regresó, se desvistió lentamente y se metió en la cama. Merzliakov suspiró, dejó a un lado *El Mensajero de Europa* y apagó la vela.

– Sí… –murmuraba Lobitko, que fumaba a oscuras un cigarrillo.

Riabóvich se cubrió la cabeza, se acurrucó y trató de reunir en la imaginación esas fugaces imágenes para conformar con ellas una unidad, pero no obtuvo ningún resultado. Pronto se quedó dormido; su último pensamiento fue que alguien le había acariciado y le había llenado de alegría, que en su vida había acontecido un suceso singular y acaso estúpido, pero al mismo tiempo extraordinariamente hermoso y agradable. Ese pensamiento no le abandonó ni siquiera durante el sueño.

Cuando se despertó, la sensación de esencia en su cuello y el frescor de menta junto al labio habían desaparecido, pero la alegría de la víspera seguía agitándose en su pecho como una ola. Miró con arrobo el marco de la ventana, dorado por la luz del sol naciente, y prestó oídos a los movimientos de la calle. Algunas personas conversaban en voz alta junto a la ventana. El comandante de la batería de Riabóvich, Lebedetski, que acababa de alcanzar a la brigada, hablaba con el sargento en voz muy alta, debido a su costumbre de gritar.

– ¿Y qué más? –vociferó el comandante.

– Ayer, mientras herraban a Golubchik, excelencia, le hirieron en una pezuña. El veterinario le puso barro con vinagre. Ahora le llevan de la brida, separado de los otros. Además, excelencia, ayer el artesano Artemiov se emborrachó y el teniente ordenó colocarlo sobre el avantrén de la cureña de reserva.

El sargento informó también de que Kárpov había olvidado las nuevas cintas para las trompetas y las estacas para las tiendas de campaña y de que la víspera los señores oficiales habían sido invitados a pasar la velada en casa del general von Rabbek. En medio de la conversación apareció en la ventana la cabeza de Lebedetski, con su barba rojiza. Fijó sus ojos miopes en las soñolientas fisonomías de los oficiales y saludó.

– ¿Está todo en orden? –preguntó.

– Uno de los caballos se produjo una herida en la cerviz con la nueva collera –respondió Lobitko, bostezando.

El comandante suspiró, se quedó unos instantes pensativo y finalmente exclamó en voz muy alta:

– Creo que iré a ver a Aleksandra Evgrafovna. Debo visitarla. Bueno, adiós. Me reuniré con ustedes por la noche.

Un cuarto de hora más tarde la brigada se puso en camino. Cuando pasaban junto a los graneros de la hacienda, Ria-

bóvich miró hacia la derecha, donde se encontraba la casa. Las persianas de las ventanas estaban bajadas. Era evidente que todos dormían aún. También la mujer que por la noche le había besado. Quiso imaginársela dormida. La ventana de la alcoba abierta de par en par; las verdes ramas que se asomaban a ella; el frescor de la mañana; el olor de los álamos, de las lilas y de las rosas; una cama y una silla, y sobre ésta el susurrante vestido de la noche anterior; los zapatos y el reloj sobre la mesilla: todas esas cosas se las representó con claridad y nitidez, pero los rasgos del rostro, la dulce sonrisa soñolienta, todo aquello que era importante y capital, escapaba a su imaginación como mercurio entre los dedos. Al cabo de medio kilómetro, volvió la mirada: la iglesia amarilla, la casa, el río y el jardín estaban inundados de luz; el río, con sus orillas de un intenso color verde, reflejando el cielo azul y destellando al sol en algunos puntos, estaba muy hermoso. Riabóvich contempló Mestechki por última vez y de él se apoderó una enorme tristeza, como si se estuviera separando de algo muy próximo y querido.

Mientras tanto, en el camino, se sucedían cuadros muchas veces vistos y carentes de interés… A la derecha y a la izquierda campos de centeno joven y alforfón con saltarines grajos; si miraba hacia adelante sólo veía polvo y las nucas de los soldados; si miraba hacia atrás, el mismo polvo y algunos rostros… A la cabeza de todos marchaban cuatro hombres con sables: era la vanguardia. Tras ellos una multitud de cantores y a continuación los trompeteros montados a caballo. La vanguardia y los cantores, como los portadores de antorchas en una procesión fúnebre, se olvidaban a cada momento de mantener la distancia reglamentaria y se alejaban del resto de la tropa… Riabóvich se hallaba junto al primer cañón de la quinta batería. Podía ver los cuatro batallones que iban delante de

él. Para una persona ajena a la milicia la larga y pesada caravana de una brigada en movimiento parece un embrollo complicado y difícilmente comprensible; no entiende por qué hay tantos hombres junto a una pieza de artillería y por qué la llevan tantos caballos con arreos extraños, como si ésta en realidad fuera tan terrible y pesada. Para Riabóvich todo aquello resultaba comprensible y por ello mismo carecía de interés. Sabía desde hacía mucho tiempo por qué, a la cabeza de cada batería, junto al oficial, marchaba un fornido artillero y por qué recibía el nombre de adelantado; detrás de ese oficial iban los jinetes de la primera unidad y luego los de la segunda. Riabóvich sabía que los caballos de la izquierda, en los que iban montados los jinetes, se llamaban caballos de silla, mientras los de la derecha recibían el nombre de auxiliares; todo eso también le parecía del todo irrelevante. Detrás de esas unidades iban dos caballos de tiro, uno de ellos montado por un jinete que llevaba aún el polvo del día anterior en la espalda y un tosco y ridículo madero sobre la pierna derecha; Riabóvich conocía también el significado de ese madero y no le parecía ridículo. Todos los jinetes agitaban maquinalmente los látigos y de vez en cuando gritaban. La misma pieza de artillería era poco atractiva. Sobre el avantrén había sacos de avena cubiertos con una lona, mientras del cañón iban colgadas teteras, mochilas de soldado y bolsas, por lo que éste tenía el aspecto de un pequeño animal inofensivo, rodeado, sin que se supiera bien por qué, de personas y caballos. A ambos lados del mismo, agitando los brazos, marchaban seis artilleros. Detrás del cañón se sucedían nuevos adelantados, jinetes, caballos de tiro, y detrás de ellos otro cañón, igual de feo e inexpresivo que el primero. Tras el segundo venía un tercero, luego un cuarto; junto a esa cuarta pieza iba otro oficial y así sucesivamente. Había seis baterías en la brigada, y cuatro cañones

en cada batería. La caravana se extendía durante medio kilómetro. La cerraba el convoy de la intendencia, junto al cual caminaba pensativa, inclinando la cabeza de largas orejas, una criatura extremadamente simpática: la mula Magar, traída de Turquía por el comandante de una batería.

Riabóvich miraba con indiferencia tan pronto hacia adelante como hacia atrás, contemplando ya las nucas ya los rostros; en otra ocasión se habría quedado adormilado, pero ahora se sumergió en esos nuevos y agradables pensamientos. En un principio, cuando la brigada se puso en camino, trató de convencerse de que la historia del beso sólo era interesante como una pequeña y misteriosa aventura; que en realidad resultaba insignificante y pensar en ella como en algo serio era cuando menos una estupidez; pero poco después se desembarazó de la lógica y se entregó a los sueños… De modo que tan pronto se imaginaba en la sala de la mansión de von Rabbek, junto a una muchacha parecida a la señorita del vestido lila y a la rubia de negro, como cerraba los ojos y se veía con otra muchacha, completamente desconocida, de facciones muy imprecisas, a la que hablaba y acariciaba, inclinándose sobre sus hombros; se imaginaba la guerra y la separación, el posterior reencuentro, la cena con su mujer, los niños…

– ¡Poned el freno! –se oía cada vez que bajaban una colina.

Él también gritaba aquella orden y sentía miedo de que ese grito quebrara sus sueños y lo llevara de vuelta a la realidad…

Al pasar por delante de una hacienda, Riabóvich contempló el jardín a través de la cerca. Ante sus ojos surgió una larga avenida, recta como una regla, cubierta de arena amarilla y rodeada de jóvenes abedules… Con la avidez de las personas soñadoras se imaginó unos pequeños pies de mujer ca-

minando por esa arena amarilla, y de pronto, de forma completamente inesperada, surgió en su imaginación con total claridad la mujer que le había besado y que él había acertado a componer la víspera durante la cena. Esa imagen se le quedó grabada en el cerebro y ya no le abandonó.

A mediodía resonó un grito detrás de él, junto al convoy de la intendencia:

– ¡Firmes! ¡La vista a la izquierda! ¡Señores oficiales!

En un coche, tirado por una pareja de caballos blancos, se acercaba el general de la brigada. Se detuvo cerca de la segunda batería y gritó algo que nadie entendió. Algunos oficiales, entre ellos Riabóvich, cabalgaron hasta llegar a su altura.

– Bueno, ¿cómo va todo? –preguntó el general, parpadeando con sus ojos enrojecidos–. ¿Hay enfermos?

Tras recibir las respuestas oportunas, el general, pequeño y enjuto, chasqueó los labios, se quedó unos momentos pensativo y finalmente exclamó, dirigiéndose a uno de sus oficiales:

– Uno de los conductores del tercer cañón se ha quitado la rodillera y la ha colgado del avantrén, el muy canalla. Castíguelo.

Levantó los ojos hasta Riabóvich y añadió:

– Me parece que sus correas laterales son demasiado largas...

Tras hacer algunas aburridas observaciones más, el general miró a Lobitko y sonrió:

– Tiene usted hoy un aspecto muy triste, teniente Lobitko –exclamó–. ¿Echa de menos Lopujova? ¿Eh? ¡Señores, echa de menos a Lopujova!

Lopujova era una mujer muy gruesa y alta, que había superado con creces los cuarenta. El general, que sentía debili-

dad por las mujeres corpulentas de cualquier edad, pensaba que sus oficiales compartían esa pasión. Éstos sonrieron respetuosamente. El general, satisfecho de haber dicho algo divertido y mordaz, se rió a carcajadas, tocó la espalda del cochero y saludó. El coche siguió su camino…

"Todas las cosas con las que sueño y que me parecen imposibles e irreales, en realidad son absolutamente comunes –pensaba Riabóvich, mirando la nube de polvo que el coche del general dejaba a su paso–. Son cosas ordinarias y les suceden a todos… Ese general, por ejemplo, antaño estuvo enamorado; ahora está casado y tiene hijos. El capitán Vajter también está casado y es amado por su mujer, a pesar de su nuca roja y fea y de su figura sin talle… Salmánov es grosero y tiene mucho de tártaro, pero también él vivió una aventura que terminó en matrimonio… Yo soy igual que todos, y más tarde o más temprano viviré una experiencia como las de los demás…".

El pensamiento de que era un hombre corriente y de que su vida era normal le alegró y le dio ánimos. Se puso a dibujar a la desconocida y se representó su propia felicidad a su antojo, sin refrenar lo más mínimo su imaginación…

Por la noche, una vez que la brigada llegó a su destino y los oficiales se recluyeron en sus tiendas, Riabóvich, Merzliakov y Lobitko se sentaron en torno a un baúl y se dispusieron a cenar. Merzliakov comía sin prisas y masticaba lentamente, mientras leía *El Mensajero de Europa*, que tenía en las rodillas. Lobitko hablaba sin parar y vertía cerveza en un vaso, mientras Riabóvich, con la cabeza trastornada por las ensoñaciones de todo el día, callaba y bebía. Después de apurar tres vasos, se sintió algo ebrio, se relajó y experimentó unos deseos irreprimibles de compartir con sus compañeros esas nuevas sensaciones.

– Ayer, en casa de ese von Rabbek, me sucedió algo muy extraño... –comenzó, tratando de comunicar a su voz un tono indiferente y burlón–. Como saben, me dirigí a la sala de billar...

Empezó a relatar con gran minuciosidad la historia del beso y al cabo de un minuto se quedó en silencio... Ese minuto había sido suficiente para contarlo todo. Riabóvich se sorprendió mucho de que la narración hubiera requerido tan poco tiempo, pues tenía la impresión de que el asunto del beso daba para hablar durante toda la noche. Tras escuchar sus palabras, Lobitko, que era muy aficionado a mentir, y por tanto no creía a nadie, le miró con incredulidad y se echó a reír. Merzliakov movió las cejas y con mucha calma, sin apartar los ojos de *El Mensajero de Europa*, exclamó:

– ¡Qué raro!... Arrojarse al cuello sin avisar... Debe tratarse de una neurótica.

– Sí, probablemente... –convino Riabóvich.

– Algo semejante me sucedió a mí una vez... –exclamó Lobitko, y miró a sus compañeros con ojos asustados–. El año pasado me dirigía a Kovno... Saco un billete de segunda clase... El vagón estaba lleno hasta los topes y no era posible dormir. Le doy al revisor cincuenta kopeks de propina... Éste coge mi equipaje y me conduce a otro compartimento... Me tumbo y me cubro con la manta... Reina una oscuridad absoluta. De pronto oigo cómo alguien me toca el hombro y respira en mi cara. Hago un movimiento con la mano y tropiezo con un codo... Abro los ojos y, qué les parece, ¡era una mujer! Los ojos negros, los labios rojos como un buen salmón, las aletas de la nariz hinchadas, los pechos como topes...

– Perdone –le interrumpió con calma Merzliĭakov–, lo de los pechos lo entiendo, pero ¿cómo pudo ver los labios si todo estaba tan oscuro?

Lobitko empezó a removerse en el asiento, riéndose de la desconfianza de Merzliakov. Riabóvich se sintió ofendido. Se apartó del baúl, se acostó y prometió no sincerarse nunca con nadie.

La vida del campamento dio comienzo... Los días pasaban, muy semejantes los unos a los otros. Durante todo ese tiempo Riabóvich sintió, pensó y se comportó como un enamorado. Cada mañana, cuando el ordenanza le traía todo lo necesario para lavarse, él se echaba el agua fría por la cabeza y recordaba que había en su vida un acontecimiento cálido y hermoso.

Por las noches, cuando los compañeros hablaban del amor y de las mujeres, él aguzaba el oído y se aproximaba aún más, luciendo esa expresión que adoptan los soldados cuando escuchan el relato de un combate en el que han tomado parte. Y en aquellas ocasiones en que los oficiales, algo borrachos, encabezados por el *setter* Lobitko, hacían incursiones donjuanescas por los arrabales, Riabóvich, que tomaba parte en ellas, se sentía triste, experimentaba un hondo sentimiento de culpa y le pedía mentalmente perdón a la desconocida...En los momentos de ocio o en las noches de insomnio, cuando se engolfaba en recuerdos de su infancia, su madre, su padre y en general de todo lo que le resultaba familiar o querido, invariablemente rememoraba también Mestechki, el extraño caballo, la figura de von Rabbek y la de su mujer, tan parecida a la emperatriz Eugenia, la habitación oscura, la rendija iluminada por debajo de la puerta...

El 31 de agosto regresaba del campamento, pero ya no con toda la brigada, sino sólo con dos baterías. Se pasó todo el camino soñando, emocionado, como si se dirigiera a su lugar de nacimiento. Sentía un enorme deseo de contemplar de nuevo aquel extraño caballo, la iglesia, la insincera familia de von

Rabbek, la habitación oscura; esa "voz interior" que con tanta frecuencia engaña a los enamorados le susurraba que seguramente la vería... Y algunas preguntas le atormentaban: ¿cómo se comportaría con ella? ¿De qué le hablaría? ¿Se habría olvidado del beso? En último término, pensaba que aunque no se encontrara con ella, el solo hecho de pasearse por la habitación oscura y recordar le procuraría un enorme placer...

Al atardecer surgieron en el horizonte la conocida iglesia y los blancos graneros. A Riabóvich empezó a latirle con más fuerza el corazón... Sin escuchar las palabras que le dirigía el oficial que iba a su lado, olvidado de todo, contemplaba con avidez el río, que destellaba a lo lejos, el tejado de la casa y el palomar, sobre el que volaban en círculo algunas palomas, iluminadas por el sol poniente.

De camino a la iglesia y más tarde, mientras escuchaba a los aposentadores, no dejaba de pensar que en cualquier momento surgiría desde detrás de la cerca de la iglesia un jinete que invitaría a los oficiales a tomar el té... Pero las instrucciones de los aposentadores habían concluido, los oficiales habían desmontado y se habían dirigido lentamente a la aldea, y el jinete seguía sin aparecer...

"Pronto sabrá von Rabbek por los mujiks que hemos llegado y enviará a alguien a buscarnos" –pensaba Riabóvich al tiempo que entraba en una isba, y no entendía por qué su compañero encendía una vela ni por qué los ordenanzas se apresuraban a preparar el samovar.

Una intensa inquietud se apoderó de él. Se tumbó en la cama, luego se levantó y miró por la ventana para ver si venía el jinete. Pero éste no aparecía por ninguna parte. Volvió a tumbarse, al cabo de media hora se levantó e incapaz de soportar esa intranquilidad salió a la calle y se dirigió a la igle-

sia. La plaza próxima a la cerca estaba oscura y desierta... Junto a la misma ladera había tres soldados que guardaban silencio. Al ver a Riabóvich se cuadraron y saludaron. Él les devolvió el saludo y empezó a bajar por el conocido sendero.

En la otra orilla todo el cielo estaba cubierto de un tinte purpúreo. Empezaba a salir la luna; dos mujeres, hablando en voz alta, caminaban por una huerta y arrancaban hojas de repollo; detrás de las huertas se adivinaban las negras siluetas de algunas isbas... En la orilla por la que él caminaba, todo tenía el mismo aspecto que en el mes de mayo: el sendero, los arbustos, los sauces inclinados sobre las aguas... pero ya no se oía el canto de aquel valeroso ruiseñor ni olía a álamo y a hierba fresca.

Al llegar al jardín, Riabóvich se quedó mirando el portón. En el interior todo era oscuridad y silencio... Sólo se veían los blancos troncos de los abedules más próximos y un fragmento de la avenida; todo lo demás se había fundido en una masa negra. Riabóvich aguzó el oído y la vista, pero al cabo de un cuarto de hora, al no escuchar ningún sonido ni vislumbrar ninguna luz, se dio la vuelta...

Se acercó al río. La caseta de baño del general y algunas toallas colgadas del pretil del puentecillo destacaban con su blancura... Se inclinó sobre el puente y pasó la mano por una toalla áspera y fría. Miró las aguas... El río fluía deprisa, dejando un leve rumor junto a los pilotes de la caseta de baño. Una luna roja se reflejaba en la orilla izquierda; algunas pequeñas olas atravesaban su reflejo, lo estiraban y lo quebraban en pedazos, como si quisieran llevárselo...

"¡Qué tonto soy! ¡Qué tonto! –pensaba Riabóvich, mirando las aguas fugitivas–. ¡Qué absurdo es todo esto!".

En ese momento en que ya no esperaba nada, la historia del beso, su intranquilidad, sus inciertas esperanzas y su de-

silusión se le aparecieron a una luz más clara. Ya no le resultaba extraño que no hubiera llegado el mensajero del general, ni juzgaba impensable la posibilidad de no volver a ver nunca a aquella mujer que, casualmente, tomándole por otro, le había besado; al contrario, lo extraño sería que volviera a verla....

El agua seguía fluyendo, sin saber adónde ni para qué. Fluía igual que en el mes de mayo; en aquel entonces, se había vertido a un gran río, de allí había pasado al mar, luego había ascendido al cielo en forma de vapor, más tarde había regresado en forma de lluvia... de modo que tal vez fuera esa misma agua la que fluía ahora ante los ojos de Riabóvich... ¿Por qué? ¿Para qué?

Y el mundo entero, la vida entera le parecieron a Riabóvich una broma incomprensible y absurda... Al apartar los ojos de las aguas y dirigirlos al cielo recordó de nuevo cómo el destino, en la persona de una mujer desconocida, le había acariciado casualmente; recordó los sueños y las imágenes del verano, y su vida se le antojó extraordinariamente pobre, triste y anodina...

Cuando regresó a la isba, no encontró en ella a ningún compañero. El ordenanza le informó de que todos se habían ido a "casa del general Font Riabkin", que había enviado a un emisario a caballo para invitarlos... Por un instante en el pecho de Riabóvich surgió un destello de alegría, pero éste se apresuró a apagarlo y, contrariando a su destino, como queriendo fastidiarlo, se negó a acudir a casa del general y se metió en la cama.

1887

LA NOVIA

I

Eran ya las diez de la noche y sobre el jardín brillaba la luna llena. En casa de los Shumin acababa de terminar el servicio religioso que había encargado la abuela Marfa Mijáilovna. Nadia, que había salido un momento al jardín, podía ver cómo en la sala cubrían la mesa con un mantel para servir los aperitivos y cómo la abuela, ataviada con un vaporoso vestido de seda, trajinaba por la casa; el padre Andréi, arcipreste de la catedral, conversaba con la madre de Nadia, Nina Ivánovna, que en ese momento, vista a través de la ventana, con la iluminación nocturna, parecía extremadamente joven; junto a ellos estaba Andréi Andreich, hijo del padre Andréi, que escuchaba atentamente.

El silencioso y fresco jardín estaba cubierto de oscuras y quietas sombras. En algún lugar lejano, muy lejano, probablemente más allá de la ciudad, se oía el croar de las ranas. ¡El mes de mayo, el maravilloso mes de mayo se percibía en el aire! Se respiraba a pleno pulmón y daban ganas de pensar que lejos de allí, en otro lugar, bajo el cielo, por encima de los árboles, lejos de la ciudad, en los campos y bosques, se desarrollaba la vida primaveral, misteriosa, bella, opulenta y sagrada, inasequible a la comprensión del hombre, débil y pecaminoso. También se sentían deseos de llorar.

Nadia tenía ya veintitrés años; desde los dieciséis soñaba apasionadamente con el matrimonio, y ahora, por fin, estaba

comprometida con Andréi Andreich, el mismo que se encontraba al otro lado de la ventana. A pesar de que aquel hombre le gustaba y de que la boda había sido fijada para el siete de julio, no se sentía feliz, dormía mal por las noches y había perdido la alegría... Desde el sótano, donde se encontraba la cocina, le llegaba a través de una ventana abierta el trajín de los criados, el entrechocar de los cuchillos, el ruido de una puerta que se abría y se cerraba; olía a pavo asado y a cerezas en almíbar. Por alguna razón Nadia tenía la impresión de que así sería toda su vida, sin cambios y sin fin.

Alguien salió de la casa y se detuvo en el porche; era Aleksandr Timofeich, o simplemente Sasha, un invitado que había llegado de Moscú diez días antes. En el pasado solía visitar a la abuela para pedirle limosna una parienta lejana, María Petrovna, una viuda de origen noble venida a menos, pequeña, delgada, enferma. Sasha era hijo suyo. Se decía de él que tenía talento de artista; cuando murió su madre, la abuela, pensando en la salvación de su alma, le había pagado los estudios en el instituto Komissarovski de Moscú; al cabo de unos dos años, el joven se había trasladado a la Escuela de Bellas Artes, en la que había pasado casi quince; a duras penas había terminado la especialidad de arquitectura, pero no se dedicaba a esa actividad, sino que trabajaba en un taller de litografía de Moscú. Casi todos los veranos visitaba a la abuela para descansar y recuperarse, ya que por lo general su salud era bastante mala.

Llevaba una chaqueta abrochada, unos gastados pantalones de lona, deshilachados en la parte inferior, y una camisa sin planchar. Toda su figura tenía un aspecto enfermizo. A pesar de su delgadez, de sus grandes ojos, de sus largos y huesudos dedos, de su barba y de su tez oscura, era un hombre atractivo. Estaba acostumbrado a los Shimin, a los que consideraba

como familiares suyos, y en su compañía se sentía como en casa. La habitación en la que se alojaba se llamaba desde hacía años "cuarto de Sasha".

Desde el porche vio a Nadia y se acercó a ella.

– Qué bien se está aquí –exclamó.

– Pues claro que se está bien. Debería usted quedarse hasta el otoño.

– Sí, tal vez lo haga. Es posible que me quede hasta septiembre.

Se rió sin motivo y se sentó al lado de la joven.

– Estoy aquí sentada mirando a mamá –exclamó Nadia–. ¡Desde aquí parece tan joven! Mi madre tiene sus defectos, claro está –añadió, después de unos instantes de silencio–, pero es una mujer extraordinaria.

– Sí, es buena… –convino Sasha–. Su madre es, a su modo, una mujer muy bondadosa y amable, pero… ¿cómo le diría? Hoy por la mañana fui a la cocina y me encontré a cuatro criadas durmiendo directamente en el suelo; no hay lechos, ni ropa de cama, sólo harapos, hedor, chinches, cucarachas… Lo mismo que hace veinte años, sin cambio alguno. A la abuela, Dios la ampare, no podemos pedirle nada, pero su madre, que habla francés y toma parte en representaciones teatrales, debería comprenderlo.

Cuando Sasha hablaba, extendía ante su interlocutor dos dedos largos y enjutos.

– Debido a la falta de costumbre todo aquí me resulta extraño –continuó–. Nadie hace nada, diablos. Su madre se pasa el día entero paseando como si fuera una duquesa; la abuela y usted tampoco hacen nada; y su novio, Andréi Andreich, lo mismo.

Nadia había escuchado ya esas palabras el año pasado y también el anterior, y sabía que Sasha no podía juzgar de otro

modo; antes esos comentarios la divertían, pero ahora se sintió enfadada.

– Todo eso es viejo y me aburre –exclamó y se levantó–. Debería usted inventar algo nuevo.

Él se rió y se incorporó, y ambos se dirigieron a la casa. Nadia, alta, hermosa, esbelta, parecía a su lado muy sana y elegante; ella, consciente de ese hecho, sintió pena de él y experimentó una sensación de incomodidad.

– Dice usted muchas cosas innecesarias –exclamó–. Acaba usted de referirse a mi Andréi, pero usted no lo conoce.

– Mi Andréi... ¡Que Dios ampare a su Andréi! Lo que me da pena es la juventud de usted.

Cuando entraron en el salón, los otros ya se disponían a cenar. La abuela o, como la llamaban en la casa, Granny, una vieja muy gruesa y fea, con espesas cejas y fino bigote, profería algún comentario en voz alta; tanto en el tono de voz como en la manera de hablar se advertía que era la persona que mandaba en la casa. A ella pertenecían varios puestos de venta en el mercado y la vieja casa con columnas y jardín, pero todas las mañanas rezaba a Dios con lágrimas en los ojos para que la salvara de la ruina. Su nuera, Nina Ivánovna, la madre de Nadia, una mujer rubia, con el corsé muy ceñido, llevaba un *pince-nez* y brillantes en cada dedo; el padre Andréi, viejo enjuto y sin dientes, lucía una expresión como si se dispusiera a relatar algo muy divertido; su hijo Andréi Andreich, el novio de Nadia, joven grueso y hermoso, tenía los cabellos rizados y parecía un artista o un actor. Los tres hablaban de hipnotismo.

– En mi casa te pondrás bien en una semana –exclamó la abuela, dirigiéndose a Sasha–, pero debes comer más. ¡No sé lo que pareces! –suspiró–. ¡Tienes un aspecto horrible! Verdaderamente eres el hijo pródigo.

– Después de derrochar los bienes paternos –profirió el padre Andréi lentamente, con ojos burlones–, el condenado se alimentaba con las bestias irracionales…

– Quiero a mi padre –exclamó Andréi Andreich, tocándole en el hombro–. Es un viejo amable. Un viejo bueno.

Todos callaron. Sasha se rió de pronto y se cubrió la boca con una servilleta.

– Así pues, ¿cree usted en el hipnotismo? –preguntó el padre Andréi a Nina Ivánovna.

– Naturalmente, no puedo decir que crea –respondió Nina Ivánovna, adoptando una expresión muy seria, incluso severa–, pero debo reconocer que en la naturaleza se producen muchos fenómenos misteriosos e incomprensibles.

– Estoy completamente de acuerdo con usted, aunque debo añadir que la fe reduce de forma significativa los dominios del misterio.

Sirvieron un pavo grande y muy gordo. El padre Andréi y Nina Ivánovna continuaron con su conversación. Los brillantes de ella relucían en sus dedos; después algunas lágrimas brillaron en sus ojos; se sentía embargada por la emoción.

– No quiero discutir con usted –exclamó–. Pero convenga usted conmigo en que hay en la vida muchos enigmas irresolubles.

– Ni uno solo, se lo aseguro.

Después de la cena Andréi Andreich tocó el violín, mientras Nina Ivánovna le acompañaba al piano. Hacía diez años que había concluido sus estudios en la Facultad de Filología, pero no trabajaba en ninguna parte, no desempeñaba ninguna actividad definida; sólo de vez en cuando participaba en conciertos con fines benéficos. En la ciudad lo consideraban un artista.

Todos escucharon en silencio la interpretación de Andréi Andreich. El agua borboteaba tranquilamente en el samovar,

colocado sobre la mesa, pero el único que bebía té era Sasha. Más tarde, cuando dieron las doce, se rompió de pronto una cuerda del violín; todos se echaron a reír, se levantaron e iniciaron las despedidas.

Tras acompañar a su novio, Nadia se fue al piso alto, donde vivía con su madre (el piso bajo lo ocupaba la abuela). Abajo, en el salón, empezaron a apagar las luces, pero Sasha seguía bebiendo té. Como es costumbre en Moscú, se tomaba hasta siete vasos. Nadia se desvistió y se metió en la cama; durante un buen rato estuvo oyendo cómo abajo las criadas recogían la mesa y cómo la abuela se enfadaba con ellas. Finalmente todo se aquietó; sólo de vez en cuando, desde la habitación de Sasha, en la planta baja, llegaba el rumor de su ronca tos.

II

Cuando Nadia se despertó debían ser las dos; empezaba a amanecer. En algún lugar lejano el sereno daba golpes con su chuzo. Nadia no tenía ganas de dormir, y seguir tumbada le resultaba incómodo, pues su colchón era demasiado blando. Igual que todas las noches de mayo, se sentó en la cama y se puso a meditar. Sus pensamientos eran los mismos que los de la noche anterior: recuerdos monótonos, innecesarios e inoportunos del modo en que Andréi Andreich la había cortejado y había pedido su mano, de su aceptación y el aprecio que poco a poco había llegado a sentir por ese hombre inteligente y bueno. Pero por alguna razón, en aquel momento, cuando sólo quedaba un mes para la boda, empezaba a experimentar terror e inquietud, como si la esperara algo pesado e indefinido.

"Tic-toc, tic-toc... –golpeaba perezosamente el sereno con el chuzo–. Tic-toc".

A través de la grande y vieja ventana se veía el jardín, los lejanos arbustos de lilas, cuajados de flores, soñolientos y lánguidos a causa del frío; la niebla, blanca, espesa, flotando sobre las lilas, como queriendo cubrirlas. En los lejanos árboles graznaban los soñolientos grajos.

– ¡Dios mío, por qué siento esta tristeza!

Tal vez todas las novias experimentaran esa sensación antes de la boda. ¡Quién sabe! ¿O acaso se trataba del influjo de Sasha? Pero Sasha llevaba años repitiendo esas cosas, como si las hubiera leído en un libro, y cuando hablaba parecía ingenuo y extraño. ¿Por qué entonces la figura de Sasha no se le iba de la cabeza? ¿Por qué?

El sereno llevaba ya un buen rato sin descargar sus golpes. En el jardín, bajo la ventana, piaban las aves; la niebla levantó y el paisaje se iluminó con una luz primaveral, que parecía una sonrisa. Pronto todo el jardín, calentado por la suave caricia del sol, renació, y las gotas del rocío, como diamantes, destellaron entre las hojas; esa mañana, el viejo y descuidado jardín parecía extremadamente joven y vistoso.

La abuela ya se había despertado. La ronca tos de Sasha volvió a resonar. Se oía cómo abajo preparaban el samovar, cómo movían las sillas.

Las manecillas del reloj avanzaban morosamente. Nadia llevaba mucho tiempo levantada, paseando por el jardín, pero la mañana seguía prolongándose.

De pronto apareció Nina Ivánovna, con ojos llorosos y un vaso de agua mineral. Era aficionada al espiritismo y a la homeopatía, leía mucho y le gustaba hablar de las dudas que la asaltaban; Nadia pensaba que todo eso encerraba un sentido

hondo y misterioso; al ver a su madre, se acercó a ella, la besó y se puso a caminar a su lado.

– ¿Por qué has llorado, mamá? –le preguntó.

– Ayer por la noche estuve leyendo un relato sobre un anciano y su hija. El anciano trabaja en un departamento, y el jefe se enamora de su hija. No he terminado de leerlo, pero hay un pasaje en el que es muy difícil retener las lágrimas –exclamó Nina Ivánovna, bebiendo un trago de agua–. Hoy por la mañana me he acordado de la escena y se me han saltado las lágrimas.

– Me siento muy triste estos días –exclamó Nadia, después de una pausa–. ¿Por qué no duermo por las noches?

– No lo sé, querida. Cuando yo no puedo dormir, cierro los ojos con fuerza, así, y me represento la figura de Anna Karénina, su forma de andar y de hablar, o bien trato de recrear algún episodio histórico del mundo antiguo…

Nadia sintió que su madre no la comprendía ni podía comprenderla. Lo sintió por primera vez en la vida, y esa revelación le asustó. Acuciada por el deseo de esconderse, se retiró a su habitación.

A las dos todos se reunieron para almorzar. Era miércoles, día de vigilia; por esa razón a la abuela le sirvieron sopa de verduras y brema con papilla de avena.

Para fastidiar a la abuela, Sasha comió caldo de carne y sopa de verduras. Estuvo bromeando durante toda la comida, pero sus chistes resultaban aparatosos y siempre iban acompañados de una moraleja inevitable, de modo que nadie los encontraba graciosos; además, antes de proferir alguna ocurrencia, cuando levantaba sus dedos largos, huesudos, como de muerto, todos parecían recordar que estaba muy enfermo y que probablemente no viviría mucho, y ese pensamiento despertaba en ellos una profunda pena.

Después del almuerzo la abuela se retiró a su habitación para descansar. Nina Ivánovna estuvo tocando el piano unos momentos y luego también se marchó.

– ¡Ah, querida Nadia –inició Sasha su habitual conversación de sobremesa–, si me hiciera usted caso! ¡Si me escuchara!

Ella estaba sentada en un antiguo y hondo sillón, con los ojos cerrados, mientras él se paseaba silencioso de un extremo al otro de la habitación.

– ¡Si se marchara usted a estudiar! –exclamó–. Sólo las personas instruidas y santas son interesantes, sólo ellas son necesarias. Cuantas más personas de esas haya, más pronto llegará a la tierra el reino de Dios. De vuestra ciudad, entonces, no quedará piedra sobre piedra; todo se verá trastocado, todo cambiará como por arte de magia. Y surgirán entonces unas casas enormes y extraordinarias, unos jardines maravillosos, unas fuentes espléndidas, unas personas notables... Pero lo importante no es eso. Lo importante es que desaparecerán las muchedumbres tal como las entendemos nosotros, ya que cada hombre tendrá fe y sabrá para qué vive, y ni una sola persona buscará apoyo en la multitud. ¡Querida, palomita, váyase! Demuéstreles a todos que esta vida estancada, gris y pecadora le aburre. ¡Demuéstreselo al menos a usted misma!

– No puedo, Sasha. Voy a casarme.

– ¡Vaya! ¿Y para qué?

Salieron al jardín y caminaron durante un rato.

– Y en cualquier caso, querida mía, debe reflexionar, debe comprender cuán sucia e inmoral es esta ociosa vida suya –continuó Sasha–. Comprenda que si, por ejemplo, usted misma y su madre y su abuela no hacen nada, eso significa que alguien debe trabajar para ustedes, que están devorando ustedes vidas ajenas. ¿Acaso está eso bien, acaso es moral?

Nadia quiso decir: "Sí, es verdad"; quiso decir que le comprendía, pero las lágrimas afloraron a sus ojos, se quedó de pronto silenciosa y, presa del desánimo, se retiró a su habitación.

Al atardecer vino Andréi Andreich y, como de costumbre, pasó un buen rato tocando el violín. Era un hombre taciturno por naturaleza; quizás por ello le gustara el violín, ya que mientras tocaba podía guardar silencio. Poco después de las diez, al salir de casa, ya con el abrigo puesto, abrazó a Nadia y empezó a besar con avidez su rostro, sus hombros, sus manos.

– ¡Querida, amada mía, tesoro! –murmuró–. ¡Ah, qué feliz soy! ¡Estoy loco de alegría!

A ella le pareció que ya había oído antes esas palabras o que las había leído en alguna parte... en una novela vieja, desportillada y abandonada hacía mucho tiempo.

Sasha estaba en la sala, junto a la mesa, y bebía té, sosteniendo el platillo con sus cinco largos dedos; la abuela hacía un solitario; Nina Ivánovna leía. El fuego de la lamparilla de aceite chisporroteaba, y todo en la estancia despedía un aura de quietud y bienestar. Nadia se despidió y se retiró a su habitación del piso de arriba, se metió en la cama y pronto se quedó dormida; pero, lo mismo que la noche anterior, en cuanto empezó a aclarar se despertó. No tenía ganas de dormir; se sentía inquieta y preocupada. Se sentó en la cama, reclinó la cabeza sobre las rodillas y se puso a pensar en su novio y en la boda... Por alguna razón, recordó que su madre no amaba a su difunto marido y que ahora no tenía nada y vivía en una dependencia absoluta de la abuela, su suegra. Por mucho que pensaba en ello, no podía comprender por qué hasta entonces había visto en su madre algo especial y extraordinario, por qué no había reparado en que era una mujer sencilla, corriente, desgraciada.

Abajo Sasha tampoco dormía: se le oía toser. Era un hombre extraño, ingenuo, pensaba Nadia. Sus sueños, con todos esos jardines maravillosos y fuentes extraordinarias, resultaban absurdos; no obstante, a pesar de su ingenuidad e incluso de su absurdidad, escondían algo tan hermoso que en cuanto se ponía a pensar en la idea de marcharse a estudiar, su pecho y su corazón se llenaban de una suerte de frescor, se inundaban de felicidad y de entusiasmo.

– Es mejor no pensar en ello, es mejor… –susurraba–. No debo pensar en ello.

"Tic-toc… –resonaban los lejanos golpes del sereno–. Tic-toc… tic-toc…"

III

A mediados de junio Sasha se sintió de pronto invadido por el tedio y se dispuso a regresar a Moscú.

– No puedo vivir en esta ciudad –dijo con aire sombrío–. ¡No hay agua corriente ni canalizaciones! Siento repugnancia de los alimentos que como: en la cocina la suciedad es intolerable….

– ¡Espera un poco, hijo pródigo! –trataba de convencerle la abuela, y añadía en un susurro–. ¡La boda será el día siete!

– No me apetece.

– ¡Pero si pensabas quedarte hasta septiembre!

– Pero ahora no quiero. ¡Necesito trabajar!

El verano fue húmedo y frío; los árboles estaban mojados y el jardín tenía un aspecto sombrío, triste; en verdad, daban ganas de trabajar. En las habitaciones, tanto en la planta de arriba como en la de abajo, se oían voces femeninas desconocidas; la máquina de coser zumbaba en la habitación de la

abuela: había prisas por terminar el ajuar. La dote de Nadia incluía hasta seis abrigos de piel, el más barato de los cuales, según palabras de la abuela, costaba trescientos rublos. Ese revuelo irritaba a Sasha, que pasaba los días en su habitación, malhumorado; no obstante, consiguieron convencerle para que se quedara y él dio su palabra de que no se iría antes del uno de julio.

El tiempo pasaba deprisa. El día de san Pedro, después del almuerzo, Andréi Andreich fue con Nadia a la calle Moscú para ver una vez más la casa que habían alquilado y arreglado para la joven pareja. Era una construcción de dos plantas, pero de momento sólo estaba amueblado el piso de arriba. En el salón, con su suelo brillante, pintado para que pareciera parqué, había sillas estilo Viena, un piano y un atril para el violín. Olía a pintura. De la pared colgaba una gran pintura al óleo con un marco dorado: representaba a una mujer desnuda junto a un jarrón de color lila con el asa rota.

– Un cuadro extraordinario –exclamó Andréi Andreich y suspiró con respeto–. Es del pintor Shishmachevski.

Más adelante estaba la sala de estar, con una mesa redonda, un diván y unas butacas tapizadas de una brillante tela azul. Sobre el diván había una gran fotografía del padre Andréi con una mitra y todas sus condecoraciones. Luego venía el comedor con el aparador y a continuación el dormitorio; allí, envueltas en la penumbra, había dos camas, una al lado de la otra; parecía como si los que habían amueblado el dormitorio dieran por supuesto que todo iba a ir siempre bien. Andréi Andreich condujo a Nadia por las habitaciones, llevándola cogida por el talle; ella se sentía débil, culpable; odiaba todas esas habitaciones, las camas, los sillones; le molestaba la mujer desnuda. Ahora veía claro que ya no amaba a Andréi Andreich, o quizás que no lo había amado nunca; pero cómo

decirlo, a quién decírselo y para qué, eso no lo comprendía ni podía comprenderlo, por mucho que se pasara los días y las noches pensando en ello… Él la tenía cogida por el talle, le hablaba con cariño y humildad, se mostraba feliz paseándose por su casa; ella, en cambio, no veía más que vulgaridad, una estúpida, ingenua e insoportable vulgaridad, y aquella mano que ceñía su talle le parecía áspera y fría como un aro de hierro. A cada minuto sentía deseos de escapar, de prorrumpir en sollozos, de tirarse por la ventana. Andréi Andreich la llevó al cuarto de baño, abrió un grifo incrustado en la pared y empezó a correr el agua.

– ¿Has visto? –exclamó y se echó a reír–. He hecho construir en el desván un depósito con capacidad para cien baldes, de modo que tendremos agua corriente.

Pasearon por el patio, luego salieron a la calle y tomaron un coche de punto. El polvo se elevaba en espesas nubes; parecía que fuera a llover.

– ¿No tienes frío? –le preguntó Andréi Andreich, entornando los ojos a causa del polvo.

Pero ella no le respondió.

– Ayer Sasha me reprochó que no hiciera nada, ¿recuerdas? –exclamó él, tras unos instantes de silencio–. ¡Y tiene razón! ¡Claro que tiene razón! No hago nada ni puedo hacer nada. Querida mía, ¿por qué será eso? ¿Por qué me resulta tan repulsivo el simple pensamiento de que un día me pondré en la cabeza una gorra con escarapela y empezaré a trabajar? ¿Por qué siento tanto malestar cuando veo a un abogado, a un profesor de latín o a un miembro del Ayuntamiento? ¡Oh, madre Rusia! ¡Oh, madre Rusia! ¡Cuántos ociosos e inútiles te agobian todavía! ¡A cuántos como yo soportas, desdichada!

Y hacía extensiva a todos su propia ociosidad, viendo en ella un signo de los tiempos.

– Cuando nos casemos –continuó– nos iremos juntos a la aldea, querida mía. ¡Allí trabajaremos! Compraremos una pequeña parcela de tierra con un jardín y un río; allí nos afanaremos y observaremos la vida… ¡Oh, qué felices seremos!

Se quitó el sombrero y sus cabellos ondearon al viento; ella le escuchaba y pensaba: "¡Dios mío, cuándo llegaremos! ¡Dios mío!" Al lado mismo de la casa se encontraron con el padre Andréi.

– ¡Allí va mi padre! –se alegró Andréi Andreich y se puso a agitar su sombrero–. Quiero mucho a mi padre, de verdad –exclamó, pagando al cochero–. Es un viejo santo, un viejo bueno.

Nadia entró en la casa enfadada, indispuesta, pensando que habría invitados toda la tarde, que tendría que ocuparse de ellos, sonreír, escuchar el violín, oír toda suerte de naderías y hablar sólo de la boda. La abuela, ceremoniosa y estirada en su vestido de seda, estaba sentada junto al samovar y se mostraba altiva, como siempre que había invitados. Entró el padre Andréi, luciendo su astuta sonrisa.

– Tengo el placer y el bendito consuelo de verla con buena salud –le dijo a la abuela, y por el tono de sus palabras resultaba difícil saber si bromeaba o hablaba en serio.

IV

El viento golpeaba en la ventana y en el tejado; se oían silbidos y en la chimenea el duende de la casa entonaba su triste y sombría canción. Eran más de las doce de la noche. En la casa todos estaban ya acostados, pero nadie dormía. A Nadia le parecía que abajo alguien tocaba el violín. Se oyó un fuerte golpe; debía ser un postigo desprendido por el viento. Al ca-

bo de un minuto Nina Ivánovna, en camisón, entró en la habitación con una vela en la mano.

– ¿Qué ha sido ese ruido, Nadia? –preguntó.

La madre, con los cabellos recogidos en una trenza y una tímida sonrisa, parecía más vieja, más fea, más baja en esa noche de tormenta. Nadia recordó que no hacía mucho consideraba a su madre una mujer extraordinaria y escuchaba con orgullo las palabras que decía; pero ahora no podía comprender cómo eso había sido posible, pues los únicos comentarios que acudían a su memoria eran triviales y anodinos.

En la chimenea se oían voces de bajo e incluso resonó un: "¡Ah, Dios mío!". Nadia se sentó en la cama y de repente, asiéndose fuertemente los cabellos, prorrumpió en sollozos.

– Mamá, mamá –exclamó–, ¡si supieras lo que me pasa! ¡Te pido, te suplico que me dejes partir! ¡Te lo suplico!

– ¿Adónde? –preguntó Nina Ivánovna sin entender, y se sentó en la cama–. ¿Adónde quieres ir?

Nadia estuvo largo rato llorando, sin poder pronunciar palabra.

– ¡Permite que me vaya de la ciudad! –exclamó por fin–. ¡La boda no debe celebrarse y no se celebrará, compréndelo! No amo a ese hombre... Ni siquiera puedo hablar de él.

– No, querida, no –exclamó Nina Ivánovna con atropellada voz, terriblemente alarmada–. Tranquilízate; no te encuentras bien, eso es todo. Ya pasará. Suele ocurrir. Probablemente has discutido con Andréi; pero las disputas de enamorados terminan con besos.

– Vete, mamá, vete –sollozó Nadia.

– Sí –dijo Nina Ivánovna, después de una pausa–. No hace mucho eras una criatura, una niña, y ahora eres ya una novia. Todo en la naturaleza sufre una continua transformación. Sin que te des cuenta llegarás a ser madre y luego

te harás vieja y tendrás una hija tan rebelde como la que tengo yo.

– Querida y buena mamá, eres inteligente y también desgraciada –exclamó Nadia–, muy desgraciada, entonces ¿por qué dices esas vulgaridades? Dios mío, ¿por qué?

Nina Ivánovna quiso replicar algo, pero no pudo pronunciar palabra; dejó escapar un sollozo y se fue a su habitación. De nuevo se oyeron voces de bajo en la chimenea. Nadia sintió de pronto miedo, se levantó de la cama y se dirigió con premura a la habitación de su madre. Nina Ivánovna, con los ojos húmedos, estaba tumbada en la cama, se cubría con una manta azul y sostenía un libro entre las manos.

– ¡Mamá, escúchame! –exclamó Nadia–. ¡Te lo suplico, trata de comprenderme! Comprende hasta qué punto es mezquina y humillante nuestra vida. Se me han abierto los ojos y ahora lo veo todo claro. ¿Y quién es tu Andréi Andreich? No es nada inteligente. ¡Por Dios! ¡Compréndelo, mamá, es estúpido!

Nina Ivánovna ejecutó un brusco movimiento y se sentó en la cama.

– ¡Tú y tu abuela me torturáis! –exclamó, sollozando–. ¡Quiero vivir! ¡Vivir! –gritó y se golpeó dos veces en el pecho con el puño cerrado–. ¡Dadme libertad! Aún soy joven y quiero vivir, pero vosotras habéis hecho de mí una anciana...

Lloró amargamente, se tumbó en la cama y se acurrucó bajo la manta; en ese instante, parecía una criatura muy simple, pequeña y lastimosa. Nadia se fue a su habitación, se vistió y se sentó junto a la ventana, en espera de que llegara la mañana. Se pasó allí toda la noche, pensando, mientras en el patio alguien parecía silbar y golpear sin pausa en los postigos.

Por la mañana la abuela se quejó de que aquella noche el viento había arrancado todas las manzanas del jardín y había

quebrado un viejo ciruelo. El día era tan gris, opaco y desolado, que daban ganas de encender las luces. Todos se quejaban del frío y la lluvia golpeaba en las ventanas. Después del té, Nadia entró en la habitación de Sasha y, sin decir una palabra, se puso de rodillas en un rincón, junto a una butaca, y se cubrió el rostro con las manos.

– ¿Qué pasa? –le preguntó Sasha.

– No puedo… –exclamó–. ¡No entiendo, no concibo cómo he podido vivir aquí hasta ahora! Desprecio a mi novio, me desprecio a mí misma, desprecio toda esta vida ociosa y sin sentido…

– Bueno, bueno… –exclamó Sasha, aún sin comprender de qué se trataba–. No es nada… No se preocupe.

– Ya no puedo soportar esta vida –continuó Nadia–. No puedo quedarme aquí ni un día más. Mañana mismo me marcharé. ¡Lléveme con usted, por el amor de Dios!

Durante un minuto Sasha estuvo mirándola con sorpresa; finalmente comprendió y se alegró como un niño. Agitó los brazos y golpeó el suelo con los pies, como si estuviera bailando de alegría.

– ¡Estupendo! –exclamó él, frotándose las manos–. ¡Dios mío, esto es maravilloso!

Y ella le miraba sin parpadear, con sus grandes ojos enamorados, esperando, como hechizada, que al momento le dijera algo extraordinario, de una importancia capital; él seguía sin pronunciar palabra, pero Nadia sentía que un mundo nuevo y vasto, desconocido hasta entonces, se abría ya ante ella, y seguía mirándole llena de expectación, dispuesta a todo, incluso a la muerte.

– Me marcharé mañana –dijo por fin–, y usted me acompañará a la estación… Pondré su equipaje en mi maleta y sacaré un billete para usted; en el momento en que suene la ter-

cera llamada subirá usted al vagón y nos marcharemos. Me acompañará a Moscú y desde allí partirá sola para San Petersburgo. ¿Tiene usted pasaporte?

– Sí.

– Le juro que no se arrepentirá –exclamó Sasha con entusiasmo–. Saldrá de aquí, estudiará y luego que el destino la lleve donde quiera. En cuanto le dé la vuelta a su vida, todo cambiará. Lo más importante es que le dé la vuelta a su vida, lo demás es secundario. Así pues, ¿nos vamos mañana?

– Oh sí ¡Por Dios!

A Nadia le parecía que estaba muy agitada, que un enorme peso le oprimía el corazón, que hasta el mismo momento de la partida estaría sufriendo y debatiéndose entre dolorosos pensamientos; pero en cuanto llegó a su habitación y se tumbó en la cama, se quedó profundamente dormida, con rastros de lágrimas en la cara y el brillo de una sonrisa, y no se despertó hasta la noche.

V

Enviaron por un coche. Nadia, ya con el sombrero y el abrigo puestos, subió al piso de arriba para ver otra vez a su madre y todas sus pertenencias; se detuvo en su propia habitación, junto a la cama aún cálida, miró a su alrededor y después se dirigió en silencio a la habitación de su madre. Nina Ivánovna dormía; en la estancia todo era quietud. Después de besar a su madre y arreglarle los cabellos, Nadia permaneció en pie durante uno o dos minutos... Luego con lentos pasos volvió a la planta de abajo.

Sobre el patio caía una intensa lluvia. El cochero, todo mojado, esperaba junto a la entrada con la capota levantada.

– No va a haber sitio para los dos, Nadia –le dijo la abuela, mientras los criados cargaban las maletas–. ¡No sé cómo te apetece ir a la estación con este tiempo! Deberías quedarte en casa. ¡Mira cómo llueve!

Nadia quiso decir algo, pero no pudo. Sasha la ayudó a subir y le cubrió las piernas con una manta. Después se acomodó a su lado.

– ¡Buen viaje! ¡Que Dios te bendiga! –gritó la abuela desde el porche–. ¡Escríbenos cuando llegues a Moscú, Sasha!

– De acuerdo. ¡Adiós, abuela!

– ¡Que la reina de los cielos te proteja!

– ¡Vaya tiempo! –exclamó Sasha.

Sólo entonces Nadia se echó a llorar. Sólo entonces comprendió con claridad que se marchaba de veras, algo de lo que no había sido consciente cuando se despedía de la abuela ni cuando contemplaba a su madre. ¡Adiós, ciudad! Y de pronto se acordó de todo: de Andréi y de su padre, de la casa nueva, de la mujer desnuda junto al jarrón; y nada de eso la asustaba ya, ni la agobiaba, pues se había convertido en algo ingenuo y pequeño que se iba quedando atrás, cada vez más lejos. Cuando se sentaron en el vagón y el tren se puso en marcha, todo ese pasado, tan grande y tan serio, se contrajo, y ante ella se desplegó un enorme y amplio futuro, apenas entrevisto hasta entonces. La lluvia chocaba contra las ventanas del vagón; fuera, sólo alcanzaba a verse el verde campo; por la ventanilla pasaban fugazmente los postes del telégrafo y algunas aves posadas en los alambres; de pronto la alegría le hizo contener la respiración: recordó que avanzaba hacia la libertad, que se marchaba para estudiar, y eso era igual a lo que antaño se llamaba "marcharse con los cosacos". Reía, lloraba y rezaba.

– ¡No es nada! –le decía Sasha, sonriendo–. ¡No es nada!

VI

Pasó el otoño y después el invierno. Nadia sentía una creciente nostalgia y cada día pensaba más en su madre, en su abuela y en Sasha. Las cartas que le llegaban de casa eran tranquilizadoras y bondadosas; parecía que todo había sido ya perdonado y olvidado. En el mes de mayo, después de los exámenes, sintiéndose sana y alegre, decidió regresar a casa; de camino se detuvo en Moscú para visitar a Sasha. Seguía siendo el mismo del verano anterior: lucía barba, iba desgreñado, llevaba la misma chaqueta y los mismos pantalones de lona, y sus ojos eran igual de grandes y hermosos; pero tenía un aspecto enfermizo y fatigado, había envejecido y adelgazado y no paraba de toser. Por alguna razón a Nadia le pareció que tenía un aire gris y provinciano.

– ¡Dios mío, ha venido Nadia! –exclamó, riendo alegremente–. ¡Querida, palomita!

Se quedaron un rato en la tipografía, llena de humo de tabaco y con un penetrante e insoportable olor a tinta china y a pintura; luego fueron a su habitación, que también olía a tabaco y estaba llena de rastros de escupitajos; sobre la mesa, junto a un frío samovar, descansaba un plato roto con un papel oscuro; tanto en la mesa como en el suelo había multitud de moscas muertas. En todo se veía que Sasha había organizado su vida personal con negligencia, que vivía de cualquier manera, con un absoluto desprecio por las comodidades; en realidad, si alguien le hubiera hablado de su felicidad personal, de su vida privada, o le hubiera confesado su amor, no habría comprendido nada y se habría echado a reír.

– Todo ha salido muy bien –le contó Nadia con apresuramiento–. Mamá fue a verme a San Petersburgo en otoño y me dijo que la abuela ya no está enfadada, aunque a menu-

do va a mi habitación y hace la señal de la cruz sobre las paredes.

Sasha parecía feliz, pero tosía y hablaba con voz cascada. Nadia no le quitaba la vista de encima, pero no lograba determinar si estaba seriamente enfermo o simplemente lo parecía.

– Sasha, querido –exclamó–. ¡Está usted enfermo!

– No, no es nada. Estoy enfermo, pero no mucho…

– Ay, Dios mío –exclamó Nadia con preocupación–, ¿por qué no se cuida usted? ¿Por qué no se preocupa por su salud? Amigo mío, querido Sasha –exclamó, y las lágrimas asomaron a sus ojos; en ese momento, por alguna razón, le vinieron a la memoria Andréi Andreich, la mujer desnuda con el jarrón y todo su pasado, que ahora le parecía tan lejano como la infancia; al pensar que Sasha ya no le resultaba tan novedoso, inteligente e interesante como el año pasado se echó a llorar–. Querido Sasha, está usted muy enfermo. Haría lo que fuera para no verle a usted tan pálido y tan delgado. ¡Le debo tanto! ¡No puede usted siquiera imaginarse cuánto ha hecho usted por mí, mi buen Sasha! En realidad, es usted ahora para mí la persona más próxima y cercana.

Siguieron charlando durante un rato. Nadia, después de haber pasado el invierno en San Petersburgo, percibía en Sasha, en sus palabras, en su sonrisa y en toda su figura algo anticuado, pasado de moda, acabado y, quizás, ya sepultado.

– Pasado mañana me voy a la región del Volga para seguir un tratamiento de kumis –exclamó Sasha–. Quiero probar el kumis.* Me acompañarán un amigo mío y su esposa. Ella es una mujer extraordinaria. Estoy intentando persuadirla para que estudie. Quiero que su vida cambie por completo.

---

* Leche fermentada de yegua.

Después de conversar, se dirigieron a la estación. Sasha la invitó a té y manzanas; cuando el tren se puso en marcha y él, sonriendo, agitó el pañuelo desde el andén, a Nadia le bastó una mirada a sus piernas para comprender que estaba muy enfermo y que no viviría mucho.

Nadia llegó a su ciudad a mediodía. En el trayecto de la estación a casa las calles le parecieron muy anchas y los edificios pequeños y achatados; las calles estaban desiertas, y sólo se encontró con el afinador alemán, vestido con un abrigo rojo. Todas las casas se le antojaban cubiertas de polvo. La abuela, que parecía mucho más vieja, aunque seguía tan gorda y fea como siempre, rodeó a Nadia con sus brazos y estuvo mucho rato llorando, con el rostro apretado contra su hombro, sin poder apartarse de ella. Nina Ivánovna también había envejecido mucho, había perdido parte de su belleza y parecía haberse marchitado, pero seguía llevando un corsé muy apretado y en sus dedos relucían los brillantes.

– ¡Querida mía! –exclamó, temblando con todo su cuerpo–. ¡Querida mía!

Luego se sentaron y lloraron en silencio. Resultaba evidente que tanto la abuela como la madre comprendían que el pasado se había perdido para siempre, de manera irremediable: ya no tenían la posición social ni el prestigio de antaño, y carecían del derecho a recibir invitados; así sucede cuando en medio de una vida fácil y despreocupada la policía llega de improviso por la noche a una casa, efectúa un registro y descubre que el dueño ha cometido un desfalco o falsificado moneda; entonces: ¡adiós para siempre a esa vida fácil y despreocupada!

Nadia subió al piso de arriba y contempló la cama, las ventanas con blancos e ingenuos visillos, y más allá de las ventanas, el jardín, inundado de sol, alegre y ruidoso. Tocó su me-

sa, su cama, se sentó y se quedó pensativa. Durante el almuerzo comió bien y luego tomó té con sabrosa y espesa crema, pero algo le faltaba, sentía una especie de vacío en las habitaciones y los techos se le antojaban bajos. Por la noche se acostó y se cubrió con la manta; por alguna razón, le hacía gracia dormir en esa cama, cálida y muy blanda.

Nina Ivánovna entró por un momento y se sentó como lo hacen las personas que se sienten culpables, con timidez y prevención:

– Bueno, ¿cómo va todo, Nadia? –le preguntó, tras una breve pausa–. ¿Estás contenta? ¿Muy contenta?

– Sí mamá, estoy contenta.

Nina Ivánovna se puso de pie e hizo la señal de la cruz sobre Nadia y sobre las ventanas.

– Yo, como ves, ahora soy más religiosa –exclamó–. Ahora me intereso por la filosofía y me paso el tiempo pensando… Muchas cosas se me han hecho tan claras como el día. Ante todo es necesario, me parece, que toda la vida pase a través de un prisma.

– Dime, mamá, ¿cómo está la salud de la abuela?

– Está bien. Cuando te fuiste con Sasha y llegó tu telegrama, nada más leerlo se desmayó. Durante tres días estuvo sin moverse. Luego, se pasaba el tiempo rezando y llorando. Ahora ya está bien.

Se puso en pie y se paseó por la habitación.

"Tic-toc… –se oían los golpes del sereno–. Tic-toc, tic-toc".

– Ante todo es necesario que toda la vida pase a través de un prisma –exclamó–. En otras palabras, la vida debe dividirse en nuestra conciencia en sus más simples elementos, como en los siete colores primarios, y cada elemento debe ser estudiado por separado.

Nadia no alcanzó a escuchar las siguientes palabras de Nina Ivánovna, ni advirtió cuándo se marchó, pues de pronto se quedó dormida.

Pasó el mes de mayo y llegó el de junio. Nadia ya se había acostumbrado a la casa. La abuela se ocupaba del samovar y lanzaba profundos suspiros; por las noches Nina Ivánovna hablaba de filosofía; lo mismo que antes, vivía en una completa dependencia de la abuela, a la que tenía que dirigirse cuando necesitaba unos kopeks. Había muchas moscas en la casa, y parecía como si los techos de las habitaciones se hicieran cada vez más bajos. La abuela y Nina Ivánovna no salían de la casa por temor a encontrarse con el padre Andréi o con Andréi Andreich. Nadia paseaba por el jardín y por las calles, mirando las casas y las grises cercas, y le parecía que en la ciudad todo se había vuelto viejo, pasado de moda y sólo esperaba su fin o el comienzo de algo joven y fresco. ¡Oh, si llegara pronto esa nueva y luminosa vida! ¡Si llegara un día en que fuera posible enfrentar el propio destino con resolución y valentía, ser consciente de que uno tiene razón, alegrarse, sentirse libre! ¡Esa vida llegaría, más tarde o más temprano! Llegaría un tiempo en que de la casa de la abuela –en la que cuatro criadas debían vivir en una sola habitación, en el sótano, cercadas por la suciedad– no quedaría ni rastro y sería olvidada, pues nadie la recordaría. La única distracción de Nadia eran los niños del patio vecino que, cuando paseaba por el jardín, golpeaban en la cerca, se burlaban de ella y le gritaban:

– ¡La novia! ¡La novia!

Llegó de Sarátov una carta de Sasha. Con su escritura alegre y danzarina informaba de que su viaje por el Volga había sido un completo éxito, pero que en Sarátov se había sentido algo indispuesto, había perdido la voz y desde hacía dos semanas se encontraba en el hospital. Nadia comprendió lo que eso significaba y un presentimiento, casi una certeza, se apo-

deró de ella. Le desagradaba que ese presentimiento y la imagen de Sasha no la conmovieran como antaño. Sentía unos enormes deseos de vivir, de volver a San Petersburgo, y su amistad con Sasha parecía pertenecer a un pasado muy querido pero también muy lejano. No durmió nada en toda la noche y por la mañana se sentó junto a la ventana y aguzó el oído. Finalmente le llegaron algunas voces del piso de abajo: la abuela, muy agitada, hacía alguna pregunta con atropellada voz. Luego alguien se echó a llorar… Cuando Nadia bajó, la abuela estaba de pie ante el rincón y rezaba; su rostro estaba cubierto de lágrimas. Sobre la mesa había un telegrama.

Nadia estuvo un buen rato paseando por la habitación, oyendo el llanto de la abuela; luego cogió el telegrama y lo leyó. En él se informaba de que el día anterior por la mañana, en Sarátov, había fallecido de tuberculosis Aleksandr Timofeich, o simplemente Sasha.

La abuela y Nina Ivánovna fueron a la iglesia a encargar una misa por el difunto, mientras Nadia siguió paseando por las habitaciones, sumida en sus propios pensamientos. Se daba perfecta cuenta de que su vida había cambiado por completo, como quería Sasha; se sentía sola, extraña e innecesaria en esa ciudad, mientras a ella todo allí se le antojaba ajeno; le habían arrancado el pasado y éste había desaparecido, como si el fuego lo hubiera quemado y el viento hubiera dispersado las cenizas. Entró en la habitación de Sasha y se quedó allí un rato.

"¡Adiós, querido Sasha!" –pensó, y ante ella se dibujó una vida nueva, amplia, espaciosa; esa vida, todavía nebulosa, llena de misterios, la atraía, la seducía.

Subió a su habitación a hacer las maletas y al día siguiente por la mañana, tras despedirse de los suyos, animosa, llena de vida, abandonó la ciudad, al parecer para siempre.

1903

EL ESTUDIANTE

En un principio el tiempo era bueno y apacible. Piaban los zorzales y en los alrededores, en los pantanos, algo vivo zumbaba tristemente, como si soplara dentro de una botella vacía. Una chocha inició el vuelo y una bala surcó con alegría y estrépito el aire primaveral en su busca. Pero cuando en el bosque cayó la noche y empezó a soplar un intempestivo viento frío del este, todo quedó en silencio. En las charcas aparecieron agujas de hielo y el bosque adoptó un aspecto desapacible, solitario y recóndito. Olía a invierno.

Iván Velikopolski, estudiante de la academia eclesiástica, hijo del sacristán, volvía a casa por un camino bordeado de prados inundados, después de una jornada de caza. Tenía los dedos entumecidos y el viento le quemaba la cara. Le parecía que ese frío repentino había destruido todo el orden y la concordia, que la propia naturaleza sentía miedo y por ello las tinieblas vespertinas se espesaban con mayor velocidad de lo habitual. A su alrededor todo estaba desierto y mostraba un aspecto especialmente sombrío. Sólo en la huerta de las viudas, junto al río, brillaba una luz; alrededor de ese punto y hasta la aldea, que estaba a unos cuatro kilómetros, todo estaba sumido en la fría penumbra de la noche. El estudiante recordó que cuando salió de casa, su madre, descalza, sentada en el suelo del zaguán, limpiaba el samovar, mientras su padre estaba tumbado junto a la estufa y tosía; al ser Viernes Santo, en

la casa no se había preparado comida, y él ahora se sentía hambriento. Encogido por el frío, el estudiante pensaba que ese mismo viento soplaba en tiempos de Riurik, de Iván el Terrible y de Pedro el Grande y que también entonces había existido esa atroz pobreza, esa hambre, esas agujereadas techumbres de paja, esa ignorancia, esa tristeza, esa soledad, esa penumbra, ese sentimiento de opresión. Todos esos horrores habían existido, existían y seguirían existiendo, y aunque pasaran otros mil años la vida no mejoraría. En esos momentos, no sentía ganas de regresar al hogar.

La huerta de las viudas debía su nombre a que dos viudas, madre e hija, se ocupaban de ella. Una hoguera chisporroteaba y levantaba vivas llamas que iluminaban a su alrededor la tierra labrada. La viuda Vasilisa, una anciana alta y rolliza, vestida con una zamarra de hombre, estaba al lado del fuego y contemplaba con aire pensativo las llamas; su hija Lukeria, pequeña, con el rostro picado de viruelas y una expresión estúpida, estaba sentada en el suelo y lavaba el perol y las cucharas. Seguramente acababan de cenar. Se oían voces de hombre; eran los trabajadores del lugar que abrevaban los caballos en el río.

– Parece que ha vuelto el invierno –exclamó el estudiante, acercándose a la hoguera–. ¡Muy buenas!

Vasilisa se estremeció, pero enseguida le reconoció y sonrió afablemente.

– Dios mío, no le había reconocido –exclamó–. Eso es que va usted a ser rico.

Estuvieron un rato charlando. Vasilisa era una mujer experimentada, que había trabajado en el pasado en casa de un señor, primero como nodriza y luego como niñera; se expresaba con delicadeza y su rostro mostraba siempre una suave y reposada sonrisa; su hija Lukeria, una campesina sojuzgada

por su marido, miraba al estudiante con una expresión extraña, como la de los sordomudos, y guardaba silencio.

– En una noche fría como ésta se calentó a la hoguera el apóstol Pedro –exclamó el estudiante, extendiendo las manos hacia el fuego–. Eso significa que también entonces hacía frío. ¡Ah, qué noche tan terrible fue ésa, madrecita! ¡Qué noche tan larga y tan triste!

Contempló la oscuridad que le rodeaba, sacudió convulsivamente la cabeza y preguntó:

– ¿Fuiste ayer a la iglesia a oír las doce lecturas del Evangelio?

– Sí –contestó Vasilisa.

– Recordarás entonces que durante la Última Cena Pedro le dijo a Jesús: "Estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel e incluso a la muerte". Y el Señor le contestó: "Te digo, Pedro, que antes de que cante el gallo negarás tres veces que me conoces". Después de la Cena, Jesús, triste hasta la muerte, oró en el huerto, mientras el pobre Pedro, debilitado, con el espíritu extenuado, sintiendo que los párpados se le cerraban, cedió al sueño y se quedó dormido. Luego oirías que Judas, esa misma noche, besó a Jesús y le entregó a sus verdugos. Le llevaron atado ante el sumo pontífice y le azotaron, mientras Pedro, desfallecido, atormentado por la tristeza y la inquietud, falto de sueño, presintiendo que una desgracia terrible iba a abatirse sobre la tierra, les seguía... Amaba a Jesús apasionadamente y ahora veía desde la distancia cómo lo azotaban.

Lukeria dejó las cucharas y clavó su inmóvil mirada sobre el estudiante.

– Se presentaron ante el Sumo Pontífice –continuó–. Empezaron a interrogar a Jesús, mientras los servidores encendían un fuego en medio del patio, pues hacía frío, y se ca-

lentaban a su lado. Con ellos, cerca de la hoguera, estaba también Pedro, calentándose como yo ahora. Una mujer, al verle, exclamó: "Éste también estaba con Jesús", es decir, que también a él había que interrogarlo. Y todos los criados que se encontraban junto al fuego le miraron, seguramente con severidad y recelo, mientras él se azoraba y decía: "No le conozco". Al cabo de un rato alguien volvió a reconocer en él a uno de sus discípulos y dijo: "Tú también eres de los suyos". Y Pedro de nuevo lo negó. Una tercera persona, dirigiéndose a él, exclamó: "¿Acaso no te he visto hoy con él en el huerto?". Y Pedro negó por tercera vez. A continuación cantó el gallo y Pedro, viendo de lejos a Jesús, recordó las palabras que éste le había dirigido durante la cena... Entonces volvió en sí, salió del patio y se puso a llorar amargamente. El Evangelio dice: "Habiendo salido de allí, lloró amargamente". Así me imagino yo la escena: un jardín muy tranquilo y muy oscuro, en cuyo silencio apenas se oyen sus sordos lamentos...

El estudiante suspiró y se quedó pensativo. Vasilisa, sin dejar de sonreír, dejó escapar de pronto un sollozo; unas lágrimas gruesas y copiosas corrieron por sus mejillas, mientras ella interponía una manga entre su cara y el fuego, como si se avergonzara de ellas; Lukeria, por su parte, con la mirada fija en el estudiante, se ruborizó y adoptó una expresión firme y tensa, como si estuviera conteniendo un intenso dolor.

Los trabajadores regresaban del río; uno de ellos, montado a caballo, estaba ya cerca; la luz de la hoguera temblaba sobre su figura. Tras dar a las viudas las buenas noches, el estudiante siguió su camino. De nuevo le envolvió la oscuridad y sus manos se entumecieron. Soplaba un viento cortante; parecía, en verdad, que estaban en pleno invierno

y no que faltaran sólo dos días para el Domingo de Resurrección.

El estudiante pensaba en Vasilisa: si se había echado a llorar era porque lo que le había sucedido a Pedro en esa terrible noche guardaba alguna relación con ella...

Volvió la mirada. El fuego solitario parpadeaba tranquilamente en la oscuridad y a su lado no se veía ya a nadie. El estudiante volvió a pensar que si Vasilisa se había echado a llorar y su hija se había turbado, ello significaba que el suceso que él había relatado, acaecido diecinueve siglos antes, guardaba alguna relación con el presente, con aquellas dos mujeres y, probablemente, con la desierta aldea, con él mismo y con todos los hombres. Si la vieja había llorado no era porque él hubiera sabido contar el episodio de forma conmovedora, sino porque Pedro le resultaba cercano, y cuanto había sucedido en su espíritu aquella noche conmovía todo su ser.

Una súbita alegría agitó su alma. Incluso tuvo que detenerse durante un momento para recuperar el aliento. El pasado, pensaba, estaba ligado al presente por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que se sucedían. Y tenía la sensación de que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: al tocar uno de ellos, había vibrado el otro.

Más tarde, mientras atravesaba el río en una balsa y ascendía una colina, contemplando su aldea natal y la estrecha franja del ocaso, que brillaba a occidente con su luz púrpura y fría, pensaba que la verdad y la belleza, que habían guiado la vida humana en el huerto y en el patio del sumo pontífice y habían perdurado de manera ininterrumpida hasta el día presente, constituirían por siempre lo más fundamental de la vida humana y de todo cuanto había sobre la tierra. Un sentimiento de juventud, de salud y de fuerza –sólo tenía veinti-

dós años– y una dulce e inefable esperanza de felicidad, de una misteriosa y desconocida felicidad, se apoderaron poco a poco de él, y la vida se le antojó maravillosa, encantadora, imbuida de un elevado sentido.

1894

ÍNDICE

ACABÓSE DE IMPRIMIR

EL DÍA 28 DE OCTUBRE DE 2010

JOSEPH CONRAD	*Lord Jim*
E.T.A. HOFFMANN	*El gato Murr*
KARL PHILIPP MORITZ	*Anton Reiser*
RUDYARD KIPLING	*Algo de mí mismo*
STENDHAL	*Roma, Nápoles y Florencia*
LEV TOLSTOI	*Resurrección*
HONORÉ DE BALZAC	*El primo Pons*
RAINER MARIA RILKE	*Diarios de juventud*
EÇA DE QUEIRÓS	*Los Maia*
HENRY JAMES	*Un chiquillo y otros*
ANTON CHÉJOV	*Cuentos*
JOSEPH CONRAD	*Salvamento*
WILLA CATHER	*El canto de la alondra*
JEAN POTOCKI	*Manuscrito encontrado en Zaragoza*
GÉRARD DE NERVAL	*Aurélia / Las hijas del fuego*
G. K. CHESTERTON	*El Napoleón de Nothing Hill*
ALEXANDRE DUMAS	*De París a Cádiz*
LORD HOUGHTON	*Vida y cartas de John Keats*
THOMAS DE QUINCEY	*Memoria de los poetas de los lagos*
ALFRED DE MUSSET	*La confesión de un hijo del siglo*
IVÁN BUNIN	*El amor de Mitia y otros relatos*
ALMEIDA GARRETT	*Viajes por mi tierra*
PRÍNCIPE DE LIGNE	*Amabile. Obra escogida*
WILHELM HEINSE	*Ardinghello y las islas afortunadas*
EÇA DE QUEIRÓS	*El primo Basílio*
LUIGI PIRANDELLO	*Mantón negro. (Relatos para un año)*
JAN NERUDA	*Cuentos de Malá Strana*
THOMAS DE QUINCEY	*La monja alférez*
HUGO VON HOFMANNSTHAL / EDGAR KARG VON BEBENBURG	*Intercambio epistolar*
ADALBERT STIFTER	*Verano tardío*
PANAIT ISTRATI	*Kyra Kyralina y El tío Anghel*
JONATHAN SWIFT	*Los viajes de Gulliver*
GEORGE WASHINGTON CABLE	*Los Grandissime*
SAMUEL TAYLOR COLERIDGE	*Biographia literaria*

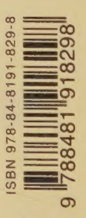
Esta antología no sigue un orden cronológico, sino que propone un recorrido por cierto tipo de cuento muy característico de Chéjov. Siguiendo a Borges, Ricardo Piglia afirma que los cuentos, en general, dejan entrever otra historia detrás de la historia manifiesta. Del mismo modo, en las narraciones de este volumen los protagonistas creen advertir indicios de un cambio que los va a liberar de una vida gris y sin alicientes. Indicios que terminan por revelarse engañosos, con lo que las falsas ilusiones los hacen sentirse todavía más frustrados.

La secuencia ilustra aspectos que aproximan los cuentos de Chéjov a sus propias obras dramáticas: la importancia de los detalles y la atmósfera, el carácter fragmentario (debido a los tiempos muertos y a la sujeción del desarrollo narrativo a la melancolía de los lugares), la introspección o la ironía que brota del desengaño.

Hacia el final, *La novia*, el último relato de Chéjov, abre un inesperado horizonte de salvación. Y, por último, un cuento sobrecogedor, *El estudiante*, extiende a la naturaleza y a la historia el precario equilibrio humano entre el sufrimiento y la esperanza.

JOSÉ MUÑOZ MILLANES





ISBN 978-84-8191-829-8